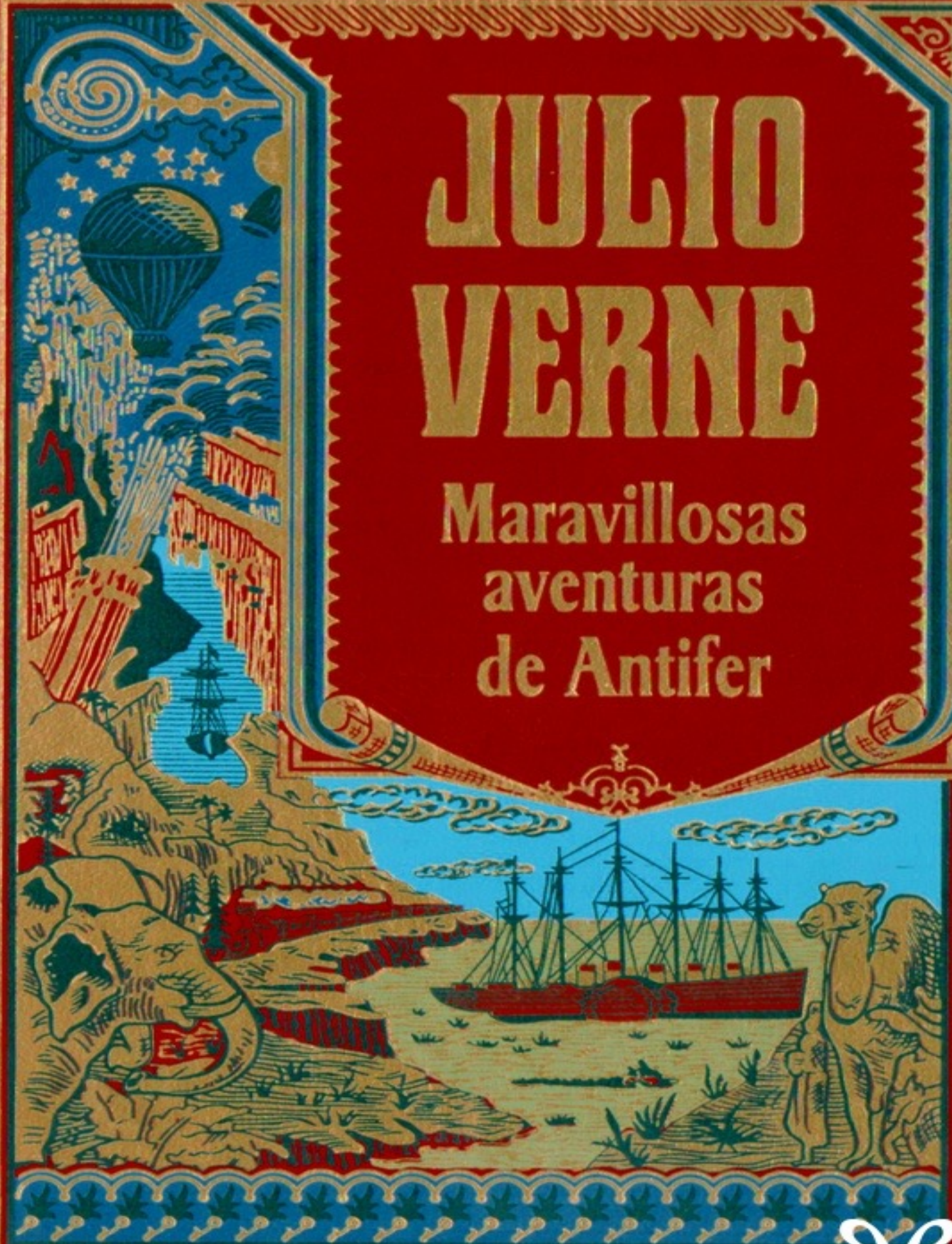


JULIO VERNE

Maravillosas
aventuras
de Antifer



Debido al gran servicio prestado por su padre, el capitán Antifer espera recibir la herencia de Kamyk-Bajá, un adinerado egipcio. Para recibirla, Antifer debe esperar a recibir la información del grado de la longitud donde se encuentra el legado, lo cual completaría la posición de la latitud que ya posee. El dato le llega a través del notario egipcio Ben-Omar y su ayudante Nazim. Los egipcios, junto con Antifer, su sobrino Juhel y Tregomain, un amigo de la familia, viajan al Golfo de Omán. A partir de este momento la comitiva comienza a visitar un grupo de islas y cada una de ellas los lleva a otros puntos del planeta. ¿Cuántas islas más y cuántos documentos más deberán ser descubiertos antes de que la fortuna sea hallada?



Jules Verne

Maravillosas aventuras de Antifer

Viajes Extraordinarios - 40

ePub r1.1

Titivillus 02.02.15

Título original: *Mirifiques aventures de maître Antifer*
Jules Verne, 1894
Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EN EL QUE UN NAVÍO DESCONOCIDO, CON CAPITÁN DESCONOCIDO, VA
EN BUSCA DE UN ISLOTE DESCONOCIDO EN UN MAR DESCONOCIDO

En aquella mañana —9 de septiembre de 1831— el capitán abandonó su camarote a las seis y subió a la toldilla.

El sol asomaba por el E, o más exactamente, la refracción lo elevaba por encima de la atmósfera, pues su disco se arrastraba bajo el horizonte. Una eflorescencia luminosa acariciaba la superficie del mar, que cabrilleaba a impulsos de la brisa matinal.

Después de una noche de calma parecía que se preparaba un hermoso día, de esos de septiembre, de agradable temperatura, propia de la estación en que el calor termina.

El capitán ajustó su antejo al ojo derecho, y haciendo un círculo paseó el objetivo por aquella circunferencia donde se confundían el cielo y el mar. Bajolo después y se aproximó al timonel, un viejo de barba hirsuta, cuya viva mirada brillaba bajo un párpado entornado.

—¿Cuándo has tomado el cuarto? —preguntóle.

—A las cuatro, mi capitán.

Estos dos hombres hablaban una lengua bastante ruda, que no hubiera reconocido ningún europeo, inglés, francés, alemán u otro, a menos de haber frecuentado las Escalas de Levante. Parecía una especie de *patois* turco mezclado con el sirio.

—¿Nada de nuevo?

—Nada, capitán.

—¡Y desde esta mañana ningún barco a la vista!

—Uno sólo... Un gran navío que viene a contrabordo. He forzado un cuarto para pasar lo más lejos posible.

—Has hecho bien... Y ahora...

El capitán observó circularmente el horizonte con extrema atención. Después:

—¡Prepararse a virar! —gritó con voz fuerte.

Los hombres se levantaron.

El navío evolucionó y se puso en marcha hacia el noroeste con las amuras a babor.

Era un brig-goleta de cuatrocientas toneladas: un barco mercante del que se había hecho, con algunas modificaciones, un yate de recreo. El capitán tenía a sus órdenes un contraamaestre y quince tripulantes, lo que bastaba para la maniobra. Eran vigorosos marineros, y su traje, blusa y gorra, ancho pantalón y botas de mar, recordaban el de los marineros de Europa oriental.

Ningún nombre en la popa, ni sobre los empañetados exteriores de delante.

Tampoco pabellón.

Además, para evitar recibir y devolver saludo, en cuanto el vigía señalaba un barco a lo lejos, el otro cambiaba de rumbo:

¿Era, pues, un barco pirata que temía ser perseguido? No.

Vanamente se hubieran buscado armas a bordo, y con tan pobre tripulación no era fácil que un barco se aventurase a correr los riesgos de semejante oficio.

¿Era entonces un barco de contrabandistas, que hacía el fraude a lo largo de un litoral o de una a otra isla? Tampoco, y el más perspicaz de los empleados de la aduana hubiera visitado su cala, sacado el cargamento, inspeccionado los bultos sin descubrir una mercancía sospechosa. A decir verdad, no llevaba cargamento alguno. Víveres para bastantes años, cubas de vino y aguardiente, y otros tres barriles de madera sólidamente cercados de hierro. Quedaba sitio para lastre; un lastre que permitía al navío llevar un fuerte velamen.

¿Tal vez se tendrá la idea de que aquellos tres barriles contenían pólvora u otra sustancia explosiva? No, pues no se tomaban ninguna de las precauciones necesarias al entrar en el lugar donde estaban.

Por lo demás, ni uno solo de los marineros hubiera podido indicar nada a este objeto, ni sobre el destino del brig-goleta, ni sobre los motivos que lo obligaban a cambiar su dirección desde que veía un navío, ni sobre las marchas y contramarchas que caracterizaban su navegación desde hacía quince meses, ni aun sobre los parajes en que se encontraba en aquella fecha, corriendo, tan pronto a toda vela, tan pronto reduciendo su andadura, ya a través de un mar interior, ya sobre las olas de un océano sin límites.

Durante aquella inexplicable travesía, algunas tierras habían sido vistas; pero el capitán se alejaba en seguida. Algunas islas habían sido señaladas, mas un golpe de timón separaba al barco de ellas. Consultando el diario de a bordo, se hubieran observado extraños cambios de ruta que no justificaban ni el viento ni el aspecto del cielo. Era éste un secreto entre el capitán —un hombre de cuarenta y seis años, de erizada cabellera— y un personaje de elevado aspecto que apareció en aquel momento en el orificio de la chupeta.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada, Excelencia —le fue respondido.

Un movimiento de hombros, anunciando algún despecho, terminó aquella conversación de tres palabras. Después, el personaje a quien el capitán había dado aquella calificación honorífica bajó de nuevo por la escalera de la chupeta y regresó a su camarote. Allí, extendiéndose sobre un diván, pareció abandonarse a una especie de pereza. Aunque estuviese inmóvil, como si el sueño se hubiese apoderado de él, no dormía. Comprendíase que debía de estar bajo la obsesión de una idea fija.

Este personaje podía tener unos cincuenta años. Su alta estatura, su cabeza fuerte, su abundante cabellera, ya canosa, su larga barba, que caía sobre su pecho, sus negros ojos, animados por viva mirada, su fisonomía orgullosa pero visiblemente

entristecida, desanimada más bien la dignidad de su actitud, indicaban un hombre de noble origen. Su traje era raro. Un ancho *burnous* de color oscuro sujeto por las mangas y lleno de lentejuelas multicolores, le envolvía de los hombros a los pies, y su cabeza estaba cubierta con una gorra de borla negra.

Dos horas después un mozo le sirvió el almuerzo sobre una mesa sujeta al piso de la cámara, que cubría un espeso tapiz bordado de flores. El personaje apenas hizo los honores a los manjares, delicadamente confeccionados de que se componía el almuerzo, excepción hecha del café aromático que contenían dos tacitas de plata finamente cinceladas. Después le trajeron una pipa oriental coronada de olorosa humareda, y colocando entre sus labios la boquilla de ámbar, volvió a sumergirse en su sueño en medio de los suaves vapores.

Así transcurrió parte del día, mientras el brig-goleta, ligeramente balanceado por las ondulaciones de las olas, seguía su marcha incierta por la superficie de aquel mar.

Hacia las cuatro Su Excelencia se levantó, dio algunos pasos, detúvose ante las escotillas, entreabiertas a la brisa, paseó una mirada por el horizonte y vino a detenerse ante una especie de trampa que disimulaba el tapiz. Esta trampa, que se abría oprimiéndolo en uno de sus ángulos, comunicaba con el pañol situado en el piso de la cámara.

Allí estaban, unos junto a otros, los tres barriles de que se ha hablado. El personaje, inclinado sobre la trampa, permaneció en aquella actitud por algunos instantes, como si la vista de los barriles le hubiera hipnotizado. Irguiéndose al fin, murmuró:

—¡No!... ¡No más dudas! Si no encuentro un islote ignorado adonde pueda esconderlos, vale más que sean arrojados al mar.

Cerró la trampa, sobre la que cayó el tapiz, y dirigiéndose hacia la escalera de la chupeta, subió a la toldilla.

Eran las cinco de la tarde. El tiempo no había cambiado. Un cielo surcado de ligeras nubes. Un poco inclinado por la débil brisa, con

sus amuras a babor; el barco dejaba tras sí una fina estela, que se desvanecía a los caprichos del cabrilleo.

Su Excelencia recorrió lentamente con la mirada el horizonte trazado sobre un fondo azul muy claro. Desde aquel lugar que ocupaba, una tierra de poca altura hubiera sido visible a una distancia de catorce o quince millas. Pero ningún perfil cortaba la línea del cielo y del agua.

Entonces el capitán avanzó hacia él, siendo acogido con esta inevitable pregunta:

—¿Nada?

Que trajo la inevitable respuesta:

—Nada, Excelencia.

Quedó el personaje silencioso durante algunos minutos.

Después fue a sentarse en uno de los bancos de popa, mientras el capitán se paseaba, haciendo maniobrar febrilmente su anteojo.

—Capitán —dijo cuando su mirada hubo observado el espacio por última vez.

—¿Qué desea Su Excelencia?

—Saber dónde estamos con toda exactitud.

El capitán tomó un mapa marino, y desplegándolo sobre la obra muerta:

—Aquí —respondió, indicando con el lápiz el lugar donde un meridiano y un paralelo se entrecruzaban.

—¿A qué distancia de esta isla, al E?

—A veintidós millas.

—¿Y de esta tierra?

—A unas veintiséis.

—¿Nadie en el navío sabe por qué parajes navegamos en este momento?

—Nadie, sino vos y yo, Excelencia.

—¿Ni tampoco cuál es el mar que atravesamos?

—Como hace tanto tiempo que recorreremos distintos lugares, el mejor marino no sabría decirlo.

—¡Ah! ¿Por qué mi mala fortuna me impide encontrar una isla que haya escapado a las exploraciones de los navegantes, o en defecto de una isla un islote, un peñasco, cuyo sitio conozca yo solo? Hubiese ocultado en él estos tesoros, y algunos días de travesía me hubieran bastado cuando llegase el tiempo de recogerlos... si ese tiempo ha de llegar.

Dicho esto, el personaje volvió a caer en un profundo silencio y fue a inclinarse encima de los empalmetados. Después de haber observado la profundidad líquida y tan transparente que la mirada podía sondarla hasta más de ochenta pies, volvióse con cierta vehemencia:

—¡Pues bien! —exclamó—. ¡He aquí el abismo al que confiaré mis riquezas!

—Él no las devolverá jamás. Excelencia.

—¡Mejor es que se pierdan a que caigan en manos enemigas o indignas!

—Como quiera.

—Si antes de esta noche no hemos descubierto ningún islote ignorado en estos lugares, los tres barriles serán arrojados al mar.

—Estoy a sus órdenes —respondió el capitán, que mandó virar.

El personaje volvió detrás de la toldilla, y poniéndose de codos sobre la obra muerta, se entregó a aquel estado de somnolencia que le era habitual.

El sol se ocultaba rápidamente. En aquella época, 9 de septiembre, que precede unos quince días al equinoccio, su disco iba a desaparecer a algunos grados del oeste; es decir, sobre un punto del horizonte que acababa de atraer la atención del capitán. ¿Existía en aquella dirección algún alto promontorio arrancado al litoral de un continente o de una isla? Hipótesis inadmisibles, toda vez que el mapa no señalaba ninguna tierra en un radio de quince a veinte millas en aquellos parajes muy frecuentados por los navíos de comercio, y, por consecuencia, muy conocidos por los navegantes. ¿Era un peñasco solitario, escollo que dominaba algunas toesas de superficie de las olas, sitio vanamente buscado

hasta entonces por Su Excelencia, para enterrar en él sus riquezas? Nada semejante se veía en la carta hidrográfica, muy precisa en esta parte del mar. Un islote con las rompientes de las que debía estar rodeado, con su cintura desordenada de rocío del mar y de resacas, no hubiera podido escapar a las investigaciones de los marinos. Los mapas lo hubieran señalado con exactitud. Mirando el suyo, el capitán podía afirmar que allí no había ni un solo escollo sobre aquel espacio, cuyo vasto perímetro abarcaban sus ojos.

—¡Es una ilusión! —pensó cuando dirigió de nuevo su anteojo hacia el lugar sospechoso.

Y en efecto, ningún lineamieto se habría dibujado tan débilmente como éste en su objetivo.

En aquel momento, las seis y algunos minutos, el disco solar comenzaba a morder el horizonte, silbando al contacto del mar, si hay que creer lo que en otra época decían los íberos. Al ponerse como al salir, la refracción lo dejaba aparecer todavía, entonces que había ya desaparecido del horizonte. La masa luminosa, oblicuamente proyectada sobre la superficie de las olas, se extendía en largo diámetro de oeste a este. Las últimas ondas, semejantes a líneas de fuego, temblaban bajo la brisa.

Este resplandor se apagó de repente cuando la parte superior del disco, desflorando la línea de agua, lanzó su rayo verde. El casco del brig-goleta quedó en la sombra, mientras las altas velas tomaban el color de púrpura de la última luz.

En el momento en que el crepúsculo iba a caer, una voz se oyó en las barras de mesana.

—¡Eh!

—¿Qué hay? —preguntó el capitán.

—¡Tierra por estribor!

¿Tierra, y en la dirección en que el capitán había creído percibir vagos contornos algunos minutos antes? No se había, pues, engañado.

Al grito del vigía los hombres se habían lanzado a los empalmetados y miraban hacia el oeste. El capitán, con su anteojo en

bandolera, cogió los obenques del palo mayor, trepó ligeramente por los escalones de la jarcia, y se puso a caballo sobre las barras de las amuras y escudriñó el horizonte por el sitio indicado.

El vigía no se había engañado. A una distancia de seis a siete millas sobresalía una especie de islote, cuyas líneas se dibujaban en negro sobre las extremas coloraciones del cielo. Parecía un escollo de mediana altura coronado de vapores sulfurosos. Cincuenta años más tarde un marino hubiera asegurado que era la chimenea de un *steamer* que pasaba. Pero en 1831 no se imaginaba que algún día los océanos serían cruzados por esas enormes máquinas de navegación.

Por lo demás, el capitán no tuvo tiempo para reflexionar. El islote se ocultó casi en seguida tras la bruma de la noche. No importaba: había sido visto. Sobre este particular no podía existir duda alguna.

El capitán volvió a bajar a la toldilla, y el personaje al que el incidente había sacado de su somnolencia le hizo seña de que se aproximase. Siempre la misma pregunta interrogativa:

—¿Y bien...?

—Sí, Excelencia.

—¿Tierra a la vista?

—Un islote por lo menos.

—¿A qué distancia?

—A unas seis millas al oeste.

—¿Y el mapa no indica nada en esa dirección?

—Nada.

—¿Está completamente seguro?

—Segurísimo.

—¿Será, pues, un islote desconocido?

—Tal creo.

—¿Es esto admisible?

—Sí, Excelencia, si ese islote es de reciente formación.

—¿Reciente?

—Tal creo, pues me ha parecido envuelto entre vapores volcánicos. En estos parajes las fuerzas plutónicas se ejercen

frecuentemente y se manifiestan por empujes submarinos.

—¡Tal vez es verdad, capitán! ¡Nada podría desear más que uno de esos bloques salidos repentinamente del mar! ¿No habrá nadie allí?

—Pertenece, por lo menos, al primer ocupante, Excelencia.

—¿A mí entonces?

—Sí, a usted.

—Vamos, pues, derechos a tierra.

—Derechos, pero con prudencia —respondió el capitán—. Nuestro brig-goleta arriesgaría estrellarse si los escollos se extienden a lo largo. Me parece mejor esperar el día para reconocer el lugar y acercarnos.

—Esperemos... adelantando hacia él.

—A sus órdenes.

Esto era tratar en marino. Un navío no puede aventurarse sobre estos altos fondos que no conoce. En las proximidades de una tierra nueva no se debe marchar más que con sonda y desconfiar de la noche.

El personaje regresó a su cámara; y aunque el sueño cerrase sus párpados, el grumete no tendría necesidad de despertarle a las primeras luces del alba: él estaría en cubierta antes de salir el sol.

El capitán no quiso abandonar el puente ni dejar al contraamaestre el cuidado de vigilar hasta la mañana. La noche transcurrió lentamente. El horizonte se fue haciendo indeciso, mientras su perímetro disminuía gradualmente. En el cenit, los últimos copos, aún hinchados de luz difusa, no tardaron en extinguirse. Desde hacía una hora la brisa soplaba poco. No se guardó más que la vela necesaria para conservar la acción del timón y mantener el barco en dirección.

Entretanto, en el firmamento brillaban las primeras constelaciones. Al norte la estrella polar miraba como un ojo inmóvil y sin resplandor vivo, mientras que Arturo resplandecía continuando la curva de la Osa Mayor. Al lado opuesto de la polar, Cariope trazaba su doble V resplandeciente. Capella aparecía exactamente

en el mismo sitio que la víspera, como al día siguiente, con los cuatro minutos de avance que comienzan su día sideral. En la calmada superficie del mar reinaba esa especie de languidez debida a la caída de la noche.

El capitán, puesto de codos en la parte anterior, no movía el montante del cabestrante en que se apoyaba. Sólo pensaba en el punto observado en la vaguedad del crepúsculo. Tenía dudas, de esas dudas que la oscuridad aumenta. ¿No habría sido víctima de una ilusión? ¿Era verdad que un nuevo islote había brotado en aquel lugar? Sí... Ciertamente. Conocía aquellos parajes por haberlos recorrido cien veces. El punto le había dado su posición a una milla, y ocho o diez leguas le separaban de las tierras más próximas. Pero si no se había engañado, ¿no podía suceder que el islote estuviese ya ocupado? ¿Que algún navegante hubiese ya plantado en él su pabellón? Los ingleses, esos traperos de los mares, se apresuran a meter en su cesto la tierra que encuentran en su camino. ¿No luciría una luz que indicase que ya se había tomado posesión de aquel lugar? Era posible que el nacimiento de aquel montón de rocas se remontase a algunas semanas, a algunos meses; y ¿cómo había escapado a las miradas de los marinos, al sextante de los hidrógrafos?

De aquí la impaciencia del capitán por que luciese el día. Nada indicaba, por otra parte, la dirección del islote: ni uno de aquellos reflejos de vapores en los que había aparecido envuelto, y que hubieran podido colorear las tinieblas con un tinte fulguroso. Por todas partes, el aire y el agua confundidos en la misma oscuridad. Las horas transcurrían. Ya las constelaciones circumpolares habían descrito un cuarto de su círculo en torno del eje del firmamento. Hacia las cuatro, las primeras luces brillaron a E NE. Esta luz permitió notar algunas ligeras nubes en el cenit. Precisos eran aún algunos grados para que el sol brillase. Pero no era indispensable tanta luz para permitir a un marino experto encontrar el islote señalado, caso de que existiera. En aquel momento el personaje

salió de la chupeta y llegó a la toldilla, donde el capitán se encontraba entonces.

—Y bien... ¿ese islote? —preguntó.

—Helo allí, Excelencia —respondió el capitán, mostrando un amontonamiento de rocas a menos de dos millas.

—Acerquémonos.

—A sus órdenes.



EN EL QUE SE DAN ALGUNAS EXPLICACIONES INDISPENSABLES

Que el lector no se asombre si Mehemet-Alí entra en escena al principio de este capítulo. Cualquiera que haya sido la importancia del ilustre bajá en la historia del Levante, no hará más que aparecer en esta novela, a causa de las relaciones, desagradables por cierto, que el personaje embarcado en el brig-goleta había tenido con este fundador del moderno Egipto.

En aquella época, Mehemet-Alí aún no había pretendido conquistar, gracias al ejército de su hijo Ibrahim, Palestina y Siria, que pertenecían al sultán Mahmud, el soberano de las dos Turquías de Asia y de Europa. Al contrario, el Sultán y el Bajá eran buenos amigos, habiendo aquél prestado a éste positivos auxilios para subyugar la Morea y reducir a la nada las veleidades de independencia de este pequeño reino de Grecia.

Durante algunos años Mehemet-Alí e Ibrahim estuvieron tranquilos en su bajalato. Pero sin duda este estado de vasallaje que les hacía simples súbditos de la Puerta pesaba a su ambición, y no buscaban más que la ocasión de romper aquellos lazos estrechamente apretados desde hacía largos siglos.

En Egipto vivía entonces un personaje cuya fortuna, acumulada por numerosas generaciones, se contaba entre las más considerables del país. Este personaje residía en El Cairo. Llamábase Kamyk-Bajá, y es el mismo al que el capitán del misterioso brig-goleta daba el título de Excelencia.

Hombre de extrema bravura, muy imbuido de orientalismo, se inquietaba por las tentativas de Europa para sojuzgar las poblaciones de Levante. Egipcio de nacimiento, era otomano de corazón, y comprendía que la resistencia a la invasión occidental sería más seria, más tenaz, más intransigente por parte del sultán Mahmud que por la de Mehemet-Alí. Así, consagróse en cuerpo y alma a la lucha. Nacido en 1780 de una familia de soldados, apenas contaba veinte años cuando se alistó en el ejército de Djezzar, donde adquirió pronto por su valor el título y grado de bajá. En 1799 arriesgó cien veces su libertad, su fortuna, hasta su vida batiéndose contra los franceses a las órdenes de Bonaparte, ayudado por los generales Kleber, Regnier, Lannes, Bon y Murat. Después de la batalla de El-Arish, hecho prisionero por los turcos, pudo quedar libre si hubiese querido suscribir la obligación de no armarse jamás contra los soldados de Francia. Pero resuelto a luchar hasta el fin, contando con la vuelta de la fortuna, terco en sus actos como en sus ideas, rehusó dar aquella palabra. Consiguió evadirse, y se encontró más encarnizado que nunca en los diversos encuentros que marcaron los conflictos de las dos razas. Estaba entonces decidido a defender hasta la muerte la integridad del territorio otomano.

Después de la rendición de Jaffa, el 6 de marzo, fue uno de los que la capitulación entregó bajo promesa de que no atentasen a su vida. Cuando estos prisioneros, en número de cuatro mil, la mayor parte albaneses, fueron conducidos ante Bonaparte, éste se sintió mortificado por tal captura, temiendo que aquellos terribles soldados no fuesen a reforzar la guarnición del bajá de San Juan de Acre. Así, mostrando ya que era uno de esos conquistadores a los que nada detiene, dio orden de que los fusilaran.

Esta vez no se ofreció a los prisioneros de El-Arish el perdón con tal de que se sometieran. No. ¡Se les condenó a morir! Cayeron sobre la arena, y aquellos a quienes las balas no tocaron, creyendo que se les hacía gracia encontraron la muerte a medida que avanzaban hacia la ribera.

No era de este modo ni en aquel lugar como Kamylik-Bajá debía perecer. Encontróse con unos hombres franceses —conviene recordarlo en honor suyo— a los que repugnó aquella espantosa carnicería, tal vez originada por las exigencias de la guerra. Estas animosas gentes consiguieron salvar algunos prisioneros. Uno de los cuales, marinero mercante, fue el que por la noche, rondando en torno de los arrecifes sobre los que se podían encontrar algunos desgraciados, recogió a Kamylik-Bajá gravemente herido de un balazo. Lo trasladó, a continuación, a lugar seguro, le cuidó y le curó. ¿Podría el último olvidar jamás tal servicio? Por supuesto que no. Cómo lo recompensó y en qué circunstancias lo hizo, es el objeto de esta curiosa y verídica historia.

Tres meses después Kamylik-Bajá estaba en pie.

La campaña de Bonaparte acababa de fracasar ante San Juan de Acre. Al mando de Abdallah, bajá de Damasco, el ejército turco había pasado el Jordán el 4 de abril, y de otra parte, la escuadra inglesa de Sydney-Smit cruzaba los parajes de Siria. Así, aunque Napoleón hubiese expedido la división Kleber con Junot; aunque se hubiese trasladado en persona al lugar del combate; aunque aniquilase a los turcos en la batalla del Monte Tabor, era demasiado tarde cuando acudió a amenazar de nuevo a San Juan de Acre. Un refuerzo de doce mil hombres había llegado. La peste aparecía, y el 20 de mayo Bonaparte se decidió a levantar el sitio.

Kamylik-Bajá creyó poder aventurarse a regresar a Siria. Volver a Egipto, país tan profundamente agitado en aquella época, hubiese sido la última imprudencia. Convenía esperar, y Kamylik-Bajá esperó durante cinco años. Gracias a su fortuna pudo vivir bien en las diversas provincias, al abrigo de la codicia egipcia. Estos años fueron señalados por la entrada en escena del hijo de un agá, cuya bravura había sido notada en la batalla de Abukir en 1799. Mehemet-Alí gozaba ya de tanta influencia que supo arrastrar a los mamelucos a rebelarse contra el gobernador Khosrew-Bajá, excitarles contra su jefe, deponer a Khurschid, el sucesor de

Khosrew, y, finalmente, hacerse proclamar virrey en 1806 con el consentimiento de la Sublime Puerta.

Dos años antes, Djezzar, el protector de Kamyk-Bajá, había muerto. Viéndose solo en aquel país, pensó que no corría ningún riesgo por regresar a El Cairo.

Tenía entonces veintisiete años, y nuevas herencias habían hecho de él uno de los más ricos personajes de Egipto. No sintiendo ninguna afición al matrimonio, con un carácter poco comunicativo, por gustarle la vida retirada, había conservado una viva afición por el oficio de las armas. Así, esperando que se le presentase ocasión para utilizar sus aptitudes, quiso emplear su actividad en largos viajes.

Pero ¿es que Kamyk-Bajá no tenía herederos directos, a los que fuera a parar su gran fortuna? ¿No existirían parientes colaterales en disposición para recibirla?

Un cierto Murad nacido en 1786, seis años más joven que él, era su primo. Separados por sus opiniones políticas, no se veían aunque ambos vivían en El Cairo. Kamyk-Bajá era partidario de los otomanos, cuyos intereses había defendido de un modo evidente. Murad luchaba contra la influencia otomana tanto con sus palabras como con sus actos, y no tardó en llegar a ser el más fogoso consejero de Mehemet-Alí cuando las empresas de éste contra el sultán Mahmud.

Este Murad, único pariente de Kamyk-Bajá, tan pobre como el otro rico, no podía contar con la fortuna de su primo si no se producía una reconciliación. Ésta no le debía llegar. Al contrario, la animosidad, el odio mismo con todos los procedimientos de la violencia, iba a hacer mayor el abismo abierto entre los únicos miembros de la familia.

Transcurrieron dieciocho años, de 1806 a 1824, durante los que el reino de Mehemet-Alí no fue turbado por guerras exteriores. Sin embargo, tuvo que luchar contra la influencia creciente y las terribles agitaciones de los mamelucos, sus cómplices, a los que él debía el trono. Una carnicería general llevada a cabo en 1811 en todo el

Egipto le libró de aquella mortificante milicia. Desde entonces largos años de tranquilidad fueron asegurados a los súbditos del virrey, cuyas relaciones con el Diván eran excelentes, en apariencia al menos, pues el Sultán desconfiaba, y no sin razón, de su vasallo.

Kamylk-Bajá fue a menudo el blanco del malquerer de Murad. Este, autorizado con los testimonios de la simpatía del virrey, no cesaba de excitar a su amo contra el rico egipcio.

Recordábale que era partidario de Mahmud, un amigo de los turcos, por los que había vertido su sangre. A creerle, era un personaje peligroso, sospechoso, tal vez un espía. Aquella enorme fortuna en una sola mano constituiría un peligro. En una palabra, hizo cuanto se puede hacer para despertar los amaños de un potentado sin principios ni escrúpulos.

Kamylk-Bajá no quiso preocuparse de ello. En El Cairo vivía en el aislamiento, y hubiera sido difícil tenderle un lazo en el que se dejara coger. Cuando abandonaba Egipto, era para hacer largos viajes. Entonces, en una nave de su pertenencia, que mandaba el capitán Zo, cinco años más joven que él y de una lealtad a toda prueba, paseaba por los mares de Asia y de Europa su existencia sin objeto; señalada por una altiva indiferencia por la humanidad.

Lugar es éste de preguntar si había olvidado al marinero francés que le salvó del fusilamiento decretado por Bonaparte. ¿Olvidado? No, sin duda. Tales servicios no se olvidan jamás. Pero ¿habían tenido recompensa? No era probable. ¿Entraba en el pensamiento de Kamylk-Bajá hacerlo más tarde, y esperaba la ocasión si alguna de sus excursiones marítimas le conducía hasta las aguas francesas? ¿Quién lo hubiera podido decir?

A parte de esto, hacia 1812, el rico egipcio no pudo dejar de comprender que era estrictamente vigilado durante sus estancias en El Cairo. Algunos viajes que quiso emprender le fueron prohibidos entonces por orden del virrey. Gracias a las incesantes sugerencias de su primo, su libertad estaba seriamente amenazada.

En 1823, éste, de treinta y siete años, acababa de casarse en condiciones poco propias para asegurarle una alta posición.

Habíase desposado con una joven *fellah*, casi una esclava. No causará, pues, asombro que quisiera continuar sus tortuosas astucias por las que esperaba comprometer la situación de Kamyk-Bajá, explotando para ello la influencia que poseía cerca de Mehemet-Alí, y de su hijo Ibrahim.

En Egipto iba a comenzar un período militar, en el que sus armas debían brillar. Era el año 1824. La guerra acababa de declararse contra el sultán Mahmud, y éste había llamado a su vasallo para que le ayudase a sofocar la rebelión. Ibrahim, seguido de una flota de ciento veinte naves, se dirigió hacia Morea, donde desembarcó.

Se ofrecía, pues, a Kamyk-Bajá la ocasión de volver a dar un poco de interés a su vida y desplegar su energía en estas peligrosas expediciones, abandonadas desde hacía veinte años, con tanto más ardor cuanto que se trataba de mantener los derechos de la Puerta, comprometidos por la sublevación del Peloponeso. Quiso alistarse en el ejército de Ibrahim: primera negativa. Quiso servir de oficial en las tropas del Sultán: segunda negativa. ¿No era esto una consecuencia de la nefasta intervención de aquellos que tenían interés en no perder de vista al pariente millonario?

La lucha de los griegos por su independencia debía, esta vez, terminarse con ventaja para aquella heroica nación. Después de tres años, durante los que fueron inhumanamente batidos por la tropa de Ibrahim, la acción combinada de las flotas francesa, inglesa y rusa destruyó la marina otomana en la batalla de Navarino en 1827, y obligó al virrey a devolver a Egipto sus barcos y su ejército. Ibrahim regresó entonces a El Cairo seguido de Murad, que había hecho la campaña del Peloponeso.

Desde aquel día la situación de Kamyk-Bajá empeoró. El odio de Murad desencadenóse tanto más violentamente cuanto que al principio del año 1829 tuvo un hijo de su matrimonio con la joven *fellah*. La familia aumentaba, pero no la fortuna, y era preciso que la de su primo pasara a las manos de Murad. El virrey no rehusaría prestarse a este despojo. Complacencias de este género se ven, no sólo en Egipto, sino en países de una civilización menos oriental.

El hijo de Murad se llamó Sauk.

Ante este estado de cosas, Kamyk-Bajá comprendió que no tenía más que un partido que tomar: reunir su fortuna, cuya mayor parte se componía de diamantes y piedras preciosas, y llevarla fuera de Egipto. Esto fue lo que hizo con tanta prudencia como habilidad, gracias a la intervención de algunos extranjeros habitantes de Alejandría, a los que el egipcio no dudó en confiarse. Confianza bien puesta por otra parte, y la operación se llevó a cabo en el mayor misterio. ¿Quiénes eran estos extranjeros y a qué nación pertenecían? Solamente Kamyk-Bajá lo sabía. Por lo demás, tres baúles con doble cubierta, cercados de hierro y semejantes a esas pipas donde se ponen los vinos de España, fueron secretamente a bordo de un *speronare* napolitano, y su propietario, acompañado del capitán Zo, tomó a su vez pasaje, no sin haber escapado a mil peligros, pues había sido seguido de El Cairo a Alejandría, y era espiado desde su llegada a esta ciudad.

Cinco días después el barco le dejaba en el puerto de Latakie, y de aquí él ganaba Alepo, lugar que había buscado para su nueva residencia. Ahora, en Siria, ¿qué, podía temer de Murad, bajo la protección de su antiguo general Abdallah, que había llegado a ser bajá de San Juan de Acre? ¿Cómo Mehemet-Alí, por audaz que fuera, hubiera podido alcanzarle en el fondo de una provincia sobre la cual la Sublime Puerta extendía toda su poderosa jurisdicción?

Esto, sin embargo, iba a ser posible.

En efecto: aquel mismo año —1830—, Mehemet-Alí rompió sus relaciones con el Sultán. Quebrar el lazo de vasallaje que le unía a Mahmud, unir Siria a sus posesiones de Egipto, llegar tal vez a ser soberano del Imperio otomano, no era mucho para la ambición del virrey. No fue difícil encontrar el pretexto.

Algunos *fellahs* tiranizados por los agentes de Mehemet-Alí habían debido buscar refugio en Siria, bajo la protección de Abdallah. El virrey reclamó la extradición de estos ciudadanos. El bajá de San Juan de Acre rehusó. Mehemet-Alí solicitó del Sultán autorización para reducir a Abdallah por las armas, Mahmud

respondió primero que los *fellahs* eran súbditos turcos y que no podía entregarles al virrey de Egipto. Pero a poco, deseoso de tener la ayuda de Mehemet-Alí, o al menos su neutralidad, al día siguiente de la rebelión del bajá de Escútari concedió la autorización pedida.

Diversos incidentes, entre otros la aparición del cólera en las Escalas del Levante, retrasaron la partida de Ibrahim a la cabeza de un ejército de treinta y dos mil hombres y de veintidós barcos de guerra. Kamyk-Bajá tuvo entonces lugar de reflexionar sobre los peligros que debía crearle el desembarco de los egipcios en Siria.

Tenía entonces cincuenta y un años, de una vida bastante atormentada, lo que pone a un hombre en los umbrales de la vejez. Muy cansado, muy desanimado, muy desilusionado, no aspiraba más que al reposo que había pensado encontrar en aquella tranquila ciudad de Alepo, pero los acontecimientos volvíanse todavía contra él. ¿Era prudente que permaneciese en Alepo en el momento en que Ibrahim se disponía a invadir Siria? Sin duda que sólo se trataba de ir contra el bajá de San Juan de Acre. Pero después de haber depuesto a Abdallah, ¿el virrey detendría su ejército victorioso? ¿Limitaríase su ambición al castigo de un culpable? ¿No aprovecharía la ocasión para intentar la conquista definitiva de aquella Siria, objeto constante de sus deseos? Después de San Juan de Acre, ¿las ciudades de Damasco, de Sidón, de Alepo, no serían amenazadas por los soldados de Ibrahim? Era de temer.

Kamyk-Bajá tomó esta vez una resolución definitiva. Lo que se buscaba era su fortuna, codiciada por Murad, y que éste pretendía arrancarle. Preciso era, pues, hacer desaparecer esta fortuna depositándola en un lugar tan secreto que nadie pudiera descubrirla. Después dejaría venir los sucesos. Más tarde, y bien porque Kamyk-Bajá se decidiese a huir de aquel país de Oriente a pesar de estar tan ligado a él, bien porque Siria volviese a estar en condiciones de seguridad lo bastante estables para poder establecerse en ella, él iría a coger su tesoro del sitio donde lo ocultara.

El capitán Zo aprobó los proyectos de Kamyk-Bajá, y ofreció ejecutarlos de tal modo que el secreto no pudiera ser jamás descubierto. Compróse un brig-goleta. Formóse una tripulación compuesta de diversos elementos, de marineros que ningún lazo de unión tenían, ni aún el de la nacionalidad. Los barriles fueron embarcados sin que nadie pudiera sospechar lo que encerraban. El 13 de abril, el barco en el que tomó pasaje Kamyk-Bajá en el puerto de Latakia se hizo a la mar.

Se sabe que la voluntad del egipcio era descubrir un islote cuyo lugar no fuese conocido más que del capitán y de él. Importaba, pues, que la tripulación fuese despistada de forma que no pudiese apreciar la dirección seguida por el barco. El capitán Zo, durante quince meses, lo procuró así, modificando la ruta en todos los sentidos. ¿Había salido del Mediterráneo? ¿Había vuelto? ¿Se navegaba por Europa cuando el islote fue advertido? Lo cierto era que el brig-goleta había sido arrastrado sucesivamente por climas diferentes, por zonas distintas, y que el mejor marinero de a bordo no hubiera podido decir dónde se encontraba actualmente. Aprovechado para varios años, jamás había tocado en tierra más que para hacer provisiones de agua, alejándose después de aquellos sitios que sólo conocía el capitán Zo.

Sábese también que Kamyk-Bajá había, durante largo tiempo, navegado antes de encontrar un islote conveniente a sus propósitos, y que, cuando se disponía a arrojar sus riquezas al mar, el islote tan impacientemente buscado acababa de aparecer al fin.

Tales eran los sucesos que, uniéndose a la historia de Egipto y de Siria, importaba mencionar. En lo sucesivo apenas nos referiremos a ellos. Esta novela va a tomar un carácter más fantástico que el que este grave principio parece indicar. Pero es preciso apoyarla en una base sólida, y esto es lo que el autor ha hecho, o por lo menos ha intentado hacer.



EN EL QUE UN ISLOTE DESCONOCIDO ES TRANSFORMADO EN UNA CAJA
DE CAUDALES INFRANQUEABLE

El capitán Zo dio sus órdenes al timonel e hizo reducir la vela para maniobrar bien. Soplaban una ligera brisa matinal del noreste. El brig-goleta iba a poder aproximarse al islote con el gran foque, la gavia y la cangreja. Si la mar se elevaba, el barco encontraría abrigo contra las olas al pie mismo del islote.

Mientras Kamyk-Bajá, acodado en la barandilla de la toldilla, miraba con atención, el capitán, colocado avante, maniobraba como marino prudente en medio de los escollos de los que nada le decían sus mapas.

En efecto, el peligro estaba allí. Bajo aquellas tranquilas aguas sin rompientes era difícil reconocer las rocas que se ocultaban. Nada indicaba el camino que debía seguirse. Parecía que la entrada al islote estuviera franca. En las proximidades, ningún vestigio de arrecifes. El contramaestre, que arrojaba la sonda, no indicaba ningún levantamiento brusco del fondo del mar.

He aquí ahora el aspecto que presentaba el islote visto a una milla de distancia, a aquella hora en que el sol lanzaba sus rayos oblicuamente de este a oeste, después de haber disipado algunas brumas que lo cubrían al nacer el día.

Era un islote, nada más que un islote, del que ningún Estado hubiera pensado en reivindicar la posesión, pues realmente no valía la pena, excepción hecha de Inglaterra, claro está.

Lo que probaba que aquel montón de rocas era desconocido para los navegantes y los hidrógrafos, y que no podía figurar en los más modernos mapas, era que Gran Bretaña no había aún hecho otro Gibraltar para mandar en aquellos lugares. Sin duda estaba situado fuera de las rutas marítimas, y además acababa de nacer.

Como conformación general, el islote le ofrecía la apariencia de un terreno bastante unido, cuyo perímetro medía cerca de trescientas toesas, un óvalo irregular de ciento cincuenta toesas de ancho y de sesenta a ochenta de largo. No era una aglomeración de esas rocas colocadas unas sobre otra que parecen desafiar las leyes del equilibrio. No cabía duda de que provenía de un levantamiento tranquilo y gradual de la corteza telúrica, y había lugar para pensar que su origen no era debido a un levantamiento súbito, sino a una lenta emersión de las profundidades del mar. Sus bordes no se cortaban en caletas más o menos profundas. Sin ninguna semejanza con una de esas conchas en las que la Naturaleza prodiga las mil fantasías de su capricho, presentaba una especie de regularidad de la valva superior de una ostra, o más bien del caparazón de una tortuga. Este caparazón se redondeaba, levantándose hacia el centro, de tal forma que su punto culminante se elevaba unos ciento cincuenta pies sobre el nivel del mar.

¿Había árboles en la superficie? Ni uno solo. ¿Vestigios de vegetación? Ninguno. ¿De exploración? Tampoco. Aquel islote no había sido jamás habitado —no había duda de ello—, ni podía serlo. Dado el paraje en que se encontraba y su extrema aridez, Kamyk-Bajá no hubiera podido encontrar lugar mejor para la garantía, la seguridad y el secreto del depósito que quería confiar a las entrañas de la tierra.

—Parece que la Naturaleza lo ha hecho ex profeso —se decía el capitán Zo.

Entre tanto, el brig-goleta navegaba lentamente, disminuyendo poco a poco lo que le quedaba de velamen. Después, cuando sólo le separaba del islote la distancia de un cable, se dio orden de anclar. El ancla, separada de la serviola y arrastrando la cadena a

través del escobén, fue a clavarse en el fondo de una profundidad de veintiocho brazas.

Se vio que las pendientes de aquella masa rocosa estaban singularmente apuntaladas, por aquel lado al menos. Un navío hubiera podido aproximarse más, tal vez hasta costearla sin riesgo de chocar. Sin embargo, lo más prudente era mantenerse a cierta distancia.

Cuando el brig-goleta estuvo anclado, el contra maestre hizo cargar las últimas velas y el capitán Zo subió a la toldilla.

—¿Debo hacer preparar el bote grande, Excelencia? —preguntó.

—No, la canoa. Prefiero que desembarquemos los dos solos.

—A sus órdenes.

Un momento después, el capitán, con dos ligeros remos en la mano, estaba sentado en la proa de la canoa, y Kamyk-Bajá en la popa. En algunos instantes la pequeña embarcación llegó a un lugar donde el desembarco era fácil.

El arpeo fue sólidamente fijado en un intersticio de la roca, y Su Excelencia tomó posesión del islote.

No hubo pabellón desplegado, ni cañonazo alguno en aquella circunstancia. No era un Estado el que ejecutaba el acto de primer ocupante; era un particular el que desembarcaba en aquel islote con el pensamiento de abandonarlo tres o cuatro horas después.

Kamyk-Bajá y el capitán Zo se fijaron ante todo en que los flancos del islote, descansando sólo sobre un suelo arenoso, salían del mar con una inclinación de cincuenta a sesenta grados. No había, pues, duda de que su formación fuese debida a un levantamiento del fondo submarino.

Comenzaron su exploración circularmente, pisando una especie de cuarzo cristalizado virgen de toda humana planta. En ningún punto el litoral parecía haber sido corroído por el ácido de las olas. En su superficie seca y de naturaleza cristalina no se veía más liquido que el agua en el fondo de estrechas balsas a causa de las últimas lluvias. La vegetación consistía únicamente en líquenes, hinojo marino y otras especies bastante rústicas para vegetar en las

rocas, donde el viento ha depositado algunos gérmenes. Ninguna concha, anomalía verdaderamente inexplicable. Por aquí y allá excrementos de aves, y varias parejas de gaviotas, únicos representantes de la vida animal en aquellos parajes. Después que hubieron terminado su exploración, Kamyk-Bajá y el capitán se dirigieron hacia la tumescencia del centro. Ninguna parte de los bordes del perímetro testimoniaba una visita antigua o reciente. Por todas partes la limpieza de las rocas de los flancos, y, si se permite la expresión, la limpidez cristalina. Ninguna señal, ninguna mancha.

Cuando ambos subieron a la protuberancia que se levantaba en mitad de aquella caperuza, dominaron el nivel del océano en unos ciento cincuenta pies. Sentados el uno junto al otro, observaron curiosamente el horizonte que se ofrecía a sus miradas.

Sobre la vasta extensión en la que reverberaban los rayos solares, ni un punto de tierra a la vista. Así pues, el islote sólo pertenecía a una de esas agrupaciones donde se alzan los atolones en mayor o menor número. Ninguna cima accidentaba aquella porción de mar. El capitán Zo en vano buscó con el anteojo alguna vela en aquella área inmensa. Estaba desierta en aquel momento, el brig-goleta no corría el riesgo de ser visto durante las cinco o seis horas que debía de estar anclado.

—¿Estás cierto de nuestra posición, hoy 9 de septiembre? —preguntó entonces Kamyk-Bajá.

—Cierto, Excelencia —respondió el capitán Zo—. Además, para mayor seguridad, voy a rehacer cuidadosamente el punto.

—En efecto eso es de importancia. Pero ¿cómo explicar que este islote no esté en los mapas?

—Porque, en mi opinión, es de formación reciente, Excelencia. En todo caso debe bastarle el que no figure en esos mapas y que tengamos la seguridad de encontrarlo de nuevo en este lugar el día en que desee volver.

—Sí, capitán. ¡Cuando hayan pasado estos malos tiempos! ¿Qué me importa que este tesoro quede por largos años escondido en estas rocas? ¿No estará más seguro que en mi casa de Alepo?

¡Aquí, ni el virrey, ni su hijo Ibrahim, ni ese indigno Murad, podrán jamás venir a despojarme de él! ¡Antes que entregar esta fortuna a Murad, hubiera preferido arrojarla al fondo de los mares!

—Extremo deplorable —respondió el capitán Zo—, pues el mar jamás devuelve lo que se ha confiado a sus abismos. Es, por tanto, una felicidad que hayamos descubierto este islote. Él por lo menos guardará sus riquezas y se las restituirá fielmente.

—Vamos —dijo Kamyk-Bajá levantándose—. Es preciso que la operación se ejecute rápidamente, y vale más que nuestro navío no sea visto...

—A sus órdenes...

—¿Nadie a bordo sabe dónde estamos?

—Nadie, se lo repito a Su Excelencia.

—¿Ni en qué mar?

—Tampoco. Hace quince meses que recorremos los océanos, y en quince meses un navío puede franquear grandes distancias entre los continentes sin que nadie lo sepa.

Kamyk-Bajá y el capitán Zo descendieron hacia el sitio donde su canoa les aguardaba.

En el momento de embarcar el capitán dijo:

—Y terminada esta operación, ¿su Excelencia querrá que tomemos rumbo a Siria?

—No es tal mi intención. Esperaré antes de regresar a Alepo que los soldados de Ibrahim hayan evacuado la provincia, y que el país haya recobrado su calma bajo la mano de Mahmud.

—¿No piensa que puede ser unida a las posesiones del virrey?

—¡No! ¡Por el Profeta, no! —exclamó Kamyk-Bajá, a quien esta hipótesis hizo perder su flema habitual—. Que por un tiempo, del que espero ver el fin, Siria sea anexionada al dominio de Mehemet-Alí, es posible, ¡pues los designios de Alá son inescrutables! Mas que no vuelva a título definitivo al poder del sultán... ¡No lo querrá Alá!

—¿Dónde cuenta Su Excelencia refugiarse al abandonar estos mares?

—En ninguna parte... En ninguna parte. ¡Puesto que mi tesoro estará seguro entre las rocas de este islote, que quede aquí! Nosotros, capitán Zo, continuaremos navegando, como durante tantos años lo hemos hecho juntos.

—A sus órdenes.

Pocos instantes después estaban de regreso a bordo.

Hacia las nueve el capitán procedió a una primera observación del sol destinada a obtener la longitud, lo que completaría con una segunda al mediodía, cuando el astro pasase por el meridiano, y que le daría la latitud. Se hizo llevar su sextante, tomó la altura, y como había dicho a Su Excelencia, llevó la exactitud de la operación tan lejos como fue posible. Anotado el resultado, el capitán bajó a su camarote a fin de preparar los cálculos que debían fijar las coordenadas del lugar del islote, y que terminaría la altura meridiana obtenida.

Pero antes había dado las órdenes convenientes para que la chalupa fuera aprestada. Sus hombres debían embarcar en ella los tres barriles depositados en la cueva, así como los útiles y el cemento necesarios para enterrarlos.

Antes de las diez todo estaba dispuesto. Seis marineros a las órdenes del contramaestre ocupaban la chalupa. No sospechaban el contenido de los tres barriles, ni la razón por la que iban a ser escondidos en un rincón de aquel islote. Esto no les concernía ni les inquietaba. Marineros acostumbrados a la obediencia, no eran más que máquinas funcionando, sin preguntar jamás el porqué de las cosas.

Kamylk-Bajá y el capitán Zo tomaron asiento en la popa de la chalupa, llegando al islote con algunos golpes de remos.

Se trataba primero de buscar un lugar conveniente para la excavación, ni demasiado cerca de los bordes amenazados por los golpes de mar en los malos tiempos del equinoccio, ni demasiado alto para evitar el peligro de un hundimiento. Este sitio se encontró en la base de la roca tallada a pico sobre una de las vertientes del islote, orientadas hacia el sureste.

A una orden del capitán Zo, los hombre desembarcaron los barriles y los útiles, yendo a su encuentro. Después comenzaron a atacar el suelo en aquel sitio.

El trabajo fue rudo. El cuarzo cristalizado es materia dura. A medida que los picos lo hacían saltar, los fragmentos eran reunidos cuidadosamente, pues habían de emplearse en tapar la excavación después de depositar en ella los barriles. Preciso fue una hora para obtener una cavidad cuya profundidad medía de cinco a seis pies por igual anchura, verdadera fosa en la que el sueño de un muerto no sería jamás turbado por el desencadenamiento de las tempestades.

Kamylk-Bajá estaba algo lejos, con la mirada pensativa, el espíritu entristecido por alguna dolorosa obsesión. ¿Se preguntaba si no haría bien en ponerse al lado de su tesoro para dormir allí el sueño eterno? Y verdaderamente, ¿dónde encontrar más seguro abrigo contra la injusticia y la perfidia de los hombres?

Cuando los barriles fueron descendidos al fondo de la excavación, Kamylk-Bajá fue a mirarlos por última vez. ¿En aquel momento el capitán tuvo el pensamiento —tan singular fue la actitud de Su Excelencia— de que iba a dar contraorden, renunciando a su proyecto y volviendo al mar con sus riquezas? No, y con un gesto indicó a los hombres que continuasen su trabajo. Entonces el capitán hizo que sujetasen los tres barriles unos a los otros, y los unió con pedazos de cuarzo después de darles un baño de cal hidráulica; formaron así bien pronto una masa tan compacta como la misma roca del islote. Después, con piedras, llenaron la fosa hasta ponerla a ras del suelo. Cuando las lluvias y las ráfagas limpiaran su superficie, sería imposible descubrir el lugar en que el tesoro acababa de ser enterrado.

Preciso era hacer alguna señal en el sitio para que el interesado pudiera reconocerlo algún día. Así, sobre la parte vertical de la roca que se alzaba tras la excavación, el contramaestre grabó con un escoplo un monograma, cuyo facsímil exacto era éste:

XK

Eran las dos kaes del nombre de Kamyk-Bajá unidas, y con las que firmaba habitualmente.

No había razón para prolongar la estancia en el islote. La caja de caudales estaba ahora sellada en el fondo de aquella fosa. ¿Quién podría descubrirla en aquél sitio? ¿Quién, arrancarla de aquel escondite ignorado? No, estaba segura; y si Kamyk-Bajá, si el capitán Zo se llevaban este secreto a la tumba llegaría el fin del mundo sin que nadie supiese aquello.

El contraestre hizo embarcar de nuevo a sus hombres, mientras que Su Excelencia y el capitán quedaban sobre una roca del litoral. Algunos minutos después la chalupa vino a buscarles y les condujo al brig-goleta; inmóvil sobre su ancla.

Eran las once y cuarenta. El tiempo era magnífico. Ni una nube en el cielo. Antes de un cuarto de hora el sol tocaría el meridiano. El capitán fue a buscar su sextante, disponiéndose a tomar la altura meridiana. Hecho esto dedujo la latitud, de la que se sirvió para obtener la longitud, calculando el ángulo horario después de la observación hecha a las nueve, y obtuvo de este modo la posición del islote con una aproximación que no tendría más que un error de una media milla.

Terminado este trabajo se disponía a subir al puente cuando se abrió la puerta de su cámara, apareciendo Kamyk-Bajá.

—¿Está tomado el punto? —preguntó.

—Sí, Excelencia.

—Dame.

El capitán le tendió la hoja de papel sobre la que había establecido sus cálculos.

Kamyk-Bajá leyó atentamente, como si hubiera querido grabar en su memoria el lugar del islote.

—Conservarás cuidadosamente este papel —dijo al capitán—. Pero en cuanto al diario de a bordo, donde desde hace quince meses has apuntado nuestra ruta...

—Nadie verá nunca ese diario, Excelencia.

—Para que estemos seguros de ello lo vas a destruir al instante.

—A sus órdenes.

El capitán Zo tomó el registro en el que constaban las diversas direcciones seguidas por el brig-goleta. Lo rompió y lo quemó a la llama de un farol.

Kamylk-Bajá y el capitán volvieron entonces a la toldilla, y una parte del día transcurrió en aquel anclaje.



Hacia las cinco de la tarde, algunas nubes aparecieron al oeste. A través de sus desgarrones el sol poniente lanzaba sus rayos, que hacían brillar las olas con puntitos luminosos.

El capitán sacudió la cabeza, como marino a quien no gusta el aspecto del tiempo.

—Excelencia —dijo—, hay brisa fuerte en esos vapores; tal vez borrasca para la noche. Este islote no nos ofrece abrigo alguno, y antes de que sea más tarde podríamos haber andado unas diez millas.

—Nada nos detiene aquí, capitán —respondió Kamyk-Bajá.

—Partamos, pues.

—Por última vez, ¿no tienes necesidad de comprobar tu posición en latitud y longitud, de volver a tomar la altura?

—No, Excelencia; estoy seguro de mis cálculos como de ser hijo de mi madre.

—Démonos, pues, a la vela.

—A sus órdenes.

Los preparativos se hicieron rápidamente. El ancla fue izada a la serviola, las velas desplegadas y el camino empezado al oeste del cuarto norte.

De pie en la popa, Kamyk-Bajá siguió con la mirada el islote desconocido mientras las vagas luces de la tarde dibujaban sus contornos; después el montón rocoso se hundió en las brumas. Pero el rico egipcio estaba seguro de encontrar cuando quisiera el lugar, y con él aquel tesoro que le había confiado, tesoro de un valor de cien millones de francos en oro, diamantes y piedras preciosas.

IV

EN EL QUE ANTIFER Y EL PATRÓN GILDAS TREGOMAIN, DOS AMIGOS QUE
NO SE PARECEN NADA, SON PRESENTADOS AL LECTOR

Todos los sábados, hacia las ocho de la noche, fumando en su pipa —corta de tubo—, Antifer se encolerizaba terriblemente, consolándose después merced a su vecino y amigo el patrón Gildas Tregomain. ¿Cuál era el origen de aquel furor? Un viejo atlas, uno de cuyos mapas estaba enclavado junto a la proyección planisférica de Mercator, y en el que Antifer no conseguía encontrar lo que buscaba.

—¡Latitud del demonio! —exclamaba—. Aunque atravesase el horno de Belcebú, será preciso que me decida a seguirla de un punto a otro.

Y en espera de ejecutar este proyecto, Antifer arañaba con la uña la referida latitud. Así pues, el mapa en cuestión estaba lleno de puntos marcados con lápiz, agujereado por las puntas del compás como un colador de café.

La latitud aquella estaba cifrada de este modo en un pergamino de un amarillo que rivalizaba con el de una vieja tela del pabellón español:

Veinticuatro grados, cincuenta y nueve minutos norte.

Más abajo se leían estas palabras, escritas con tinta roja en un ángulo del pergamino:

«Recomendación formal a mi hijo de no olvidarlo jamás».

Y Antifer gritaba:

«Esté tranquilo, padre... no he olvidado ni olvidaré jamás tu latitud. ¡Pero maldito si entiendo para qué puede servir esto!».

Aquella tarde, 26 de febrero de 1862, Antifer se abandonó a su ira habitual. Con el pecho lleno de tempestades juró como un gaviero, y rompió la piedra que tenía, como de costumbre, en la boca, y que rechinó bajo sus dientes; tomó su pipa, que se apagó veinte veces y que encendió gastando una caja de cerillas, arrojó el atlas a un rincón, rompió un caracol que adornaba la chimenea, golpeó con el pie en el suelo, y con una voz acostumbrada a dominar el ruido de las borrascas.

—¡Nanón! ¡Énogate! —gritó haciendo una bocina con una hoja de cartón arrollada.

Énogate y Nanón ocupadas la una en hacer media, la otra en planchar cerca del fogón de la cocina, juzgaron que era tiempo de poner paz en aquel turbión de los elementos domésticos.

La casa de Antifer era una de esas antiguas casas de Saint-Malo, construida de granito, con fachada a la calle de Hautes-Salles, y que se componía de piso bajo y dos altos, comprendiendo dos cámaras cada uno. Por detrás, desde el último se dominaba el camino hasta la muralla. Sus muros de granito desafiaban los proyectiles de los antiguos tiempos, sus estrechas ventanas tenían travesados de hierro, la puerta maciza, de encina, llena de herrajes y con un llamador que se oía en San Fernando cuando Antifer llamaba; en su tejado pizarroso se veían, muchas ventanillas, por las que a veces salía el antejo del antiguo marino retirado. Esta casa, mitad cárcel, mitad bastida, poseía magníficas vistas. A la derecha la Grand-Be, un rincón de Cezembrela, Punta de Décollé, y el cabo Frehel; a la izquierda la desembocadura del Ranee, la playa de Prieuré, cerca de Dinard y hasta la cúpula de Saint-Servan.

En otra época Saint-Malo era una isla, y tal vez Antifer sentía el tiempo en que hubiera podido ser insular.

Por otra parte se tiene el derecho de estar orgulloso de ser hijo de esa ciudad del Amor que ha dado tantos hombres a Francia, entre otros Duguay Trouin, cuya estatua saludaba nuestro digno

marino todas las veces que pasaba ante ella; Lamennais, aunque este escritor no le interesaba, y Chateaubriand, del que sólo la última obra conocía. Queremos nombrar el modesto y orgulloso sepulcro erigido sobre el estrecho del Grand-Be que lleva el nombre del ilustre autor.

Antifer Pierre-Servan-Malo tenía entonces cuarenta y seis años. Desde hacía dieciocho meses se había retirado, poseyendo un capital bastante para él y los suyos, Algunos miles de francos de renta era lo que había ganado en sus viajes a bordo de dos o tres buques que había mandado, y de los que siempre Saint-Malo era el puerto de atraque. Estos navíos, que pertenecieron a la casa de *Baillif y Compañía*, hacían el gran cabotaje de la Mancha, del mar del norte, del Báltico y hasta del Mediterráneo. Antes de llegar a aquella alta posición, Pierre Antifer había recorrido el mundo. Este buen marino, duro para él mismo como para los demás, con un valor a toda prueba y de una tenacidad que no se detenía ante ningún obstáculo, tenacidad de bretón, ¿deseaba el mar? No, puesto que lo había abandonado en lo mejor de su edad. ¿Había contribuido el estado de su salud en su decisión? Tampoco: estaba tallado en el puro granito de las costas armoricanas.

Bastaba, con efecto, mirarle, oírle, recibir un apretón de manos, de los que no era avaro, para comprenderlo. Era un hombre rechoncho, de mediana estatura, cabeza cuadrada, cabellera erizada como la de un puerco espín, rostro curtido por el mar y ennegrecido por el sol de las bajas latitudes. Su barba, como el líquen de las rocas, ya canosa como su pelo; ojos vivos, verdaderos carbunclos, con resplandores de azabache; nariz gruesa, con dos honduras en su nacimiento, como las cuencas de un caballo viejo; dentadura sana y completa, que rechinaba bajo las convulsiones de su mandíbula, tanto más cuanto que su propietario tenía siempre una piedrecita en la boca; orejas peludas, con pabellón en forma de corneta, lóbulo pendiente, el de la derecha con arete de cobre que figuraba un ancla; en fin, el cuerpo delgado, sostenido por unas piernas nerviosas, abriéndolas en ese ángulo que permitía resistir

los vaivenes. En todo él se adivinaba un vigor poco común, debido a aquellos músculos propios de un gladiador romano; la salud de hierro del que come y bebe bien, y que tiene derecho por largo tiempo a la patente limpia de salud.

¡Pero qué nerviosismo, qué fuego encerraba aquel ser, que cuarenta y seis años antes había sido inscrito en los registros de su parroquia bajo el significativo nombre de Pierre-Ser-van-Malo Antifer!

Aquella tarde se paseaba, se movía, haciendo temblar la sólida casa hasta hacer pensar que se desencadenaba en su base una de esas mareas del equinoccio que suben a una altura de cincuenta pies y cubren de espuma la mitad de la ciudad.

Nanón, viuda de Goat, de cuarenta y ocho años, era la hermana de nuestro marino.

Su marido, sencillo hacendado, empleado en la casa de Le Baillif, muerto joven, le había dejado una hija, Énogate, de la que se había encargado Antifer, desempeñando a conciencia y con gran disciplina su oficio de tutor.

Nanón amaba a su hermano, y temblaba ante él y se inclinaba bajo el peso de las borrascas de su carácter.

Énogate, encantadora, con sus cabellos rubios, sus ojos azules, su frescura, su fisonomía inteligente y su gracia natural, era más resuelta que su madre, y alguna vez hacía frente a su terrible tutor.

Éste la adoraba y quería que fuese la más dichosa de las hijas de Saint-Malo, como era una de las más bellas.

Las dos mujeres aparecieron en el umbral de la habitación; la una con sus largas agujas de hacer media, y la otra con la plancha, que acababa de retirar del fuego, en la mano.

—¿Qué hay? —dijo Nanón.

—Hay mi latitud, mi infernal latitud —respondió Antifer.

Y se propinó un puñetazo, que hubiera roto otro cráneo que no fuese el suyo.

—Tío —dijo Énogate—, no es razón que esa latitud te turbe la cabeza para poner la habitación en desorden.

Y recogió el atlas, mientras Nanón hacía lo mismo con los pedazos de caracol, reducidos a polvo como si hubieran estallado bajo la acción de un explosivo.

—¿Lo has roto tu, tío?

—Sí, yo... Si hubiera sido otro pasaría un mal cuarto de hora.

—¿Y por qué tirarlo?

—Porque la mano me lo pedía.

—Ese caracol era un regalo de nuestro hermano —dijo Nanón—, y has hecho mal.

—Aunque me lo repitas hasta mañana no por eso tendrá remedio.

—¿Qué dirá mi primo Juhel? —exclamó Énogate.

—No dirá nada, y hará bien —respondió Antifer, manifestando disgusto por no tener delante más que dos mujeres, en quienes no podía razonablemente descargar su cólera.

—Y a propósito —añadió—, ¿dónde está Juhel?

—Sabes, tío, que ha partido para Nantes —respondió la joven.

—Nantes... ¡Ésta es otra! ¿Qué ha ido a hacer en Nantes?

—Tú mismo le has enviado... Ya sabes... el examen de capitán mercante.

—Capitán mercante... Capitán mercante —gruñó Antifer—. ¿No le hubiese bastado ser, como yo, contra maestre de cabotaje?

—¡Hermano —observó tímidamente Nanón—, si tú lo has querido así!...

—¡Vaya una razón! Si no lo hubiese querido, ¿no hubiera partido también para Nantes? Además... saldrá mal.

—No, tío.

—Sí, sobrina; y si es así, le prometo un gran recibimiento.

Comprenderéis que no había modo de entenderse con semejante hombre. Por una parte no quería que Juhel se presentase a examen para capitán mercante, y por otra, si salía mal el dicho Juhel, recibiría un sermón en el que aquellos asnos de examinadores, aquellos comerciantes de hidrografía, serían tratados de lindo modo.

Pero Énogate tenía sin duda el presentimiento de que el joven no saldría mal; primero porque era su primo, después porque era un mozo inteligente y estudioso, y, en fin, porque la amaba y ella también, y se debían casar. ¡Imaginad tres razones mejores que éstas!

Conviene añadir que Juhel era sobrino de Antifer, el que le había servido de tutor, hasta su mayoría de edad. Muy niño, quedó huérfano. Su madre murió al darle a luz, y su padre, teniente de un buque, había muerto algunos años más tarde. No asombrará que estuviese escrito que fuese marino. Énogate tenía razón para pensar que obtendría sin trabajo su título de capitán mercante. Tampoco lo dudaba el tío, pero estaba de muy mal humor para convenir en ello.

Y esto le importaba tanto más a la joven, cuanto que el matrimonio concertado de tiempo atrás entre su primo y ella debía celebrarse en seguida que el primero obtuviese su título. Amábanse los dos jóvenes con ese franco y puro amor que debe bastar a la dicha del matrimonio. Nanón veía con júbilo aproximarse el día en que se celebrase. ¿De dónde había de venir ningún obstáculo, puesto que el jefe, tío y tutor a la vez, daba su consentimiento, o al menos se había reservado darlo para cuando el joven fuese capitán? Claro es que Juhel había hecho un aprendizaje completo de su oficio, siendo grumete primero a bordo de uno de los barcos de la casa *Le Baillif* marino al servicio del Estado, y teniente durante tres años en la marina mercante. No le faltaban ni la práctica ni la teoría. En el fondo, Antifer se mostraba muy orgulloso de su sobrino. Pero tal vez hubiese soñado para él un casamiento mejor, como tal vez hubiese deseado para su sobrina un partido más rico, puesto que no había muchacha más encantadora en todos los contornos.

—¡Y hasta en la Ile-et-Vilaine! —repetía, bien decidido a extender su afirmación a toda la Bretaña.

Y en caso de que un millón hubiese caído en sus manos, él, que era tan feliz con sus cinco mil francos de renta, no hubiera sido

imposible que perdiese la cabeza abandonándose a sueños insensatos. Entretanto Énogate y Nanón habían puesto un poco de orden en el cuarto del terrible hombre. Éste iba y venía, revolviendo los ojos, aún iluminados de coléricos resplandores, prueba de que no había concluido la tormenta y que podía estallar de un momento a otro. Cuando miraba un barómetro colgado en la pared parecía que su furia redoblaba, porque el tal instrumento marcaba lo mismo que antes.

—Así pues, ¿Juhel no ha vuelto? —preguntó a Énogate.

—No, tío.

—¿Y son las diez?

—No, tío.

—¡Veréis cómo llega tarde al tren!

—No, tío.

—¡Ah! ¿Quieres contradecirme en todo?

—No, tío.

A pesar de los signos desesperados de Nanón, la joven bretona estaba resuelta a defender a su primo de las injustas acusaciones de su tío.

Decididamente el rayo no estaba lejos. Pero ¿no había un pararrayos capaz de recoger toda la electricidad acumulada en Antifer? Tal vez sí. Por esto Nanón y su hija se apresuraron a obedecerle cuando gritó con estentórea voz:

—Que se vaya a buscar a Tregomain.

Ellas abandonaron el cuarto, abrieron la puerta de la calle y corrieron a cumplir la orden de Antifer.

—¡Dios mío! ¡Con tal de que esté en su casa! —se decían.

Estaba, y cinco minutos después se encontraba en presencia de Antifer.

Gildas Tregomain tiene cincuenta y un años. Puntos de semejanza con su vecino: es célibe como él; ha navegado como él; no navega más, como Antifer, y como éste, ha tomado su retiro; por último, es también de Saint-Malo. Con esto concluye el parecido. Por lo demás, Gildas Tregomain es tan calmoso como Antifer es

vivo; tan filósofo como el otro lo es poco; tan acomodaticio como Antifer difícil de contentar. Esto por lo que se refiere a la parte moral. En cuanto a la parte física, los dos compadres son todavía más distintos, si esto es posible. Muy unidos, no obstante, esta amistad tan justificada de Antifer con Gildas Tregomain lo parece menos de Gildas con Antifer. El ser amigo de semejante hombre no es cosa que se efectúe sin algún disgusto.

Se acaba de decir que Gildas Tregomain había navegado; pero hay maneras de hacerlo. Antifer había cruzado los principales mares del globo, tanto en el servicio como en el comercio, antes de mandar el gran cabotaje. Su vecino, no. Gildas Tregomain, exento como hijo de viuda y no habiendo tenido que servir como marinero del Estado, jamás había estado en el mar. ¡No! ¡Jamás! Había visto la Mancha desde las alturas de Cancale, y hasta del cabo Frehel; pero no se había aventurado. Nacido en un barco de carga pintarrajeado, en un barco de carga había transcurrido su vida. Marinero de a bordo, patrón en seguida de la *Encantadora Amelia*, subía y volvía a subir el Ranee, de Dinard a Dinan, de Dinan a Plumaugat, para bajar en seguida con un cargamento de arroz, de carbón, según las demandas. Apenas conocía otras riberas de los departamentos de Ile-et-Vilaine y de las costas del norte. Era un dulce marinero de agua dulce nada más, mientras Antifer era el más salado de los marineros de agua salada. ¡Un simple patrón de un barco de carga junto a un contraamaestre de cabotaje! Así es que bajaba el pabellón en presencia de su vecino, al que complacía tenerle a distancia.

Gildas Tregomain ocupaba una casita coqueta y linda a cien pasos de la de Antifer, en el extremo de la calle de Toulouse, próxima a la muralla. Tenía vistas por un lado sobre la embocadura del Ranee, por el otro sobre el extenso campo. Su propietario era un hombre poderoso, de anchas espaldas —casi un metro—, cinco pies y seis pulgadas de estatura, busto enorme, cubierto invariablemente con un chaleco de dos hileras de botones dorados y con una blusa oscura, siempre muy limpia, con gruesos pliegues en la espalda y en la abertura. De aquel busto salían dos sólidos

brazos, que hubieran podido servir de muslos a un hombre de mediana corpulencia, terminados en dos enormes manos, capaces de servir de pies a un granadero de la antigua Guardia. Se comprende que Gildas Tregomain estuviese dotado de una fuerza hercúlea. Pero era un hércules de buena pasta. Jamás había abusado de su fuerza, y no apretaba las manos de un amigo más que con el pulgar y el índice por temor de romperle los dedos. El vigor estaba latente en él: se manifestaba sin esfuerzos.

Comparándole con las máquinas, no daba la idea de un mazo de batán, que parte el hierro de un choque terrible, sino más bien la de una de esas prensas hidráulicas que curvan en frío las planchas de hierro batido más resistentes. Procedía esto de la circulación de su sangre noble y generosa, lenta e insensible.

Sobre la base de los hombros se redondeaba una gruesa cabeza con cabellos plateados y patillas poco espesas, con una nariz que daba carácter al perfil, una boca sonriente, el labio superior hundido, saliente el inferior, gruesos pliegues en la sotabarba, hermosos y blancos dientes, excepto un incisivo que le faltaba en la encía superior, de esos dientes que no muerden y jamás había manchado el humo de una pipa, una mirada limpia bajo la frente de un tinte de ladrillo, debido a las brisas del Raneé, y no a esas ráfagas violentas del océano.

Tal era Gildas Tregomain, uno de esos hombres complacientes, de los que se dice: «Id al mediodía, id a las dos» siempre le encontraréis dispuesto a servir. Era una especie de roca inquebrantable, contra la que en vano se fatigaban las olas de Antifer. Cuando éste tenía la cara de viento de suroeste, se le envía a buscar, y él venía a ofrecerse a los golpes de mar del tumultuoso personaje.

Así pues, el ex patrón de la *Encantadora Amelia* era adorado en la casa de Nanón, que hacía de él una muralla; de Juhel, que le profesaba una amistad filial; de Énogate que le besaba sin molestia en las redondas mejillas y en su frente sin arruga alguna, signo

indiscutible de un temperamento tranquilo y conciliador a creer a los fisonomistas.

Aquella tarde, pues, a eso de las cuatro y media, Gildas subió la escalera de madera que conducía a la habitación del primer piso, haciendo crujir los escalones bajo sus pisadas. Después abrió la puerta, y se encontró en presencia de Antifer.

V

EN EL QUE GILDAS TREGOMAIN TIENE EL TRABAJO DE NO CONTRADECIR

A ANTIFER

—¿Estás aquí ya al fin, patrón?

—Me he apresurado en cuanto me has hecho llamar.

—No sin perder tiempo.

—El preciso para venir.

—Verdaderamente, hay que creer que has tomado pasaje en la *Encantadora Amelia*.

Gildas Tregomain no hizo caso de aquella alusión a la marcha lenta de los barcos de carga, comparada con la ligereza de los navíos de cabotaje. Comprendió que su vecino estaba de mal humor, lo que no era para asombrarle, y prometió aguantarle según costumbre.

Antifer le tendió un dedo, que el otro oprimió dulcemente entre el pulgar y el índice de su enorme mano.

—¡Eh! ¡No tan fuerte, diablo! Aprietas siempre demasiado.

—Perdóname. Ha sido sin intención.

—¡No hubiera faltado más que eso!

Después, con un gesto, Antifer invitó a Gildas Tregomain a sentarse ante la mesa colocada en medio de la habitación.

Gildas Tregomain obedeció, y se instaló en la silla, con las piernas arqueadas y los pies bien apoyados. Extendió su pañuelo sobre las rodillas, un pañuelo con flores azules y rojas adornado de un ancla en cada ángulo. Esta ancla tenía el privilegio de provocar

un desdeñoso alzamiento de hombros en Antifer... ¡Un ancla para un marinero de un buque de carga!... ¿Por qué no un palo de mesana o un gran mástil?

—¿Tomarás coñac, patrón? —dijo adelantando dos vasos y un frasco.

—Sabes, amigo mío, que yo no lo tomo jamás.

Esto no impidió a Antifer que llenase los vasos. Siguiendo una costumbre que databa de diez años, después de haber bebido su coñac bebía el de Gildas Tregomain.

—Y ahora hablemos.

—¿De qué? —dijo el otro, que sabía perfectamente por qué se le había hecho ir.

—¿De qué, patrón? ¿Y de qué quieres que hablemos si no es de...?

—¡Es justo! ¿Has encontrado sobre esta famosa latitud el punto que te interesa?

—¡Encontrado! ¿Y como quieres que lo encuentre? ¿Será escuchando las habladurías de esas dos mujeres que están siempre aquí?

—¡La buena Nanón y mi linda Énogate!

—Ya sé. Tú estás siempre dispuesto a tomar su partido contra mí. Pero no se trata de eso. Hace ocho años que mi padre Thomas ha muerto... ocho años que esta cuestión no avanza un paso... ¡Es preciso que esto concluya!

—Yo —dijo Gildas guiñando el ojo—... yo acabaría no ocupándome más del asunto.

—¡Bien, patrón, bien! ¿Y la recomendación que me hizo mi padre en su lecho de muerte?... Estas cosas son sagradas.

—Es un fastidio —respondió Gildas Tregomain— que el bravo hombre no haya dicho más.

—¡Si no sabía más él tampoco! ¡Mil diablos! ¿Es que llegaré yo también a mi último día sin saber más?

A punto estuvo Gildas Tregomain de responderle que era muy probable y hasta deseable... Se detuvo, no obstante, por no

sobreexcitar a su amigo.

He aquí ahora lo que había sucedido días antes de que Thomas Antifer hubiera pasado a mejor vida.

Era el año 1854, un año que el viejo marino no debía acabar en este bajo mundo. Sintiéndose muy enfermo creyó deber confiar a su hijo una historia cuyo misterio no había podido penetrar.

Cincuenta años antes —en 1799—, cuando navegaba en las Escalas de Levante, Thomas Antifer andaba por cerca de las costas de Palestina el día en que Bonaparte hacía fusilar a los prisioneros de Jaffa. Uno de estos desgraciados, que se había refugiado en una roca, donde le esperaba una muerte inevitable, fue recogido por el marinero francés durante la noche, embarcado en su navío, cuidado de sus heridas y, finalmente, curado después de dos meses de buenos tratamientos.

Este prisionero se dio a conocer a su salvador. Dijo llamarse Kamyk-Bajá, ser originario de Egipto, y cuando se despidió aseguró al valiente hijo de Saint-Malo que no le olvidaría.

En momento oportuno, este último recibiría pruebas de su reconocimiento.

Thomas Antifer separóse de Kamyk Baja, prosiguió sus viajes, pensó más o menos en las promesas que le habían sido hechas, y al fin se resignó a no pensar más en ellas, pues no parecía que debieran realizarse nunca.

En efecto; habiendo tomado su retiro por causa de la edad, el viejo marino había vuelto a Saint-Malo, no pensando más que en ocuparse de la educación marítima de su hijo Pierre, y contaba ya sesenta y siete años cuando recibió una carta en junio de 1842.

¿De dónde procedía aquella carta escrita en francés? De Egipto seguramente, a juzgar por los sellos. ¿Qué contenía? Sencillamente esto:

«Se ruega al capitán Thomas Antifer que apunte en su cartera esta latitud: *24 grados, 50 minutos norte*, la que se completará por una longitud que le será ulteriormente comunicada. Deberá no olvidarlo y guardar el secreto. Se trata para él de intereses

considerables. La suma enorme en oro, diamantes y piedras preciosas que esta latitud y esta longitud le valdrán algún día, no será más que la justa recompensa por los servicios que prestó en otro tiempo al prisionero de Jaffa».

Esta carta estaba únicamente firmada con una doble K en forma de monograma.

El buen hombre era digno padre de su hijo, y la carta inflamó su imaginación. Así, pues, después de cuarenta y tres años, Kamyk-Bajá volvía a dar señales de vida. Sin duda obstáculos de toda naturaleza le habían retenido en Siria, cuya situación política no fue definitivamente fijada hasta 1840 por el tratado de Londres, firmado el 15 de julio y en provecho del Sultán. Ahora Thomas Antifer era poseedor de una latitud que pasaba por cierto punto del globo terrestre, donde Kamyk-Bajá había ocultado toda una fortuna. ¡Y qué fortuna! En su pensamiento, nada menos que millones. Preciso era guardar un absoluto secreto sobre este asunto, esperando la llegada del mensaje que debía un día traerle la prometida longitud. Así pues, a nadie habló de ello, ni aun a su hijo.

Esperó durante doce años. Sin embargo, ¿era admisible que se llevase su secreto a la tumba, si tocaba al término de su existencia antes de haber abierto su puerta al enviado del Bajá? No. Él no lo creyó al menos. Se dijo que este secreto debía ser confiado a aquel a quien correspondería aprovecharse de él, a su hijo único, a Pierre-Servan-Malo. He aquí por qué en 1854 el viejo marino, de edad entonces de ochenta y un años, comprendiendo que sólo algunos días le quedaban de vida, no dudó en instruir a su hijo y único heredero de las intenciones de Kamyk-Bajá. Hízole jurar —como a él mismo le había sido recomendado— que no olvidaría jamás las cifras de aquella latitud, y conservaría cuidadosamente la carta firmada con la doble K, esperando con toda confianza la aparición del mensajero.

Después el valiente hombre murió llorado por los suyos, con pena de cuantos le habían conocido, y fue sepultado en el panteón de la familia.

Conócese a Antifer, y se imagina con qué intensidad hirió su espíritu tal revelación, y qué ardientes deseos abrasaron todo su ser. Decuplicó en su pensamiento los millones que su padre había entrevisto. Hizo de Kamyk-Bajá una especie de nabab de *Las mil y una noches*. No soñó más que con el oro y las piedras preciosas enterradas en el fondo de una caverna. Pero, dadas su impaciencia natural y nerviosidad característica, le fue imposible guardar la misma reserva que su padre.

Éste había podido permanecer, durante doce años, sin decir palabra, sin confiar su secreto a nadie, sin intentar saber lo que podía ser del signatario de la carta... Pero el hijo no pudo. Así, en 1855, en el curso de uno de sus viajes por el Mediterráneo, después de haber hecho escala en Alejandría, se informó del mejor modo posible de aquel Kamyk-Bajá.

¿Había existido? Ninguna duda cabía sobre este punto, puesto que el viejo marino poseía una carta suya. ¿Existía aún? Grave cuestión, de la que Antifer se ocupó particularmente. Los informes fueron desconsoladores. Kamyk-Bajá había desaparecido hacía veinte años, y nadie podía decir lo que había sido de él.

¡Qué terrible abordaje en la obra viva de Antifer! No se fue a pique, sin embargo. Por otra parte, si no se tenían noticias de Kamyk-Bajá, tenía la seguridad de que en 1842 estaba vivo; la famosa carta lo probaba. Parecía probable que hubiese abandonado el país por razones especiales. Llegado el momento oportuno su mensajero, portador de la interesante longitud anunciada, se presentaría de su parte, y puesto que el padre había muerto, el hijo la recibiría, reservándole una buena acogida.

Antifer volvió, pues, a Saint-Malo, y nada habló del asunto, aunque no por falta de deseos. Continuó navegando hasta la época en que abandonó el oficio —1857— y desde entonces vivió con su familia.

Pero ¡qué existencia más enervante! Desocupado, estaba siempre bajo la obsesión de una idea fija. Aquellos veinticuatro grados y aquellos cincuenta y nueve minutos movíanse en torno

suyo como incómodas moscas. En fin, la lengua se lo pidió y confió el secreto a su hermana, a su sobrina, a su sobrino, a Gildas Tregomain; no tardando en ser conocido el secreto, en parte al menos, en toda ciudad, hasta más allá de Saint-Servan y de Dinard.

Se supo que una fortuna enorme, inverosímil, insensata, debía caer un día u otro en manos de Antifer; que no podía escapar... Y no se llamaba una sola vez a su puerta sin que él esperase ser saludado en esta forma:

—He aquí la longitud que esperas.

Transcurrieron algunos años. El enviado de Kamyk-Bajá no daba señales de vida. Ningún extranjero había franqueado los umbrales de la casa. De aquí la excitación permanente de Antifer. La familia había acabado por no creer en aquella fortuna, y la carta le parecía una mixtificación. Gildas Tregomain, guardándose bien de demostrarlo, consideraba a su amigo como un cándido de primera categoría, lo que sentía por la estimable corporación de marinos de cabotaje. Pero él, Pierre-Servan-Malo, seguía creyendo, y nada podía debilitar su convicción. Aquella fortuna de nabab era como si la tuviese, y no se debía contradecirle en este asunto por poco cuidadoso que se fuera de evitar una tempestad.

Así, aquella tarde Gildas, cuando se encontró en su presencia ante la mesa donde se movían los dos vasos de coñac, estaba bien decidido a no provocar una explosión.

—Veamos —le dijo Antifer, mirándole frente a frente—: respóndeme sin rodeos, pues algunas veces tienes aire de no comprender. Después de todo, el patrón de la *Encantadora Amelia* no ha tenido ocasión de hacer estas observaciones. No es en las riberas del Raneé ¡un arroyo! donde es preciso tomar la altura, observar el sol, la luna, las estrellas...

Y, ciertamente, con la enumeración de estas prácticas que forman el fondo de la hidrografía, Pierre-Servan-Malo creía demostrar la inmensa diferencia que separa a un contraamaestre de cabotaje de un patrón de un barco de carga.

El excelente Tregomain sonreía resignado, repasando con sus miradas las rayas multicolores de su pañuelo extendido sobre sus rodillas.

—Veamos; ¿me escuchas?

—Sí, amigo mío.

—Pues bien; de una vez por todas: ¿sabes tú exactamente lo que es una latitud?

—Poco más o menos.

—¿Sabes tú qué es un círculo paralelo al Ecuador, y que se divide en trescientos sesenta grados, o sea mil seiscientos sesenta minutos de arco, lo que vale un millón doscientos noventa y seis segundos?

—¡Cómo no he de saberlo! —respondió Gildas Tregomain, sonriendo bondadosamente.

—¿Y sabes tú que un arco de quince grados corresponde a una hora de tiempo, y un arco de quince minutos a un minuto de tiempo, y un arco de quince segundos a un segundo de tiempo?

—¿Quieres que te lo repita?

—No, es inútil. Pues bien; yo conozco esta latitud de veinticuatro grados, cincuenta y nueve minutos al norte del Ecuador. Sobre el paralelo que tiene trescientos sesenta grados, trescientos sesenta, ¿entiendes? hay trescientos cincuenta y nueve, de los que me burlo como de un ancla sin patas. Pero hay uno solo que no conozco, que no conoceré hasta que se me haya indicado la longitud que lo cruza, y allí, en ese sitio, hay millones... No te sonrías.

—No me sonrío, amigo mío.

—Sí, millones que me pertenecen, que tengo el derecho de desenterrar el día en que sepa en qué sitio están escondidos.

—Pues bien —respondió dulcemente Tregomain—, es preciso esperar pacientemente al mensajero que te traiga la buena noticia.

—¡Pacientemente! ¡Pacientemente! Pero ¿qué tienes tú en las venas?

—Jarabe; creo que nada más que jarabe —respondió el otro.

—Y yo... ¡pólvora! y no puedo permanecer en reposo... Me devoro... me abraso...

—Es preciso que te calmes...

—¡Calmarme! ¿Olvidas que estamos en el 68, que mi padre murió en el 54, que él poseía este secreto desde el 42, y que bien pronto hará veinte años que esperamos la solución de esta infernal charada?

—¡Veinte años! —murmuró Gildas Tregomain—. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Hace veinte años mandaba yo aún la *Encantadora Amelia*!

—¿Quién te habla de la *Encantadora Amelia*? —exclamó Antifer—. ¿Se trata de la *Encantadora Amelia*, o de la latitud contenida en esta carta?

Y agitaba, bajo los ojos del patrón, la famosa carta ya amarilla, donde figuraba el monograma de Kamyk-Bajá.

—Si... esta carta... esta maldita carta, esta diabólica carta que algunas veces estoy tentado de romper, de reducir a cenizas...

—¡Quién sabe si sería lo más sabio! —se apresuró a responder Tregomain.

—¡Hola... patrón Tregomain!... —exclamó Antifer con la mirada inflamada y la voz resonante—. Que jamás vuelva a suceder que me contestes como acabas de hacerlo.

—Jamás.

—Y si en un momento de locura yo quisiera destruir esta carta que constituye para mí un acta de propiedad; si fuese lo bastante irrazonable para olvidar lo que debo a los míos y a mí mismo, y si no me lo impedirais...

—Te lo impediré, amigo mío, te lo impediré —se apresuró a responder Gildas Tregomain.

Antifer cogió su vaso de coñac, lo chocó con el del patrón, y dijo:

—¡A tu salud, patrón!

—¡A la tuya! —respondió Gildas Tregomain, que levantó el vaso a la altura de sus ojos, volviendo a dejarlo sobre la mesa.

Pierre-Servan-Malo había quedado meditabundo, hundiendo en sus cabellos su mano febril, murmurando palabras entrecortadas por

juramentos y suspiros, moviendo su piedra entre sus dientes. De repente, cruzándose de brazos y mirando a su amigo, exclamó:

—¿Sabes tú al menos por dónde pasa ese maldito para-lelo... esta latitud de veinticuatro, cincuenta y nueve norte?

—¡Cómo lo he de saber! —respondió Gildas Tregomain, que por cien veces había sufrido esta lección de geografía.

—No importa, patrón. Es una de esas cosas que no importa saberlas demasiado.

Y abriendo su atlas en el mapa del planisferio donde se desarrolla el esferoide terrestre.

—¡Mira! —dijo con un tono que no admitía ni duda ni réplica.

Gildas Tregomain miró.

—Ves bien Saint-Malo ¿no es cierto?

—Sí, y he aquí el Ranee.

—¡No se trata del Ranee! Me harás renegar con tu Ranee... Veamos... Toma el meridiano de París, y baja hasta el paralelo veinticuatro.

—Bajo.

—Atraviesa Francia, España. Entra en África. Pasa Argelia. Llega al trópico de Cáncer. Allí. Encima de Tombuctú.

—Ya estoy.

—Pues bien: henos ya sobre esta famosa latitud.

—Sí. En ella estamos.

—Franqueamos toda el África; entramos en el mar Rojo. Llegamos a Arabia por cima de La Meca. Saludamos a Mas-cate. Saltamos a la India, dejando a Bombay y Calcuta a babor. Tocamos la China, la isla de Formosa, el océano Pacífico, Sándwich... ¿Me sigues bien?

—Sí, te sigo —respondió Gildas Tregomain limpiándose el cráneo con su basto pañuelo.

—Pues bien. Hete en América, en México. Después en el golfo; después cerca de La Habana. Te arrojas a través de Florida; te aventuras en el océano Atlántico. Llegas a las Canarias; ganas África; remontas el meridiano de París, y estás de regreso en Saint-

Malo, después de haber dado la vuelta al mundo sobre el paralelo veinticuatro.

—¡Uf! —dijo el complaciente patrón.

—Y ahora —continuó Antifer— que hemos atravesado los continentes, el Atlántico y el Pacífico, el océano Índico, cuyas islas e islotes se cuentan por millares, ¿puedes decirme dónde está el sitio que oculta los millones?

—Esto es lo que no se sabe.

—Lo que se sabrá.

—Sí... Se sabrá cuando llegue el mensajero.

Antifer tomó el segundo vaso de coñac que el patrón de la *Encantadora Amelia* no había vaciado.

—¡A tu salud! —dijo.

—¡A la tuya! —respondió Gildas Tregomain, chocando su vaso vacío con el vaso lleno de su amigo.

Acababan de sonar las diez. Un vigoroso aldabonazo sonó en la puerta de la calle.

—¡Si fuera el hombre de la longitud! —exclamó el nervioso maulin.

—¡Oh! —dijo su amigo, que no pudo retener esta ligera exclamación de duda.

—¿Y por qué no? —exclamó Antifer, cuyas mejillas se colorearon.

—¿Por qué no? —respondió el complaciente patrón que hasta esbozó un comienzo de saludo para recibir al portador de la buena nueva.

De repente, en el piso bajo sonaron gritos; gritos de alegría que, por venir de Nanón y de Énogate, no podían dirigirse a un enviado de Kamyk-Bajá.

—¡Es él! ¡Es él! —repetían las dos mujeres.

—¡E! ¡E! —dijo Antifer.

Y se dirigía hacia la escalera cuando la puerta del cuarto se abrió.

—Buenas noches, querido tío; buenas noches.

Este saludo fue hecho por una voz alegre y satisfecha, que tuvo el don de exasperar al tío en cuestión.

Él era, Juhel. Acababa de llegar. No había faltado al tren de Nantes, ni a su examen, pues exclamó:

—¡Aprobado, tío, aprobado!

—¡Aprobado! —repitieron la vieja y la joven.

—Aprobado... ¿quién? —replicó Antifer.

—Sí... Como capitán, con el máximo de puntos.

Y como su tío no le abría los brazos, cayó en los de Gildas Tregomain, que le apretó contra su pecho hasta cortarle la respiración.

—Le vas a ahogar, Gildas —dijo Nanón.

—Apenas si he apretado —respondió sonriendo el ex patrón de la *Encantadora Amelia*.

Entretanto Juhel, repuesto del abrazo, volvióse a Antifer, que se paseaba febrilmente.

—Y ahora, tío, ¿para cuándo es el matrimonio?

—¿Qué matrimonio?

—El mío y el de mi querida Énogate —respondió Juhel—. ¿Acaso no es lo convenido?

—Sí. Lo convenido —afirmó Nanón con un signo afirmativo.

—A menos que Énogate no me quiera ahora que soy capitán mercante.

—¡Oh! Querido Juhel —respondió Énogate tendiéndole una mano, en la que el bueno de Tregomain, así lo pretendió al menos, creyó ver que la joven había puesto todo su corazón.

Antifer no respondía.

—Vamos, tío —dijo insistiendo el joven.

Y esperaba luciendo su apuesto continente, su alegre cara, sus ojos brillantes de dicha.

—Tío —añadió—, ¿es que no has dicho: el matrimonio se celebrará cuando hayas aprobado el examen y fijaremos la fecha a tu regreso?

—Creo que lo has dicho así, amigo mío —se apresuró a opinar el buen Gildas Tregomain.

—Pues bien: he sido aprobado —repitió Juhel—. Estoy de vuelta, y si no tienes inconveniente, fijaremos la fecha para los primeros días de abril.

—¿Dentro de ocho semanas? ¿Por qué no ocho días, ocho horas, ocho minutos? —exclamó Pierre-Servan-Malo.

—Si se pudiese, tío, no sería yo el que se opusiera.

—¡Oh! ¡Hace falta algún tiempo! —replicó Nanón—. Hay que hacer reparativos.

—Sí. Tengo que mandarme hacer un traje nuevo —dijo Gildas Tregomain, futuro padrino.

—Entonces, ¿el 5 de abril? —preguntó Juhel.

—Sea —concluyó Antifer, que se sentía atacado en sus últimos reductos.

—¡Ah, querido tío! —exclamó la joven saltándole al cuello.

—¡Ah, mi buen tío! —exclamó el joven.

Y como el uno le besase por un lado y el otro por otro, no era imposible que sus mejillas se tocasen.

—Convenido —dijo el tío—; el 5 de abril, pero con una condición.

—Nada de condiciones.

—¿Una condición? —exclamó Gildas Tregomain, que temía aún alguna maquinación de su amigo.

—Sí.

—¿Y cuál, tío? —preguntó Juhel, cuyo entrecejo empezaba a fruncirse.

—Que de aquí a entonces no habré recibido mi longitud.

—Sí, sí —respondieron todos a la vez.

Y realmente hubiera sido una crueldad rehusar esta satisfacción a Antifer. Por lo demás, ¿qué probabilidad había de que el mensajero de Kamyk-Bajá, esperado desde hacía veinte años, apareciese antes de la fecha convenida para el matrimonio de Juhel y de Énogate?

VI

PRIMERA ESCARAMUZA ENTRE OCCIDENTE Y ORIENTE, EN LA QUE ORIENTE ES BASTANTE MALTRATADO POR OCCIDENTE

Transcurrió una semana sin que hubiera sombra del mensajero. Gildas Tregomain se decía que le extrañaría menos ver aparecer al profeta Elias bajado del cielo. Pero guardábase mucho de expresar su opinión en esta forma bíblica delante de Antifer.

En lo que se refiere a Énogate y Juhel, ninguno de ellos pensaba en el enviado de Kamylyk-Bajá, un ser puramente imaginario; ¡y si no había más que aquel buen hombre que pudiese turbar o retardar la unión proyectada!... ¡No! Ellos se ocupaban de los preparativos de partida para ese encantador país del matrimonio, del que el joven conocía la longitud y la novia la latitud, aquel país al que sería tan fácil llegar combinando aquellos dos elementos geográficos. Podíase asegurar que la combinación se haría el 5 de abril, en la época fijada.

En cuanto a Antifer, se había hecho más insociable, más inabordable que nunca. La fecha de la ceremonia se aproximaba cada día veinticuatro horas. Aún algunas semanas, y los novios estarían unidos por lazos indisolubles. ¡Hermoso resultado verdaderamente! En el fondo, ¿no había su tío soñado para ellos enlaces soberbios cuando él fuese rico? Si deseaba aquellos millones, aquellos incontables millones que le pertenecían ¿era con la idea de gozarlos él mismo, de aprovecharse de ellos, de darse la gran vida, de habitar palacios, arrastrar coche y comer en vajilla de

oro, de llevar botones de diamantes en la pechera? ¡No, gran Dios! ¡Pero contaba con casar a Juhel con una princesa, y a Énogate con un príncipe!... ¿Qué queréis? Era su monomanía. Y he aquí que su deseo corría el peligro de no realizarse si el mensajero no llegaba en tiempo oportuno, ¡y por la falta de algunas cifras combinadas con las que él poseía ya el tesoro de Kamylyk-Bajá se vaciaría muy tarde en la caja de Antifer!

Éste no podía estar en su casa. Por otra parte preferible era para la común tranquilidad que estuviese fuera. Solamente se le veía a las horas de comer. Todas las veces que se presentaba la ocasión, el bueno de Tregomain se ofrecía a su cólera con la esperanza de consolar a su amigo, que le enviaba al diablo. En suma, había motivo para sospechar que cayese enfermo. Su única ocupación era correr todos los días por el andén de la estación a la llegada de los trenes, por los muelles del Sillón a la llegada de los paquebotes, buscando entre los que desembarcaban alguna cara exótica que pudiese atribuirse al enviado de Kamylyk-Bajá, egipcio sin duda, tal vez un armenio, en fin, un personaje extranjero, fácil de reconocer por su tipo, por su acento, por su traje, y que preguntaría a un empleado la dirección de Pierre-Servan-Malo-Antifer.

¡Nada! ¡Nada de este género! Normandos, bretones, ingleses, noruegos, todos los que se querían. Pero había que renunciar a encontrar un extranjero delgado de la Europa oriental, un maltés, un levantino...

El 9 de febrero, después del almuerzo, durante el que no había despegado los labios si no es para beber y comer, Antifer se entregó a su paseo habitual, el paseo de Diógenes que busca a un hombre. Si no llevaba una linterna encendida en pleno día, a ejemplo del mas grande filósofo de la antigüedad, tenía dos buenos ojos de incandescente pupila que le permitían reconocer de lejos aquel a quien con tanta impaciencia esperaba.

Fue a través de las estrechas calles de la ciudad, bordeadas de altas casas de granito y empedradas de agudos guijarros.

Bajó por la calle de Bey hacia Duguay Trouin, miró la hora en el reloj de la sub-prefectura, dirigióse hacia la plaza de Chateaubriand, rodeó el quiosco bajo los plátanos sin hojas, franqueó la puerta de la muralla y se encontró en el muelle de Sillón.

Antifer miraba a derecha e izquierda, ante él, detrás, fumando su pipa de la que aspiraba los vapores a bocanadas violentas y precipitadas. Se le saludaba aquí y allá, pues era uno de los notables de la ciudad de Saint-Malo, un hombre estimado y considerado. ¡Pero cuántos saludos no devolvía por no notar que le fuesen dirigidos a él!... Efecto de la obsesión y de la distracción, que es su consecuencia.

En el puerto, numerosos navíos de vela, *steamers* de tres mástiles, brigs-goletas, barcos de escaso porte. Siendo entonces tiempo de bajamar, faltaban dos o tres horas para que los barcos señalados a lo largo del semáforo pudiesen entrar.

Antifer pensó, pues, que lo más sabio sería ir a la estación a fin de esperar la llegada del expreso. ¿Sería más favorecido aquel día que en tantas semanas transcurridas?

¡De qué modo la frágil máquina humana va por mal camino! Antifer, ocupado en mirar a los que pasaban, no notó que era seguido desde hacía unos veinte minutos por un sujeto verdaderamente digno de llamar su atención.

Era un extranjero, un extranjero cubierto de un fez rojizo con borla negra, envuelto en una amplia levita cerrada hasta el cuello con una hilera de botones, vestido con un pantalón fofo que caía sobre unos zapatones en forma de babuchas. No era joven aquel tipo. Tendría de sesenta a sesenta y cinco años; un poco encorvado; llevaba sus huesosas manos sobre el pecho. Que aquel hombre fuese o no el levantino esperado, no era dudoso que venía de los países que baña el Mediterráneo oriental, un egipcio, un armenio, un sirio, un otomano.

El extranjero siguió a Antifer con vacilantes pasos, tan pronto como si se decidiese a hablarle, como deteniéndose por temor de cometer un error. Al fin, en el ángulo del muelle apresuró su marcha,

avanzó al maulin, y se volvió tan precipitadamente sobre sus pasos que los hombres chocaron.

—¡Diablo con el torpe! —exclamó Antifer sacudido por el choque.

Después, frotándose los ojos y poniendo su mano sobre la frente para recoger la mirada, pronunció estas palabras, que se escaparon de su boca como balas de revólver:

—¡Eh! ¡Ah! ¡Oh! ¡Él!... ¿Será éste? ¡Seguramente es el enviado de la doble K!...

Si lo era, preciso es convenir que no atraía por su aspecto con su cara seca, sus mejillas plegadas, su nariz puntiaguda, sus orejas separadas, sus labios delgados, su barba de vieja, sus ojos hundidos, su color de limón demasiado maduro; en fin, una fisonomía que no inspiraba confianza.

—¿Tengo el honor de dirigirme al señor Antifer, como un servicial marinero acaba de decirme? —preguntó en un francés deplorable, lenguaje muy comprensible hasta para un bretón.

—Antifer-Pierre-Servan-Malo —respondió éste—. ¿Y usted?

—Ben-Omar.

—¿Un egipcio?

—Notario de Alejandría, y al presente alojado en el hotel de la Unión, calle de la Poissonnerie.

¡Un notario! Evidentemente, en aquellos países orientales los notarios no pueden tener ese tipo *sui generis* habitual al notario francés, con corbata blanca, traje negro, anteojos de oro. Ya es bastante asombroso que se encuentren notarios entre los súbditos del Faraón.

Antifer no dudó que tenía ante él al mensajero misterioso, al portador de la famosa longitud, al Mesías anunciado desde hacía veinte años por la carta de Kamyk-Bajá. Sin embargo, en vez de obrar apresuradamente y asediar a Ben-Omar a preguntas, tuvo bastante imperio sobre sí mismo para dejarle venir; tanto recelo inspiraba el aspecto de aquella momia.

Jamás Gildas Tregomain hubiera creído a su amigo capaz de semejante prudencia.

—Y bien, ¿qué me quiere, señor Ben-Omar? —dijo observando al egipcio, que demostraba un aire perplejo.

—Un momento de conversación, señor Antifer.

—¿Quiere que vayamos a mi casa?

—No; es preferible que nuestra conferencia se celebre en lugar donde nadie nos pueda ver.

—¿Trátase, pues, de un secreto?

—Sí y no. Más bien de una venta.

Antifer agitóse al oír esta palabra. Decididamente, si aquel hombre traía la longitud deseada, no parecía querer entregarla gratis. Y, sin embargo, la carta firmada con la doble *K* no hablaba de una venta.

—¡Cuidado con el timón, y no dejemos tomar ventaja al viento! —pensó.

Y después, dirigiéndose a su interlocutor y mostrándole un rincón desierto al extremo del puerto.

—Venga allí —dijo—. Estaremos tan solos como conviene para tratar asuntos reservados... Pero despachemos, porque hace un frío seco que corta la cara.

No les separaban del sitio indicado más que unos veinte pasos. En los barcos amarrados a los muelles no había nadie. El empleado de la Aduana se paseaba, a medio cable de allí. En un instante ambos llegaron al ángulo desierto, y se sentaron en la punta de un mástil.

—¿Le gusta el sitio, señor Ben-Omar? —preguntó Pierre-Servan-Malo.

—¡Sí... muy bien!

—Pues hable, pero claro, sin ambages, y no al modo de sus esfinges, que se divierten en hablar en jeroglífico.

—No habrá reticencias, señor Antifer. Hablaré francamente —respondió Ben-Omar en un tono que nada tenía de franco.

Tosió dos o tres veces, y dijo:

—¿Ha tenido padre?

—Sí... Como es costumbre en nuestro país. ¿Qué más?

—He oído decir que había muerto.

—Hace ocho años. ¿Qué más?

—¿Había navegado?

—Es de suponer, puesto que era marino. ¿Qué más?

—¿En qué mares?

—En todos. ¿Qué más?

—Así... ¿Llegó al Levante?

—Al Levante como al Poniente... ¿Qué más?

—¿Durante esos viajes —continuó el notario, a quien estas breves respuestas no permitían llegar a su objeto—, se encontró hara unos sesenta años en las costas de Siria?

—Tal vez sí, tal vez no... ¿Qué más?

Estos «¿qué más?» llegaban a Ben-Omar como codazos en las costillas, y su cara se descomponía en los más inverosímiles gestos.

—¡Bordea! —se decía Antifer—. ¡Bordea lo que quieras!... ¡Como cuentas conmigo para dirigirte!...

El notario comprendió que era preciso abordar el caso más directamente.

—¿Tiene conocimiento —dijo— de que su padre haya tenido ocasión de prestar un servicio... un servicio inmenso... a alguno... precisamente en las costas de Siria?

—Ninguno... ¿Qué más?

—¡Ah! —dijo Ben-Omar, asombrado de la respuesta—. ¿Y no sabe si recibió una carta de Kamylyk-Bajá?

—¿Un Bajá?

—Sí.

—¿De cuantas colas?

—Poco, importa, señor Antifer. Lo esencial es saber si su padre recibió una carta con indicaciones de gran valor.

—No sé nada... ¿Qué más?

—¿No ha buscado entre sus papeles? No es posible que esa carta haya sido destruida. Le repito que contiene informes de extraordinaria importancia.

—¿Para usted, señor Ben-Omar?

—Para usted también, señor Antifer... En fin, justamente esa carta es la que tengo encargo de recuperar... Sé que podría ser objeto de una compra...

En un instante apareció claramente ante Pierre-Servan-Malo que algunos, de quienes Ben-Omar era el mandatario, debían poseer la longitud que le faltaba para determinar el lugar de los millones.

—¡Los miserables! —murmuró—. ¡Quieren apoderarse de mi secreto! ¡Comprar mi carta... para ir a desenterrar mi tesoro!

Y tal vez razonaba bien.

En aquel momento Antifer y Ben-Omar oyeron los pasos de un hombre que, viniendo por aquella parte, daba vuelta al ángulo del muelle en dirección a la estación. Calláronse, o el notario por lo menos dejó en suspenso una frase comenzada; se hubiera podido creer que lanzaba una mirada oblicua al referido paseante, y hacía un signo negativo, del que el último pareció muy contrariado. En efecto, un gesto de despecho contrajo su rostro, y apresurando el paso no tardó en desaparecer.

Era un extranjero de treinta y tres años de edad, vestido de egipcio, de tez oscura, ojos negros y brillantes, y estatura más que regular, vigorosa contextura, aire atrevido y fisonomía casi feroz. ¿El notario y él se conocían, pues? Era posible. ¿Querían en aquel momento fingir que no se conocían? Era cierto.

Fuera lo que fuera, Antifer no se fijó en aquello —una mirada y un gesto nada más— y volvió a la conversación.

—Ahora, señor Ben-Omar —dijo—, ¿quiere explicarme por qué desea tanto poseer esa carta, saber lo que ella encerraba, hasta el punto de querer comprármela si yo la hubiera tenido?

—Señor Antifer —respondió el notario con un tono de confusión—, he contado a Kamyk-Bajá entre mis clientes. He sido encargado de sus intereses.

—¿Dice que le ha contado entre sus clientes?

—Sí; y como albacea de sus herederos...

—¿Sus herederos? —exclamó Antifer con un movimiento de sorpresa que no dejó de asombrar al notario...— ¿Ha muerto, pues?

—Ha muerto.

—¡Atención! —murmuró Pierre-Servan-Malo apretando la piedra entre sus dientes—. Kamyk-Bajá ha muerto. Si se maquina algo...

—Así, señor Antifer —preguntó Ben-Omar—, ¿no tiene esa carta?

—No.

—Es lástima —dijo—, pues los herederos de Kamyk-Bajá, que desean reunir todo lo que les pueda recordar a su querido pariente...

—¡Ah! ¿Es por el recuerdo? ¡Excelentes corazones!

—Por eso sólo, señor Antifer, y esos excelentes corazones, como dice, no hubieran dudado en ofrecerle una suma conveniente a fin de poseer esa carta.

—¿Cuánto me hubieran dado?

—¿Qué os importa si no la tenéis?

—Decid, no obstante.

—¡Oh! Algunos centenares de francos...

—¡Oh! —dijo Antifer.

—Tal vez hasta algunos miles.

—Pues bien —exclamó Antifer, que al cabo de su paciencia asió a Ben-Omar por el cuello y le atrajo hacia sí, diciéndole al oído estas palabras, no sin reprimir un violento deseo de morderle—: Yo tengo... su carta.

—¿La tiene?

—Su carta firmada con la doble K.

—¡Sí! La doble K. Así firmaba mi cliente.

—Yo la tengo. Yo la he leído y releído. Y yo sé, o más bien adivino, por qué tiene tantos deseos de poseerla.

—Caballero...

—Y no la tendrá.

—¿Rehúsa?

—Sí, viejo Omar, a menos que me la compre.

—¿Cuánto? —preguntó el viejo notario, llevándose maquinalmente las manos al bolsillo.

—¿Cuánto? Cincuenta millones de francos.

¡Qué salto pegó Ben-Omar, mientras que Antifer, con la boca abierta, enseñando los dientes, le miraba como jamás había sido el notario mirado, sin duda alguna!

Después, en tono seco, un tono de marino que manda:

—Podéis, tomarlo o dejado —añadió.

—¡Cincuenta millones! —repetía el notario con asombrado acento.

—No comprarla, señor Ben-Omar. ¡No se lo daré por cincuenta céntimos menos!

—¿Cincuenta millones?

—Los vale, y en oro o billetes o un cheque contra el Banco de Francia.

El notario, estupefacto un instante, recobró poco a poco su sangre fría. No dudaba de que aquel maldito marino supiese la importancia que aquella carta tenía para los herederos de Kamyk-Bajá. En efecto, ¿no contenía los informes necesarios para la busca del tesoro?

La maniobra operada con el objeto de entrar en posesión de aquella carta se había frustrado.

El maluín estaba en guardia. Preciso era comprar aquella carta, es decir, aquella latitud que completaría la longitud de la que Ben-Omar era el depositario.

Se preguntará cómo Ben-Omar sabía que Antifer fuese el poseedor de la carta. ¿Acaso el antiguo notario del rico egipcio era el mensajero encargado, en ejecución de la última voluntad de Kamyk-Bajá, de llevar la longitud anunciada? No tardará en saberse.

En todo caso, cualquiera que fuese el móvil a que Ben-Omar obedeciera, tratase o no el negocio por instigación de los herederos del difunto, comprendió que la carta no podía ser lograda más que a precio de oro...

Pero cincuenta millones... Así, tomando un aire dulce, dijo:

—Creo que ha dicho cincuenta millones, señor Antifer.

—Eso he dicho.

—¡Eh! Es una de las cosas más graciosas que he oído en mi vida.

—Señor Ben-Omar, ¿quiere oír ahora otra cosa más graciosa todavía?

—Con mucho gusto.

—Pues bien; es usted un viejo tramposo, un vejo infame de Egipto, un viejo cocodrilo del Nilo.

—¡Caballero!

—¡Sea! Me detengo. Quiere arrancarme mi secreto en vez de decirme el suyo..., que indudablemente tiene encargo de comunicarme.

—¿Supondrá?

—¡Supongo la verdad!

—No... Eso que imagina...

—¡Basta, abominable pillo!

—¡Caballero!

—Retiro lo de abominable por deferencia... ¿Y quiere que le diga por qué desea tanto esa carta?

¿Pudo el notario pensar que Pierre-Servan-Malo se iba a entregar acabando esta frase?

Lo cierto fue que sus ojillos empezaron a brillar como carbunclos.

No. Aunque el maluín estuviera visiblemente alterado, aunque la cólera enrojeciera su rostro, siguió en su reserva, diciendo:

—Sí. Lo que desea, viejo Omar, no son las palabras que la carta encierra, y que recuerdan los servicios prestados por mi padre al signatario de la doble K. ¡No! Son las cuatro cifras... ¿entendéis bien? ¡Las cuatro cifras!

—¿Las cuatro cifras? —murmuró Ben Omar.

—Sí..., y que yo no entregaré más que al precio de doce millones y medio cada una... ¡Hemos hablado bastante! ¡Buenas tardes!

Después de haber metido sus manos en los bolsillos Antifer dio algunos pasos silbando su aire favorito, del que nadie, ni aun él

mismo, conocía el origen, y que recordaba más bien los ladridos de un perro perdido que las melodías de Auber.

Ben-Omar, petrificado, parecía haber echado raíces en aquel sitio, como un dios término o una piedra miliaria. ¡Él, que había contado dominar sin gran trabajo a aquel marino como a un sencillo *fellah*! Y Mahoma sabe si él había explotado a los desdichados campesinos a quienes la mala suerte conducía a su estudio, que era uno de los mejores de Alejandría.

Miraba con asombrados ojos alejarse al maluín, con su pie pesado encogiéndose de hombros, y gesticulando como si su amigo Tregomain hubiera estado allí dispuesto a recibir sus exabruptos habituales.

De pronto Antifer se detuvo bruscamente. ¿Había encontrado algún obstáculo? Sí. Este obstáculo no era más que una idea que acababa de atravesar fugazmente su cerebro. Tratábase de un pequeño olvido, fácil de reparar con algunas palabras.

Volvió hacia el notario, no menos inmóvil que la encantadora Dafne cuando se transformó en laurel, con gran tristeza de Apolo.

—Señor Ben-Omar —dijo.

—¿Qué quiere?

—Se me ha olvidado decirle una cosa.

—¿Cuál?

—El número...

—¡Ah! ¡El número! —repitió Ben-Omar.

—El número de mi casa... 3, calle de las Hautes-Salles. Bueno es que sepa mi dirección, y esté seguro de que será recibido amigablemente el día en que vaya.

—¿En que vaya?

—Con los cincuenta millones en el bolsillo.

Y esta vez Antifer se puso en marcha, mientras que el notario desfallecía implorando a Alá y a su Profeta.

VII

EN EL QUE UN PRIMER PASANTE, DE HUMOR POCO SUFRIDO, SE IMPONE
A BEN-OMAR BAJO EL NOMBRE DE NAZIM

Durante la noche del 9 de febrero, los viajeros del hotel de la Unión que ocupaban las habitaciones que daban a la plaza de Jacques-Coeur habrían corrido el riesgo de ser turbados en lo más profundo de su sueño si la puerta de la habitación número 17 no hubiese estado herméticamente cerrada y cubierta por un tupido cortinón, que impedía que los ruidos del interior se propagasen fuera.

En efecto, dos hombres, o mejor dicho, uno de ellos gritaba pronunciando recriminaciones y amenazas, que atestiguaban una irritabilidad de ánimo extrema. El otro procuraba calmarle; pero sus súplicas, engendradas por el miedo, no producían resultado alguno. Por lo demás, era muy probable que nadie hubiese comprendido nada de aquella conversación, pues hablaban en lengua turca, poco familiar a los naturales de Occidente. Cierto es que de vez en cuando mezclaban algunas frases en francés, indicando que los dos interlocutores no hubiesen sentido expresarse en esta noble lengua.

Un buen fuego de leña ardía en la chimenea, y una lámpara colocada sobre un velador arrojaba su luz sobre algunos papeles medio ocultos entre los pliegues de una cartera.

Uno de estos personajes era Ben-Omar. Tenía la cara triste, los ojos bajos, y miraba las llamas del hogar, menos ardientes seguramente que las que brotaban de la resplandeciente pupila de su compañero.

Era éste el exótico personaje, de fisonomía feroz y aspecto inquietante, al que el notario había hecho un signo imperceptible en el momento en que Antifer y él hablaban en el extremo del puerto.

Aquel hombre repetía por vigésima vez:

—¿De modo que has fracasado?

—Sí, Excelencia, y Alá es testigo...

—Nada me importa el testimonio de Alá ni el de nadie... Al hecho... ¿No has conseguido nada?

—Con gran pesar mío.

—Ese maluín que el diablo se lleve —esto fue dicho en francés — ¿ha rehusado darte la carta?

—Lo ha rehusado.

—¿Y vendértela?

—¡Venderla! Consentía en ello.

—¿Y tú no se la has comprado? ¿Y no está en tu poder? ¿Y te presentas aquí sin ella?

—¿Sabe lo que pedía, Excelencia?...

—¿Qué importa eso?

—¡Cincuenta millones de francos!

—¡Cincuenta millones!...

Y los juramentos se escaparon de la boca del egipcio al igual que las balas de una fragata que hace fuego por estribor y babor. Después, mientras volvía a cargar sus cañones, dijo lo siguiente:

—¿De modo, imbécil notario, que ese marino sabe la importancia que para él puede tener este negocio?

—Debe de creerlo, sin duda.

—¡Que Mahoma le estrangule y a ti también! —exclamó el irascible personaje, paseando por la habitación apresuradamente— o más bien yo me encargaré de este cuidado en lo que a ti se refiere, pues te hago responsable de cuantas desgracias lleguen.

—Sin embargo, no es mía la culpa, Excelencia. Yo no estaba en el secreto de Kamyk-Bajá.

—Tú deberías haberle conocido y arrancárselo, puesto que eras su notario.

Y los cañones vomitaron de nuevo una doble descarga de juramentos.

Aquel terrible personaje era Sauk, el hijo de Murad, el primo de Kamylyk-Bajá. Tenía entonces treinta y tres años. Muerto su padre, y siendo el único heredero directo de su rico pariente, hubiera heredado la enorme fortuna de no haber sido ésta puesta al abrigo de su codicia. Se sabe por qué y en qué condiciones.

He aquí ahora muy sumariamente los sucesos ocurridos desde que Kamylyk-Bajá había abandonado Alepo con sus tesoros, a fin de enterrarlos en algún islote desconocido.

Algún tiempo después, en el mes de octubre de 1831, Ibrahim, seguido de veintidós navíos de guerra y treinta mil hombres, había tomado Gazza, Jaffa, Ciffa y San Juan de Acre había caído en sus manos el año siguiente, el 27 de marzo de 1832.

Parecía, pues, que aquellos territorios de Palestina y Siria iban a ser definitivamente arrancados a la Sublime Puerta, cuando la intervención de potencias europeas detuvo al hijo de Mehemet-Alí en aquel camino de conquistas.

En 1833, el tratado de Kataye fue impuesto a los dos adversarios, el Sultán y el virrey, y las cosas quedaron en tal estado.

Felizmente para su seguridad, durante aquel período tan turbulento Kamylyk-Bajá, después de haber puesto sus riquezas al abrigo de malas artes en la fosa sellada con la doble K, había continuado sus viajes. ¿Dónde le llevó su brig-goleta bajo el mando del capitán Zo? ¿Qué mares recorrió? ¿Visitó Asia y Europa? Nadie hubiera podido decirlo, excepto su capitán o él, pues ya se sabe que nadie de la tripulación bajaba nunca a tierra, y los marineros ignoraban en absoluto a qué regiones del Occidente o del Oriente, del Mediodía o del Septentrión, les había transportado la fantasía de su amo.

Pero después de estas múltiples peregrinaciones, Kamylyk-Bajá cometió la imprudencia de volver a las Escalas de Levante. Habiendo suspendido el tratado de Kataye las ambiciosas marchas de Ibrahim, y estando sometida al Sultán la parte norte de Siria, el

rico egipcio podía creer que su regreso a Alepo no debía ofrecer peligro alguno.

Mas quiso la desgracia que a mediados del año 1834 su barco fuese llevado por el mal tiempo hasta las aguas de San Juan de Acre. La flota de Ibrahim, siempre a la ofensiva, cruzaba a lo largo del litoral, y precisamente Murad, investido de funciones oficiales por Mehemet-Alí, encontrábase a bordo de uno de los barcos de guerra.

El brig-goleta llevaba los colores otomanos. ¿Se sabía que pertenecía a Kamyk-Bajá? Poco importa. Fuese lo que fuese, fue cazado, abordado, no sin ser valientemente defendido, lo que produjo la matanza de la tripulación, la destrucción de la nave y la captura de su propietario y de su capitán. Kamyk-Bajá no tardó en ser reconocido por Murad. Esto significaba que perdía su libertad para siempre. Algunas semanas después, el capitán y él, secretamente conducidos a Egipto, fueron encerrados en la fortaleza de El Cairo.

Por otra parte, si Kamyk-Bajá se hubiese reinstalado en su casa de Alepo, era probable que no hubiese encontrado la seguridad con que contaba. La parte de Siria dependiente de la administración egipcia se humillaba a un yugo odioso. Duró esto hasta 1839, y los excesos de los agentes de Ibrahim fueron tales que el Sultán retiró las concesiones a que se había resignado. De aquí la nueva campaña de Mehemet-Alí, cuyas tropas vencieron en Nezib. De aquí los temores de Mahmud, amenazado hasta en la capital de la Turquía europea. De aquí, en fin, la nueva intervención de Inglaterra, de Prusia, de Austria, de acuerdo con la Puerta, y que detuvo al vencedor, asegurándole la posesión hereditaria de Egipto, el gobierno en vida de Siria desde el mar Rojo hasta el norte del lago de Tiberíades, y del Mediterráneo hasta el Jordán, o de toda Palestina del lado de este mar.

Cierto es que el virrey, embriagado por sus victorias, creyendo que sus soldados eran invencibles, tal vez animado por la diplomacia francesa bajo la inspiración de monsieur Thiers, rehusó el ofrecimiento de poderosas alianzas. Sus flotas intervinieron

entonces. El comodoro Napier se apoderó de Beyruth en septiembre de 1840, a pesar de la defensa del coronel Selves, que había llegado a ser Solyman-Bajá. Sidón se rindió el 25 del mismo mes. San Juan de Acre, bombardeado, capituló después de la terrible explosión de su polvorín. Mehemet-Alí debió ceder. Hizo volver a Egipto a su hijo Ibrahim, y Siria entera volvió a la dominación del sultán Mahmud.

Kamylk-Bajá se había, pues, apresurado a regresar a su país predilecto, en el que pensaba poder acabar tranquilamente una existencia tan azarosa. Contaba con llevar allí sus tesoros, empleando una parte en pagar sus deudas de reconocimiento, deudas, sin duda, olvidadas por los que le habían prestado servicios. Y en lugar de Alepo era en El Cairo donde se le había arrojado en aquella prisión, en la que su vida estaba a merced de enemigos sin piedad.

Comprendió Kamylk-Bajá que estaba perdido. No pensó en recobrar su libertad al precio de su fortuna, o más bien era tal la energía de su carácter, tal su voluntad de no abandonar sus riquezas, ni al virrey ni a Murad, que se encerró en una obstinación que sólo puede explicar el fatalismo otomano.

Muy duros fueron los años que pasó en aquella prisión de El Cairo, separado del capitán Zo, de cuya discreción estaba seguro. Ocho años después, en 1842, merced a la complacencia de un guardia, pudo hacer llegar a su destino varias cartas dirigidas a algunas personas cuyas deudas de gratitud quería pagar, entre otras a Thomas Antifer de Saint-Malo. Un pliego que contenía las disposiciones testamentarias llegó igualmente a manos de Ben-Omar, que en otra época fue su notario en Alejandría.

Tres años más tarde, en 1845, habiendo muerto el capitán Zo, Kamylk-Bajá era el único que conocía el lugar del islote del tesoro. Pero su salud declinaba visiblemente, y el rigor de su cautividad debía abreviar una existencia que hubiera contado largos años aún a no estar encerrado entre los muros de la prisión. Al fin, el año 1852, después de dieciocho de cárcel, olvidado de los que le habían

conocido, murió a la edad de setenta y dos años, sin que ni las amenazas ni los malos tratos hubiesen podido arrancarle su secreto.

El año siguiente su indigno primo le siguió a la tumba sin haber gozado de aquellas inmensas riquezas que codiciaba y que le había llevado a tan criminales maquinaciones.

Pero Murad dejaba un hijo —Sauk— que tenía todos los malos instintos de su padre. Aunque no contase entonces más que veintitrés años de edad, había llevado siempre una existencia violenta y feroz, mezclándose con los bandidos políticos y otros que pululaban por Egipto en aquella época. Único heredero de Kamyk-Bajá, a él hubiera venido la fortuna de éste de no haberla puesto al abrigo de su codicia. Así es que su furor no tuvo límites cuando la muerte de Kamyk-Bajá hubo hecho desaparecer —él lo creía, al menos— el único depositario del secreto de aquella gran riqueza.

Transcurrieron diez años y Sauk renunció a saber jamás lo que había llegado a ser de la herencia en cuestión. Júzguese, pues, el efecto que le produjo una noticia que, cayendo en medio de su azarosa existencia, iba a lanzarle a tantas inesperadas aventuras.

En los primeros días del año 1862, Sauk recibió una carta que le invitaba a presentarse inmediatamente en el estudio del notario Ben-Omar para un negocio importante.

Sauk conocía a este notario, temeroso en extremo, pusilánime, sobre el que un carácter determinado como el suyo debía tener gran imperio.

Fue, pues, a Alejandría, y preguntó bastante brutalmente a Ben-Omar por qué razón se había permitido hacerle ir a su estudio.

Ben-Omar recibió afablemente a su feroz cliente, que era capaz de todo, hasta de estrangularle de un apretón. Excusóse por haberle molestado y le dijo con insinuante voz:

—¿Es el único heredero de Kamyk-Bajá a quien tengo el honor de dirigirme?

—En efecto. Único heredero —exclamó Sauk—, puesto que soy el hijo de Murad, que era su primo.

—¿Está seguro de que no existe otro pariente más que usted que pudiera heredarle?

—Ninguno. Kamyk-Bajá no tenía más heredero que yo. ¿Dónde está la herencia?

—Aquí, a disposición de Su Excelencia.

Sauk tomó con cuidado el pliego sellado que le presentaba el notario.

—¿Qué contiene este pliego? —preguntó.

—El testamento de Kamyk-Bajá.

—¿Y cómo está en tu poder?

—El lo hizo llegar a mis manos algunos años después de ser encerrado en la fortaleza de El Cairo.

—¿En qué época?

—Hace veinte años.

—¡Veinte años! —exclamó Sauk—. ¡Ha muerto hace diez, y tú has esperado!

—Lea, Excelencia.

Sauk leyó la inscripción escrita sobre el pliego, que indicaba que el testamento no podía ser abierto sino diez años después de la muerte del testador.

—Kamyk-Bajá murió en 1852 —dijo el notario—. Estamos en 1862. He aquí por qué he llamado a Su Excelencia.

—¡Maldita formalidad! —exclamó Sauk.

—Hace diez años que yo debía estar en posesión...

—Dado caso de que Kamyk-Bajá le haya instituido heredero —hizo observar el notario.

—¿Pues a quién sino?...

E iba a romper los sellos del sobre, cuando Ben-Omar le detuvo, diciéndole:

—En interés vuestro es mejor que las cosas se hagan formalmente en presencia de testigos.

Y abriendo la puerta, Ben-Omar presentó a dos negociantes del barrio, a quienes había suplicado que asistiesen en aquella

circunstancia. Éstos hicieron constar que el pliego estaba intacto, y fue abierto.

El testamento no contenía más que unas veinte líneas en francés. Decía así:

«Nombro mi ejecutor testamentario a Ben-Omar, notario de Alejandría, al que se le dará el uno por ciento de mi fortuna, consistente en oro, diamantes y piedras preciosas, cuyo valor puede ser estimado en cien millones de francos. En el mes de noviembre de 1831, los tres barriles que contienen este tesoro han sido depositados en una cavidad abierta en la punta meridional de cierto islote. Este islote será fácil de encontrar combinando la longitud de cincuenta y cuatro grados cincuenta y siete minutos al E del meridiano de París, con una latitud secretamente enviada en 1842 a Thomas Antifer, de Saint-Malo, Francia. Ben-Omar deberá llevar en persona esta longitud al referido Thomas Antifer, o, en caso de que éste haya muerto, ponerlo en conocimiento de su heredero más próximo. Y debe acompañar al dicho heredero durante la investigación para el descubrimiento del tesoro, que está en la base de una roca marcada con la doble K de mi nombre.

»Con exclusión, pues, de mi indigno primo Murad y de su hijo Sauk, no menos indigno, Ben-Omar hará las diligencias necesarias para ponerse en relaciones con Thomas Antifer o sus herederos directos, conformándose a las indicaciones formales que serán recibidas ulteriormente en el curso de las dichas investigaciones.

»Tal es mi voluntad, que quiero que sea respetada.

»9 de febrero 1842. Escrito en la prisión de El Cairo por mi propia mano.

Kamylk-Bajá».

Creemos inútil manifestar la acogida que Sauk prestó a este singular testamento, y la agradable sorpresa que sintió Ben-Omar al saber que tenía una comisión del uno por ciento, o sea un millón, que debía serle entregado una vez encontrada la herencia. Más

preciso era que el tesoro fuese hallado, y esto sólo podía ser determinando el lugar del islote donde estaba enterrado por la unión de la longitud indicada en el testamento y la latitud, que sólo conocía Thomas Antifer.

Sauk decidió su plan y, bajo las más terribles amenazas, Ben-Omar se hizo su cómplice. Informáronse de que Thomas Antifer había muerto en 1854 dejando un hijo único. Tratábase, pues, de acercarse a este último, y maniobrando hábilmente para arrancarle el secreto de la latitud enviada a su padre, ir a tomar posesión de la enorme fortuna, de la que Ben-Omar cobraría su comisión.

Esto es lo que Sauk y el notario habían hecho sin perder un día. Después de haber abandonado Alejandría, embarcado en Marsella, y tomado el expreso de París y el tren de Bretaña, habían llegado aquella misma mañana a Saint-Malo.

Ni Sauk ni Ben-Omar dudaban de obtener del maluín la carta, cuyo valor tal vez él no conocía y que encerraba la preciosa latitud, aunque tuvieran necesidad de comprarla.

Se sabe cómo había fracasado la tentativa.

No hay, pues, que asombrarse de la irritación de que su excelencia era presa, ni de cómo en sus violencias, no menos terribles que injustificadas, pretendía hacer responsable a Ben-Omar de lo sucedido.

De aquí aquella escena, felizmente no notada, en aquella habitación del hotel, de la que el infortunado notario pensaba que no saldría vivo.

—¡Sí! —repetía Sauk—. ¡Tu torpeza es la causa de todo! ¡No has sabido actuar! ¡Has sido juguete de ese maldito marino! ¡Tú!... ¡Un notario! ¡Pero no olvides lo que te he dicho! ¡Tiembra si los millones de Kamyk-Bajá se me escapan!

—Le juro, Excelencia...

—Y yo te juro que si no consigo mis planes me las pagarás... y a buen precio.

Ben-Omar sabía que Sauk era hombre capaz de cumplir su juramento.

—¿Creerá tal vez, Excelencia —dijo entonces procurando enternecerle—, que ese marino es un pobre diablo, uno de esos miserables *fellahs*, fáciles de engañar o de deslumbrar?

—Me importa poco.

—¡No! Es un hombre violento, terrible, que no quiere escuchar nada.

Hubiera podido añadir: «un hombre de su género»; pero se guardó de completar la frase.

—Creo, pues —añadió—, que será preciso resignarse.

Apenas osó acabar su pensamiento.

—¡Resignarse! —exclamó Sauk, dando sobre la mesa un golpe que hizo vacilar la lámpara, cuyo globo se rompió—. ¡Resignarse a abandonar esos millones!

—No, no, Excelencia —se apresuró a responder Ben-Omar—. Resignarse a dar a ese bretón la longitud que el testamento me ordena.

—¡Para que se aproveche de ella, imbécil..., y para que vaya a desenterrar esos millones!

Realmente, el furor es mal consejero. Sauk, que no carecía de inteligencia ni de astucia, acabó por comprenderlo. Se calmó lo que le fue posible, y reflexionó sobre la proposición, muy sensata por otra parte, que acababa de hacer Ben-Omar.

Era cierto que, dado el carácter del maluín, no se obtendría de él nada, a no ser por la astucia, siendo preciso proceder de una manera muy hábil.

He aquí el plan combinado entre su Excelencia y su humilde servidor, el que no podía rehusar el papel de cómplice: ir al día siguiente a casa de Antifer, comunicarle la longitud del islote tal como indicaba el testamento, y saber cuál era la latitud. Después de esto, Sauk procuraría adelantarse al legatario; y si esto era imposible, él encontraría medio de acompañar a Antifer durante sus rebuscas, procurando apoderarse del tesoro.

Dado caso —hipótesis bastante admisible— de que el islote estuviese situado en algún lejano paraje, el plan tenía trazas

probabilidades, y el negocio podría terminarse con provecho de Sauk.

Adoptada definitivamente esta resolución, Sauk añadió:

—Cuento contigo, Ben-Omar, y anda derecho, porque si no...

—Puede estar seguro de ello, Excelencia. Pero prométame que mi parte me será entregada.

—Sí, puesto que, según el testamento, esa prima te es debida... con la condición expresa de que no abandonarás un solo instante a Antifer durante su viaje.

—No le abandonaré.

—Ni yo... Yo te acompañaré.

—¿Y en calidad de qué? ¿Con qué nombre?

—En calidad de primer pasante de Ben-Omar y con el nombre de Nazim.

—¡Usted!

Y este «usted», arrojado con voz desesperada, indicaba cuántas violencias y miserias proveía Ben-Omar para el porvenir.

VIII

EN EL QUE SE ASISTE A UN CUARTETO SIN MÚSICA, EN QUE GILDAS

TREGOMAIN CONSIENTE TOMAR PARTE

Cuando Antifer llegó ante la puerta de su casa, la abrió, entró en el comedor, sentóse en un rincón, junto a la chimenea, y calentóse los pies sin pronunciar palabra. Énogate y Juhel hablaban junto a la ventana; él no se fijó en su presencia.

Nanón se ocupaba en la cocina de la comida, y él no preguntó diez veces, siguiendo su costumbre: ¿estará pronto?

Pierre-Servan-Malo estaba evidentemente absorto. Sin duda no le convenía contar a su hermana, a su sobrina ni a su sobrino, su encuentro con Ben-Omar, el notario de Kamyk-Bajá.

Durante la comida, Antifer, tan locuaz de costumbre, permaneció taciturno. Contentóse con prolongar la comida, devorando maquinalmente algunas docenas de caracoles, que extraía de la verdosa concha por medio de un largo alfiler de cabeza de cobre.

En varias ocasiones Juhel le dirigió la palabra sin obtener contestación.

Preguntó Énogate qué le pasaba; él no pareció oírla.

—Veamos, hermano, ¿qué tienes? —dijo Nanón en el momento en que se levantaba para regresar a su cuarto.

—¡Una muela del juicio que me sale! —respondió él.

Todos pensaron que el caso sería para alegrarse si podía darle el juicio en sus últimos días.

Después, sin encender la pipa que tanto le gustaba fumar por la mañana en la muralla, subió la escalera sin dar a nadie las buenas noches.

—El tío está muy preocupado —dijo Énogate.

—¿Qué habrá de nuevo? —murmuró Nanón mientras retiraba la mesa.

—Tal vez será necesario ir a buscar al señor Tregomain —dijo Juhel.

Lo cierto era que Antifer estaba más obsesionado, atormentado, devorado por la inquietud que nunca desde que esperaba al indispensable mensajero. ¿No le había faltado presencia de espíritu, política, en su conversación con Ben-Omar? ¿Había hecho bien en mostrarse tan categórico, en irritarse contra aquel hombre, en vez de disputar sobre los puntos principales del negocio y buscar una transacción? ¿Había obrado cuerdamente al tratarle de infame, y de cocodrilo, y otros calificativos intempestivos? ¿No hubiera sido mejor, sin mostrarse tan cuidadoso de sus intereses, aparecer dispuesto a entregar la carta, negociar, contemporizar por necesidad, y no perder cincuenta millones en un momento de cólera? Ciertamente. ¿Y si el notario tan maltratado rehusaba exponerse de nuevo a una acogida semejante? Y si liaba sus bártulos y abandonaba Saint-Malo, volviendo a Alejandría: ¿qué sería, de la solución del problema? ¿Iría Antifer tras su longitud hasta Egipto?

Así es que al acostarse se propinó una serie de puñetazos bien merecidos. No pudo dormir en toda la noche. Al día siguiente había tomado la resolución de «cambiar sus amuras», de lanzarse sobre las huellas de Ben-Omar, desenojándole con algunas palabras de las brutalidades de la víspera y entrar en tratos al precio de ligeras concesiones.

Cuando él reflexionaba sobre todo esto al tiempo que se vestía, a las ocho de la mañana, Gildas llamó suavemente a la puerta de su cuarto.

Nanón le había enviado a llamar, y el excelente hombre venía a ofrecerse a la irascibilidad de su vecino.

—¿Qué te trae por aquí, patrón?

—La marea, amigo mío, —respondió Gildas Tregomain con la esperanza de que esta locución marítima hiciese sonreír a su interlocutor.

—¿La marea? —respondió éste en tono rudo—. Pues bien: a mí me va a llevar el reflujo.

—¿Te preparas para salir?

—Sí, con permiso tuyo o sin él.

—¿Dónde vas?

—Donde me conviene ir.

—Vamos, comprendido; ¿no quieres decirme lo que intentas hacer?

—Voy a procurar remediar una tontería.

—¿Y arriesgar agravarla tal vez?

Aunque esta respuesta estuviese formulada en tesis general, no dejó de inquietar a Antifer. Así es que se decidió a poner a su amigo al corriente de la situación. Mientras continuaba vistiéndose le refirió, pues, su encuentro con Ben-Omar, las tentativas del notario para arrancarle el secreto de aquella latitud y su ofrecimiento, evidentemente fantástico, de venderle en cincuenta millones la carta de Kamyk-Bajá.

—Él habrá regateado —respondió Gildas Tregomain.

—No ha tenido tiempo porque le he vuelto la espalda, en lo que he hecho mal.

—Ésa es mi opinión. ¿De modo que ese notario ha venido expresamente para arrancarte esa carta?

—Expresamente, en vez de cumplir la orden que para mí le han dado. Ese Ben-Omar es el mensajero anunciado por Kamyk-Bajá y esperado desde hace veinte años.

—¡Ah!... ¿Es, pues, serio ese asunto? —no pudo menos de decir Gildas Tregomain.

Valióle esta observación una tan terrible mirada y un epíteto tan duro de Pierre-Servan-Malo, que el otro bajó los ojos y movió sus dedos después de haber juntado las manos sobre la vasta redondez de su abdomen.

En un momento concluyó Antifer su tocado, y tomaba su sombrero cuando Nanón apareció.

—¿Qué hay? —preguntó su hermano.

—Un extranjero que está abajo... Desea hablarte.

—¿Su nombre?

—Helo aquí.

Y Nanón le entregó una tarjeta que contenía estas palabras: *Ben-Omar, notario de Alejandría.*

—¡Él! —exclamó Antifer.

—¿Quién? —preguntó Gildas Tregomain.

—El Ornar en cuestión... ¡Ah! ¡Mejor quiero esto! Puesto que viene es buena señal. Que suba, Nanón.

—No viene solo.

—¿No? —exclamó Antifer—. ¿Y quién le acompaña?

—Un hombre más joven, que no conozco..., y que también tiene aire extranjero.

—¡Ah!... ¡Son dos! Pues bien. Seremos dos para recibirles... Quédate aquí, Gildas.

—¡Cómo!... ¡Tú quieres!...

Un gesto imperioso clavó en su sitio al digno vecino. Otro gesto indicó a Nanón que hiciese subir a los visitantes.

Un minuto después éstos eran introducidos en la habitación, cuya puerta fue cerrada cuidadosamente. Si los secretos que iban a ser descubiertos se escapaban, tendría que ser por el ojo de la cerradura.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Ben-Omar? —dijo Antifer en un tono altivo, y que no hubiera empleado sin duda si de él hubiesen partido los primeros avances presentándose en el hotel de la Unión.

—Yo mismo, señor Antifer.

—¿Y la persona que le acompaña?

—Mi primer pasante.

Antifer y Sauk, que fue presentado bajo el nombre de Nazim, cambiaron una mirada indiferente.

—¿Su pasante está al corriente?

—Al corriente, y su presencia me es indispensable en todo este asunto.

—Sea, señor Ben-Omar. ¿Me dirá qué objeto tiene el honor de su visita?

—Desearía tener con usted una nueva conversación, señor Antifer... Con usted solo —dijo dirigiendo una mirada oblicua sobre Gildas, cuyos dedos continuaban su inocente rotación.

—Gildas Tregomain, amigo mío —respondió Antifer—, ex patrón de la *Encantadora Amelia*, que también está al corriente de este asunto, y cuya asistencia es no menos indispensable que la de vuestro pasante Nazim.

Era la réplica de Tregomain a Sauk. Ben-Omar no podía hacer objeción alguna.

Los cuatro personajes se sentaron en torno a la mesa, sobre la que el notario depositó su cartera. Después reinó un momento de silencio, en espera de que uno u otro tomase la palabra.

Antifer fue el que habló primero, y dirigiéndose a Ben-Omar le dijo:

—¿Supongo que su pasante hablará francés?

—No —respondió el notario.

—¿Lo comprende al menos?

—Tampoco.

Esto había sido convenido entre Sauk y Ben-Omar, con la esperanza de que el maluín, no temiendo ser entendido por el falso Nazim, dejase tal vez escapar algunas palabras de las que se pudiese sacar provecho.

—Y ahora, señor Ben-Omar —dijo negligentemente Antifer—, ¿su intención es la de reanudar la conversación en el punto en que la interrumpimos ayer?

—Sin duda.

—¿Entonces me trae los cincuenta millones?

—Seamos serios, caballero.

—Sí, seamos serios, señor Ben-Omar. Mi amigo Gildas Tregomain no es de las personas que consienten en perder el tiempo en bromas inútiles. ¿No es verdad, Tregomain?

Jamás éste había mostrado una actitud más grave, un aspecto más serio, y nunca, cuando envolvió su apéndice nasal en los pliegues de su pabellón —su pañuelo, queremos decir— sacó de aquél sonidos más magistrales.

—Señor Ben-Omar —dijo Antifer afectando hablar en un tono del que sus labios no tenían costumbre—, temo que haya habido entre nosotros alguna mala interpretación. Conviene disiparla, o no llegaremos a nada bueno... Usted sabe quién soy yo, y yo sé quién es usted.

—Un notario.

—Un notario que es también un enviado del difunto Kamyk-Bajá, al que mi familia espera desde hace veinte años.

—Me excusará, señor Antifer; pero, admitiendo que sea como usted dice, no he podido venir más pronto.

—¿Y por qué?

—Porque solamente hace quince días que sé, por la apertura del testamento, las condiciones en que su padre había recibido la carta.

—¡Ah! ¡La carta de la doble K! ¿Volvemos a ella, señor Ben-Omar?

—Sí, y mi único pensamiento al venir a Saint-Malo era ponerme en comunicación...

—¿Únicamente con ese objeto ha emprendido el viaje?

—Únicamente.

Durante este cambio de preguntas y respuestas, Sauk permanecía afectando no comprender una palabra de lo que se decía.

Hacía este juego con tanta naturalidad, que Gildas Tregomain, que le miraba con atención, no pudo sorprender nada sospechoso en su actitud.

—Vamos, señor Ben-Omar —dijo Pierre-Servan-Malo— siento por usted el más profundo respeto, y no me permitiré dirigirle una palabra malsonante.

Verdaderamente afirmaba esto con gran aplomo, él, que la víspera había tratado a aquel hombre de bribón, miserable, cocodrilo, etc.

—Sin embargo —añadió—, no puedo menos de hacerle observar que acaba de mentir...

—¡Caballero!...

—Sí, de mentir como un villano, cuando ha dicho que su viaje no tiene otro objeto que la comunicación de esta carta...

—Yo se lo juro —dijo el notario levantando la mano.

—¡Abajo las garras, viejo Ornar! —exclamó Antifer, que comenzaba a irritarse a pesar de sus buenos propósitos—. Yo sé perfectamente por qué ha venido.

—Crea...

—Y de parte de quién...

—De nadie, se lo aseguro...

—Sí... De parte del difunto Kamyk-Bajá.

—¡Murió hace diez años!

—¡No importa! Para ejecutar su última voluntad es para lo que está hoy en casa de Pierre-Servan-Malo, hijo de Thomas Antifer, a quien tiene orden, no de pedir la carta en cuestión, sino de comunicarle ciertas cifras...

—¿Ciertas cifras?...

—Sí. ¡Las cifras de una longitud que necesita para completar la latitud que Kamyk-Bajá envió hace veinte años a mi valiente padre!

—Lindamente contestado —dijo tranquilamente Gildas Tregomain, sacudiendo su pañuelo como si hiciese un signo marítimo a los semáforos de la costa.

Y otra vez la misma impasibilidad del pasante, aunque ahora no pudiese dudar de que Antifer estaba al corriente de la situación.

—Y usted, señor Ben-Omar, ha querido cambiar los papeles y ha intentado robarme mi latitud.

—¡Robar!...

—¡Sí, robar! Y probablemente para hacer de ella un uso que sólo a mí me pertenece hacer...

—Señor Antifer —respondió Ben-Omar desconcertado—; crea que tan pronto como me hubiera entregado esa carta yo le hubiera dado las cifras.

—¿Confiesa, pues, tenerlas?

El notario estaba atrapado contra la pared.

Por habituado que estuviese a imaginar escapatorias, comprendió que estaba en poder de su adversario, y que lo más razonable era someterse, como la víspera había convenido con Sauk.

Así es que cuando Antifer le dijo:

—Vamos, juguemos a cartas vistas, señor Ben-Omar... Bastante hemos bordeado.

—¡Sea! —respondió.

Y abrió su cartera, de la que sacó una hoja de pergamino, escrito en gruesos caracteres. Era el testamento de Kamyk-Bajá, redactado, como se sabe, en lengua francesa, y del que en seguida se apoderó Antifer.

Después de haberlo leído todo en voz alta, de modo que Gildas Tregomain no perdió una sola palabra, sacó su cartera de bolsillo a fin de apuntar las cifras que indicaban la longitud del islote, aquellas cuatro cifras por cada una de las cuales hubiera él dado un dedo de su mano derecha. Después, como si hubiera estado en su barco ocupado en tomar la altura:

—¡Atención, Gildas! —dijo.

—¡Atención! —repitió Gildas, que también acababa de sacar su cuaderno de notas.

—¡Apunta!

Y aquella preciosa longitud, 54° 57' al este del meridiano de París, fue apuntada con un especial cuidado.

El pergamino volvió entonces al notario, que lo introdujo en su cartera, la cual pasó al brazo del falso pasante Nazim, tan

indiferente como hubiera podido estarlo un viejo hebreo en tiempo de Abraham en medio de la Academia francesa.

Sin embargo, la conversación llegaba al punto que interesaba particularmente a Ben-Omar y a Sauk.

Conociendo Antifer el meridiano y el paralelo del islote, no tenía más que cruzar dos líneas sobre el mapa para encontrar lo que buscaba.

Ardía en deseos de hacerlo.

Así es que no tuvieron ni Ben-Omar ni Sauk duda sobre el saludo que, levantándose, les dirigía.

Les invitaba a que se retirasen.

Gildas siguió este manejo con una mirada atenta y sonriente.

Pero ni el notario ni Nazim parecían dispuestos a levantarse.

Que su huésped les ponía a la puerta de la calle era cosa clara; mas ellos no lo comprendían o no querían comprenderlo. Ben-Omar, bastante confuso, notaba que Sauk le ordenaba con la vista que hiciese una última pregunta.

Debía obedecer, y dijo:

—Y ahora que he cumplido la misión encargada en su testamento por Kamyk-Bajá...

—No tenemos más que despedirnos cortésmente unos de otros —respondió Pierre-Servan-Malo, y el primer tren marcha a las diez y treinta y siete.

—A las diez y veintitrés desde ayer —rectificó Gildas.

—A las diez y veintitrés, en efecto, y no querría exponerles a usted y a su pasante Nazim a perderlo.

El pie de Sauk comenzó a golpear el suelo; y como consultase su reloj, se pudo creer que se inquietaba por la marcha.

—Si tiene equipajes que facturar —prosiguió Antifer—, sólo les queda el tiempo justo.

Ben-Omar se decidió entonces a tomar de nuevo la palabra y levantándose a medias:

—¡Perdón! —dijo bajando los ojos—. Creo que no nos hemos dicho cuanto teníamos que decirnos.

—Al contrario, y por mi parte nada tengo que preguntarle.

—Me queda, no obstante, una pregunta que dirigirle, señor Antifer.

—Me extraña, señor Ben-Omar; pero, en fin, hable.

—Yo le he comunicado las cifras de la longitud indicada en el testamento de Kamyk-Bajá.

—Conforme. Y mi amigo Tregomain y yo las hemos apuntado en nuestros cuadernos.

—Sin duda, y usted debe, por su parte, hacerme conocer las de la latitud que están en la carta...

—¿En la carta dirigida a mi padre?

—Precisamente.

—¡Perdón, señor Ben-Omar! —respondió Antifer frunciendo el entrecejo—. ¿Tenía obligación de indicarme la longitud en cuestión?

—Sí... Y esa obligación está cumplida.

—Con tanta buena voluntad como celo, lo confieso; pero en lo que me concierne yo no he visto en ninguna parte, ni en el testamento ni en la carta, que yo debiera revelar a nadie las cifras de la latitud que se enviaron a mi padre.

—Sin embargo...

—Sin embargo, si tiene que hacerme alguna indicación respecto al asunto, tal vez podríamos discutirla.

—Me parece —respondió el notario— que entre personas que se estiman...

—Le parece mal, señor Ben-Omar. La estimación nada tiene que ver con todo esto, si es tanta la que sentimos el uno por el otro.

Evidentemente, la impaciencia de Antifer no iba a tardar en manifestarse. Así, deseoso de evitar un estallido, Gildas Tregomain fue a abrir la puerta con objeto de facilitar la salida de los dos personajes. Sauk no se había movido. No debía, por otra parte, en su doble cualidad de pasante y de extranjero que no entendía el francés, ponerse en movimiento hasta que su principal se lo ordenase.

Ben-Omar abandonó su silla, se frotó el cráneo, ajustó sus anteojos sobre su nariz, y con el tono de un hombre que se ve en la necesidad de adoptar un partido, dijo:

—Perdón, señor Antifer; ¿está decidido a no confiarme?...

—Tanto más decidido, señor Ben-Omar, cuanto que la carta de Kamyk-Bajá imponía a mi padre un secreto absoluto sobre este particular, secreto que mi padre me impuso a su vez.

—Pues bien, señor Antifer —dijo entonces Ben-Omar—, ¿quiere aceptar un buen consejo?

—¿Cuál?

—El de no continuar este negocio.

—¿Y por qué?

—Porque puede encontrarse en su camino a cierta persona capaz de hacer que se arrepienta.

—¿Y quién es?

—Sauk, el propio hijo del sobrino de Kamyk-Bajá, desheredado en provecho de usted.

—¿Y conoce a ese hijo, señor Ben-Omar?

—No —respondió el notario—, pero sé que es un hombre terrible.

—Pues bien; si encuentra alguna vez a ese Sauk, dígame que yo me mofo de él y de toda su familia.

No pestañeó Nazim. Pierre-Servan-Malo se adelantó hacia el rellano.

—¡Nanón! —gritó.

Dirigióse el notario hacia la puerta, y esta vez Sauk, que acababa de derribar por torpeza una silla, le siguió, no sin un feroz deseo de activar su marcha, haciéndole brincar por la escalera.

Pero en el momento de franquear la puerta del cuarto, Ben-Omar se detuvo, y dirigiéndose a Antifer, a quien no osaba mirar cara a cara, le dijo:

—No ha podido olvidar una de las cláusulas del testamento de Kamyk-Bajá.

—¿Cuál, señor Ben-Omar?

—La que me impone la obligación de acompañarle hasta el momento de haber tomado posesión del islote y de estar allí cuando los barriles sean desenterrados.

—Pues bien; me acompañará, señor Ben-Omar.

—Es preciso entonces que sepa dónde va.

—Lo sabrá cuando lleguemos.

—¿Y si es al fin del mundo?

—Será al fin del mundo.

—Pero recuerde que yo no puedo pasarme sin Nazim.

—Como quiera; y no seré menos dichoso de viajar en su compañía que en la de usted.

Después, inclinándose sobre el rellano:

—¡Nanón! —gritó por segunda vez con voz ruda que indicaba que estaba al cabo de su paciencia.

Nanón apareció.

—¡Alumbra a estos señores! —dijo Antifer.

—¡Si es de día! —respondió Nanón.

—No importa. Alumbra.

Y Sauk y Ben-Omar abandonaron aquella casa poco hospitalaria, cuya puerta se cerró con estrépito.

Entonces Antifer fue presa de una de esas alegrías delirantes, de las que sólo raros accesos había tenido en su vida. Pero realmente, ¿cuándo hubiera estado alegre de no estarlo aquel día?

¡Tenía su famosa longitud tan impacientemente esperada!

¡Iba a poder transformar en realidad lo que hasta entonces no había sido para él más que un sueño! La posesión de aquella inverosímil fortuna sólo dependería del apresuramiento que él pusiese en irla a buscar al islote donde ella le esperaba.

—¡Cien millones!... ¡Cien millones!... —repetía.

—Es decir, ¡mil veces cien mil francos! —añadió Gildas Tregomain.

Y en aquel momento, sin poder dominarse, Antifer saltó sobre un pie, bailó, se inclinó, se levantó, se balanceó, y ejecutó, en fin, uno de esos bailes propios de los marineros.

Después, arrastrando en su movimiento giratorio la masa de su amigo, obligó a moverse con tal impetuosidad que la casa se conmovió hasta los cimientos.

Y cantaba con una voz que hacía temblar los vidrios:

¡Tengo mi lon!...

¡Lon la!...

¡Tengo mi gi!...

¡Lon li!...

¡Tengo mi tud!...

¡Tengo mi longitud!

IX

EN EL QUE UN PUNTO DE UNO DE LOS MAPAS DE ANTIFER ES
MINUCIOSAMENTE SEÑALADO CON LÁPIZ ROJO

Mientras su tío se entregaba a aquel baile, Énogate y Juhel volvían juntos de la alcaldía y de la iglesia. En la primera, el encargado del registro civil —un viejo encargado de fabricar las lunas de miel— les había mostrado sus edictos en el cuadro de las publicaciones. En la catedral, el vicario les había prometido una misa cantada y órgano.

¡Qué dichosos eran este primo y esta primá, gracias a la dispensa obtenida de monseñor! ¡Con qué impaciencia poco disimulada en Juhel, más reservada en Énogate, esperaban la fecha del 5 de abril, arrancada a las vacilaciones de su tío! ¡Con qué afán se ocupaban de los preparativos, trajes para la novia, muebles para la hermosa habitación del primer piso que el generoso Tregomain embellecía de continuo con algunas fruslerías, recogidas en otra época en las riberas del Raneé, entre otras una estatuita de la Virgen que adornaba la cámara de la *Encantadora Amelia*, y que regaló a los nuevos esposos! ¿No era su confidente? ¿Hubiesen encontrado otro mejor, un depositario más seguro de sus esperanzas, de sus proyectos para el porvenir?

Y veinte veces por día, Tregomain repetía:

—Daría cualquier cosa por que el matrimonio ya se hubiera celebrado.

—¿Y por qué, buen Gildas? —preguntó la joven, algo inquieta.

—¡Es tan singular el amigo Antifer, cabalgando sobre sus millones y su idea fija!

También era ésta la opinión de Juhel. Cuando se depende de un tío, hombre excelente pero algo desorganizado, no se está seguro de nada hasta que no se pronunciase el sí sacramental ante el juez.

Además, tratándose de familias de marinos no hay tiempo que perder. O es preciso quedar célibes, como lo eran el patrón del cabotaje y el de la gabarra, o casarse, desde que esto es permitido y posible. Se sabe que Juhel debía embarcarse en calidad de segundo en un buque de la casa Le Baillif y entonces, ¡cuántos meses!, ¡cuántos años! a través de los mares, a dos mil leguas de su mujer, de sus hijos, si Dios bendecía su unión, y no se ignora que no regatea su bendición a los cónyuges de los puertos de guerra y de comercio. Sin duda Énogate, hija de un marino, estaba hecha a la idea de que largas navegaciones arrastrarían lejos de ella a su marido, y no imaginaba que pudiese suceder otra cosa. Razón de más para no perder un solo día, puesto que su existencia contaría muchos durante los cuales estarían separados.

De este porvenir hablaban el joven capitán y su novia cuando se retiraban aquella mañana, después de haber concluido sus diligencias. Gran sorpresa les produjo ver salir dos extranjeros de la casa, los que se alejaban con grandes ademanes de furor. ¿Qué habían venido a buscar a casa de Antifer? Juhel tenía el presentimiento de que había pasado algo anormal, y creció su sospecha cuando Énogate y él oyeron el ruido que venía de lo alto, la improvisada canción que repercutía hasta el extremo de la muralla.

¿Se había vuelto loco su tío? ¿La obsesión de aquella longitud había determinado en él una lesión cerebral? ¿Era presa, si no de la locura de las grandezas, al menos de la de las riquezas?

—¿Qué hay, tía? —preguntó Juhel a Nanón.

—Vuestro tío que baila, hijos míos.

—Pero ¿es capaz de hacer trepidar la casa con tal violencia?

—No... es Tregomain.

—¿Cómo? ¿Tregomain baila también?

—Sin duda, para no contrariar a nuestro tío —observó Énogate.

Subieron los tres al primer piso pensando, al ver el espectáculo, que Antifer estaba loco. Antifer repetía.

¡Tengo mi lon!...

¡Lon la!...

¡Tengo mi gi!...

¡Lon li!...

Y al unísono, rojo, amenazado de una apoplejía, el buen Tregomain cantaba:

¡Tiene su longitud!

Una revelación alumbró repentinamente el cerebro de Juhel. ¡Aquellos dos extranjeros que habían visto salir de la casa! ¿Es que el esperado mensajero de Kamyk-Bajá había llegado al fin?

El joven había palidecido, y deteniendo a Antifer en medio de una vuelta.

—Tío —exclamó—, ¿la tienes?

—¡La tengo, sobrino mío!

—¡La tiene! —murmuró Gildas Tregomain, dejándose caer sobre una silla, que, no pudiendo oponer una resistencia imposible, se rompió.

Algunos instantes después, cuando su tío pudo respirar, Énogate y Juhel sabían todo lo que desde la víspera había acontecido: la llegada de Ben-Omar y de su primer pasante, la tentativa respecto a la carta de Kamyk-Bajá, el contenido del testamento, la exacta determinación de la longitud para el yacimiento del islote donde el tesoro estaba escondido. Antifer sólo tenía que inclinarse para cogerlo.

—Pero, tío, al presente esos dos saben dónde está el nido, y van a poder desenterrar el tesoro antes que usted.

—Un momento, sobrino —dijo Antifer encogiéndose de hombros—, ¿me crees bastante bobo para haberles entregado la llave del arca?

Gildas Tregomain apoyó con un gesto negativo.

—¡Un arca que encierra una fortuna de cien millones!

Y esta frase «cien millones» inflaba de tal modo la boca de Antifer que parecía ahogarle.

Fuese lo que fuese, se engañaba si esperó que esta declaración iba a ser acogida con gritos de entusiasmo. ¡Cómo! ¿Una lluvia de oro de la que Danae hubiera sentido envidia, una granizada de diamantes y piedras preciosas caída sobre la modesta casa de las Hautes-Salles, y no se tendía la mano para recibirla, y no se quitaba el tejado para que penetrase hasta la última gota?

Sí. Así fue. Un silencio glacial siguió a la frase de los millones tan triunfalmente declamada por su autor.

—¿Qué es esto? —exclamó éste, mirando a su hermana, a su sobrino, a Énogate y a su amigo—. ¿Qué tenéis para ponerme esas caras de mascarones de proa?

A pesar de esto, las caras no se modificaron.

—¡Cómo! —continuó Antifer—. Os anuncio que soy tan rico como Creso, que no se encontrará en casa del mejor nabab tanto oro como el que tengo, y ¡no me saltáis al cuello para felicitarme!

Nadie respondió.

Nada más que ojos bajos y rostros que se vuelven.

—Y bien, Nanón.

—Sí, hermano —respondió ésta—, es una bonita fortuna.

—¡Una bonita fortuna! ¡Más de trescientos mil francos que comerse por día durante un año! Y tú, Énogate, ¿encuentras también que es una bonita fortuna?

—¡Dios mío! —respondió la joven—. No es necesario ser tan rico como eso.

—Sí... ya sé... ¡Conozco el refrán! ¡La dicha no está en la riqueza! ¿Y es ésa también su opinión, capitán? —preguntó el tío, interrogando directamente al sobrino.

—Mi opinión —dijo Juhel— es que ese egipcio hubiera debido legaros el título de bajá, pues tanto dinero y sin título...

—¡Eh! ¡Eh! Antifer Bajá —dijo sonriendo Gildas.

—Di —exclamó Antifer—, di, expatrón de la *Encantadora Amelia*, ¿quieres burlarte?

—¡Yo, mi digno amigo! —respondió Gildas Tregomain—. No lo quiera Dios; y puesto que tú estás tan entusiasmado de ser cien veces millonario, yo te doy mis cien millones de enhorabuenas.

En resumen: ¿por qué la familia acogía tan fríamente el caso? ¿Tal vez el jefe no pensaba ya en su proyecto de alianzas soberbias para su sobrino y su sobrina? ¿Tal vez había renunciado a romper, o por lo menos a retrasar, el matrimonio de Juhel y Énogate, aunque la longitud hubiera llegado antes del 6 de abril? A decir verdad, éste era el temor que disgustaba tanto a Énogate, Juhel, Nanón y Tregomain.

Este último quiso que su amigo se explicase. Lo mejor era saber a qué atenerse. Por lo menos se podría discutir, y a fuerza de discusiones hacer entrar en razón a aquel terrible tío.

—Veamos, amigo mío —dijo—. Supongamos que tengas esos millones.

—¿Supongamos, Gildas?... ¿Y por qué suponer?

—Pues bien; demos por seguro que los tienes. Un hombre como tú, acostumbrado a la vida modesta, ¿qué hará con ellos?

—Lo que me plazca —respondió secamente Antifer.

—Creo que no irás a comprar todo Saint-Malo.

—Todo Saint-Malo, y todo Saint-Servan, y todo Dinard, si me conviene, y hasta ese ridículo arroyo del Ranee, que sólo tiene agua cuando la marea quiere llevarla.

Sabía que el insulto al Ranee escocía en lo vivo a un hombre que había subido y bajado por él durante veinte años.

—¡Sea! —respondió Gildas Tregomain—. Pero por eso no comerás un pedazo más, ni beberás un vaso más, a menos de comprar un estómago suplementario.

—Yo compraré lo que me convenga, navegante de agua dulce; y si se me contraría, si hasta entre los míos encuentro oposición...

Esto fue dirigido a los novios.

—Me comeré mis cien millones, los disiparé, los haré humo, los haré polvo, y Juhel y Énogate no recibirán nada de los cincuenta que, en su día, pienso legar a cada uno.

—Es decir, ciento para los dos, amigo mío...

—¿Por qué?

—Porque van a casarse.

Tocaba el punto difícil.

—Eh... Gildas —exclamó Antifer con voz estentórea—. Sube la encapilladura del sobrejuanete de proa para ver si estoy allí.

Era una manera de enviar a paseo a Gildas Tregomain, en lenguaje figurado, se comprende, pues izar su masa a la punta de cualquier mástil hubiera sido cosa imposible sin ayuda de un cabestrante. Ni Nanón, ni Juhel, ni Énogate se atrevían a intervenir en la conversación. En la palidez del joven capitán se comprendía que, no sin gran esfuerzo, contenía su cólera, pronta a desbordarse.

No era Gildas Tregomain hombre que se abandonase en plena mar, y aproximándose a su amigo, le dijo:

—Sin embargo, tú has hecho la promesa.

—¿Qué promesa?

—La de consentir en su matrimonio.

—Sí... Si la longitud no llegaba; pero como ha llegado...

—Razón de más para asegurar su dicha.

—Perfectamente. Por eso Énogate se casará con un príncipe.

—Si se encuentra.

—Y Juhel con una princesa.

—No hay ninguna en disposición —replicó Gildas Tregomain al cabo de sus argumentos.

—Siempre las hay cuando se llevan cincuenta hermosos millones de dote.

—Busca, pues.

—Buscaré y encontraré... en el almanaque de Gothon.

De Gotha quería decir aquel terco, aferrado a la idea de unir su sangre con la de los potentados.

No queriendo prolongar la conversación, que podía tomar mal cariz, resuelto a no ceder en lo del matrimonio, hizo entender, y bien claramente por cierto, que deseaba estar solo en su cuarto, añadiendo que no estaba para nadie antes de la comida.

Gildas Tregomain juzgó prudente no contrariarle, y todos volvieron a la sala del piso bajo.

En verdad, estaban desesperados. De los lindos ojos de Énogate salían lágrimas, lo que ponía fuera de sí a Gildas Tregomain.

—No me gusta que se llore —dijo—, no; ni aun cuando se tiene pena.

—Amigo mío —respondió ella—, ¡todo está perdido! ¡Nuestro tío no desistirá! Esta enorme fortuna le ha hecho perder la cabeza.

—Sí —apoyó Nanón—, ¡y cuando mi hermano se aferra a una idea!...

Juhel no hablaba. Iba y venía por la sala, cruzando y descruzando los brazos, abriendo y cerrando las manos. De repente exclamó:

—¡Después de todo, él no es el amo! Yo no tengo necesidad de su permiso para casarme. Soy mayor.

—Pero Énogate no lo es —hizo observar Tregomain—, y en su calidad de tutor él puede oponerse.

—Sí... Y todos dependemos de él —añadió Nanón bajando la cabeza.

—También es mi opinión —aconsejó Gildas—, que vale más no ponerse frente a frente. No es difícil que la manía pase, sobre todo si se finge acceder a lo que quiera.

—Tienes razón —dijo Énogate—, y más obtendremos con la dulzura que con la violencia.

—Además —dijo Tregomain—, todavía no tiene sus millones.

—No —insistió Juhel—, y a despecho de su latitud y de su longitud, tal vez necesitará mucho tiempo.

—¡Mucho! —murmuró la joven.

—Sí, mi querida Énogate, y esto son retrasos. ¡Ah! ¡Maldito tío!

—¡Y malditas bestias, que han venido de parte de ese maldito bajá! —gruñó Nanón—. ¡He debido recibirlos a tiros!

—Hubieran siempre acabado por entrevistarse con él —replicó Juhel—. Y ese Ben-Omar, que tiene una comisión en el negocio, no le hubiese dado tregua.

—Entonces, ¿mi tío va a partir? —preguntó Énogate.

—Es probable —respondió Gildas Tregomain—, puesto que conoce el sitio del tesoro.

—Yo le acompañaré —dijo Juhel.

—¿Tú, Juhel? —exclamó la joven.

—Sí. Es indispensable. Quiero estar allí para impedir que cometa alguna tontería... para traerlo si se retrasa.

—Bien pensado —dijo Gildas.

—¡Quién sabe dónde se dejará arrastrar y los peligros a que se expone!

Énogate quedó triste; mas había comprendido el buen sentido que inspiraba a Juhel aquella resolución, y tal vez el viaje se abreviaría de este modo.

El joven la consoló como pudo. Le escribiría con frecuencia. La tendría al corriente de cuanto sucediera. Nanón no la abandonaría, ni el señor Tregomain, que la vería todos los días, enseñándole a tener resignación.

—Cuenta conmigo, hija mía —respondió el último muy conmovido—. Yo procuraré distraerte. ¿No conoces las campañas de la *Encantadora Amelia*?

No. Énogate no las conocía, pues él no se había aún atrevido a contárselas por miedo a Antifer.

—Pues bien, te las referiré. Es cosa muy interesante. El tiempo transcurrirá. Un día veremos volver a nuestro amigo con sus

millones o con la bolsa vacía, y a nuestro valiente Juhel, que de un salto irá a la catedral... Si tú quieres, durante su ausencia me haré mi traje para la boda y me lo pondré todas las mañanas.

—¡Eh!... ¡Gildas!...

Esta voz, muy conocida, les hizo estremecerse.

—Me llama —dijo Tregomain.

—¿Qué querrá? —preguntó Nanón.

—No es la voz que toma cuando está colérico —dijo Énogate.

—¿Vendrás, Tregomain?

—Ya voy —respondió éste.

Y la escalera no tardó en gemir bajo sus pies.

Un instante después estaba delante de Antifer, que cerró cuidadosamente la puerta; y arrastrándole luego ante la mesa, sobre la que estaba un mapa, dijo tendiéndole un compás:

—Toma.

—¿Este compás?

—Sí —respondió Antifer con voz sofocada—. Ese islote... El islote de los millones... He querido conocer el sitio en el mapa.

—¿Y no está? —exclamó Gildas Tregomain, con un tono que denotaba menos sorpresa que satisfacción.

—¿Quién te dice eso? —respondió Antifer—. ¿Y por qué no ha de estar ese islote?

—Entonces... ¿está?

—Sí... creo que sí... ¡Pero estoy tan cansado!... Mi mano tiembla; ese compás me quema los dedos... No puedo pasearlo por el mapa.

—¿Y quieres que lo pasee yo, amigo mío?

—Si tú eres capaz...

—¡Oh! —dijo Gildas Tregomain.

—¡Diablo! ¡Para un ex marinerito en el Ranee! En fin, prueba. Veremos. Toma el compás y sigue con la punta el meridiano cincuenta y cuatro, casi el cincuenta y cinco, porque el islote está en el cincuenta y cuatro grados, cincuenta y siete minutos.

Estas cifras de la longitud comenzaron a turbar la cabeza de un modo paulatino del excelente hombre.

—¿Cincuenta y siete grados y cincuenta y cuatro minutos? —repitió, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡No, animal! —exclamó Antifer—. Lo contrario. Ea. Vamos.

Gildas Tregomain colocó la punta del compás sobre el mapa, en la parte este.

—¡No! —gritó su amigo—. No al oeste. Al este del meridiano de París. Entiendes al revés. ¡Al este! ¡Al este!

Gildas Tregomain, confundido por estas recriminaciones, era incapaz de llevar el trabajo a buen fin. Sus ojos se cubrían de sombras: gotas de sudor brillaban en su frente, y entre sus dedos temblaba nerviosamente el compás.

—¡Pero toma el meridiano cincuenta y cinco! —vociferó Antifer—. Comienza por lo alto del mapa, y baja hasta el sitio donde encontrarás el paralelo veinticuatro.

—¿El paralelo veinticuatro? —balbuceó Gildas Tregomain.

—¡Sí! Este miserable hará que me vuelva loco. ¡Sí! ¡El punto donde se cruzan será el yacimiento del islote!

—¿El yacimiento?

—Y bien, ¿bajas?

—Bajo.

—¡Oh! ¡Desdichado! ¡Sube!

La verdad es que Gildas Tregomain no sabía dónde estaba, y parecía aún menos apto que su amigo para resolver el problema en cuestión. Ambos se encontraban en un estado inverosímil de agitación, y sus nervios vibraban como las cuerdas de un contrabajo en un final de ópera.

Creyó Antifer que iba a volverse loco; así es que, tomando el único partido posible:

—¡Juhel! —gritó con una voz que retumbó como si se hubiera valido de una bocina para darlo.

El capitán apareció casi en seguida.

—¿Qué quieres, tío?

—Juhel... ¿Dónde está el islote de Kamyk-Bajá?

—En el punto donde se cruzan la longitud y la latitud.

—Pues, bien... búscalos.

Parecía como si Antifer fuera a completar la frase diciendo:

—¡Y tráelos!

No pidió Juhel explicación alguna. La turbación de su tío le indicó lo que pasaba. Después de haber tomado el compás con una mano que no temblaba, colocó la punta en el nacimiento del cincuenta y cinco meridiano al norte del mapa, y comenzó a seguir la línea descendiendo:

—Bien, tío.

Y fue diciendo:

—La tierra de Francisco José, en el mar Ártico.

—Bien.

—El mar de Barents.

—Bien.

—Nueva Zembla.

—¿Después?

—El mar de Kara.

—¿Después?

—La Rusia septentrional asiática.

—¿Qué ciudades atraviesa?

—Primero Ekaterinburgo.

—¿Luego?

—El lago de Aral.

—Sigue.

—Khiva, en el Turkestán.

—¿Llegamos?

—Casi... Herat, en Persia.

—Hemos llegado.

—¡Sí! Máscate, al extremo sureste de Arabia.

—¡Máscate! —exclamó Antifer inclinándose sobre el mapa.

En efecto, el cruce del meridiano cincuenta y cinco y del paralelo veinticuatro se efectuaba sobre el territorio de Mascate, en la parte

del golfo de Omán.

—¡Máscate! —repetía Antifer.

—¿Mascota? —dijo Gildas Tregomain, que había oído mal.

—¡No Mascota! ¡Máscate! —dijo su amigo encogiéndose de hombros.

En suma; no se tenía más que un lugar aproximado, puesto que sólo por los grados se había indicado, sin tener en cuenta los minutos de arco.

—Así pues, Juhel, ¿es en Máscate?

—Sí, tío... a unos cincuenta kilómetros.

—¿Y no puedes precisar más?

—Sí, tío.

—Pues anda, Juhel... ¿No ves mi impaciencia?

Y seguramente, una caldera puesta a aquella presión acaso hubiera amenazado explotar.

Volvió Juhel a tomar el compás; y teniendo en cuenta los minutos de la longitud y de la latitud, llegó a determinar el lugar con tal aproximación que la diferencia no debía exceder de algunos kilómetros.

—¿Y bien? —preguntó Antifer.

—Y bien, tío; ese sitio no está sobre el mismo territorio de Máscate, sino algo más al E, en el golfo de Omán.

—¡Diablo!

—¿Por qué... diablo? —preguntó Gildas Tregomain.

—Porque, si se trata de un islote, no puede estar en pleno continente, expatrón de la *Encantadora Amelia* —dijo Antifer con un tono imposible de describir.

—Mañana —añadió— comenzaremos los preparativos de marcha.

—Tienes razón —respondió Juhel, muy decidido a no contrariar a su tío.

—Veremos si hay en Saint-Malo algún buque que se disponga a zarpar para Port-Said.

—Será el mejor medio de transporte... No tenemos un día que perder.

—¡No! No me robarán mi islote.

—Sería preciso ser un famosísimo ladrón —hizo observar Gildas Tregomain, cuya frase fue acogida con un nuevo encogimiento de hombros de Antifer.

—Juhel, tú me acompañarás —dijo este último.

—Sí, tío —respondió el joven conforme a lo que había resuelto.

—Y tú también, Tregomain.

—¿Yo? —exclamó éste.

—¡Sí, tú!

Estas dos palabras fueron articuladas con un tono tan imperativo, que el excelente hombre bajó la cabeza en señal de aquiescencia.

—¡Y él, que pensaba aprovechar la ausencia de Pierre-Servan-Malo para distraer a la pobre Énogate contándole las campañas de la *Encantadora Amelia* en las aguas dulces del Raneé!

X

QUE CONTIENE EL RELATO RÁPIDO DEL VIAJE DEL STEAMER STEERSMAN
DE CARDIFF, ENTRE SAINT-MALO Y PORT-SAID

El 21 de febrero el *steamer* inglés *Steersman* abandonaba el muelle de Saint-Malo durante la marea de la mañana. Era un barco de novecientas toneladas del puerto de Cardiff, únicamente destinado a los viajes entre Newcastle y Port-Said para el transporte de carbón. Generalmente no hacía escala; pero aquella vez una ligera avería en la máquina, una fuga en sus condensadores, le había obligado a hacer ciertas reparaciones. En lugar de ir a Cherburgo, su capitán había hecho escala en Saint-Malo con el pensamiento de ver a un antiguo amigo. Cuarenta y ocho horas después el *steamer* había podido hacerse de nuevo a la mar, y el cabo Frehel quedaba ya a unas treinta millas al noreste cuando lo señalamos a la atención de nuestros lectores.

¿Y por qué señalar este barco en lugar de otro, cuando pasan cien por el canal de la Mancha empleados por el Reino Unido en exportar los productos de sus entrañas carboníferas a todos los puntos del globo?

¿Por qué? Porque Antifer se encontraba a bordo, y con él Juhel y Gildas Tregomain.

¿Cómo estaban a bordo de un *steamer* inglés, en lugar de haberse instalado más cómodamente en los vagones de las compañías del oeste y del este y en los *sleeping-cars* del Oriente Express?

¡Qué diablo! Cuando de un viaje se deben traer cien millones, no importa que el viajero busque sus comodidades y no repare en gastos.

Esto es lo que Antifer, el heredero del rico Kamyk-Bajá, hubiera hecho de no habersele presentado la ocasión de viajar en condiciones muy agradables.

El capitán Cip, que mandaba el *Steersman*, era antiguo conocido de Antifer, y durante su escala, el inglés visitó al maluín, y no hay que decir si fue bien recibido. En cuanto supo que su amigo se preparaba a partir para Port-Said le propuso, mediante un precio razonable, que tomara pasaje a bordo del *Steersman*. Era éste un buen navío, que hacía sus once nudos en mar calmado, y que no empleaba más de trece o catorce días en franquear las cinco mil quinientas millas que separan Gran Bretaña del fondo del Mediterráneo. No estaba, ciertamente, dispuesto para el servicio de viajeros; pero los marinos no han de ser exigentes. Siempre se podría disponer de un camarote conveniente, y la travesía se efectuaría sin trasbordo, lo que no dejaba de ser ventajoso.

Compréndase, pues, que Antifer aceptase. Su emparedamiento en un vagón durante tan largo viaje no le agradaba; en su opinión, valía más pasar dos semanas en un buen barco, en medio de las frescas brisas del mar, que seis días en el fondo de un cajón con ruedas, respirando humo y moléculas de polvo. Así lo pensó también Juhel, aunque no Gildas, cuyo campo de navegación se había limitado a las riberas del Ranee. Gracias a los ferrocarriles de Europa occidental y oriental, había contado con efectuar en ferrocarril la mayor parte del viaje, pero su amigo decidió otra cosa. Lo mismo daba llegar al islote un mes antes que después, pues era cosa a todas luces evidente que aquél estaría siempre en el mismo lugar; lugar que nadie conocía, excepción hecha de Antifer, Juhel y Gildas Tregomain. El tesoro enterrado desde hacía treinta años con el sello de la doble K no perdía su valor por esperar algunas semanas más.

Síguese de aquí que Antifer aceptó en nombre propio y en el de sus compañeros la proposición del capitán Cip, y ésta es la razón por la que el *Steersman* ha sido señalado a la atención del lector.

Así pues, Antifer, su sobrino y su amigo Tregomain, provistos de una buena suma que el último había guardado en su cinto, de un excelente cronómetro de buena marca y del libro del *Conocimiento de la Tierra*, necesario para sus futuras observaciones, llevando además un azadón y un pico para horadar el suelo del islote, han tomado pasaje en el barco, que es excelentemente bien dirigido, con una tripulación compuesta de dos maquinistas, dos fogoneros y diez marineros. El patrón de la *Encantadora Amelia* ha tenido que vencer su repugnancia y aventurarse en una travesía marítima, y desafiar las furias de Neptuno, él, que jamás había visto más que las encantadoras sonrisas de las ninfas potámidas. Pero ante el mandato de Antifer no había hecho observación alguna. Conmoveros «adioses» se cambiaron de una y otra parte: Énogate, tiernamente oprimida contra el corazón de Juhel.

Nanón, dividiendo sus caricias entre su hermano y su sobrino, mientras Gildas Tregomain procuraba no apretar demasiado fuerte entre sus brazos a los que tenían el valor de precipitarse en ellos... En fin, se había dado la seguridad de que la ausencia no sería larga, y que no transcurrirían seis semanas sin que la familia estuviese reunida de nuevo en la casa de la calle de las Hautes-Salles. Y entonces, millonario o no, se sabría convencer a Antifer de que se celebrase el matrimonio tan intempestivamente interrumpido... Después el navío había tomado rumbo oeste y la joven le había seguido. Y bien, ¿es que el *Steersman* ha olvidado a los dos personajes —que no son de poca importancia— que tenían la obligación de acompañar al heredero de Kamyk-Bajá? En efecto, ni el notario Ben-Omar ni Sauk estaban a bordo.

Lo cierto es que no había sido posible conseguir que el notario egipcio se embarcara en el *steamer*. En un viaje de ida entre Alejandría y Marsella, había estado enfermo como no es permitido ni a un notario. Así es que ahora que el destino le obligaba a

trasladarse a Suez, y de aquí no se sabía dónde, había jurado no emplear más que las vías terrestres mientras esto fuera posible. Sauk no había hecho ninguna objeción, y por su parte Antifer no deseaba en modo alguno tener a Ben-Omar como compañero de viaje, contentándose con citarle para fin de mes en Suez, sin decirle que había que ir hasta Máscate.

¡Entonces sí que el notario se vería obligado a desafiar la cólera del pérfido elemento!

Antifer había añadido:

—Puesto que su cliente le ha ordenado estar presente en el momento de la exhumación del tesoro en calidad de ejecutor testamentario, esté. Pero si las circunstancias nos obligan a viajar juntos, permanezcamos aparte, puesto que no tengo deseos de unirme más con usted y su pasante.

En esta observación tan galantemente formulada se reconocía a nuestro incivilizable maluín.

Resultado de esto: que Sauk y Ben-Omar habían abandonado Saint-Malo antes de la partida del *Steersman*, y ésta es la razón por la que no figuraban entre los pasajeros del capitán Cip, por lo que éste no pensaba en quejarse. Se sabe además que el notario, colocado entre el temor de perder su prima en el negocio si no asistía al descubrimiento del tesoro, y abrumado por la implacable voluntad de Sauk, no había de faltar a acompañar a Antifer. Llegaría antes que éste a Suez, y le esperaba no sin alguna impaciencia.

Entretanto el *Steersman* navegaba a todo vapor a lo largo de la costa francesa. No era sacudido muy rudamente por los vientos del S., encontrando cierto abrigo en la proximidad de la tierra, de lo que Gildas Tregomain se felicitaba. Habíase prometido aprovechar el viaje estudiando las costumbres y trajes de los diversos países que se le obligaba a recorrer. Pero como, por primera vez en su vida, salía a alta mar, temía marearse. Así paseaba una mirada a la vez llena de curiosidad y de temor hasta el horizonte, donde se confundían el agua y el cielo. No trataba de jugar a marinero, ni afrontar las desnivelaciones, efecto del movimiento, paseando por el

puede del *steamer*. El apoyo le hubiera faltado a sus piernas, acostumbradas al inmóvil piso de una barca, así es que permanecía sentado a proa en una actitud resignada que le atraía las bromas del despiadado Pierre-Servan-Malo.

—Y bien, Gildas, ¿qué tal?

—Hasta ahora no vamos mal.

—¡Eh! ¡Eh! Esto no es todavía más que navegar en agua dulce, puesto que no nos alejamos de tierra, y aún tienes el derecho de creerte en la *Encantadora Amelia*, entre las riberas del Ranee. Pero si sobreviene el viento norte la mar sacudirá sus pulgas, y creo que no tendrás lugar de rascarte las tuyas.

—No tengo pulgas, amigo mío.

—Es un modo de hablar y en el océano te espero.

—¿Piensas que me pondré malo?

—¡Ya lo creo! Te lo aseguro.

Antifer tenía un modo particular de tranquilizar a las gentes. Por esto Juhel, creyendo sin duda corregir los malos efectos de estos pronósticos, dijo:

—Mi tío exagera, señor Tregomain, y no se pondrá más malo...

—¿Que un delfín? Es lo que deseo —respondió Gildas señalando a dos o tres de esos *clowns* del mar que hacían cabriolas junto al *Steersman*.

Por la tarde el navío dobló las extremidades de la Bretaña. Entró en el canal de Fur, cubierto por las alturas de Ouessant, y la mar no se mostró muy agitada aunque el viento fue algo fuerte. Los pasajeros se acostaron entre las ocho y las nueve, y durante la noche el *steamer* pasó la punta de Saint-Mathieu, Brest, la bahía de Douarnenez, y puso el cabo al suroeste a través de la Iroise. Gildas soñó que estaba muy malo; felizmente no fue más que un sueño.

Al llegar la mañana, aunque el barco tenía un gran movimiento, hundiéndose en las olas, levantándose para hundirse de nuevo, no dudó en volver al puente. Puesto que el azar de su destino le reservaba concluir su carrera de marinero con un viaje por mar, quiso fijar las eventualidades del mismo en su memoria. Hele, pues,

apareciendo en la escalera de chupeta. ¿A quién vio entonces pálido, exánime, vaciándose a modo de tonel? ¡A Antifer en persona! A Antifer Pierre-Servan-Malo, mareado como una delicada *lady*, en mal tiempo, durante la travesía entre Bolonia y Folkestone.

¡Y qué juramentos de origen terrestre y marítimo a la vez! ¡Qué juramentos entre sus arcadas cuando contempló la faz tranquila y sonrosada de su amigo, que no parecía sentir el menor mal!

—¡Mil bombas! —exclamó—. ¿Se creería esto? Por no haber puesto los pies en un barco desde hace diez años... yo... un contra maestre... más malo que un patrón de una gabarra.

—Yo no lo estoy —osó decir Gildas Tregomain.

—No lo estás... ¿Y por qué?

—Me asombro de ello, amigo mío.

—Y sin embargo, tu Rane se ha parecido a esta mar de Iroise.

—Jamás...

—¡Y tú no tienes el semblante trastornado!

—Lo siento mucho, pues esto parece contrariarte.

¿Se podría encontrar hombre de mejor pasta en la superficie de nuestro mundo sublunar?

Nos apresuramos a añadir que la enfermedad de Antifer no fue más que pasajera. Antes que el *Steersman* hubiese vuelto el cabo Ortegá, en la punta noroeste de España, estando aún en medio de los parajes del golfo de Gascuña, tan terriblemente combatidos por las olas del Atlántico, el malujn había reconquistado su pie y su estómago de marino. Le había sucedido lo que a muchos, hasta a los mejores navegantes, cuando han pasado mucho tiempo sin embarcarse.

Su mortificación fue mucha, y su amor propio sufrió pensando que el patrón de la *Encantadora Amelia* había quedado incólume, mientras que él había echado las entrañas.

La noche fue muy serena. Durante ella el *Steersman* navegó por mar gruesa a través de la Coruña y del Ferrol. Tuvo el capitán Cip la intención de hacer escala, y tal vez se hubiese decidido a ello de no

mostrarse Antifer contrario a esta opinión. Retardos prolongados le hubiesen inquietado respecto al paquebote de Suez, que no hace más que una escala mensual al golfo pérsico. En estas épocas del equinoccio se puede temer el mal tiempo. Valía más no hacer escala mientras no hubiera peligro evidente en continuar el viaje.

El *Steersman* prosiguió navegando a regular distancia de los arrecifes del litoral de España. Dejó a babor la bahía de Vigo y los tres picos que señalan su entrada; después las pintorescas costas de Portugal. Al día siguiente, a estribor, se levantó el grupo de las Berlingues, que la Providencia ha fabricado expresamente para el establecimiento de los faros que indican la proximidad del continente a los navíos desde muy lejos. Claro es que en estas largas horas se hablaba del gran negocio, de aquel viaje extraordinario y de sus resultados. Antifer había recobrado su aplomo físico y moral. Con las piernas separadas, desafiando el horizonte con la mirada, recorría el puente con paso firme, buscando, preciso es decirlo todo, en la fisonomía de Gildas Tregomain un síntoma del mareo que no se presentaba.

—¿Cómo encuentras el océano? —le preguntaba.

—¡Es mucha agua ésta, amigo mío!

—Sí... Hay un poco más que en tu Ranee.

—Sin duda; pero no hay que desdeñar un río que tiene su encanto.

—Yo no lo desdeño... lo desprecio.

—Tío —dijo Juhel—, nada se debe despreciar... y un río puede tener su valor.

—¡Tanto como un islote! —añadió Gildas Tregomain.

Esto era tocar el punto sensible de Antifer.

—Ciertamente —exclamó—, hay islotes que merecen ser colocados en primera línea... el mío, por ejemplo...

Este pronombre indicaba el cambio operado en aquel cerebro de bretón. En su opinión aquel islote le pertenecía en propiedad por herencia.

—Y a propósito de mi islote —añadió—, ¿compruebas diariamente la marcha de tu cronómetro, Juhel?

—Seguramente, tío, y no he visto instrumento tan perfecto.

—¿Y tu sextante?

—Ten la seguridad de que vale tanto como el cronómetro.

—A Dios gracias, pues han costado bastante caros.

—Si han de reportar cien millones —continuó Gildas Tregomain—, no hay para qué mirar el precio.

—Bien dices...

Y realmente no se había reparado en él. El cronómetro había sido fabricado en los talleres de Breguet, no hay que decir con qué perfección. El sextante era digno del cronómetro, y hábilmente manejado podía dar los ángulos a menos de un segundo. Claro es que el manejo quedaba a cargo del joven capitán. Gracias a estos dos aparatos, él sabría determinar con una precisión absoluta el yacimiento del islote.

Pero si Antifer y sus compañeros tenían razón para confiar de un modo absoluto en aquellos dos instrumentos, sentían desconfianza, y justa, por Ben-Omar, el ejecutor testamentario de Kamyk-Bajá. Con frecuencia hablaban de esto, y un día el tío dijo a su sobrino:

—No me agrada del todo ese Omar, y me prometo observarle de cerca.

—¿Quién sabe si le encontraremos en Suez! —respondió Gildas Tregomain con tono de duda.

—Nos esperará semanas y meses, si es preciso —respondió Antifer—. ¿Acaso no ha ido a Saint-Malo únicamente para robarme mi latitud?

—Tío —dijo Juhel—, veo que tienes razón en sospechar de ese notario de Egipto. En mi opinión no vale gran cosa, y confieso que su pasante, Nazim, no me parece valer más.

—Pienso como tú, Juhel —añadió Gildas—. Ese Nazim tiene el mismo aire de pasante de notario que yo de...

—De un galán joven —dijo Pierre-Servan-Malo, haciendo rechinar su piedra entre los dientes—. No, ese pasante no tiene cara

de redactar escrituras. La desgracia es que no habla el francés... Se hubiera debido hacerle charlar...

—¡Hacerle charlar, tío!... Si no has sacado gran cosa del amo, puedes creer que tampoco hubieras conseguido nada de su pasante. Creo que debes pensar más en ese Sauk.

—¿Qué Sauk?

—El hijo de Murad... el primo de Kamylyk-Bajá, ese hombre que ha sido desheredado en beneficio tuyo...

—¡Que se libre de atravesarse en mi camino, Juhel!... ¿Acaso el testamento no es formal? Entonces, ¿qué nos quiere ese descendiente de bajás, cuyas colas me encargo de cortar?

—Sin embargo, tío...

—¡Eh! No me inquieto por él más que por Ben-Omar; y si ese fabricante de contratos no anda derecho...

—Ten cuidado, amigo mío —dijo Gildas Tregomain—. No puedes desembarazarte del notario. Tiene el derecho, y hasta el deber, de acompañarte en tus investigaciones, de seguirte en el islote...

—¡Mi islote, Gildas!

—¡Sea... tu islote! El testamento lo indica de una manera precisa; y como él tiene una comisión de un uno por ciento, o sea un millón de francos...

—¡Un millón de puntapiés! —exclamó el maluín, cuya irascibilidad crecía al pensamiento de la enorme prima que debía cobrar Ben-Omar.

La conversación fue interrumpida por ensordecedores silbidos. El *Steersman*, que se había aproximado a tierra, pasaba entre el cabo de San Vicente y las rocas que se levantan a lo largo del cabo.

Nunca se olvidaba el capitán Cip de enviar un saludo al convento acostado en lo alto del desfiladero, saludo que se devolvía con una bendición paternal. Algunos viejos monjes aparecieron, y el *steamer*, bendito, rodeó la punta extensa para tomar la dirección hacia el sureste.

Durante la noche se vieron los faros de Cádiz, y se pasó la bahía de Trafalgar.

A la madrugada, después de haber dejado al sur el faro del cabo Espartel, el *Steersman*, dejó a igual distancia a estribor las soberbias colinas de Tánger, sembradas de ciudades blancas, y a babor las vertientes escalonadas del estrecho de Gibraltar.

Desde aquí el capitán Cip, ayudado por la corriente del Mediterráneo, anduvo vivamente, aproximándose al litoral marroquí. Se vio Ceuta sobre su roca como un Gibraltar español, pásose el cabo al sureste, y veinticuatro horas después la isla Alborán quedaba atrás.

Es ésta una deliciosa navegación. Nada más pintoresco, más variado que este panorama, con sus montañas de armonioso perfil, las múltiples recortaduras de las riberas, las ciudades marítimas que surgen inopinadamente en torno de los altos desfiladeros en un cuadro de verdor respetado por el invierno en aquel clima del Mediterráneo. ¿Apreció Gildas Tregomain como convenía estas bellezas naturales, comparándolas con los puntos de vista de su querido Ranee, entre Dinard y Dinan? ¿Qué sintió viendo a Orán dominado por el cerro donde está situado su fuerte, a Argelia en forma de anfiteatro, a Stora perdida entre rocas de grandioso aspecto, a Bujía, Philippeville y Bone, mitad moderno, mitad antiguo, en el fondo de su golfo? En una palabra: ¿cuál fue el estado de ánimo de Gildas Tregomain en presencia de este litoral soberbio que se desarrollaba ante sus ojos? Éste es un punto histórico que no está fijado, y que sin duda nunca lo estará.

A través de La Calle, el *Steersman*, alejándose de la costa de Túnez, tomó la dirección del cabo Bon. En la noche del 5 de mayo, las alturas de Cartago se dibujaron un instante sobre el fondo de un cielo blanco, en el momento en que el sol se ocultaba entre las brumas. Durante la noche, el *steamer*, después de haber doblado el cabo Bon, atravesó esa parte oriental del Mediterráneo que se extiende hasta las Escalas de Levante.

El tiempo era bastante bueno. La isla Pantellaria mostró su aguda punta; un antiguo volcán dormido que puede despertarse algún día. Por lo demás, el subsuelo de esta parte del mar, desde el

cabo Bon hasta los últimos parajes del archipiélago griego, es volcánico. Aparecen algunas islas y desaparecen, Santorín, Julia y otras. Así es que Juhel tuvo razón al decir a su tío:

—Es una dicha que Kamyk-Bajá no haya escogido un islote de estos parajes para enterrar sus tesoros.

—¡Sí, es una dicha! —exclamó Antifer.

Y su rostro tornóse pálido al pensamiento de que su islote hubiera podido estar en un mar incesantemente combatido por las fuerzas plutónicas. Felizmente, el golfo de Omán está garantizado contra eventualidades de esta clase. No se conocen allí tales conmociones, y el islote ocuparía el mismo sitio indicado en el mapa.

Después de haber pasado las islas de Gozzo y de Malta, el *Steersman* se aproximó a la costa egipcia.

El capitán Cip reconoció Alejandría. Después de rodear esa red de las bocas del Nilo, especie de abanico abierto entre Roseta y Damietta, fue señalado a la entrada de Port-Said en la mañana del 7 de marzo.

El canal de Suez estaba en construcción en aquella época, puesto que no fue inaugurado hasta 1869. El *steamer* tuvo, pues, que detenerse en Port-Said. Allí, bajo el influjo francés, las casas a la europea, los chalets de puntiagudos tejados, las villas fantásticas se extendían a lo largo de una playa arenosa. Los productos de las excavaciones han servido para establecer un terraplén que sirve de asilo a una ciudad en que nada falta: iglesia, hospital, almacenes. Vense pintorescas construcciones, y el lago está sembrado de verdes islotes, entre los que pasan las barcas de los pescadores. Una especie de rada de doscientas treinta hectáreas está protegida por dos diques, el uno occidental, con faro, en una extensión de tres mil quinientos metros; el otro oriental, de setecientos.

Antifer y sus compañeros se separaron del capitán Cip después de haberle dado las gracias por la acogida que a bordo habían recibido, y tomaron el ferrocarril que circulaba entonces entre Port-Said y Suez.

Era una lástima que el canal no estuviese concluido, pues la travesía hubiera interesado vivamente a Juhel, y Gildas Tregomain se hubiera podido creer entre las riberas del Ranee, aunque el aspecto de los lagos Amers e Ismailia sea menos bretón que Dinan y más oriental que Dinard.

En cuanto a Antifer, ¿hubiera pensado en admirar tales maravillas? No. Ni las que son debidas a la Naturaleza, ni las formadas por el genio del hombre le hubieran interesado. Para él no existía en el mundo más que una cosa, el islote del golfo de Omán; su islote, que, como un punto brillante, hipnotizaba todo su ser.

No debía ver nada de Suez, de esta ciudad que actualmente ocupa un lugar tan importante en la nomenclatura geográfica. Pero lo que sí vio claramente al salir de la estación fue a dos hombres, uno de los cuales se deshacía en saludos ceremoniosos, mientras que el otro no perdía su gravedad oriental.

Eran Ben-Omar y Nazim.

XI

EN EL QUE GILDAS TREGOMAIN DECLARA QUE SU AMIGO ANTIFER
PODRÍA MUY BIEN ACABAR POR VOLVERSE LOCO

¿De modo que el ejecutor testamentario, el notario Ben-Omar y su pasante habían acudido a la cita? Sí. Desde algunos días antes estaban en Suez, y júzguese de la impaciencia con que esperaban al maulín.

A una señal de Antifer, ni Juhel, ni Gildas Tregomain se movieron. Los tres fingieron entregarse a una conversación de la que nada podía distraerles. Ben-Omar avanzó, tomando la actitud obsequiosa que le era habitual. No parecieron notar su presencia.

—En fin, caballero —se atrevió a decir, dando a su acento las más amables inflexiones.

Antifer volvió la cabeza, le miró y no pareció conocerle.

—Caballero... soy yo... soy yo... —repetía el notario inclinándose.

—¿Quién?...

Y pareció indicar: ¿qué diablo me quiere esta momia?

—Soy yo... Ben-Omar. El notario de Alejandría... ¿No recuerda?

—¿Es que conocemos a este caballero? —preguntó Antifer.

E interrogaba a sus compañeros guiñándoles el ojo, mientras removía su piedra en la boca.

—Yo creo que sí —dijo Gildas Tregomain compadecido del notario—. Es el señor Ben-Omar, a quien tenemos el gusto de ver otra vez.

—En efecto... en efecto —respondió Antifer como si recordase algo muy lejano—. Ben-Omar... Ben-Omar.

—Yo mismo.

—Y bien, ¿qué hace aquí?

—¿Cómo que qué hago? Le esperaba, señor Antifer.

—¡Ah! ¿Me esperaba?

—Sin duda... ¿Ha olvidado que estábamos citados en Suez?

—¡Citados! ¿Para qué? —respondió el maluín fingiendo tan diestramente que el notario se engañó.

—¿Para qué? Para el testamento de Kamyk-Bajá... Los millones legados... El islote...

—Me parece que podría decir mi islote.

—Sí, su islote. Veo que le vuelve la memoria... Y como el testamento me ha impuesto la obligación...

—Comprendido, señor Ben-Omar... Buenos días... buenos días...

Y sin decirle hasta la vista, hizo un movimiento para indicar a Juhel y a Tregomain que le siguieran.

Pero en el momento en que iban a alejarse de la estación, el notario les detuvo.

—¿Dónde piensan alojarse en Suez? —preguntó.

—En una fonda cualquiera —respondió Antifer.

—¿Les convendría la fonda en que estamos mi pasante y yo?

—¡Lo mismo nos da una que otra! Para las cuarenta y ocho horas que hemos de pasar aquí...

—¿Cuarenta y ocho horas? —respondió Ben-Omar con un tono que anunciaba evidente inquietud—. ¿No ha llegado al término de su viaje?

—No —respondió Antifer—. Falta todavía una travesía.

—¿Una travesía? —exclamó el notario, que palideció como si se encontrase ya en el puente de un barco.

—Una travesía que haremos a bordo del paquebote *Oxus*, que hace el servicio de Bombay...

—¡Bombay!...

—Y que debe partir pasado mañana de Suez... Le invito, pues, a tomar su pasaje, toda vez que su compañía es necesaria.

—¿Dónde está, pues, ese islote? —preguntó el notario con un gesto de desesperación.

—Está... donde está, señor Ben-Omar.

Y Antifer, seguido de Juhel y de Tregomain, se dirigió a la fonda más cercana, a la que su equipaje fue transportado enseguida.

Un instante después, Ben-Omar se reunió con Nazim, y un observador hubiera notado claramente que este último le acogía de una manera poco respetuosa. ¡Ah! ¡Sin aquel uno por ciento sobre los millones y sin el miedo que Sauk le inspiraba, con qué alegría hubiese enviado a paseo al legatario, al testamento de Kamyk-Bajá y a aquel desconocido islote, en busca del cual iba a correr a través de los continentes y los mares!

Si a nuestro maluín se le hubiese dicho que Suez se llamó en otra época Soueys por los árabes, y Cleopatris por los egipcios, se hubiera apresurado a responder:

—Para lo que yo vengo a hacer aquí, eso me es completamente igual.

En visitar algunas mezquitas, viejas construcciones sin carácter, dos o tres plazas, de las que la más curiosa es la del mercado de granos, la casa frente al mar, en la que se alojó Bonaparte, no pensó en absoluto nuestro impaciente personaje. Pero Juhel se dijo que en nada podía ocupar mejor las cuarenta y ocho horas de espera que en dar un vistazo a aquella ciudad de quince mil habitantes, y cuya irregular muralla la defiende pobremente.

Síguese de aquí que él y Gildas Tregomain emplearon el tiempo en recorrer las calles y callejuelas, en explorar la rada, capaz para contener cómodamente quinientos barcos, abrigados contra los vientos del noroeste que domina en toda estación.

Suez se dedicaba a un comercio marítimo de relativa importancia, aun antes de que el canal hubiera sido proyectado, gracias al ferrocarril de El Cairo y Alejandría. Por su situación en el fondo del golfo, cuyo nombre tiene —golfo abierto entre el litoral

egipcio y el istmo en una extensión de ciento ochenta y seis kilómetros—, esta ciudad domina el mar Rojo, y, aunque lento, su desarrollo no es menos seguro en el porvenir.

Esto le importaba poco a Antifer. Mientras sus dos compañeros recorrían las calles, no abandonó él la soberbia playa transformada en paseo. Sentíase vigilado, es cierto, tan pronto por Nazim como por Ben-Omar, que no le perdían de vista sin abordarle nunca. Él fingía no reparar en el espionaje. Sentado en un banco, absorto, meditabundo, inspeccionaba los horizontes del mar Rojo, pretendiendo transponerlos con la mirada. Y alguna vez —tan llena estaba su imaginación de su idea fija— creía ver el islote —su islote— saliendo allá bajo de las brumas del S., por un efecto del espejismo que se produce frecuentemente en los límites de esas playas arenosas, maravilloso fenómeno de óptica que engaña siempre los ojos.

Al fin, el 11 de marzo, por la mañana, el paquebote *Oxus* terminó sus preparativos de marcha y embarcó el carbón necesario para la travesía del Océano Índico con las paradas reglamentarias.

No causará asombro que Antifer, Gildas Tregomain y Juhel estuvieran a bordo desde el alba, ni que Ben-Omar y Sauk tomasen también pasaje.

Aquel gran paquebote, aunque destinado especialmente a mercancías, estaba también adaptado para el transporte de viajeros, la mayor parte con destino a Bombay, y algunos solamente para Adén y Máscate.

El *Oxus* aparejó a las once de la mañana, y salió de los largos pasos de Suez. Reinaba una fresca brisa noroeste, con tendencia a caer en el oeste. Como el viaje debía durar unos quince días a causa de las escalas sucesivas, Juhel había tomado un camarote dispuesto para habitarlo de día y descansar de noche; y claro está que Sauk y Ben-Omar ocupaban otro, fuera del cual el notario no haría, sin duda, más que raras y cortas apariciones. Antifer, decidido a reducir a lo más indispensable las relaciones que entre ellos

habían de existir, comenzó por declarárselo así al infortunado notario con aquella delicadeza de oso marino que le caracterizaba:

—Señor Ben-Omar —le dijo—, viajemos juntos, pero aparte. Bastará que estén allá para hacer constar mi toma de posesión, y terminado el asunto espero que tendremos el placer de no encontrarnos más ni en este mundo ni el otro.

Mientras el *Oxus* descendió por el golfo abrigado por las alturas del istmo, la navegación fue tan tranquila como hubiera podido serlo por la superficie de un lago. Pero cuando entró en el mar Rojo, las fuertes brisas que se desarrollan en Arabia le acogieron rudamente. Resultó de aquí un violento balanceo, y muchos pasajeros se encontraron mal. Nazim no pareció alterado, como tampoco Antifer y su sobrino, ni Gildas Tregomain, que rehabilitaba en su persona a los marineros de agua dulce. En cuanto al notario, preciso es renunciar a pintar el estado en que se encontraba. No apareció ni en el puente, ni en el salón, ni en el *dining-room*. Oíanle gemir en el fondo de su camarote, y no se le vio en toda la travesía. El excelente Gildas, movido a compasión, le hizo algunas visitas, cosa que no sorprenderá si se tiene en cuenta su buen natural. Antifer que no perdonaba a Ben-Omar el que éste hubiera querido robarle su latitud, se encogía de hombros cuando Gildas Tregomain procuraba que tuviera compasión del desdichado compañero.

—Y bien, Gildas —le decía—, ¿tu Ornar está ya vacío?

—Casi... casi.

—Me alegro.

—Amigo mío, ¿no irás a verle ni una vez siquiera?

—Sí, Gildas, sí iré... ¡Cuando no le quede más que el caparazón!

¡Id a hacer oír razones a un hombre que responde así, riendo a carcajadas!

Si el notario no molestó en el curso de esta travesía, su pasante Nazim no dejó varias veces de excitar en Antifer una furia casi justificada.

No es que Nazim le impusiera su presencia No. ¿Por qué había de hacerlo si no hubieran podido hablar por desconocer sus respectivas lenguas?

Pero el pasante estaba siempre allí, espiando con la mirada cuanto hacía el maluín, como si desempeñase una función impuesta por su principal. Así, ¡qué placer hubiera experimentado Antifer enviándole por encima de la borda, admitiendo que el egipcio hubiese sido hombre que sufriera semejante tratamiento!

La bajada por el mar Rojo fue bastante penosa, bien que no se hiciera en medio de los intolerables calores del verano. En esta época el cuidado de las calderas no puede ser confiado más que a los fogoneros árabes, únicos que no se cuecen donde se cocerían los huevos en algunos minutos.

El 15 de marzo, el *Oxus* tocaba la parte más áspera del estrecho de Bab-el-Mandeb. Después de haber dejado a babor la isla inglesa de Perim, los tres franceses pudieron saludar el pabellón de Francia desplegado en el fuerte de Obock, encima de la costa africana. Después el *steamer* entró en el golfo de Adén y puso el cabo en dirección al puerto de este nombre, donde debían desembarcar algunos pasajeros.

Adén era todavía una llave de ese manajo del mar Rojo que pende de la cintura de Gran Bretaña, esa buena ama de casa siempre en la tarea. Con la isla de Perim, de la que ha hecho otro Gibraltar, tiene la entrada de ese corredor de seiscientas leguas que desemboca en los parajes del océano índico. Si el puerto de Adén es en parte arenoso, posee al menos una vasta y cómoda rada al este, y al oeste una dársena donde toda una flota encontraría abrigo. Los ingleses se han instalado allí desde 1823.

La ciudad actual, muy floreciente en los siglos XI y XII, estaba indicada para llegar a ser una factoría con Extremo Oriente.

Adén, que posee treinta mil habitantes, contaba tres más —y de nacionalidad francesa— aquella misma noche. Francia estuvo representada, durante veinticuatro horas, por aquellos aventureros maluines y no de los menos importantes de la antigua Armórica.

Antifer no juzgó oportuno abandonar el barco. Pasó el tiempo en maldecir contra aquella parada, uno de cuyos mayores inconvenientes fue el de permitir al notario aparecer sobre el puente del *Oxus*. ¡En qué estado, gran Dios! Apenas pudo arrastrarse hasta la toldilla.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Ben-Omar? —dijo Pierre-Servan-Malo con una seriedad irónica—. Verdaderamente no le hubiera reconocido. No llegaréis al término del viaje. En su lugar yo me quedaría en Adén.

—Sí que lo desearía —respondió el desdichado, cuya voz se había reducido a un soplo, y cuyo rostro estaba desconocido—. Algunos días de descanso podrían restablecerme, y si usted quisiera esperar el próximo paquebote...

—Lo siento mucho, señor Ben-Omar. Tengo prisa por verter en sus manos la bonita participación que debe percibir, y no puedo detenerme.

—¿Está muy lejos aún?

—¡Más que lejos! —respondió Antifer describiendo con la mano una curva de un diámetro inverosímil.

Volvió Ben-Omar a su camarote, arrastrándose como un cangrejo, y se comprende que poco consolado por aquella conversación.

Juhel y Tregomain volvieron a bordo a la hora de comer, y no creyeron deber contar su visita a Adén. Antifer no les hubiera escuchado.

Al día siguiente por la tarde el *Oxus* siguió su camino, y nada hubo que agradecer a la Anfitrite india. Gildas decía Anfitruita. La diosa se mostró caprichosa, irascible, y esto se sintió a bordo. Más vale no saber lo que pasaba en el camarote de Ben-Omar. Pero si se le hubiese subido al puente envuelto en una sábana y se le hubiese enviado a la dulce diosa con una bala a los pies, no hubiera tenido fuerzas para protestar contra la inoportunidad de aquella fúnebre ceremonia.

Hasta el tercer día no se modificó el mal tiempo, cuando el viento cambió al noreste, lo que dio al paquebote el abrigo de la costa Hadramaut. Inútil es añadir que si Sauk soportaba las eventualidades de aquella navegación sin incomodidad, si no sufría en lo físico, no sucedió lo mismo en lo moral. Estar a merced de aquel maldito francés, no haber podido arrancarle el secreto del islote y verse obligado a seguirle hasta... hasta el sitio que fuera ¿Sería Máscate, Surate, Bombay, donde el *Oxus* debía hacer escala? ¿No iban a seguir a través del estrecho de Ormuz, después de haber llegado a Máscate? ¿Era en uno de esos cien islotes del golfo Pérsico donde Kamyk-Bajá había ido a esconder su tesoro?

Esta ignorancia, esta incertidumbre, tenían a Sauk en un estado de perpetua exasperación. Hubiera querido arrancar el secreto de las mismas entrañas de Antifer. ¡Cuántas veces intentó sorprender algunas palabras cambiadas entre él y sus compañeros! Puesto que él pasaba por no entender el francés, no se podía desconfiar de su presencia. Todo esto no había conducido a nada; y si no se desconfiaba del supuesto pasante, inspiraba hasta repulsión, sentimiento instintivo irracional que Antifer y sus compañeros experimentaban por igual. Cuando Sauk se aproximaba, alejábanse ellos, cosa que él notaba demasiado.

El *Oxus* se detuvo unas doce horas en Birbat, en la costa árabe, el 12 de marzo. Después comenzó a subir por Omán hacia Máscate.

Seis días más, y habría doblado el cabo Raz-el-Had.

Veinticuatro horas más tarde llegarían a la capital del Imanato, y Antifer estaría en el término de su viaje.

Era tiempo.

A medida que se aproximaba a su objeto, el maluín estaba más nervioso, más insociable que nunca, aunque la cosa parezca difícil dada su condición habitual. Toda su vida se concentraba en aquel islote tan deseado, en aquella mina de oro y de diamantes que le pertenecía.

Entreveía una caverna de Alí-Baba, cuya propiedad le había sido transferida por acto legítimo, y precisamente en aquel país de *Las*

mil y una noches, donde la fantasía de Kamyk-Bajá le conducía.

—¿Sabéis —dijo un día a sus compañeros— que si la fortuna del bueno del egipcio?...

Hablaba de él con familiaridad, como un sobrino de un tío americano a quien fuese a heredar.

—¿Sabéis que si su fortuna hubiese consistido en lingotes de oro, me hubiera dado qué pensar el modo de llevarla a Saint-Malo?

—Le creo, tío —respondió Juhel.

—Sin embargo —dijo Gildas Tregomain—, llenando nuestras maletas, nuestros bolsillos, la caja de nuestros sombreros...

—¡Bah! Ésas son ideas de barquero —exclamó Antifer—. ¿Te figuras que un millón en oro puede contenerse en una faltriquera?...

—Yo creía, amigo mío...

—¿Pero no has visto nunca un millón en oro?...

—¡Nunca!... ¡Ni en sueños!

—¿Y no sabes lo que pesa?

—No lo sé.

—Pues bien, yo lo sé, barquero, porque he tenido la curiosidad de calcularlo.

—A ver... di...

—Un lingote de oro que valga un millón, pesa unos trescientos veintidós kilogramos.

—¿Nada más? —respondió inocentemente Gildas Tregomain.

Antifer le miró de través. Sin embargo, la observación había sido formulada de tan buena fe que se sintió desarmado.

Y continuó:

—Si un millón pesa trescientos veintidós kilogramos, cien millones pesan treinta y dos mil doscientos.

—¡Eh! Tanto dirás —dijo Gildas.

—¿Y sabes cuántos hombres cargados con cien kilos cada uno serían precisos para transportar esos cien millones?

—Acaba, amigo mío.

—Pues trescientos veintiocho. Y como no somos más que tres, juzga de nuestra perplejidad una vez llegados al islote.

No vuelvas, pues, a decir más tonterías. Felizmente, mi tesoro se compone, sobre todo, de diamantes y piedras preciosas.

—El hecho es que mi tío tiene razón —respondió Juhel.

—Y añadiré —dijo Gildas Tregomain— que ese excelente Kamyk-Bajá me parece que ha arreglado las cosas de un modo conveniente.

—¡Oh! ¡Esos diamantes —exclamó Antifer—, esos diamantes, de tan fácil salida entre los joyeros de París o de Londres! ¡Qué venta, amigos míos, qué venta!... ¡No los venderé todos!... Eso no...

—¿No venderás más que una parte?

—Sí, Gildas, sí —respondió Antifer, cuyos ojos brillaban—. En primer lugar, guardaré uno para mí... Un diamante de un millón, que llevaré en mi camisa.

—¡En tu camisa, amigo mío! ¡Estarás deslumbrador! ¡No se podrá mirarte!...

—Y habrá otro para Énogate —añadió Antifer—... una piedrecilla que la hará bonita...

—No más de lo que es, tío —se apresuró a responder Juhel.

—Sí, sobrino, sí... Y habrá un tercer diamante para mi hermana.

—¡Ah! ¡La buena Nanón! —exclamó Gildas Tregomain—. Estará tan engalanada como la Virgen de la calle de Porcon de la Barbinais... ¿Es que quieres volverla a casar?...

Antifer se encogió de hombros, y continuó diciendo:

—Y un cuarto diamante para ti, Juhel, que llevarás en un alfiler de corbata.

—Gracias, tío.

—¡Y un quinto para ti, patrón!

—¿Para mí?... Si fuese para el mascarón de proa de la *Encantadora Amelia*...

—No, para tu dedo... para una sortija.

—Un diamante en mis gruesas garras... me vendrá como unos calcetines a un franciscano —respondió el barquero, mostrando una

mano enorme, más hecha para las faenas del mar que para llevar sortijas.

—¡No importa, Gildas! Y no es difícil que encuentres una mujer que quiera...

—¡A quién se lo dices!... Hay precisamente una hermosa viuda, tendera en Saint-Servan...

—¡Tendera!... ¡Tendera! —exclamó Antifer—. ¡Buen papel hará en nuestra familia cuando Énogate se haya casado con un príncipe, y Juhel con una princesa!

La conversación terminó aquí, y el joven capitán no pudo impedir un suspiro al pensamiento de que su tío acariciaba aún aquellos sueños absurdos. ¿Cómo se le llevaría a ideas más sanas si la mala suerte quería que llegase a ser poseedor de los millones del islote?

—Positivamente perderá la razón a poco que esto continúe —dijo Gildas Tregomain a Juhel cuando estuvieron solos.

—¡Es de temer! —respondió Juhel, mirando a su tío que hablaba consigo mismo.

Seis días después, el 22 de marzo, el *Oxus* llegaba al puerto de Máscate, y tres marineros sacaban a Ben-Omar de las profundidades de su camarote.

¡En qué estado!

No era más que un esqueleto, o más bien una momia, porque la piel estaba aún pegada a los huesos del infortunado notario.

XII

EN EL QUE SAUK SE DECIDE A SACRIFICAR LA MITAD DEL TESORO DE
KAMYLK-BAJÁ A FIN DE ASEGURAR LA OTRA MITAD

Cuando Gildas Tregomain suplicó a Juhel que le indicase en el mapa el lugar exacto en que se encontraba Máscate, no pudo creer lo que veía.

¡El ex patrón de la *Encantadora Amelia*, el marinero del Ranee, transportado a aquel sitio... tan lejos... hasta los mares del continente asiático!

—Dime, Juhel, y ¿estamos al fin de Arabia? —preguntó ajustándose sus anteojos.

—Sí, Tregomain, en el extremo sureste.

—¿Y ese golfo que acaba en embudo?

—Es el golfo de Omán.

—¿Y ese otro golfo que parece una pierna de carnero?

—Es el golfo Pérsico.

—¿Y ese estrecho que les reúne?

—Es el estrecho de Ormuz.

—¿Y el islote de nuestro amigo?

—Debe de estar en algún sitio del golfo de Omán.

—¡Si es que está! —respondió Tregomain después de asegurarse de que Antifer no podía oírle.

El imanato de Máscate, comprendido entre los meridianos cincuenta y tres y cincuenta y siete, y entre los paralelos veintidós y veintisiete, se desarrolla en una extensión de quinientos cuarenta y

siete kilómetros de largo por doscientos ochenta de ancho. Hay que añadir una primera zona de la costa persa de Laristan a Moghistan, una segunda zona en el litoral de Ormuz y de Kistrim, y, además, en África, toda la parte que se extiende desde el Ecuador hasta el cabo Delgado, con Zanzíbar, Juba, Molinde, Sofala... Todo hace de él un Estado de quinientos mil kilómetros cuadrados, casi la superficie de Francia, con diez millones de habitantes, árabes, persas, indios, judíos y gran número de negros. El imán es, pues, un soberano que merece cierta consideración.

Subiendo el golfo de Omán, después de haber tomado la dirección de Máscate, el *Oxus* había marchado por un litoral desolado, estéril, rodeado de altos despeñaderos perpendiculares que semejaban ruinas de construcciones feudales. Un poco más atrás se veían algunas colinas de quinientos metros de elevación, primeros anillos de la cadena de Gebel-Achdar, que se perfilan a tres mil pies de altura.

No hay que extrañar que este país sea árido, puesto que no existe en él ningún curso de agua de verdadera importancia. Sin embargo, los alrededores de la capital bastan para alimentar una población de sesenta mil habitantes. No faltan frutos, uvas, manguey, melocotones, higos, sandías, limones agrios y dulces, y sobre todo dátiles, de los que hay gran profusión. La palmera datilera es el árbol de preferencia en aquellos terrenos árabes. Por él se estima el valor de las propiedades, y se dice una propiedad de tres o cuatro mil datileros, como en Francia se dice: un terreno de doscientas y trescientas hectáreas. Respecto al Imanato, es muy comercial, y el imán no es solamente el jefe del Estado y el gran sacerdote de la religión, sino también el primer comerciante del país. Su reino no cuenta menos de dos mil navíos, que hacen treinta y siete mil barricas. Su marina militar posee unos cien barcos provistos de varios centenares de cañones. En cuanto a sus rentas, suben a cerca de veintitrés millones de francos. Además, propietario de cinco naves, requisaba los navíos de sus súbditos empleándolos en sus negocios, lo que le permite dar a éstos una soberbia extensión.

El imán es el dueño absoluto en el Imanato, el que, conquistado primero por Alburquerque en 1507, ha sacudido la dominación portuguesa. Habiendo recobrado su independencia desde hace un siglo, está sostenido por los ingleses, que esperan, sin duda, después del Gibraltar de España, el Gibraltar de Adén y el Gibraltar de Perim, crear el Gibraltar del golfo Pérsico. Estos tenaces sajones acabarán por *gibraltarizar* todos los estrechos del globo.

¿Es que Antifer y sus compañeros se habían fijado en Máscate bajo el punto de vista político, industrial y comercial antes de abandonar Francia?

De ningún modo.

¿Es que el país podía interesarles?

No, puesto que su atención estaba fija únicamente en uno de los islotes del golfo.

¿Pero no iba a ofrecérseles la ocasión de estudiar en cierta forma el estado actual de este reino?

Sí, puesto que contaban con ponerse en relaciones con el agente representante de Francia en aquel rincón de la Arabia.

¿Hay, pues, un agente francés en Máscate?

Hay uno desde el tratado de 1841, tratado que fue firmado entre el imán y el Gobierno francés.

¿Para qué sirve ese agente?

Precisamente para dirigir a los de su nación cuando sus negocios les llevan hasta el litoral del océano Índico.

Pierre-Servan-Malo creyó oportuno visitar a este agente. En efecto, la policía del país, muy bien organizada, hubiera podido concebir sospechas de la llegada de tres extranjeros a Máscate si éstos no hubieran dado un pretexto aceptable a su viaje. Claro es que se guardarían muy bien de decir la verdad.

El *Oxus* debía continuar hacia Bombay después de cuarenta y ocho horas de espera. Así es que Antifer, Gildas y Juhel desembarcaron inmediatamente, sin preocuparse en modo alguno de Ben-Omar ni de Nazim. Les tendrían al corriente de sus pasos, y se reunirían con ellos cuando comenzaran las buscas en el golfo.

Antifer a la cabeza, Juhel en medio, y Tregomain a vanguardia, precedidos de un guía, se dirigieron hacia un hotel inglés a través de las plazas y las calles de la moderna Babilonia. Seguían los bagajes. ¡Qué cuidado se tuvo con el sextante y el cronómetro, comprados en Saint-Malo, con el cronómetro sobre todo! Pensad... ¡Un instrumento que permitiría determinar la longitud del famoso islote! ¡Cuántas precauciones se habían tomado para librarle de las sacudidas que hubieran podido influir en su funcionamiento! Un marido no hubiera mostrado más solicitud por su esposa que la que mostró nuestro maluín por aquel instrumento, destinado a conservar la hora de París.

Lo que causaba el más vivo asombro al barquero desembarcado en Máscate, era el verse allí como el dux de Venecia en medio de la corte de Luis XIV.

Después de haber buscado sus habitaciones, nuestros viajeros fueron al despacho del agente, que se sorprendió bastante a la vista de los tres franceses.

Era un provenzal de unos cincuenta años, llamado Joseph Bard. Hacía el comercio de algodones blancos, de chales de la India, de sederías de China, de telas bordadas en plata y oro, artículos muy solicitados por los orientales ricos.

Franceses en casa de un francés, pronto se establecieron las relaciones. Antifer y sus compañeros manifestaron sus nombres; cambiáronse apretones de manos y ofrecimientos, y el agente preguntó a sus visitantes cuál era el objeto de su viaje.

—Rara vez se me presenta ocasión de recibir a mis compatriotas —dijo—. Así es que para mí es un gran placer el verle, y me pongo enteramente a su disposición.

—Se lo agradecemos mucho —respondió Antifer—, pues puede sernos muy útil dándonos algunos detalles acerca del país.

—¿Se trata de un simple viaje de recreo?

—Sí, y no... señor Bard. Los tres somos marinos: mi sobrino, capitán; Gildas Tregomain, un antiguo comandante de la *Encantadora Amelia*.

Y esta vez, con extrema satisfacción de su amigo, declarado *comandante*, Antifer hablaba de la barca como si se tratase de una fragata o un buque de guerra.

—Y yo, contra maestre de cabotaje —añadió—. Hemos sido encargados por una importante casa de Saint-Malo de fundar un establecimiento en Máscate, o en alguno de los puertos del golfo de Omán o del golfo Pérsico.

—Caballero —respondió Joseph Bard, muy dispuesto a intervenir en un negocio del que podía obtener algunos beneficios—, apruebo sus proyectos y les ofrezco mis servicios para conducirles a buen fin.

—En ese caso —dijo entonces Juhel— le preguntaremos si es en el mismo Máscate donde convendría crear un establecimiento de comercio o en otra ciudad del litoral.

—En Máscate con preferencia —respondió el agente—. La importancia de este puerto se acrecienta de día en día por sus relaciones con Persia, India, isla Mauricio, Reunión, Zanzíbar y la costa de África.

—¿Y cuáles son los artículos de exportación? —preguntó Gildas de Tregomain.

—Dátiles, pasas, azufre, pescados, copal, goma arábiga, cuernos de rinoceronte, aceite, coco, arroz, café y dulces.

—¿Dulces? —repitió el barquero, que dejó sensualmente aparecer la punta de la lengua entre los labios.

—Sí, señor —respondió Joseph Bard—, de esos dulces llamados *hulwah* en el país, y que se componen de miel, azúcar, gluten y almendras.

—Los probaremos, amigos míos.

—Todo cuanto quieras —prosiguió Antifer—, pero volvamos a la cuestión. No es para comer dulces para lo que hemos venido a Máscate. El señor Bard nos ha citado los principales artículos de comercio...

—A los que conviene añadir la pesca de perlas en el golfo Pérsico —respondió el agente—, pesca cuyo valor se eleva

anualmente a ocho millones de francos.

En los labios de Antifer dibujóse una mueca desdeñosa. ¡Perlas por valor de ocho millones de francos! ¡Valiente cosa a los ojos de un hombre que poseía por cientos millones de piedras preciosas!

—Verdad es —añadió Joseph Bard— que el comercio de perlas está en manos de mercaderes indios, que se opondrán a la competencia.

—¿Hasta fuera de Máscate? —dijo Juhel.

—Hasta fuera de Máscate, donde los comerciantes, debo confesarlo, no verían con buenos ojos que se instalasen extranjeros.

Juhel aprovechó esta respuesta para llevar la conversación a otro terreno.

En efecto: la capital del imanato está exactamente situada a los 50° 20' de longitud este, y 28° 38' de latitud norte.

Resulta de aquí que más allá de los acordonamientos del islote era preciso buscar el yacimiento.

Lo esencial era, pues, abandonar Máscate bajo el pretexto de descubrir un lugar favorable a la fundación del supuesto establecimiento maluín. Así es que Juhel, después de haber observado que antes de fijarse en Máscate sería conveniente visitar las otras ciudades del imanato, preguntó cuáles eran las que se encontraban en el litoral.

—Está Omán —respondió Joseph Bard.

—¿Al norte de Máscate?

—No, al sureste.

—¿Y en el norte o en el noroeste?

—La ciudad más importante es Rostak.

—¿En el golfo?...

—No, en el interior.

—¿Y en el litoral?

—Sohar.

—¿A qué distancia de aquí?

—A unos doscientos kilómetros.

Una mirada de Juhel hizo comprender a su tío la importancia de esta respuesta.

—¿Y Sohar es una ciudad comercial?

—Muy comercial. El imán reside alguna vez en ella, cuando tal es el capricho de Su Alteza.

—¡Su Alteza! —dijo Gildas Tregomain.

Verdaderamente este título sonó de modo agradable al oído del barquero. Tal vez debía ser reservado únicamente al Gran Turco; pero Joseph Bard creyó de buen gusto aplicárselo al imán.

—Su Alteza está en Máscate —añadió—, y cuando hayan ustedes escogido una ciudad para establecer su negocio, convendrá solicitar su autorización.

—Que supongo no nos rehusará —dijo el maluín.

—Al contrario —dijo el agente—, él se apresurará a concedérsela mediante fianza.

El gesto de Antifer indicó que estaba dispuesto a pagar realmente.

—¿Cómo se va a Sohar? —preguntó Juhel.

—En caravana.

—¡En caravana! —exclamó el barquero algo inquieto.

—¡Eh! —hizo observar Joseph Bard— aún no tenemos ferrocarriles ni tranvías en el imanato, ni diligencias. El camino se hace por carreta o en mulo, a menos que se prefiera ir a pie.

—¿Esas caravanas no parten, sin duda, más que de tarde en tarde? —preguntó Juhel.

—Perdón, caballero —respondió el agente—. Entre Mascate y Sohar el comercio es muy activo, y precisamente mañana...

—¿Mañana? —dijo Antifer—. *Perfectamente: pues mañana nos encaravanaremos.*

¿La perspectiva de *encaravanarse*, como decía su amigo, era para regocijar a Gildas Tregomain? No, a juzgar por el gesto que puso.

Pero no había ido a Máscate para poner resistencia, y se resignó a viajar en aquellas condiciones algo penosas.

Sin embargo, preguntó si le era permitido hacer una observación.

—Di —respondió Antifer.

—Pues bien, los tres somos marinos; ¿no es así?

—Sí, los tres —respondió su amigo guiñando burlescamente un ojo mientras miraba a Tregomain.

—Entonces no veo la razón de que no vayamos por mar a Sohar... Seiscientos kilómetros... con una embarcación sólida...

—¿Por qué no? —respondió Antifer—. Gildas tiene razón. Esto sería ganar tiempo.

—Sin duda —respondió Joseph Bard—, y yo sería el primero en aconsejarles que fueran por mar si no ofreciese ciertos peligros...

—¿Cuáles? —preguntó Juhel.

—El golfo de Omán no es muy seguro, caballeros... Tal vez a bordo de un barco mercante provisto de tripulación numerosa no habría nada que temer.

—¿Temer? —exclamó Antifer—. ¿Temer golpes de viento, borrascas?...

—No... piratas, que no son raros en las cercanías del estrecho de Ormuz...

—¡Diablo! —dijo el maluín...

Y preciso es confesar que sólo le asustaban los piratas para cuando regresase en posesión de su tesoro.

En fin, con la observación del agente, nuestros viajeros, decididos a no escoger la vía marítima para volver, juzgaron que era inútil tomarla para ir.

Se partiría con una caravana y se volvería con otra, puesto que esta combinación ofrecía toda seguridad.

Gildas Tregomain tuvo que aceptar el caminar por tierra, pero *in petto* sentía alguna inquietud por la manera con que él lo haría.

La conversación se limitó a esto. Los tres franceses salieron muy satisfechos del agente de Francia.

A la vuelta le visitarían, teniéndole al corriente de sus pasos, y no obrarían sin consultarle.

Antifer hasta dio a entender que la fundación del establecimiento podría producir importantes comisiones, de las que se aprovecharía el agente.

Antes de separarse, Joseph Bard renovó la recomendación de presentarse ante Su Alteza, ofreciéndoles obtener una audiencia para aquellos extranjeros distinguidos. Éstos volvieron enseguida al hotel.

Durante este tiempo, en un cuarto del mismo hotel conferenciaban Ben-Omar y Nazim, conferencia, como se supondrá, borrascosa y ruda por parte de Sauk.

El falso pasante y el notario habían llegado a Máscate.

Bien.

Pero ignoraban todavía si Máscate era el término del viaje.

¿No iría más allá Antifer?

Aquel imbécil de Omar debía saberlo, puesto que tenía derecho para ello, y no sabía más que el falso Nazim.

He aquí las consecuencias de haber estado enfermo durante la travesía, repetía Nazim. ¿No hubieras hecho mejor en estar bueno?

Ésta era también la opinión del notario. Pero ¿cómo poder en semejante estado hablar con aquel francés, penetrar sus secretos y saber dónde estaba oculto el tesoro?

—Cálmese su Excelencia —respondió Ben-Omar—. Hoy mismo veré al señor Antifer... y sabré... ¡Con tal de que no se trate de embarcarme de nuevo!...

Por lo demás, no podía dudarse de que conocerían el lugar en que el legatario de Kamyk-Bajá haría las pesquisas necesarias para entrar en posesión del legado. Puesto que el testamento imponía la presencia del ejecutor testamentario, que no era otro sino Ben-Omar, Antifer no rehusaría responderle categóricamente. Pero una vez en el islote y desenterrados los tres preciosos barriles, ¿qué haría Sauk para despojar de ellos a su poseedor?

A esta pregunta, que el notario le había dirigido más de una vez, nada había respondido el otro por la razón de que no hubiera sabido cómo.

Pero lo cierto era que no repugnaría ningún medio para apoderarse de una fortuna que como suya consideraba, y de la que Kamyk-Bajá le había despojado en provecho de un extranjero.

No, no era Sauk hombre que se aviniese a aquello.

Y esto asustaba a Ben-Omar, sencillo notario, dulce y conciliador, al que disgustaban los golpes de fuerza, y que sabía que a su Excelencia le importaba un higo seco la vida de un hombre.

En todo caso, lo esencial era seguir a los tres maluines paso a paso, no perderlos de vista en el curso de sus investigaciones, asistir a la exhumación del tesoro, y cuando este último estuviera entre sus manos, proceder conforme las circunstancias lo exigieran.

Establecido este punto, y después de haber proferido amenazas terribles contra Ben-Omar, después de haberle repetido que le hacía responsable de lo que sucediera, su Excelencia salió, recomendándole que espicara el regreso a Antifer al hotel.

Hasta la noche, y bastante tarde, no se efectuó este regreso.

Gildas Tregomain y Juhel se habían dado el placer de vagar por las calles de Máscate, mientras Antifer, en la imaginación, se paseaba a algunos centenares de kilómetros más allá, al E de Sohar, del lado de su islote.

Inútil hubiera sido preguntarle sobre la impresión que le producía la capital del imanato, si las calles estaban animadas, si las tiendas estaban surtidas, si aquella población de árabes, indios y persas presentaba algún tipo original.

No había querido mirar nada, mientras que Juhel y el barquero se interesaban en todo lo que veían de aquella ciudad que permanecía tan oriental.

Así es que se habían detenido delante de las tiendas, donde se amontonaban mercancías de todas clases, turbantes, cintos, mantas de lana, telas de algodón y esas jarras que se llaman *tuertaban*, cuyo color brilla bajo el esmalte.

Ante estas cosas Juhel pensaba en el placer que en poseerlas tendría su querida Énogate, a la que le parecía amar más cuanto

más lejos de ella se encontraba.

¿No sería más dichosa recibiendo de su prometido aquellas alhajas, aquellas nonadas de un valor artístico, que adornándose con los diamantes de su tío?

Ésta era también la idea de Gildas Tregomain, y decía a su joven amigo:

—Compraremos este collar para la niña, y se lo darás a la vuelta.

—¡A la vuelta! —respondió Juhel suspirando.

—Y también esta sortija, que es tan bonita... ¿Qué digo una sortija?... Diez: una para cada dedo.

—¿En qué pensará mi pobre Énogate? —murmuraba Juhel.

—En ti, hijo mío... Seguramente en ti siempre.

—¡Y estamos separados por cientos y cientos de leguas!...

—¡Ah! —interrumpió el barquero—. No hay que olvidarse de comprar un tarro de esos famosos dulces que Joseph Bard nos ha alabado.

—Pero —replicó Juhel— sería mejor probarlo antes de comprarlo.

—No, hijo, no —respondió Gildas Tregomain—. Quiero que Énogate sea la primera en probarlo.

—¿Y si los encuentra mal?

—Los encontrará deliciosos por ser tú quien se los lleva desde tan lejos.

¡Qué bien conocía el excelente marinero el corazón de las jóvenes, aunque ninguna de ellas, ni de Saint-Malo, ni de Saint-Servan, ni de Dunard, hubiese tenido nunca la idea de convertirse en la señora de Tregomain!

En fin, a ninguno de los dos les disgustó su paseo a través de la capital del imanato, cuya limpieza y aspecto podía envidiar más de una gran ciudad europea, a excepción de su ciudad natal, que Pierre-Servan-Malo consideraba como una de las primeras del mundo.

Juhel pudo advertir que la policía era severamente ejercida por numerosos agentes, que observaban las idas y venidas de los

extranjeros desembarcados en Máscate, que nada habían dicho de lo que allí los llevaba; pero al revés de las policías quisquillosas de ciertos países europeos, que exigen la presentación de pasaportes y someten a interrogatorios intempestivos, éstos se limitaban a seguir a los tres maluines tan lejos como fueran, absteniéndose de preguntas indirectas. Esto era, en efecto, lo que había de ocurrir, y desde que pusieron el pie en el territorio del imanato, los agentes no les abandonarían, sin que el imán fuese puesto al corriente de sus proyectos.

Felizmente no lo sospechaba Antifer, pues hubiese sentido justos temores por el desenlace de su aventura. Su Alteza, muy cuidadoso de sus intereses, no permitiría que se retirasen cien millones de un islote del golfo de Omán. Si en Europa el Estado recibe la mitad del tesoro encontrado, en Asia, el soberano, que es el Estado, no duda en tomarlo entero.

Ben-Omar creyó deber dirigir a Antifer, cuando éste volvió al hotel, una pregunta bastante imprudente. Entreabrió la puerta de su cuarto discretamente, y dijo con voz insinuante:

—¿Podría saber?

—¿Qué?

—Saber, señor Antifer, qué dirección vamos a seguir.

—La primera calle a la derecha, segunda a la izquierda, y siempre derecho...

Y Antifer volvió a cerrar bruscamente la puerta.

XIII

EN EL QUE EL PATRÓN TREGOMAIN NAVEGA FELIZMENTE EN UN BARCO DEL DESIERTO

Al día siguiente, 28 de marzo, al alba, una caravana abandonaba la capital del imanato siguiendo el camino próximo al litoral.

Era una verdadera caravana, y tal como Tregomain no había visto nunca desfilarse a través de los eriales de Ile-et-Vilaine. Así se lo confesó a Juhel, que no se asombró de ello. Componíase de un centenar de árabes e indios, más un número igual casi de animales. Con esta fuerza los peligros del viaje estaban conjurados. No había por qué inquietarse de un golpe de mano de los piratas de tierra, menos peligrosos, por otra parte, que los piratas del mar.

Entre los indígenas se veían dos o tres de esos negociantes de los que el agente francés había hablado. Viajaban sin aparato, y únicamente preocupados de los negocios que les llamaban a Sohar.

En cuanto al elemento extranjero, estaba representado por los tres franceses, Antifer, Juhel y Gildas Tregomain, y los dos egipcios, Nazim y Ben-Omar.

Estos últimos no habían faltado a la hora de la marcha. Habiendo sabido, puesto que Antifer no lo ocultaba, que éste debía partir al día siguiente, se habían preparado. Claro es que el maluín no se inquietaba por Ben-Omar y por su pasante. Su intención era aparentar que no los conocía. Cuando los vio en medio de la caravana no les honró con su saludo, y bajo su amenazadora

mirada, el barquero no se atrevió a volver la cabeza al lugar donde estaban.

Los animales que servían como medio de transporte a los viajeros y a las mercancías eran de tres clases: camellos, mulas y asnos. En vano se hubiera pretendido utilizar un vehículo cualquiera, aunque fuese una carreta rudimentaria. ¿Cómo hubiese podido rodar por un suelo desigual, sin caminos, pantanoso a veces, como lo son aquellas praderas, humedad a la que se da el nombre de *mauves*? Cada uno se había montado a su gusto.

Dos mulas de regular alzada, vigorosas y ardientes, llevaban al tío y al sobrino. Los alquiladores de Máscate, judíos muy expertos en los negocios, les habían proporcionado las monturas propias para aquellas caravanas a buen precio, claro está. ¿Pero debía Antifer reparar en algunas pistolas de más o de menos? Evidentemente no. Sin embargo, no se pudo encontrar ni a peso de oro una mula cuya solidez estuviese en relación con el peso de Gildas Tregomain. Bajo aquella masa humana, durante un trayecto de cincuenta leguas, ningún representante de la raza mular hubiese podido resistir. De aquí la necesidad de buscar un animal más robusto para el servicio del ex patrón de la *Encantadora Amelia*.

—¿Sabes que eres molesto? —le había dicho cortésmente Antifer, después de haber devuelto las mulas que fueron sucesivamente probadas.

—¿Qué quieres, amigo mío? No me obligues a acompañarte. Déjame en Máscate, donde te esperaré.

—¡Nunca!

—Sin embargo, no puedo hacerme transportar en pedazos.

—Señor Tregomain —había preguntado Juhel—, ¿le importaría emplear un camello?

—No, hijo mío, si el camello accede a servirme de montura.

—¡Es una idea! —exclamó Antifer—. Irá bien seguro sobre uno de esos camellos.

—¡Tan justamente llamados «naves del desierto»! —había añadido Juhel.

—Vaya por la nave del desierto —se había contentado con responder el barquero.

Y he aquí cómo aquel día, sobre una colosal muestra de esos rumiantes, entre las dos gibas del robusto animal, se había acomodado Gildas Tregomain. No le disgustaba esto. Tal vez en su lugar, otro se hubiera mostrado orgulloso. Si él sintió este legítimo sentimiento no lo demostró, pensando sólo en dirigir su nave del mejor modo, manteniéndola en buena dirección.

Sin duda, cuando la caravana apretaba el paso, el movimiento de la bestia no dejaba de ser rudo; pero las asentaderas del barquero bastaban para amortiguar el balanceo.

Detrás de la caravana, Sauk montaba un mulo algo vivo, como hombre acostumbrado a este ejercicio. Cerca de él, o por lo menos procurando estarlo, Ben-Omar cabalgaba en un borriquillo con los pies rozando el suelo, lo que quitaría gravedad a las caídas eventuales. ¿Montar un mulo? Jamás el notario se había podido decidir a ello. Por otra parte, esos mulos árabes son fogosos, caprichosos, y es preciso un puño enérgico para dirigirlos.

La caravana andaría unas diez leguas por jornada, con un alto de dos horas. En cuatro días llegaría a Sohar si no había retraso.

¡Cuatro días! Debían de parecerle interminables a Antifer, siempre preocupado por la obsesión de su islote. Y, sin embargo, tocaba al término de su aventurado viaje. ¿Por qué, pues, se sentía más nervioso a medida que se aproximaba el instante decisivo? Sus compañeros no le arrancaban una palabra.

Se veían reducidos a hablar entre ellos.

Y desde lo alto de su rumiante, balanceándose de una giba a otra, el barquero hizo esta reflexión:

—Juhel... de ti para mí... ¿crees en el tesoro de Kamyk-Bajá?

—¡Hum! —respondió Juhel—. El asunto tiene cara de ser muy fantástico.

—Juhel... ¿y si no hubiese tal islote?

—Y admitiendo que hubiese islote, señor Tregomain; ¿y si no hubiese tesoro? Mi tío se vería en la necesidad de imitar a aquel

famoso capitán marsellés partido para Bourbon, y que por no encontrar Bourbon volvió a Marsella.

—Eso sería un golpe terrible, Juhel..., y no sé si su cabeza le resistiría.

Se comprenderá que el barquero y su joven amigo se guardaban de discutir estas hipótesis en presencia de Antifer. ¿Para qué? Nada hubiese podido quebrantar las convicciones de aquel terco. Dudar de que los diamantes y las demás piedras de un valor enorme estuviesen en el lugar en que Kamyk-Bajá las había enterrado, no hubiera jamás entrado en su pensamiento. No, él se inquietaba únicamente por ciertas dificultades de ejecución para llevar a buen fin su aventura.

En efecto, el viaje de ida era relativamente fácil, y era probable que se efectuase sin obstáculos. Una vez en Sohar, se trataría de procurarse una embarcación, se iría en busca del islote, se desenterrarían los tres barriles. No había en ello nada que fuese de naturaleza para atormentar un espíritu tan resuelto como el de nuestro maluín. Transportar su persona, acompañado del barquero y de Juhel, en medio de una caravana ¿qué cosa más fácil? Era de suponer igualmente que el traslado del tesoro desde el islote a Sohar no ofrecería ningún obstáculo. Pero para llevar a Máscate aquellos barriles llenos de oro y de piedras preciosas sería menester cargarlos sobre camellos, al modo de los mercaderes, cuyo tránsito se opera a lo largo del litoral. ¿Y cómo embarcarlos sin despertar la atención de los agentes de la aduana, sin verse obligado a algún enorme pago de derechos? ¿Quién sabe si el imán no sentiría la tentación de apoderarse de ellos, declarándose propietario absoluto de un tesoro descubierto en su territorio? Pues aunque Antifer decía mi *islote*, no le pertenecía.

Kamyk-Bajá no se lo había podido legar, e incontestablemente aquel islote formaba parte del imanato de Máscate.

Éstas eran, sin hablar de las dificultades del transporte al regreso, del reembarco a bordo del próximo paquebote para Suez, varias razones capitales para que se sintiera muy perplejo. ¿Qué

idea absurda e intempestiva había tenido el rico egipcio al confiar sus riquezas a un islote del golfo de Omán? ¿No existían otros a cientos o a miles, diseminados por la superficie de los mares, en medio de los innumerables grupos del Pacífico, que escapan a toda vigilancia, cuya propiedad no es reivindicada por nadie, donde el heredero hubiera podido recoger su herencia sin despertar sospecha alguna?

En fin, las cosas estaban así. Imposible cambiarlas. El islote ocupaba un punto del golfo de Omán desde la formación geológica de nuestro esferoide y allí quedaría hasta el fin del mundo. ¡Qué desgracia no poder remolcarlo para conducirlo a la vista de Saint-Malo! Esto hubiese simplificado el trabajo.

Se comprenderá, pues, que Antifer fuese presa de los más vivos cuidados, que se traducían en paroxismos de rabia interior. ¡Ah! Era un deplorable compañero de viaje, siempre gruñendo, no contestando a pregunta alguna, cabalgando aparte, gratificando a su mula con algún golpe, algunas veces poco merecido. Y, francamente, si el paciente animal hubiese enviado de un movimiento de ijares su caballero a cuatro pasos, no habría habido razón para quejarse.

Juhel, sin decir nada, comprendía el estado de ánimo de su tío.

Gildas Tregomain, en lo alto de su montura, adivinaba también lo que pasaba en la cabeza de su amigo. Los dos habían renunciado a combatir tal quebrantamiento moral, y se miraban, moviendo la cabeza de una manera significativa.

Esta primera jornada no ocasionó grandes fatigas. Sin embargo, la temperatura era ya alta en aquella latitud. El clima de la Arabia meridional es riguroso en el límite del trópico de Cáncer y muy contrario al temperamento de los europeos. Un viento abrasador, a través de un cielo ardiente, sopla generalmente del lado de las montañas. La brisa del mar es impotente para refrescar la atmósfera. La pantalla que forman las alturas de Gebel se endereza hacia el oeste, y parece que esta cadena reverbera los rayos del sol

como lo haría un inmenso reflector. En la estación cálida, las noches son sofocantes y el sueño imposible.

A pesar de esto, los tres franceses no sufrieron mucho en las tres primeras etapas, porque la caravana caminó por las planicies cubiertas vecinas del litoral. Los alrededores de Mascate no presentan la aridez del desierto. La vegetación se desarrolla con cierta exuberancia. Hay campos sembrados de maíz cuando el suelo está seco; de arroz cuando los arroyos ramifican sus venas líquidas por su superficie. No falta sombra bajo los bosques de banianos, entre esas mimosas que producen la goma arábica, cuya exportación en gran escala constituye una de las principales riquezas del país.

Por la noche, el campamento fue establecido a la orilla de un riachuelo alimentado por las aguas que descienden de las montañas del oeste, y que lleva sus lentas aguas al golfo. Se despojó a las bestias de las bridas y se las dejó pacer a su gusto, sin tomarse el cuidado de atarlas, tan habituadas están a estas paradas regulares.

Para no hablar más que de los personajes de esta historia, diremos que el tío y el sobrino abandonaron sus mulos al pasto común, lo mismo que Sauk. El camello del barquero se arrodilló como un fiel del Corán a la hora de la oración de la tarde, y Gildas Tregomain, apeándose, honró al animal con una caricia en el hocico. En cuanto al asno que Ben-Omar montaba, se paró bruscamente; y como el jinete no se apeara pronto, le echó por tierra de un par de coces inesperadas. Cayó el notario cuan largo era, vuelto hacia La Meca en la actitud de un musulmán que reza, aunque es probable que pensara en maldecir a su borrico más que en celebrar a Alá y su Profeta.

Noche exenta de incidentes, que transcurrió en el campamento situado a unos cuarenta kilómetros de Máscate, lugar acostumbrado para las paradas de las caravanas.

Al día siguiente, a las primeras luces del alba, volvióse a marchar con dirección a Sohar.

El país está más descubierto. Hasta el horizonte extiéndense inmensas planicies, en las que la arena comienza a reemplazar a la hierba. Una especie de Sahara con todos sus inconvenientes: escasez de agua, falta de sombra y fatigas del camino. Para los árabes, acostumbrados a estas marchas en caravana, aquel viaje nada tenía de extraordinario, y lo efectuaban en pleno verano, bajo las más enervantes temperaturas. Mas ¿cómo soportarían los europeos aquella prueba?

Apresurémonos a decir que la soportaron sin gran quebranto, incluso el barquero, cuyo cuerpo algunas semanas más tarde se hubiera liquidado bajo los rayos de aquel sol tropical. Mecido por el paso regular y elástico de su camello, se adormecía beatíficamente entre las dos gibas, pareciendo formar parte integrante del animal. Por otra parte, no había tardado en comprender que su montura conocía mejor que él las dificultades del camino, y no se ocupaba de dirigirla. La *Encantadora Amelia* no marchaba con más seguridad cuando una yunta la remolcaba a lo largo del camino de sirga del Raneé.

En cuanto a Juhel, joven y vigoroso, mientras recorría los territorios del imanato entre Máscate y Sohar, su imaginación le llevaba a su querida ciudad bretona, a la calle de las Hautes-Salles, ante la casa donde Énogate le esperaba. De la famosa princesa, con la que su tío quería casarle, no se preocupaba nada. ¡Jamás tendría otra mujer que su linda prima!

¿Es que existía en el mundo alguna duquesa, aunque fuese de sangre real, que pudiera compararse con ella? No. Y ni los millones de Kamyk-Bajá, ni nada, cambiarían las cosas, admitiendo que aquella aventura no fuese un sueño de *Las mil y una noches* completamente irrealizable. Huelga decir que Juhel había escrito a su novia desde su llegada a Máscate. ¿Pero cuándo recibiría aquella carta?

Aquel día Antifer pareció más preocupado que el anterior, y sin duda al día siguiente lo estaría aún más. El transporte de los tres

barriles era lo que de momento en momento le producía alarma más viva.

¿Y cuánto mayor no hubiera sido su aprensión de saber que en la misma caravana era objeto de una vigilancia particular? Sí... Había en ella un indígena, de unos cuarenta años de edad, de astuta fisonomía, que sin haber despertado nunca sus sospechas se había unido a su persona.

En efecto: la escala bimensual del paquebote de Suez a Máscate no se efectuaba sin que la policía del imán la inspeccionase; aparte de la tasa impuesta a todo extranjero que pone pie en suelo del imanato, el soberano siente una curiosidad muy oriental a la vista de los europeos que le visitaban. Saber el objeto de su presencia en el país, si tienen la intención de permanecer en éste... nada más natural. Así es que cuando los tres maluines desembarcaron en el muelle, y después que se alojaron en el hotel inglés, el jefe de la policía no dudó en rodearles de una prudente protección.

Como hemos hecho observar, la policía de Máscate, admirablemente organizada en lo que concierne a la seguridad de las calles, no lo está menos en lo que se refiere a la seguridad de los viajeros que llegan por tierra o por mar. Guárdase de exigir documentos en regla, de que los picaros están siempre provistos, ni de someterles a interrogatorios para los que de antemano están preparados. Pero no les pierde vista, les espía, les *fila* con una discreción, una reserva, un tacto que hacen honor a la inteligencia de los orientales.

Síguese de aquí que Antifer estaba vigilado por un agente, encargado de seguirle hasta donde fuera. Sin preguntarle nunca nada, el policía acabaría por saber la razón por la que los europeos habían ido al imanato. Y hasta si se encontrasen perdidos en medio de una población cuya lengua desconocieran, él se apresuraría a ofrecerles sus servicios con una complacencia sin límites. Después, gracias a esta información, el imán no les dejaría partir de nuevo si tenía algún interés en detenerlos por cualquier causa.

Se comprenderá que esta vigilancia podía ser un obstáculo a las operaciones de Antifer. Desenterrar un tesoro de un valor inverosímil, llevarlo a Máscate, embarcado en un paquebote con destino a Suez, ya era cosa difícil; pero la dificultad crecería aún más cuando Su Alteza supiese de lo que se trataba.

Afortunadamente, Pierre-Servan-Malo ignoraba este aumento de complicaciones futuras. El peso de los cuidados presentes era bastante para aniquilarle. Ignoraba que viajaba bajo la mirada inquisitorial de un agente del imanato. Tampoco sus dos compañeros habían fijado su atención en aquel árabe tan reservado, tan discreto, que les espiaba sin entrar en comunicación con ellos.

Sin embargo, si esta maniobra había escapado a su atención tal vez, no había sucedido lo mismo respecto a Sauk. Éste, que conocía la lengua árabe, había podido conversar con algunos comerciantes que iban a Sohar, que no desconocían la calidad del agente ni la habían ocultado.

Sospechó Sauk que el tal agente espiaba a Antifer, lo que le produjo serias inquietudes; porque, si no quería que la herencia de Kamyk-Bajá cayese en manos de un francés, tampoco querría que cayese en las del imán. Advirtamos que el policía no sospechaba nada de los dos egipcios, no pudiendo imaginar que se dirigían al mismo objetivo que los dos europeos. Viajeros de su nacionalidad se veían a menudo en Máscate. No se desconfiaba de éstos, lo que prueba que la policía no es perfecta ni aun en el imanato de Su Alteza.

Después de una jornada fatigosa, con una parada al mediodía, la caravana acampó poco antes de la caída del sol.

En aquel lugar, y cerca de una especie de lago medio seco, veíase una de las curiosidades naturales de la región. Era un árbol bajo el cual toda la caravana podía buscar abrigo, y abrigo muy digno de aprecio en pleno mediodía. Los rayos del sol no hubieran podido traspasar su inmenso follaje, extendido como un *velum* a unos quince pies sobre el suelo.

—¡Jamás he visto un árbol como éste! —exclamó Juhel cuando su mulo se detuvo espontáneamente ante las primeras ramas.

—¡Y como yo no lo volveré a ver probablemente nunca! —respondió el barquero, alzándose entre las dos gibas del camello, que acababa de arrodillarse.

—¿Qué dices de esto, tío? —preguntó Juhel.

El tío no dijo nada por la razón de que nada había visto de lo que excitaba la sorpresa de su amigo y de su sobrino.

—Me parece —dijo Gildas Tregomain— que tenemos en Saint-Pol de León, en un rincón de nuestra Bretaña, una vid fenomenal que tiene alguna celebridad.

—Ciertamente, señor Tregomain, pero no puede ser comparada con este árbol.

¡No! Y por extraordinaria que sea la vid de Saint-Pol de León, hubiese producido el efecto de un sencillo arbolillo junto a aquel gigante vegetal.

Era un baniano —higuera si se quiere— de un grueso de tronco inverosímil —cien pies de circunferencia por lo menos. De aquel tronco, como de una torre, salía una enorme horquilla que se ramificaba en diez partes, cuyas ramas se entrecruzaban y multiplicaban, cubriendo con su sombra la superficie de una media hectárea. Inmensa sombrilla contra los rayos solares, inmenso paraguas contra los chaparrones, tan impenetrable al fuego del sol como al agua del cielo.

De tener tiempo, pues paciencia sí hubiera tenido, el barquero se hubiera proporcionado la satisfacción de contar las ramas de aquel baniano. ¿Cuántas tenía? No dejó de excitar su curiosidad.

La casualidad hizo que fuera satisfecha. He aquí en qué circunstancias. Como examinase las ramas del baniano, volviéndose con la mano extendida y los dedos estirados, oyó estas palabras pronunciadas tras él:

—*Ten thousand.*

Eran dos palabras inglesas que subrayaba un acento extranjero, y que él no comprendió; tan absoluta era su ignorancia de aquella

lengua.

Pero Juhel sabía inglés, y después de dirigir algunas palabras al indígena que acababa de dar aquellos detalles.



—Parece que hay allí diez mil ramas —dijo dirigiéndose a Tregomain.

—¿Diez mil?

—Eso es por lo menos lo que este árabe acaba de decir.

El árabe no era otro que el agente que seguía a los extranjeros durante su estancia en el imanato. Encontrando la ocasión buena para entrar en relaciones con ellos, la había aprovechado.

Algunas preguntas y respuestas fueron aún cambiadas en lengua anglosajona entre Juhel y el árabe, el cual, presentándose como intérprete agregado a la legación británica de Mascate, se ofreció a los tres europeos. Agradecióle Juhel el ofrecimiento, advirtiéndole a su tío de esta circunstancia, muy feliz en su opinión para los pasos que seguirían a su llegada a Sohar.

—¡Bien! ¡Bien! —se contentó con responder Antifer—. Entiéndete lo mejor posible con ese hombre, y dile que se le pagará generosamente.

—¡A condición de que se encuentre con qué pagar! —murmuró el incrédulo Tregomain.

Si Juhel creyó deber felicitarle por este encuentro, es probable que Sauk se mostrase menos satisfecho. Ver al policía en relaciones con los maluines era motivo bastante para inspirarle nuevas inquietudes, y se prometió vigilar de cerca los manejos de aquel indígena. ¡Y si por lo menos hubiese Ben-Omar podido saber dónde se iba, si el viaje tocaba a su término o si debía prolongarse! ¿Estaba el islote en los parajes del golfo de Omán, en el estrecho de Ormuz, en el golfo Pérsico? ¿Sería preciso buscarlo a lo largo de las costas de Arabia o cerca del litoral de Persia, hasta el límite donde el reino del Sah confina con los Estados del Sultán? ¿Cómo se harían entonces las rebuscas, cuánto durarían? ¿Contaba Antifer con embarcarse de nuevo en Sohar? Puesto que no lo había hecho en Máscate, ¿no parecía esto indicar que el islote estaba más allá del estrecho de Ormuz? A menos que en caravana se continuase el viaje hacia Chardja, hacia El Kalif, tal vez hasta Korenc, al fondo del golfo Pérsico.

Estas incertidumbres, estas hipótesis, no cesaban de sobreexcitar el temperamento de Sauk, y el pobre diablo del notario sufría las consecuencias.

—¿Es culpa mía —repetía— si el señor Antifer se empeña en tratarme como a un extraño?

¡Como a un extraño! ¡No! Peor. ¡Como a un intruso cuya presencia le era impuesta por el testador! ¡Ah!... ¡A no ser por el uno por ciento! Pero este uno bien valía algunas pruebas... Pero ¿cuándo terminarían?

Al día siguiente, la caravana atravesó llanuras sin fin. Una especie de desierto desprovisto de oasis. Las fatigas fueron muchas durante aquellas jornadas y las que siguieron, fatigas debidas sobre todo al calor. El barquero llegó a creer que iba a disolverse como uno de esos bloques de hielo de los mares boreales que derivan hacia las bajas latitudes. Y seguramente perdió una quinta parte de su peso específico, con evidente satisfacción del camello, que se hundía bajo su masa.

Ningún incidente digno de llamar la atención durante estas últimas etapas. Pero es preciso hacer notar que al árabe —se llamaba Selik— hizo más amplio su conocimiento con Juhel gracias a su común práctica de la lengua inglesa. Pero el joven capitán se mantuvo siempre en una prudente reserva, y nada dijo de los secretos de su tío. La busca de una ciudad del litoral favorable al establecimiento de una factoría, es decir, la fábula ya imaginada para el agente francés de Máscate, fue repetida al pretendido intérprete.

¿La creyó éste? Juhel debió suponerlo así. Verdad es que el perillán sólo representaba aquel juego para saber más.

En fin, en la tarde del 27 de marzo, después de cuatro días de camino, la caravana franqueó la muralla de Sohar.

XIV

EN EL QUE ANTIFER, GILDAS TREGOMAIN Y JUHEL PASAN UN DÍA

FASTIDIOSO EN SOHAR

Era una suerte que los tres europeos hubieran ido a Sohar, no por diversión, sino por motivo de sus negocios. La ciudad no merece llamar la atención de los turistas, y la visita no vale el viaje. Calles limpias, eso sí, y plazas soleadas; un río que apenas basta a las necesidades de algunos miles de habitantes cuando los gznates están secos por los ardores de la canícula; casas diseminadas al azar, y que no reciben luz más que por un patio interior a la moda oriental; una construcción más importante pero sin estilo, y desprovista de esas delicadezas de escultura de la arquitectura árabe, pero con la que el imán tiene que contentarse cuando se decide a ir a veranear durante dos o tres semanas al norte de su reino.

Por poca que sea su importancia, Sohar existe en el litoral del golfo de Omán, y la mejor prueba que de ello se puede dar es que su posición ha sido determinada geográficamente con toda la precisión deseable.

La ciudad está situada a los 54° 25' de longitud este y 24° 37' de latitud norte. Así pues, en razón del yacimiento indicado por la carta de Kamyk-Bajá, era preciso buscar el islote a 21 minutos de arco en el este de Sohar, y 22 en el norte, o sea, una distancia comprendida entre cuarenta y cincuenta kilómetros del litoral.

No son las fondas numerosas en Sohar. Encuéntrase una especie de posada, en la que algunas habitaciones, celdas más bien, dispuestas circularmente, están amuebladas con un solo catre. El servicial intérprete Selik condujo allí a Antifer, a su sobrino y a su amigo.

—¡Qué suerte —dijo Gildas Tregomain— habernos encontrado con ese complaciente árabe! Es un fastidio que no hable francés, o por lo menos el bretón.

Sin embargo, Juhel y Selik se comprendían lo bastante para lo que se tenían que decir.

Claro es que aquel día, muy fatigados por su viaje, Juhel y el barquero no quisieron ocuparse de otra cosa sino de una buena cena, que sería seguida de doce horas de sueño.

Pero no fue fácil hacer que Pierre-Servan-Malo aceptase tan razonable proyecto. Cada vez más aguijoneado en sus deseos por la proximidad del islote, no quería contemporizar. Quería fletar un barco *hic et nunc*. ¡Descansar cuando sólo restaba un paso que dar —un paso de unas doce leguas, cierto— para poner el pie en aquel rincón del globo donde Kamyk-Bajá había enterrado sus preciosos barriles!

Hubo una escena violenta que probó a qué grado de impaciencia, de nerviosidad —de eretismo debería decirse— había llegado el tío de Juhel. Este consiguió al fin apaciguarle. Convenía tomar ciertas precauciones. Tanto apresuramiento podría parecer sospechoso a la policía de Sohar. El tesoro no había de volar por esperar veinticuatro horas.

—¡Con tal que exista! —se decía Gildas Tregomain—. ¡Mi pobre amigo se volvería loco... si no lo está ya!

Y los temores del barquero parecían deber justificarse en cierto modo.

Hagamos notar además que si Antifer arriesgaba llegar a la locura, esta misma decepción amenazaba producir en Sauk un efecto, aunque no idéntico, de consecuencias no menos terribles. El falso Nazim llegaría a un grado tal de violencia que dejaría mal

parado a Ben-Omar. La fiebre de la impaciencia le enardecía como al maluín, y se puede afirmar que aquella noche hubo por lo menos dos viajeros que no durmieron en la celda del parador ¿No iban al mismo objeto por caminos diferentes? Si el uno no aguardaba más que el día para fletar una embarcación, el otro no pensaba más que en procurarse una veintena de miserables resueltos, que él reuniría dándoles una fuerte suma a fin de intentar el robo del tesoro, durante su vuelta a Sohar. Por fin amaneció aquel memorable día del 28 de marzo. Aprovechar los ofrecimientos de Selik era lo indicado. A Juhel correspondía la tarea de hablar del caso a aquel árabe para conducir la operación a buen término. Este último, sospechando más cada vez, había pasado la noche en el patio del parador.

No sin alguna confusión abordó Juhel a Selik. En efecto, se trataba de tres extranjeros, tres europeos, llegados a Sohar el día antes, que se apresuraban a tomar una embarcación. Un paseo... ¿podría darse otro pretexto? Un paseo a través del golfo de Omán, y que por lo menos duraría cuarenta y ocho horas. ¿No parecería muy singular este proyecto? Fuere lo que fuere, preciso era concluir el asunto, y desde que vio al árabe Juhel le rogó le procurase una embarcación capaz de estar en la mar durante un par de días.

—¿Es su intención atravesar el golfo y desembarcar en la costa de Persia? —preguntó Selik.

—No... Se trata de una exploración geográfica —respondió—. Tiene por objeto determinar la situación de los principales islotes del golfo. ¿No los hay a lo largo de Sohar?

—Hay algunos —respondió Selik—, pero sin importancia.

—Cualquiera que ésta sea, tenemos esa misión.

—Como quiera.

Selik no insistió. La respuesta del joven capitán le había parecido muy sospechosa. Si Juhel hubiese sabido que el policía estaba al corriente de los proyectos anunciados al francés, es decir, de la fundación de una factoría en una de las ciudades litorales del imanato, no hubiera hablado como lo hizo, pues realmente aquella

fundación nada tenía que ver con una exploración hidrográfica de los parajes del golfo de Omán.

Resultó de aquí que el maluín y sus dos compañeros, ya formalmente sospechosos, iban a ser objeto de una vigilancia aún más estricta. Fastidiosa complicación que debía hacer muy problemático el resultado de la aventura, pues cuando el tesoro fuese descubierto en el islote no había duda de que la policía de Su Alteza se informaría de ello. Y Su Alteza, tan poco escrupuloso como todo poderoso, haría desaparecer al legatario de Kamyk-Bajá a fin de evitar toda ulterior reclamación.

Encargóse Selik de encontrar la embarcación necesaria para la exploración geográfica, y prometió que la tripulación sería buena. Respecto a los víveres, se tomarían para tres o cuatro días, pues con el tiempo incierto del equinoccio convenía prepararse contra los retrasos, si no probables, posibles, por lo menos.

Dio Juhel las gracias al intérprete, y le aseguró que sus servicios serían generosamente recompensados, a lo que Selik se manifestó muy sensible. Después añadió:

—¿No será mejor que les acompañe durante este reconocimiento? La ignorancia en que están de la lengua árabe podría ser un obstáculo para entenderse con el patrón del barco y sus hombres.

—Tiene razón —respondió Juhel—. Continúe a nuestro servicio todo el tiempo que permanezcamos en Sohar, y, se lo repito, no habrá perdido su trabajo.

Separáronse, y Juhel fue a reunirse con su tío, que se paseaba por la playa en compañía del amigo Tregomain. Le dio noticias de sus pasos. Al barquero le encantó tener por guía e intérprete a aquel joven árabe, en el que encontraba, no sin razón, una fisonomía de las más inteligentes.

Pierre-Servan-Malo aprobó con un simple movimiento de cabeza. Su impaciencia tocaba en los últimos límites. Y después de haber reemplazado la piedrecilla usada por el frotamiento de sus dientes, dijo:

—¿Y esa embarcación?

—Nuestro intérprete se ocupa de procurárnosla, tío, y de abastecerla con los víveres necesarios.

—Me parece que en una o dos horas uno de los barcos del puerto puede estar dispuesto. Creo que no se trata de dar la vuelta al mundo.

—No, amigo mío —dijo Tregomain—, pero es preciso dar a las gentes el tiempo necesario. Te suplico que no seas impaciente.

—¿Y si me da la gana de serlo? —respondió Antifer, clavando sus ojos en Gildas Tregomain.

—Entonces... sólo —respondió éste inclinándose por deferencia.

Entretanto el día avanzaba, y Juhel no tenía noticia alguna de Selik. Se comprenderá a qué grado subió la cólera de Antifer. Hablaba de enviar al fondo del golfo a aquel árabe que tan lindamente se había burlado de su sobrino. En vano Juhel procuró defenderle, pues fue muy mal acogido. En cuanto a Gildas Tregomain, recibió la orden de callarse cuando quiso insistir sobre la inteligencia de Selik.

—¡Un mendigo disfrazado —exclamó Antifer—, un bribón que no me inspira confianza alguna, y que no ha tenido más que una idea, robarnos el dinero!

—¡Si no le he dado nada, tío!

—¡Eh! Eso es una torpeza. ¡Si le hubieras dado algo a cuenta!...

—¿Pero no dices que quiere robarnos?

—¡No importa!

Arreglar aquellas ideas contradictorias, ni Juhel ni Tregomain lo intentaron. Lo que importaba era contener al malujín; impedirle que cometiese algún desatino, o por lo menos alguna imprudencia, y aconsejarle que adoptara una actitud que no inspirase sospechas. ¿Conseguirían algo de un hombre que nada quería escuchar? ¿Es que no había barcos de pesca amarrados en el puerto? ¿Es que no bastaba tomar uno, hablar con la tripulación, embarcarse, aparejar y poner el cabo al noreste?

—¿Pero cómo hemos de entender a esas gentes —repetía Juhel—, si no sabemos una palabra de árabe?

—¡Ni ellos una palabra de francés! —añadió Tregomain insistiendo.

—¿Y por qué no lo saben? —respondió Antifer en el colmo del furor.

—Es una falta... absolutamente una falta suya —dijo Gildas Tregomain deseoso de apaciguar a su amigo con tal concesión.

—¡Todo esto por culpa tuya, Juhel!

—¡No, tío! Lo he hecho del mejor modo posible, y nuestro intérprete no tardará en reunirse con nosotros. Después de todo, si no te inspira confianza utiliza a Ben-Omar y a su pasante, que hablan el árabe... Y heles allí, en el muelle.

—¡Ellos nunca! Bastante es traerles a remolque.

—Ben-Omar tiene aspecto de querer abordarnos —hizo observar Gildas Tregomain.

—Pues bien, que lo haga y le prometo una bordada.

En efecto, Sauk y el notario maniobraban en las aguas del maluín. Cuando este último abandonó la posada ellos se habían apresurado a seguirle. ¿No era su deber no perderle de vista, y su derecho asistir al desenlace de aquella empresa financiera que amenazaba trocarse en drama?

Sauk excitaba a Ben-Omar para que interpelase al terrible legatario; pero viendo el furor de éste, resistíase el notario a afrontarle. Sauk lo hubiera hecho con gusto, y tal vez sentía haber dicho que ignoraba la lengua francesa puesto que esto le prohibía intervenir directamente en su causa.

Por su parte, Juhel comprendía que la actitud tomada por su tío respecto a Ben-Omar sólo podía empeorar las cosas. Por última vez intentó hacérselo comprender. Como el notario sólo había ido para hablar con él, la ocasión le pareció favorable.

—Veamos, tío —dijo Juhel—. Es preciso que me escuches sin cólera. Razonemos una vez siquiera, puesto que somos seres razonables.

—Resta saber; Juhel, qué es lo que tú entiendes por razonar y no razonar... En fin, ¿qué quieres?

—Preguntarte si en el momento de tocar al fin te obstinarás en no querer oír a Ben-Omar.

—¡Me obstinaré tenazmente! Ese miserable ha intentado robarme mi secreto, cuando su deber era entregarme el suyo... ¡Es un caribe!

—Lo sé, tío, y no pretendo defenderle... Pero, sí o no: ¿su presencia no ha sido impuesta por una cláusula del testamento de Kamyk-Bajá?

—Sí.

—¿Ha de estar en el islote en el momento en que desentierres los tres barriles?

—Sí.

—¿No tiene el derecho de comprobar su valor por el hecho mismo de tener una comisión de un tanto por ciento?

—Sí.

—Pues bien, para que esté presente en la operación, ¿no es menester que sepa dónde y cuándo debes proceder?

—Sí.

—Y si por culpa tuya, o por cualquier otra circunstancia, no pudiese asistir en calidad de ejecutor testamentario, ¿no podría haber lugar a un pleito, que seguramente perderías?

—Sí.

—En fin, tío, ¿estás obligado a aguantar la compañía de Ben-Omar durante tu excursión en el golfo?

—Sí.

—¿Consientes, pues, en decirle que se disponga a embarcarse con nosotros?

—¡No!

Y este «no» fue lanzado con una voz tan formidable, que llegó como una bala al pecho del notario.

—Veamos —dijo Gildas Tregomain—. No quieres oír la razón, y haces mal. ¿Por qué obstinarte contra viento y marea? Nada más

sensato que escuchar a Juhel, nada más razonable que seguir su consejo. Ciertamente, ese Ben-Omar no me agrada más que a ti; pero, puesto que es preciso aceptarle, mostremos buen semblante.

Era raro que Gildas Tregomain se permitiese un párrafo tan largo, y más raro todavía que su amigo le dejase acabar. ¡Con qué crispaciones de manos, con qué apretamiento de mandíbulas, con qué gestos convulsivos acogió la perorata del barquero! Este último se mostró muy satisfecho de su elocuencia, suponiendo que había convencido a aquel testarudo bretón.

—¿Has concluido? —le preguntó éste.

—Sí —respondió Gildas Tregomain, lanzando una mirada de triunfo a Juhel.

—¿Y tú también, Juhel?

—Sí, tío.

—Pues bien: ¡id al diablo los dos! ¡Conferenciad con ese notario si queréis! ¡En cuanto a mí, no le dirigiré la palabra más que para tratarle de miserable!... Buenos días...

Y Pierre-Servan-Malo lanzó un juramento tal que la piedrecita salió disparada de su boca como de una cerbatana. Después desapareció sin coger otra.

Juhel había logrado en parte lo que deseaba. Su tío no se oponía a que pusiera al notario al corriente de sus proyectos, y como este último, empujado por Sauk, se aproximaba con menos temor desde la partida del maluín, el asunto se trató en pocas palabras.

—Caballero —dijo Ben-Omar inclinándose para contrarrestar con la humildad de su actitud la audacia del paso que daba—. Caballero, me perdonará si me permito...

—Excusemos preámbulos —dijo Juhel—. ¿Qué quiere?

—¿Sabe si estamos al término de nuestro viaje?

—Muy cerca.

—¿Dónde está el islote que buscamos?

—A unas doce leguas de Sohar.

—¿Será, pues, preciso volver a embarcarse?

—Claro es.

—Lo que no parece agradarle —dijo Gildas Tregomain, compadecido de aquel hombre, que estuvo a punto de caer.

Sauk le miraba afectando la más completa indiferencia, la indiferencia del que no comprende una palabra de la lengua que se emplea ante él.

—Vamos, ¡ánimo! —dijo Gildas Tregomain—. Dos o tres días de navegación es cosa que pasa pronto. Creo que acabará por ser un marino perfecto a fuerza de costumbre... Cuando uno se llama Ornar...

El notario sacudió su cabeza después de limpiarse el sudor que bañaba su frente. Luego, con voz suplicante, dijo dirigiéndose a Juhel:

—¿Y dónde piensan embarcarse?

—Aquí mismo.

—¿Cuándo?

—Cuando nuestra embarcación esté preparada.

—¿Y lo estará?

—Tal vez esta tarde, y seguramente mañana por la mañana. Así pues, esté preparado para partir con su pasante Nazim si le es indispensable.

—Lo estaré... lo estaré —respondió Ben-Omar.

—Y que Alá le proteja —añadió Gildas Tregomain, que no pudo menos de dar libre curso a su bondad natural en ausencia de su amigo.

Ben-Omar y Sauk no tenían nada más que saber si no era la situación del famoso islote. Pero como el joven capitán nada les dijese de esto, se retiraron.

Cuando Juhel dijo que la embarcación estaría dispuesta para la noche, o para el día siguiente lo más tarde, ¿no había ido demasiado lejos? Esto es lo que hizo observar Gildas Tregomain.

En efecto, eran las tres de la tarde y el intérprete no aparecía. Esto no dejaba de inquietarles. Si tenían que renunciar a sus servicios, ¡qué dificultad para entenderse con los pescadores de

Sohar, no empleando más lenguaje que el de los gestos! En estas tan fastidiosas circunstancias, ¿cómo habrían de resultar las gestiones que pensaban hacer a través del golfo? En rigor, Ben-Omar y Nazim sabían el árabe; pero dirigirse a ellos...

Felizmente, Selik no faltó a su promesa, y se hubiera guardado mucho de faltar. Hacia las cinco de la tarde, cuando Gildas Tregomain y Juhel se disponían a regresar a la posada, el intérprete se reunió a ellos en la estacada del puerto.

—¡Al fin! —exclamó Juhel.

Excusóse Selik de su retardo. No sin gran trabajo había podido encontrar una embarcación, y sólo a un precio elevado consiguió que la fletasen.

—Eso importa poco —respondió Juhel—. ¿Podremos hacernos esta noche a la mar?

—No —respondió Selik—. La tripulación no estará completa hasta mañana.

—¿Así es que partiremos?...

—Al amanecer.

—Conformes.

—Yo les iré a buscar a la posada —añadió Selik—, y nos embarcaremos a la hora de la marea descendente.

—Y si la brisa ayuda —añadió Tregomain— haremos buen camino.

Buen camino, en efecto, puesto que el viento soplaba del oeste, y al este era donde Antifer iba en busca de su precioso islote.

XV

EN EL QUE JUHEL TOMA LA ALTURA POR ORDEN DE SU TÍO Y CON EL MÁS

HERMOSO TIEMPO DEL MUNDO

Al día siguiente, antes de que el sol hubiera dorado con sus primeros rayos la superficie del golfo, Selik llamaba a la puerta de los cuartos de la posada. Antifer, que no había dormido una hora, estuvo al instante en pie. Juhel se le reunió casi enseguida.

—La embarcación está lista —anunció Selik.

—Le seguimos —respondió Juhel.

—¿Y Tregomain? —exclamó Antifer—. ¡Veréis cómo duerme como un marsuino entre dos aguas! Voy a despertarle de un modo conveniente.

Y entró en la habitación del citado marsuino, que roncaba como un bendito. Sacudido por el vigoroso brazo de su amigo, abrió los ojos.

Entretanto Juhel, como estaba convenido, fue a avisar a Ben-Omar y Nazim. Estos estaban prontos a partir. Nazim no podía contener su impaciencia. El notario estaba ya pálido, y su paso era inseguro.

Cuando Selik vio llegar a los dos egipcios, no pudo contener un movimiento de sorpresa que no escapó al joven capitán. ¿No estaba justificado este asombro? ¿Cómo aquellos personajes de nacionalidad diferente se conocían, se embarcarían juntos, y debían proceder de concierto a las operaciones hidrográficas? Esto era suficiente para despertar las sospechas del policía.

—¿Tienen esos dos extranjeros la intención de venir con nosotros? —preguntó a Juhel.

—Sí —respondió éste, no sin alguna confusión—. Son compañeros de viaje. Hemos venido en el mismo paquebote de Suez a Máscate.

—¿Formaban parte de la caravana?

—Sin duda... Se han mantenido aparte... porque mi tío tiene tan mal genio...

Evidentemente, Juhel se confundía dando estas explicaciones. Después de todo, nada le obligaba a dárselas a Selik. Aquellos egipcios iban con ellos porque convenía que fuesen.

Selik no insistió, aunque aquel punto le pareció oscuro, y se prometió vigilar a los dos egipcios con el mismo rigor que a los tres franceses.

Antifer volvió a aparecer en aquel momento trayendo a remolque al barquero; un remolcador que arrastra un gran barco de comercio. Púedese añadir para terminar la metáfora que el barco apenas había concluido de aparejarse. Estaba medio dormido, con los ojos hinchados por el sueño, del que tan bruscamente acababa de ser despertado. Inútil es decir que Pierre-Servan-Malo no pareció notar la presencia de Ben-Omar ni de Nazim. Marchó delante de todos con Selik a su lado, y tomaron juntos la dirección del puerto.

Al extremo de un muellecillo se balanceaba un perno, especie de embarcación de dos mástiles amarrada por delante y por detrás. Tenía la vela mayor sobre los cabos, y no había más que dejarla caer, y largar el foque y la maricangalla, para hacerse a la mar.

Esta embarcación, llamada *Berbera*, estaba tripulada por unos veinte hombres, tripulación más numerosa que la que exigían las maniobras de un barco de unas cincuenta toneladas. No dejó de observarlo Juhel, pero se guardó su observación. Pronto debía hacer otra, y es que, de aquellos veinte hombres, la mitad no parecían ser marinos. Y en efecto, eran agentes de la policía de Sohar, embarcados a las órdenes de Selik. Ningún hombre sensato,

al corriente de esta situación, hubiese dado dos pistolas por los cien millones del legatario de Kamyk-Bajá si se encontraban en el islote.

Los pasajeros saltaron a bordo del *Berbera* con la agilidad de marineros acostumbrados a este ejercicio. La verdad obliga a decir que bajo el peso de Gildas Tregomain, el ligero barco se inclinó notablemente sobre la banda de babop. El embarque del notario hubiera ofrecido algunas dificultades, pues el mareo le volvió, si Nazim, empujándole, no le hubiera enviado por encima del pavés. Como el balanceo ejerciera ya su influjo sobre Ben-Omar, se lanzó a la cámara de popa, donde resonaron sus prolongados y dolorosos gemidos. En cuanto a los instrumentos, se los rodeó de mil precauciones. Al cronómetro sobre todo, que Gildas Tregomain llevaba en un pañuelo, del que sujetaba las cuatro puntas.

El patrón del barco, un viejo árabe de rudo aspecto, hizo largar las amarras, amurar las velas, y a la indicación de Juhel, puso proa al noreste.

Estábase, pues, en camino del islote. Con el viento del oeste, veinticuatro horas hubieran bastado para arribar al yacimiento. Pero la adversa naturaleza no sabe qué inventar para molestar a las gentes. Si la brisa soplaba en dirección favorable, las nubes encapotaban el cielo, y no se trataba únicamente de marchar hacia el E; era menester, además, llegar a un lugar conveniente, y para esto hacer una doble observación de longitud y latitud; la primera antes del mediodía, y la segunda en el momento en que el sol pasase por el meridiano. Y para tomar la altura es preciso que el disco solar se digne mostrarse, y aquel día parecía que el caprichoso astro se obstinaría en no aparecer.

Así es que Antifer, paseándose por el puente presa de una extraordinaria agitación, miraba más bien el cielo que el mar. No era un islote lo que buscaba en el horizonte: era el sol en medio de las brumas del levante.

El barquero movía la cabeza en señal de descorazonamiento. Juhel, de codos a su derecha, indicaba su disgusto con una mueca significativa. Retrasos... Todavía retrasos...

¿Es que aquel viaje no se acabaría? Y a cientos y cientos de leguas de allí, en su casita de Saint-Malo, creía ver a su querida Énogate esperando una carta que no recibiría.

—En fin, ¿no aparece ese sol? —preguntó Tregomain.

—¡Y sin él me será imposible hacer nada! —respondió Juhel.

—En defecto del sol, ¿no se puede hacer el cálculo por la luna o las estrellas?

—Sin duda, señor Tregomain; pero la luna es nueva, y en cuanto a las estrellas, temo que la noche sea tan nublada como el día. Además, estas observaciones son muy complicadas y muy difíciles a bordo de una embarcación como este *perno*.

En efecto: el viento aumentaba. Gruesas volutas se acumulaban hacia el oeste, como si estos vapores brotaran de un volcán.

El barquero estaba fastidiado. Apretaba contra sus rodillas la caja del cronómetro confiado a sus cuidados, mientras que Juhel, con su sextante en la mano, buscaba inútilmente la ocasión de hacer uso de él.

Entonces se oyeron gritos inarticulados y exclamaciones de rabia en la parte de proa. Era Antifer, que amenazaba con el puño al sol, menos obediente que para Josué, de bíblica memoria.

Aparecía no obstante. De vez en cuando un rayo se filtraba desgarrando las nubes; pero la desgarradura cerrábase rápidamente, como si algún genio la cosiese en lo alto de un punto de aguja. Ningún medio de detener al astro el tiempo preciso para obtener la altura. Después de haberlo intentado varias veces, Juhel vio que el sextante caía sin haber servido.

Los árabes están poco familiarizados con el empleo de estos instrumentos. La gente del *perno* no comprendía lo que el capitán pretendía. El mismo Selik, tal vez algo más instruido, no se daba cuenta completa de la importancia que para Juhel tenía aquella observación del sol. Sin embargo, todos comprendían que los pasajeros estaban muy contrariados. En cuanto al malujín iba y venía lanzando invectivas y juramentos, agitándose como un loco. Y

aunque no lo estaba, corría este riesgo con gran temor de su sobrino y de su amigo.

Antifer envió a paseo a Gildas Tregomain y a Juhel cuando éstos le invitaron a almorzar. Contentóse con mordisquear un pedazo de pan, y después fue a tenderse al pie del palo mayor, prohibiendo que se le hablase.

Por la tarde no se efectuó cambio alguno en el estado atmosférico. Siempre nubes espesas. La mar agitada *sentía algo*, como dicen los marinos. Lo que en verdad sentía era un golpe de viento, una de esas tempestades del suroeste muy frecuentes en el golfo de Omán. Algunas veces, esos terribles *khammins* que el desierto arroja sobre Egipto vienen bruscamente, y sus últimas ráfagas, después de barrer el litoral arábigo, chocan contra las olas del océano Índico.

El *Berbera* fue violentamente sacudido. Con sus velas a rizos bajos no pudo mantenerse a la capa, es decir, resistir aquellos golpes de mar, que lo hubiesen despedazado estando muy raso en el agua.

Juhel observó, como lo hubiera podido observar Antifer de prestar atención, que el patrón maniobró con prudencia y habilidad. Su tripulación desplegó un ánimo y una sangre fría de verdaderos marinos. No era la primera vez que luchaban contra las borrascas del golfo. Pero si una parte de la tripulación parecía habituada a estas tempestades, la otra, diseminada por el puente, mostróse muy disgustada por las sacudidas del barco.

Evidentemente aquellos hombres no habían navegado jamás; y al advertirlo, pensó Juhel que debían de ser agentes que les seguían; que tal vez Selik... ¡Decididamente, el negocio se presentaba mal para el heredero de Kamyk-Bajá!

Sauk estaba furioso contra el mal tiempo. Si la tempestad se prolongaba durante algunos días, ninguna observación sería posible... ¿Y cómo determinar la situación del islote? Viendo que era inútil permanecer en el puente, se fue a refugiarse al camarote donde Ben-Omar era empujado de babor a estribor como un tonel.



Después de haber recibido una negativa de Antifer, al que invitaron a bajar, Juhel y Gildas Tregomain se resolvieron a dejarle al pie del mástil, al abrigo de un pedazo de lona embreado, y fueron a sentarse en los bancos de la tripulación.

—Nuestra expedición parece ir por mal camino —murmuró Gildas Tregomain.

—Eso creo también —respondió Juhel.

—Esperemos que mañana mejore el tiempo, y podrás tomar la altura.

—Esperémoslo, señor Tregomain.

Y no añadió que no era el estado atmosférico lo que más le preocupaba. ¡Qué diablo! El sol acabaría por mostrarse en los parajes del golfo Omán... Se llegaría a encontrar el islote si existía. Pero la intervención de aquellas gentes sospechosas embarcadas a bordo del *Berbera*...

La noche muy oscura, llena de vapores, hizo correr al barco serios peligros, que no provenían de su ligero peso, puesto que éste le permitía elevarse en las olas; pero hubo saltos de viento tan bruscos que se hubiera ido a pique sin la habilidad náutica del viejo patrón. Después de medianoche el viento tendió a aminorar gracias a una lluvia persistente. ¿Tal vez se preparaba un cambio de tiempo para el día siguiente? No. Y cuando éste llegó, si bien las nubes no tenían el aspecto tempestuoso de la víspera, si no había violentos huracanes, el cielo no estaba menos cubierto de espesos vapores. A los abundantes chaparrones de la noche sucedía una lluvia fina de las nubes bajas, que no teniendo tiempo de formar gruesas gotas cae como agua pulverizada.

Cuando Juhel subió al puente, no pudo contener un movimiento de despecho. Imposible practicar la operación deseada con semejante tiempo. ¿Dónde se encontraba en aquel momento el barco, después de los cambios de rumbo y las incertidumbres de dirección a que había estado sujeto durante la noche? A pesar de su gran costumbre de navegar en el golfo de Omán, el patrón no hubiera podido decirlo. Ninguna tierra a la vista. ¿Se había pasado

de los parajes del islote? Era probable, y podía creerse que, a impulsos de los vientos del oeste, el *Berbera* se había ensacado hacia el E más de lo conveniente. Por lo demás no podía asegurarse, pues toda observación era imposible.

Pierre-Servan-Malo fue a la parte de proa. ¡Qué nuevos gritos! ¡Qué nuevos gestos de furor cuando abrazó con su mirada el horizonte! Pero no fue a decir una sola palabra a su sobrino, y se quedó inmóvil junto a la serviola de estribor.

Si bien Juhel guardóse de romper este silencio en que su tío se obstinaba desde la víspera, tuvo que sufrir diversas preguntas de Selik, a las que no contestó más que de un modo evasivo.

—Este día se anuncia mal —dijo el intérprete acercándose a él.

—Muy malo.

—¿No podrá emplear aún sus aparatos para mirar el sol?

—Es de temer.

—¿Qué hará entonces?

—Esperaré.

—Recuerde que el barco sólo lleva víveres para tres días, y si se prolonga el mal tiempo será preciso volver a Sohar.

—Será preciso, en efecto.

—¿Renunciará, pues, a sus proyectos de explorar los islotes del golfo?

—Es probable, o por lo menos dejaremos nuestra campaña para una época mejor.

—¿Esperará en Sohar?

—En Sohar o en Máscate, poco importa.

Mostraba el capitán una reserva muy justificada por las sospechas que le inspiraba Selik, y este último no consiguió tener los detalles que esperaba.

Gildas Tregomain apareció en el puente casi al mismo tiempo que Sauk. Él uno hizo un gesto de desánimo; el otro tuvo un movimiento de cólera al ver aquellas brumas que cerraban el horizonte a dos o tres cables del *Berbera*.

—Esto no va bien —dijo Gildas apretando la mano de Juhel.

—No —respondió éste.

—¿Y nuestro amigo?

—Allá abajo... en la proa.

—¡Con tal que no se arroje de cabeza! —murmuró el barquero, que temía siempre que el maluín concluyera por un golpe de desesperación.

La mañana transcurrió en estas condiciones. El sextante quedó en el fondo de su caja tan inútil como lo hubiera estado un collar de mujer en el fondo de su estuche. Ni un rayo de sol había horadado el opaco cortinaje de brumas. Al mediodía el cronómetro que Gildas Tregomain había llevado para tranquilidad de conciencia, no pudo establecer la longitud por la diferencia de horas entre París y el punto del golfo donde el barco se encontraba. La tarde no se mostró más favorable, y sólo de un modo aproximado se sabía dónde estaba el *Berbera*.

El patrón manifestó a Selik que, si el tiempo no se modificaba, al siguiente día pondría proa al oeste a fin de acercarse a tierra. ¿Dónde la encontraría? ¿En la altura de Sohar, de Máscate o más al norte, hacia la entrada del estrecho de Ormuz, o más al sur, por la parte del océano Índico, a la altura de Raz-el-Had?

Selik creyó deber advertir a Juhel las intenciones del patrón del *Berbera*.

—¡Sea! —dijo el capitán por toda respuesta.

Ningún incidente hasta la noche; en el momento en que se ocultaba tras las brumas del oeste, el sol no las traspasó. La lluvia no era más que una bruma fina como el rocío de las olas. ¿Era esto indicio de una modificación en el estado atmosférico? Además, el viento se había calmado hasta el punto de no manifestarse más que por algunos soplos intermitentes, durante los que el barquero, mojando su mano y exponiéndola al aire, creía sentir una ligera brisa que venía del este.

—¡Ah! ¡Si estuviera en la *Encantadora Amelia* —se dijo—, entre las deliciosas riberas del Raneé, yo sabría a qué atenerme!

Pero desde hacia mucho tiempo la *Encantadora Amelia* había sido vendida como leña, y el *perno* no navegaba entre las deliciosas riberas del Ranee.

Por su parte, Juhel hizo el mismo ensayo que Tregomain.

Por otra parte, parecía que el sol en el momento de desaparecer había mirado por un agujero de las nubes como un curioso por las rendijas de una puerta. Y sin duda Pierre-Servan-Malo había sorprendido aquel rayo, pues su mirada se inflamó respondiendo al rayo del astro del día con un rayo de furor.

Llegada la noche, todo el mundo comió, viéndose que apenas quedaban víveres para veinticuatro horas. De aquí la necesidad de dirigirse a tierra al día siguiente, a menos de reconocerse que el *Berbera* no estaba alejado de ella.

La noche fue de calma. El oleaje cayó rápidamente, como sucede en los golfos muy estrechos. Poco a poco, el viento obligó a coger las amarras a estribor. En la incertidumbre de su posición, y por consejo que Juhel dio por boca de Selik, el patrón se puso al paio esperando el día.

Hacia las tres de la mañana, el cielo, completamente libre de altas brumas, dejó aparecer sus últimas constelaciones. Todo hacía esperar una buena observación.

Al nacer el alba, en efecto, el disco solar remontó la línea del horizonte en todo su esplendor. Alargado por la refracción, empurpurado por las bajas capas del aire, su esplendorosa luz irradió por la superficie del golfo.

Gildas Tregomain creyó deberle saludar quitándose cortésmente su sombrero de hule. Un guebre, un parsi no hubiesen acogido más devotamente la aparición del astro del día.

Se comprenderá qué entusiasmo despertó en todos. ¡Con qué impaciencia, marineros y pasajeros, esperaron la hora en que se haría la observación! Estos árabes no ignoran que los europeos poseen medios precisos para determinar la posición de un navío, hasta cuando no hay tierra a la vista.

Y les interesaba mucho saber si el *Berbera* se encontraba aún en el golfo, o si había sido arrojado a través del cabo Raz-el-Had.

Entretanto el sol se elevaba sobre un cielo de una admirable pureza.

Ningún temor de que las nubes lo ocultaran cuando el joven capitán juzgase llegado el momento de obtener la altura meridiana.

Un poco antes del medio día Juhel hizo sus preparativos.

Antifer fue a colocarse junto a él con los labios apretados, los ojos ardientes, sin pronunciar palabra. Gildas Tregomain estaba a la derecha, moviendo su gruesa cabeza roja. Sauk detrás, Selik a babor. Todos se disponían a seguir la operación.

Juhel, con aplomo, las piernas separadas, cogió su sextante con la mano izquierda y dirigió el anteojo hacia el horizonte. El barco se movía lentamente a las ondulaciones de las olas poco agitadas.

Cuando la altura estuvo tomada, dijo Juhel:

—Ya está.

Después de haber leído las cifras indicadas en el disco graduado, bajó al camarote para hacer sus cálculos.

Veinte minutos después subía al puente y daba el resultado de su operación.

La situación del *pernio* era en latitud $25^{\circ} 2'$ norte.

Encontrábase, pues, a tres minutos más al norte que lo que indicaba la latitud del islote.

Para el complemento de la operación era preciso medir el ángulo horario. Jamás parecieron más largas las horas a Antifer, a Juhel, a Tregomain y a Sauk. ¡Parecía que el instante deseado no debía llegar nunca!

Llegó, mientras el *Barbera*, convenientemente orientado, se había llevado un poco más al sur a la indicación de Juhel.

A las dos y media el joven marino tomó una serie de alturas, mientras Tregomain marcaba la hora en el cronómetro. Hechos los círculos, dieron por longitud $54^{\circ} 58'$.

El barco se encontraba, pues, un minuto más al este con relación al islote que se buscaba.

Casi en seguida se oyó un grito. Uno de los árabes mostraba una tumescencia negruzca a dos millas hacia el oeste.

—¡Mi islote! —exclamó Antifer.

No podía ser otra cosa, pues no había ninguna otra tierra a la vista.

Y he aquí al maluín que va, viene, gesticula, se pasea, como presa del baile de San Vito. Preciso fue que Gildas Tregomain interviniese para contenerle entre sus poderosos brazos.

El barco había puesto la proa al punto señalado, y merced a la brisa que hinchaba las velas, bastó media hora para llegar allí. El barco tocó en efecto. Aseguró Juhel que la situación del islote estaba conforme con las señas indicadas por Kamyk-Bajá, o sea, la latitud legada por Thomas Antifer a su hijo, 24° 55' norte, la longitud aportada por Ben-Omar, 54° 57' al este del meridiano de París.

Y tan lejos como podía extenderse, la mirada sólo alcanzaba la inmensidad desierta del golfo de Omán.

XVI

QUE PRUEBA DE UN MODO CATEGÓRICO QUE KAMYLK-BAJÁ LLEVÓ
REALMENTE SUS EXCURSIONES MARÍTIMAS HASTA LOS PARAJES DEL
GOLFO DE OMÁN

Allí estaba, pues, aquel islote que en su pensamiento estimaba Antifer en cien millones por lo menos. ¡No! No hubiera rebajado setenta y cinco céntimos, ni aun en el caso en que los Rothschild le hubiesen propuesto la venta por lo que en él hubiera. Considerado en su aspecto exterior, no era aquello más que un macizo desnudo, árido, sin vegetación, sin cultivo; un amontonamiento de rocas de forma oblonga sobre una circunferencia de dos mil a dos mil quinientos metros. Sus bordes se cortaban caprichosamente. Aquí pendientes, allí ensenadas de poco fondo. El barco encontró refugio en una de éstas que se abría al oeste, al abrigo del viento. El agua era allí muy clara. El fondo dejaba ver a unos veinte pies su tapiz de arena sembrada de plantas marinas. Cuando el *Berbera* fue amarrado, apenas si las ondulaciones de la resaca le imprimían un ligero balanceo.

Era éste bastante, sin embargo, para que el notario no quisiera permanecer a bordo un momento más. Después de haberse arrastrado hasta la escala de la chupeta, había llegado al puente y se preparaba a saltar a tierra cuando Antifer le detuvo poniéndole una mano sobre el hombro y diciéndole:

—¡Alto, señor Ben-Omar! ¡Yo primero!

Y le agradase o no, el notario tuvo que aguardar a que el intratable maluín tomase posesión de su islote, lo que hizo imprimiendo fuertemente en la arena la huella de sus botas marinas.

Ben-Omar pudo entonces reunírsele, ¡y qué suspiro de satisfacción lanzó al encontrarse en suelo firme!

Muy pronto se hallaron a su lado Juhel, Gildas Tregomain y Sauk.

Durante este tiempo Selik había explorado el islote con la mirada, preguntándose qué era lo que aquellos extranjeros iban a hacer allí. ¿Para qué un viaje tan largo, y tantos gastos y fatigas? Levantar aquellas rocas no se explicaba por ningún motivo razonable. Era inverosímil, al menos que aquellas gentes estuvieran locas; y aunque Antifer presentaba algunos síntomas de locura, Juhel y el barquero tenían indudablemente su juicio cabal. ¡Y sin embargo, prestaban su concurso a aquella exploración! ¡Después, aquellos dos egipcios mezclados a tan singular aventura!...

Selik tenía, pues, más que nunca el derecho a sospechar de los pasos de aquellos extranjeros, y se preparaba a abandonar el barco para seguirles en el islote cuando Pierre-Servan-Malo hizo un gesto que comprendió Juhel, y éste, dirigiéndose a Selik, le dijo:

—Es inútil que nos acompañe... Aquí no tenemos necesidad de intérprete... Ben-Omar habla francés como si hubiera nacido en Francia.

—Está bien —se contentó con responder Selik.

Bastante despechado el agente, no quiso entablar una discusión por aquel motivo. Estaba al servicio de Antifer, y desde el momento en que éste le daba una orden, no tenía más que obedecer. Resignóse, pues, reservándose intervenir con sus hombres si a la vuelta de la exploración los extranjeros llevaban algún objeto al barco, cualquiera que aquél fuese.

Eran las tres y media de la tarde. No faltaría tiempo para tomar posesión de los tres barriles si se encontraban en el sitio indicado, y el maluín no dudaba de ello.

Se convino en que el *Berbera* permanecería en la ensenada. Por conducto de Selik, el patrón hizo saber a Juhel que no prolongaría su estancia allí más que hasta las seis.

Los víveres estaban casi consumidos. Era preciso aprovechar aquel favorable viento del este para volver a Sohar, donde se llegaría al alba. Antifer no hizo objeción alguna. Con algunas horas le bastaba para practicar el trabajo que deseaba hacer. ¿De qué se trataba en efecto? No de recorrer aquel islote, ni de investigarlo metro por metro. Según la carta, el lugar exacto donde había sido depositado el tesoro se encontraba en uno de los puntos meridionales en la base de una roca, fácil de reconocer por el monograma de la doble K. El pico pondría en seguida al descubierto los tres barriles, que Antifer embarcaría sin gran trabajo.

Se comprende que hubiese querido actuar sin testigos, excepción hecha del indispensable Ben-Omar y de el pasante Nazim. Como la tripulación no tenía por qué preocuparse de lo que los tres barriles contenían, solamente la vuelta a Máscate en caravana podría presentar algunas dificultades... Ya se pensaría en ellas después.

Antifer, Gildas Tregomain y Juhel, de una parte, Ben-Omán y Nazim, de otra, comenzaron a subir las pendientes litorales del islote, cuya altura media era de ciento cincuenta pies sobre el nivel del mar. Algunas bandadas de cercetas volaron al aproximarse aquéllos, lanzando graznidos como si protestasen contra los intrusos que violaban su domicilio. Y realmente, lo probable era que ningún ser humano hubiese puesto el pie en aquel islote desde la visita de Kamyk-Bajá.

El maluín llevaba el pico a su espalda, pico que no hubiera cedido a nadie. Gildas Tregomain iba cargado con la azada. Juhel se orientaba con la brújula en la mano.

Trabajo le costaba al notario que Sauk no le adelantase. Todavía temblaban sus piernas, aunque no estaba en el barco. No se extrañarán los lectores, sin embargo, de que, ante el pensamiento de la prima que aquel islote representaba para él, hubiera recobrado

sus sentidos y olvidado las fatigas del viaje. Seguramente, y aunque sólo fuera para asegurar su discreción, Sauk no le rehusaría el tanto por ciento que le correspondía si llegaba a apoderarse del tesoro.

El suelo era bastante rocoso, y no se caminaba bien. Era preciso ganar el centro rodeando ciertos accidentes difíciles de franquear. Cuando el grupo llegó a aquel punto culminante, se vio el barco, cuyo pabellón ondeaba al viento.

Desde aquel lugar se descubría el perímetro del islote. Aquí y allá se proyectaban los picachos, y entre ellos el que ocultaba los millones. No había error posible, puesto que el testamento indicaba que se destacaba al sur.

Con la ayuda de la brújula, Juhel lo reconoció muy pronto. Y una vez más el joven capitán tuvo el pensamiento de que tal vez las riquezas allí escondidas iban a ser un obstáculo entre su prometida y él. ¡Jamás vencería la terquedad de su tío! Y se apoderó de él el deseo de seguir una falsa pista; pero se dominó en seguida.

El barquero sentíase víctima de dos sentimientos encontrados: el temor de que Juhel y Énogate no fuesen nunca el uno para el otro, y el de que su amigo Antifer enloqueciese si no se apoderaba de la herencia de Kamyk-Bajá. Así es que, presa de una cólera inopinada, golpeó tan violentamente el suelo con su azadón que los pedazos de roca saltaron en torno de él.

—Eh... barquero, ¿qué mosca te ha picado? —exclamó Antifer.

—¡Ninguna, ninguna! —respondió Gildas Tregomain.

—Guarda, pues, tus golpes para donde hagan falta.

—Los guardaré, amigo mío.

El grupo, siguiendo entonces la dirección sur, descendió hacia la punta meridional, de la que apenas les separaban seiscientos pasos.

Antifer, Ben-Omar y Sauk —ahora a la cabeza— apresuraron el paso como atraídos por un imán —el imán de oro, tan poderoso sobre los seres humanos. Hubiérase dicho que aspiraban el tesoro, que una atmósfera de millones les rodeaba, que caerían asfixiados si esta atmósfera se disipaba.

En diez minutos llegaron al picacho, cuya extremidad final se perdía en el mar. Aquél debía de ser el lugar que Kamyk-Bajá había marcado con la doble K.

Una vez allí, la exaltación de Antifer fue tal que se sintió desfallecer. Si Gildas Tregomain no le hubiese recibido en sus brazos, hubiera caído como una mole; la vida no se traducía en él más que por movimientos espasmódicos.

—¡Tú, tío! —exclamó Juhel.

—¡Amigo!... —gritó Gildas Tregomain.

La fisonomía de Sauk no podía engañar. Parecía indicar:

—¡Que reviente ese perro cristiano, y quedaré yo como único heredero de Kamyk-Bajá!

La fisonomía de Ben-Omar parecía expresar todo lo contrario.

—Si este hombre muere, como es al único que sabe el lugar donde está el tesoro, perderé mi prima.

El accidente no tuvo consecuencias deplorables. Gracias a las vigorosas fricciones de Gildas Tregomain, Antifer recobró el sentido y recogió el pico que se le había caído. La exploración continuó.

A lo lejos se dibujaba una punta, lo bastante alta para que el mar no pudiese cubrirla. En vano se hubiera buscado un sitio más a propósito para depositar los tesoros. Reconocer aquel sitio no debía de ofrecer grandes dificultades, a menos que los huracanes del golfo de Omán no hubiesen, en el transcurso de un cuarto de siglo, borrado poco a poco el monograma.

Pues bien, Pierre-Servan-Malo registraría todo aquel picacho si era preciso. Haría saltar las rocas, aunque este trabajo durase algunas semanas. Dejaría que el barco regresase a Sohar. ¡No! No abandonaría el islote mientras no hubiera arrancado aquellas inmensas riquezas de que era legítimo propietario.

Absolutamente todos trabajaban, escudriñando bajo las algas, entre los intersticios de las rocas. Antifer hundía su pico entre las piedras separadas. El barquero las atacaba con el azadón. Ben-Omar, a cuatro pies, se arrastraba como un cangrejo entre los guijarrales. Juhel y Sauk eran, sin embargo, los que menos

ocupados estaban. No se oía una sola palabra. La operación se llevaba a efecto en el mayor silencio. No hubiera sido mayor si se tratase de una ceremonia fúnebre. Y realmente, ¿aquel islote perdido en el golfo no era un cementerio, una tumba de la que se pretendía exhumar los millones del egipcio?

Después de media hora de trabajo, nada se había encontrado. No se desanimaban, sin embargo. Ninguna duda de que aquel fuera el lugar donde Kamyk-Bajá había enterrado los barriles.

Un sol abrasador lanzaba sus rayos de fuego. El sudor cubría los rostros. Aquellas gentes no demostraban fatigas. Trabajaban con el afán de la hormiga que abre su hormiguero. Hasta Gildas Tregomain se dedicaba a aquella faena con el ardor de la avaricia. Juhel sonreía de vez en cuando desdeñosamente.

Al fin resonó un grito de alegría. Antifer lo había lanzado.

De pie, con la mano extendida, mostraba una roca enderezada como una estela.

—Allí, allí —repitió.

Y se prosternó ante aquella estela como un transtiberino ante la hornacina de una Madonna. Juhel, el barquero, Sauk y Ben-Omar se aproximaron a Antifer, que acababa de arrodillarse. Y se arrodillaron también junto a él.

¿Qué había, pues, en aquella roca?

Había lo que los ojos podían ver. Lo que las manos podían tocar. El famoso monograma de Kamyk-Bajá. La doble K medio carcomida, pero visible aún.

—Ahí, ahí —repetía Antifer.

Y señalaba en la base de la roca el lugar que se debía atacar, el lugar donde el tesoro, depositado desde hacía treinta y dos años, dormía en su lecho de piedra.

Se atacó la roca con el pico. El azadón de Tregomain arrojó lejos los fragmentos mezclados con pedazos de argamasa. El agujero crecía. Los pechos palpitaban, los corazones parecían prontos a estallar en espera del último golpe, que haría brotar del suelo una fuente de millones.

El agujero era cada vez mayor, y los barriles no aparecían.

Sin duda Kamyk-Bajá los había enterrado a gran profundidad. ¿Qué importaba un poco más de trabajo y de fatiga?

De repente se oyó un ruido metálico. Sin duda el pico acababa de chocar con algún objeto que lo producía. Antifer se inclinó sobre el agujero. La cabeza desapareció en el orificio mientras sus manos registraban ávidamente.

Se levantó con los ojos inyectados en sangre. Sacaba en la mano una caja de metal que no tenía más que el volumen de un decímetro cúbico.

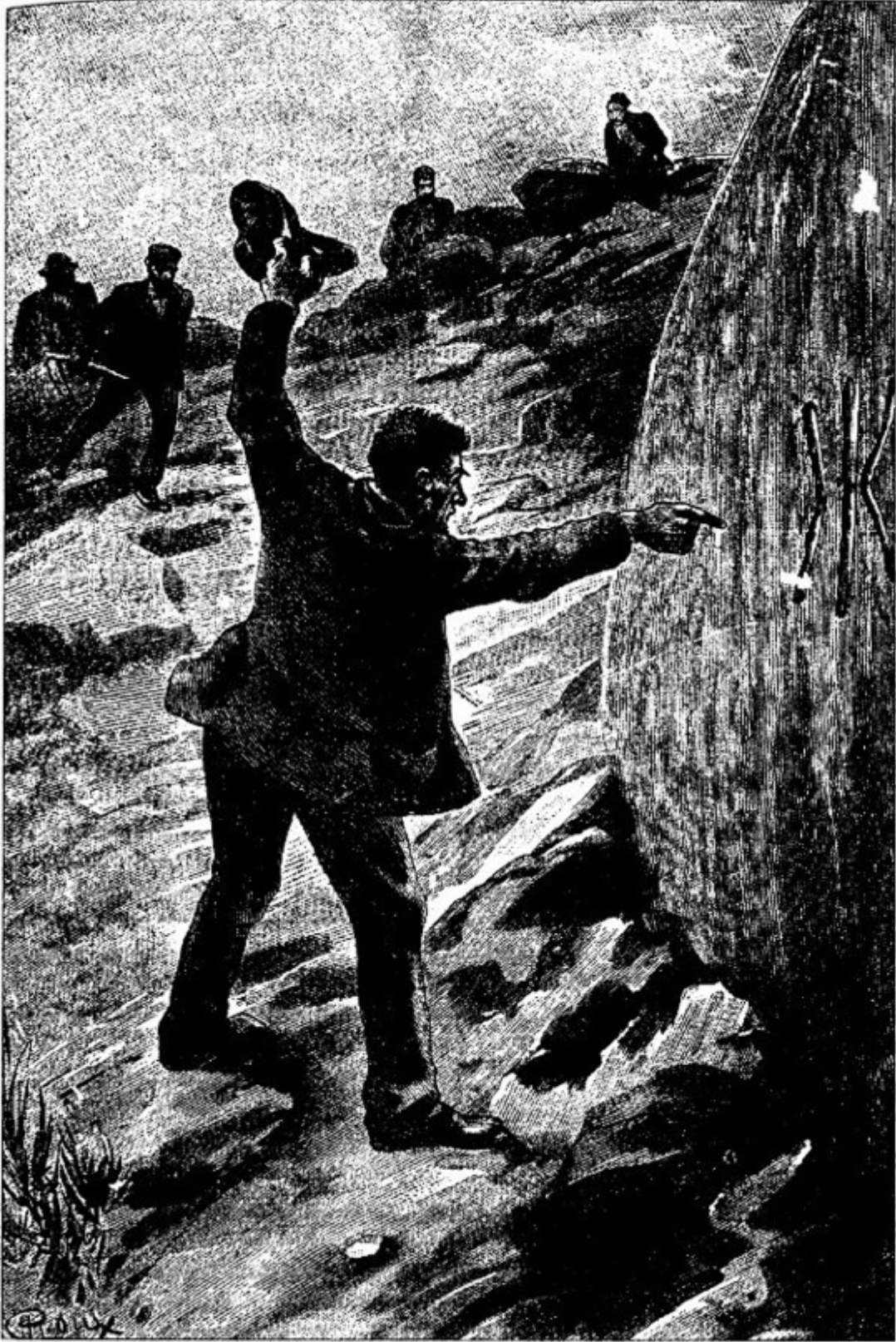
Todos lo miraban sin poder disimular un sentimiento de decepción. Y sin duda Gildas Tregomain respondió al sentimiento general cuando dijo:

—Si allí dentro hay cien millones, será por obra del diablo.

—¡Calla! —vociferó Antifer.

Y de nuevo registró la excavación retirando de ella los últimos pedazos de roca, buscando los barriles. Trabajo inútil. En aquel lugar no había nada más que la caja de hierro, sobre la cual aparecía grabada en relieve la doble K del egipcio.

¿Habían, pues, sido inútiles los trabajos y fatigas de Antifer y sus compañeros? ¿Habían venido desde tan lejos para chocar con las fantasías de un mixtificador?



Juhel hubiese dejado escapar una sonrisa si la fisonomía de su tío no le hubiese espantado, con sus ojos de loco, su boca contraída, los sonidos inarticulados que se escapaban de su garganta. Gildas Tregomain ha manifestado más tarde que en aquel instante esperó verle caer muerto.

De repente Antifer se levantó, cogió su pico, lo blandió, y en espantoso acceso de rabia, de un golpe violento rompió la caja. Un papel se escapó de ésta.

Era un pergamino amarilleado por el tiempo, en el que había algunas líneas escritas en francés, y aún muy legibles.

Antifer cogió el papel. Olvidando que Ben-Omar y Sauk podían oírle, y que tal vez iba a ponerles al corriente de un secreto que le interesaba guardar, comenzó a leer con voz temblorosa las primeras líneas, que decían así:

«Este documento contiene la longitud de un segundo islote que Thomas Antifer, o en defecto suyo su heredero directo, deberá poner en conocimiento del banquero Zambuco, que vive en...».

Detúvose Antifer y se puso la mano en la imprudente boca que iba a decir más de lo conveniente.

Sauk tuvo bastante dominio sobre sí para no dejar comprender la decepción que con aquel chasco experimentaba. Algunas palabras más y hubiera sabido cuál era la longitud de aquel segundo islote, del que el referido Zambuco debía tener la latitud, y al mismo tiempo el país en que el banquero vivía. En cuanto al notario, quedó no menos descorazonado, con la boca abierta, la lengua pendiente como un perro que agoniza de sed y al que se retira la cazuela con al agua.

Pero entonces Ben-Omar, que tenía el derecho de conocer las intenciones de Kamyk-Bajá, se levantó y dijo:

—¿Y bien? ¿Dónde vive el banquero Zambuco?

—En su casa —respondió Antifer.

Y doblando el papel, que guardó en su bolsillo, dejó a Ben-Omar que tendiese las manos al cielo con desesperación. ¿De modo que el tesoro no estaba en aquel islote del golfo de Omán? ¡El viaje no

había tenido más objeto que el de invitar a Antifer a que se pusiera en relaciones con un nuevo personaje, con el banquero Zambuco! ¿Este era, pues, un segundo legatario que Kamyk-Bajá había querido recompensar por los servicios que en otra época le prestara? ¿Era llamado a partir con el maluín el tesoro legado a este último? Así debía de ser, y era lógico deducir esta consecuencia; en vez de cien millones, Antifer sólo tomaría cincuenta.

Juhel bajó la cabeza ante el pensamiento de que esta cantidad era aún muy considerable para modificar las opiniones de su tío respecto a su matrimonio con su querida Énogate.

La sonrisa de Gildas Tregomain pareció indicar que cincuenta millones son siempre un lindo caudal. La verdad es que Juhel había adivinado lo que pasaba en el espíritu de Antifer, el cual acabaría por decirse una vez tomada su resolución en aquel asunto:

—Vamos... Énogate se casará con un duque en lugar de casarse con un príncipe. Y Juhel con una duquesa en vez de con una princesa.

XVII

QUE CONTIENE UNA CARTA DE JUHEL A ÉNOGATE, EN LA QUE SE
RELATAN LAS AVENTURAS DE QUE FUE HÉROE ANTIFER

¡Cuán triste estaba la casa de las Hautes-Salles de Saint-Malo, y hasta qué punto parecía desierta desde que Antifer la había abandonado! ¡En qué inquietud transcurrían los días y las noches para las dos mujeres, la madre y la hija! Vacía la casa de Juhel, parecía vacía de todo. Añádase que el tío tampoco estaba allí y que el amigo Tregomain no iba.

Era el 29 de abril. Dos meses, dos meses ya desde que el *Steersman* se había hecho al mar llevando a bordo a los tres maluines a aquella aventurada campaña de conquistar un tesoro. ¿Cómo se había realizado el viaje? ¿Dónde se encontraban entonces? ¿Habían conseguido su objeto?

—Madre, madre —decía la joven—, ¡no volverán!

—Sí, hija mía, ten confianza, volverán —respondía invariablemente la vieja bretona—. Sin embargo, mejor hubieran hecho en no abandonarnos.

—Sí —murmuraba Énogate...— ¡y en el momento en que iba a casarme con Juhel!

Hagamos notar que la partida de Antifer no había dejado de producir un prodigioso efecto en la ciudad. ¡Había tanta costumbre de verle vagar, con la pipa en la boca, por las calles, a lo largo del Sillón, sobre las murallas! ¡Y a Gildas Tregomain caminando a su lado, un poco detrás, con las piernas siempre arqueadas, la nariz

aguileña, la barba surcada de arrugas, y con su fisonomía siempre plácida y respirando bondad!

Y Juhel, el joven capitán de que la ciudad se enorgullecía, y que le amaba tanto como a Énogate —como una madre a su hijo—, se había marchado también cuando iba a ser nombrado segundo de un hermoso barco de la casa *Le Baillif y Compañía*.

¿Dónde se encontraban? No se tenía idea alguna sobre este punto.

Nadie dudaba de que el *Steersman* les conducía a Port-Said.

Énogate y Nanón eran las únicas que sabían que debían bajar por el mar Rojo, y aventurarse hasta los límites septentrionales del océano Índico. Antifer había obrado muy sabiamente al ocultar su secreto puesto que no quería que Ben-Omar supiese nada respecto al lugar en que el famoso islote se encontraba.

Sin embargo, si de su itinerario no se conocía nada, no sucedía lo mismo de sus proyectos, pues Antifer había sido demasiado locuaz y comunicativo respecto a este punto. En Saint-Malo, como en Saint-Servan, como en Dinard, se repetía la historia de Kamyk-Bajá, la carta recibida por Thomas Antifer, la llegada del mandatario anunciando en aquella carta el establecimiento de la longitud y de la latitud de un islote, el inverosímil tesoro de cien millones. ¡Así es que con qué impaciencia se esperaba la noticia del descubrimiento, y el regreso de aquel capitán de cabotaje, convertido en nabab, trayendo su cargamento de diamantes y de piedras preciosas!

No pedía Énogate tanto. Que su novio, su tío y su amigo volvieran, aunque fuera con los bolsillos vacíos, y estaría satisfecha, daría gracias a Dios, y su profunda tristeza se cambiaría en alegría sin límites.

La joven había recibido cartas de Juhel. La primera, fechada en Suez, relatándole los detalles del viaje desde su separación, indicaba el estado moral de su tío, cuyo nerviosismo iba en aumento; la acogida dispensada a Ben-Omar y a su pasante, puntuales a la cita convenida. Una segunda carta, fechada en Máscate, narraba los incidentes de la navegación a través del

océano Índico hasta la capital del Imanato; a qué grado de exaltación rayano con la locura había llegado Antifer, y anunciaba el proyecto de ir a Sohar.

Más que leídas, fueron devoradas estas cartas, que no se limitaban a referir impresiones de viaje, ni a mostrar el estado moral de su tío, sino que expresaban a la joven el disgusto de su novio por estar lejos de ella en vísperas de su matrimonio; la esperanza de regresar pronto, y de arrancar el consentimiento a su tío, hasta en el caso de que éste volviera lleno de millones. Énogate y Nanón leían y releían estas cartas, a las que no tenían el consuelo de poder contestar. Entregábanse a toda clase de comentarios; contaban con los dedos los días que estarían aún retenidos en aquellos tan lejanos mares; marcaban de veinticuatro en veinticuatro horas las del calendario sujeto a la pared de la sala; y, en fin, después de la última carta, abandonáronse a la esperanza de que la segunda mitad del viaje sería consagrada al regreso.

El 29 de abril llegó una tercera carta, después de la partida de Juhel. Notando que estaba timbrada en la Regencia de Túnez, sintió Énogate que su corazón palpitaba de alegría.

¡Los viajeros habían, pues, abandonado Máscate! ¡Habían entrado en los mares de Europa! ¡Volvían hacia Francia! ¿Qué era preciso para tocar en Marsella? Tres días a lo más. ¿Y para llegar a Saint-Malo por esos rápidos trenes del París-Lyon-Mediterráneo y del oeste? A lo más veintiséis horas.

La madre y la hija estaban sentadas en una de las habitaciones del cuarto bajo, después de haber cerrado la puerta tras el cartero.

Podían dejar desbordar sus sentimientos. Cuando hubo enjugado sus ojos algo húmedos, Énogate rompió el sobre, sacó la carta, y leyó en voz alta, acentuando las frases:

«Regencia de Túnez, La Goleta,
»22 de abril de 1862.

»Querida Énogate: Ante todo, un abrazo para tu madre, por ti y por mi. ¡Qué lejos estamos el uno del otro, y cuándo acabará este viaje interminable!

»Ya he escrito dos veces, y supongo que habrás recibido mis cartas. Esta tercera es aún más importante, en primer lugar porque por ella verás que el asunto del tesoro se ha modificado de una manera inesperada con gran disgusto de mi tío».

Énogate dejó escapar un ligero grito de alegría, y batiendo palmas dijo:

—No han encontrado nada, madre, y ya no me casaré con un príncipe.

—Continúa, hija —respondió Nanón.

Énogate acabó la frase que había interrumpido:

«Y además, porque tengo el disgusto de manifestarte que nos vemos obligados a seguir nuestras rebuscas... lejos... muy lejos».

La carta tembló entre los dedos de Énogate.

—¡Proseguir las rebuscas aún más lejos! —murmuró—. No volverán, madre, no volverán.

—Ánimo, hija, y sigue —repitió Nanón. Énogate, con los ojos llenos de lágrimas, continuó leyendo.

Juhel contaba sumariamente lo que había pasado en el islote del golfo de Omán, cómo en vez del tesoro se había encontrado un documento depositado en aquel lugar, y en ese documento la indicación de una nueva longitud. Después añadía Juhel:

«Juzga, querida Énogate, del descorazonamiento de mi tío, de la cólera que a él siguió, y de mi decepción también, no por no habernos apoderado del tesoro, sino porque nuestra partida para Saint-Malo, mi regreso a tu lado, se retrasaba. He creído que mi corazón iba a estallar».

No sin gran trabajo contenía Énogate los latidos del suyo. Y por lo que sentía, comprendía lo que Juhel debió de sufrir.

—¡Pobre Juhel! —murmuró.

—¡Y pobre de ti! —dijo la madre—. Continúa, hija mía.

Énogate continuó con voz alterada por la emoción:

«En efecto, Kamyk-Bajá nos ordenaba que llevásemos aquella maldita longitud a un tal Zambuco, banquero de Túnez, el que, por su parte, posee una segunda latitud. Evidentemente el tesoro está

oculto en otro islote, y sin duda nuestro bajá había contraído una deuda de agradecimiento hacia este personaje como en otra época con nuestro abuelo Antifer. De aquí, pues, que habría que partir el legado entre los dos legatarios, lo que reducirá la parte de cada uno a la mitad. ¡Juzga la extravagante cólera de quien ya sabes! ¡Ah! Yo desearía que las deudas de ese egipcio subieran tanto, y que nuestro tío recibiese tan poco, que no pudiese poner obstáculo alguno a nuestro matrimonio».

Énogate dijo:

—¿Acaso se tiene necesidad de dinero cuando se ama?...

—No... y hasta incomoda —respondió de buena fe la anciana—.

Continúa, hija mía.

Énogate obedeció.

«Cuando nuestro tío ha leído este documento se encontraba tan confundido, que casi han estado a punto de escapársele las cifras de la nueva longitud y la dirección de aquel a quien deben serle comunicadas para establecer la situación del islote. Felizmente se ha detenido a tiempo.

»Nuestro amigo Tregomain, con el que a menudo hablo de ti, querida Énogate, ha hecho un gesto singular al saber que se trataba de ir en busca de un segundo islote.

»Mi pobre Juhel —me ha dicho—, ¿es que se burla de nosotros ese Bají-Bajó-Bajá? ¿Es que tiene deseo de mandarnos al fin del mundo?

»¿Será al fin del mundo? Esto es lo que no sabemos en el momento en que te escribo.

»En efecto; si nuestro tío ha guardado para él las indicaciones contenidas en este documento, es que desconfía de Ben-Omar. Desde que este trapacero intentó arrancarle en secreto en Saint-Malo, se guarda de él. Tal vez esté en lo justo; y, para decirlo todo, el pasante Nazim me parece tan sospechoso como su principal. No me agrada este Nazim, ni tampoco al señor Tregomain, con su fisonomía feroz y sus ojos sombríos. Te aseguro que nuestro notario, el señor Calloch, de la calle del Rey, no le admitiría en su

despacho. Tengo la convicción de que si Ben-Omar y él conociesen la dirección de ese Zambuco, procurarían adelantarse. Pero nuestro tío no ha soltado palabra, ni aun con nosotros. Ben-Omar y Nazim no saben, por lo tanto, que vamos a Túnez, y he aquí cómo al abandonar Máscate nos preguntamos dónde nos llevará aún la fantasía del Bajá».

Énogate se detuvo un instante.

—¡Estos diabólicos enredos no me gustan nada! —observó Nanón.

Juhel refería a continuación los incidentes del regreso, la partida del islote, el descorazonamiento marcadísimo del intérprete Selik al ver volver a los extranjeros con las manos vacías, no dudando que no se había tratado de un simple paseo, y, en fin, el penoso camino de la caravana, la llegada a Mascate y la espera durante dos días al paquebote de Bombay.

«Y si no te he escrito otra vez desde Máscate —añadía Juhel—, es porque siempre aguardaba saber algo de nuevo y poderte informar de ello. Pero todo lo que sé es que volvemos a Suez, de donde partiremos para Túnez».

Énogate, interrumpiendo la lectura, miró a Nanón, que movía la cabeza murmurando:

—¡Con tal que no vayan al fin del mundo! ¡Todo se puede temer con los infieles!

La excelente mujer hablaba de los orientales como en el tiempo de las Cruzadas. Y hasta, por sus escrúpulos de piadosa bretona, los millones que vendrían por aquel conducto le parecían de mala calidad. ¡Pero ir a enunciar semejantes ideas ante Antifer! Juhel refería entonces su viaje de Máscate a Suez, la travesía del océano índico y del mar Rojo. Ben-Omar enfermó hasta lo inverosímil.

—Tanto mejor —dijo Nanón.

Después, Pierre-Servan-Malo siguió sin pronunciar palabra durante este viaje.

«No sé, querida Énogate, lo que sucederá si nuestro tío viera defraudadas sus esperanzas; o más bien, demasiado lo sé, se

volvería loco. ¡Quién hubiera creído esto en un hombre tan sabio en su conducta y tan modesto en sus gustos! ¡La perspectiva de ser cien veces millonario! Después de todo, ¿habría muchas cabezas que lo resistieran? Sí... Nosotros dos, sin duda... Pero esto depende de que nuestra vida está reconcentrada en nuestro corazón.

»Desde Suez hemos ido a Port-Said, donde nos ha sido preciso esperar la partida de un *steamer* de comercio para Túnez. Allí es donde vive ese banquero Zambuco, al que nuestro tío debe comunicar ese infernal documento. Mas cuando la longitud del uno y la latitud del otro determinen el lugar en que se encuentra el nuevo islote, ¿hasta dónde será preciso ir a buscarlo? Toda la cuestión es ésta, y en mi opinión es grave, puesto que de ella depende nuestro regreso a Francia y cerca de ti».

Preso de la más dolorosa inquietud por la suerte de los viajeros, dejó Énogate caer la carta, que recogió su madre. No podía seguir leyendo. Veía a los ausentes arrastrados a millares de leguas, expuestos a los mejores peligros, en lugares terribles, sin volver jamás, y exclamó:

—¡Oh, tío, tío, qué daño haces a los que tanto te quieren!

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales aquellas dos mujeres se unieron en la misma plegaria.

Después Énogate siguió leyendo:

«El 16 de abril hemos abandonado Port-Said. No se debe hacer escala antes de Túnez. Los primeros días hemos navegado bastante cerca del litoral egipcio. ¡Qué mirada arrojó Ben-Omar en el momento en que entrevió el puerto de Alejandría! Pensé que quería desembarcar allí, abandonando su prima. Pero su pasante ha intervenido, y en su lengua, de lo que ni una palabra hemos comprendido, le ha hecho entrar en razón, bastante brutalmente por lo que me ha parecido. Es indudable que Ben-Omar siente miedo por este Nazim, y yo me pregunto si este egipcio es el hombre que dice ser... Su aire es el de un bandido. Sea quien sea, me prometo vigilarle.

»Más allá de Alejandría hemos seguido en dirección al cabo Bon, dejando al S los golfos de Trípoli y de Gabes. Al fin el reverso de los montes tunecinos, de salvaje aspecto, se ha mostrado en el horizonte con los fortines abandonados, que erizan sus crestas. Después, en la noche del 21 de abril, hemos llegado a la rada de Túnez, y nuestro barco ha anclado el 22 de abril ante la Goleta.

»Querida Énogate, si en Túnez estoy más cerca de ti que cuando estaba en el islote del golfo de Omán, siempre estoy lejos. ¡Quién sabe si la mala suerte no nos separará más todavía! Siempre es triste estar separados, por pequeña que la distancia sea; pero, sin embargo, no te desesperes, y piensa en que, cualquiera que sea el viaje, no se prolongará.

»Te escribo esta extensa carta a bordo, a fin de echarla al correo cuando desembarquemos en la Goleta. Llegará a ti dentro de algunos días. Sin duda no te dice lo que ignoras, lo que más te importaba saber, es decir, a qué parajes vamos.

Pero mi tío no lo sabe él mismo, y esto no puede ser determinado más que después de un cambio de comunicaciones con el banquero cuya calma en Túnez hemos venido probablemente a turbar. En fin, cuando él sepa que se trata de una herencia enorme, a la mitad de la cual tiene derecho, este Zambuco querrá ser de la partida, y se unirá a nosotros para las investigaciones ulteriores.

»Por lo demás, tan pronto como yo conozca la situación del islote número 2 —y no tardaré en conocerlo, puesto que yo seré el encargado de indicarlo sobre el mapa— te informaré de ello. Y es probable que a esta carta siga otra con pocos días de intervalo.

»Recibe con tu madre los afectos del señor Tregomain y los míos, y también los de nuestro tío, aunque éste parece haber perdido hasta el recuerdo de Saint-Malo, de su antigua casa y de los queridos seres que la habitan. En cuanto a mí, te envío todo mi cariño, como recibiría el tuyo si te fuere posible escribirme. —Juhel Antifer».

XVIII

EN EL QUE EL COLEGATARIO DE ANTIFER ES PRESENTADO AL LECTOR EN
LAS FORMAS EXIGIDAS POR LA COSTUMBRE

Cuando se llega a la rada de Túnez, no se está en Túnez. Hay que recurrir a las embarcaciones de bordo o a los *mahonnes* del país para desembarcar en la Goleta.

En efecto: este puerto no es tal en el sentido de que ni los barcos de un mediano tonelaje pueden penetrar en los muelles donde sólo amarran los pequeños barcos de cabotaje y los de pesca. Los demás navíos tienen que permanecer sobre sus anclas. Las montañas les prestan abrigo cuando el viento sopla del este; quedan a merced de las terribles borrascas cuando aquél viene del oeste o del norte. Se comprenderá, pues, que es indispensable crear un puerto accesible a todos los barcos, hasta a los de guerra, sea agrandando el de Bizerta, en el litoral de la corte septentrional de la Regencia, sea abriendo un canal de diez kilómetros a través del lago Bahira, después de hendido ese lado que lo separa del mar.

Conviene añadir que Antifer y sus compañeros, una vez en la Goleta, no estaban todavía en Túnez. Tuvieron que tomar el ferrocarril de Rubattino, establecido por una compañía italiana, que rodea el lago Bahira, pasando al pie de la colina de Cartago, sobre la que se alza la capilla de San Luis de Francia.

Cuando nuestros viajeros hubieron franqueado el muelle, halláronse con una especie de ciudad con una ancha calle, con palacio para el gobernador, iglesia católica, café, casas particulares

y en realidad aspecto lo más moderno que imaginarse puede. Preciso es llegar hasta el palacio del litoral, que el Bey ocupa alguna vez, durante la época de los baños de mar, para entrever un primer indicio de color oriental.

Pero he aquí una cosa de la que no se preocupaba Pierre-Servan-Malo, como tampoco de las leyendas que han dejado los Régulos, los Escipiones, los Césares, los Catones, los Marios, ni los Aníbares. ¿Conocía siquiera los nombres de estos importantes personajes? Quizá lo mismo que el bueno de Tregomain, que se atenía a las glorias de su ciudad natal, lo que bastaba para satisfacción de su amor propio. Solamente Juhel hubiera podido abandonarse al encanto de aquellos recuerdos históricos, si no hubiese estado demasiado inquieto por los cuidados del presente. Estaba en el caso en que se podía decir de él lo que se dice en el Levante de un hombre distraído. Busca a su hijo, que lleva sobre los hombros. Lo que él buscaba era a su novia con el disgusto de alejarse de ella.

Después de haber atravesado la Goleta, Antifer, el barquero y Juhel, con sus maletas en la mano —cuyo contenido contaban con renovar en Túnez—, fueron a la estación a esperar el primer tren. A alguna distancia les seguían Ben-Omar y Nazim. Como Antifer no había dicho palabra del asunto, nada sabían de aquel banquero Zambuco, al que estaban unidos por la voluntad de Kamylk-Bajá. Gran disgusto, si no para el notario, que alcanzaría su prima a condición de no abandonar la partida, para Sauk al menos, que tendría que luchar con dos herederos en lugar de uno. ¿Y quién sería el nuevo?

Después de una media hora de espera, los viajeros se instalaban en el tren y se detenían algunos minutos en la estación, desde la que se podía ver la colina de Cartago y el convento de los Padres Blancos, cuyo museo arqueológico goza de gran fama. Poco después llegaban a Túnez, y siguiendo el paseo de la Marina, desembocaron ante el hotel de Francia, en pleno barrio europeo. A su disposición se pusieron tres habitaciones algo desnudas, altas de

techo, a las que se llegaba por una amplia escalera, y cuyos techos estaban cubiertos con mosquiteros. En la fonda de la planta baja encontrarían el almuerzo y comida a las horas que más convenientes les fueran, y en un comedor cómodo. Parecía un buen hotel de París; cosa que, después de todo, importaba poco, puesto que los maluines no pensaban permanecer allí mucho tiempo. Antifer no subió siquiera a su habitación.

—Volveré a buscaros aquí —dijo a sus compañeros.

—Bien, amigo —dijo Tregomain—, y lleva tu asunto al abordaje.

El abordaje era precisamente lo que inquietaba al tío de Juhel.

No tenía, ciertamente, la intención de engañar a su colegatario, como Ben-Omar había intentado engañarle a él. Hombre honrado y de una gran lealtad, no obstante su originalidad había decidido tratar sin ambages el negocio. Iría al banquero y le diría:

—He aquí lo que le traigo. Veamos lo que me ofrece en cambio, y... ¡andando!

Además, a juzgar por el contenido del documento encontrado en el islote, el dicho Zambuco debía de estar prevenido de que un tal Antifer, de origen francés, le traería la longitud necesaria para establecer la ubicación del islote que encerraba el tesoro. El banquero no había, pues, de sorprenderse de aquella visita.

Un temor sentía Antifer: el de que su colegatario no hablase francés. Si Zambuco comprendía la lengua inglesa, todavía podría orillarse la dificultad con ayuda de Juhel. Pero si no sabía ninguna de las dos lenguas, preciso sería recurrir a la intervención de un intérprete. ¡Y entonces se estaría a merced de un tercero en un secreto de un valor de cien millones! Al abandonar el hotel sin decir dónde iba, Antifer había pedido un guía... Después, este último y aquél habían desaparecido a la vuelta de las calles que desembocan en la plaza de la Marina.

—No necesita de nosotros —había hecho observar Tregomain.

—Vamos, pues, a pasear, y empezaremos dejando esta carta en el correo —había respondido Juhel.

Y helos allí. Después de haber depositado la carta en el buzón contiguo al hotel se dirigieron hacia el Babel Bahar, la Puerta del Mar, a fin de rodear exteriormente el perímetro de la muralla que forma a Túnez la Blanca un cinturón de dos leguas largas.

Entretanto, a cien pasos del hotel, Antifer había dicho al guía:

—¿Conoce al banquero Zambuco?

—Todo el mundo le conoce aquí.

—¿Donde vive?

—En la ciudad baja..., barrio de los malteses.

—Allí es donde quiero ir.

—A su orden, excelencia.

En estos países de Oriente, excelencia significa señor.

Antifer se dirigió a la ciudad baja. Estad seguros de que no prestó atención alguna a las curiosidades del camino; aquí, una de esas mezquitas que en Túnez se encuentran por centenares, y que dominan con sus elegantes minaretes; allá, restos de origen romano o sarraceno; después una plaza pintoresca, bajo el verdor de las higueras y palmeras; más allá, calles estrechas, con las casas juntas, llenas de tiendas sombrías, donde se agolpan los géneros, las telas y bibelots.

No, Pierre-Servan-Malo sólo pensaba en aquella visita impuesta por Kamyk-Bajá y en la acogida que le dispensarían. En fin, cuando se llevan a un particular cincuenta millones hay motivo para presumir que uno será bien recibido.

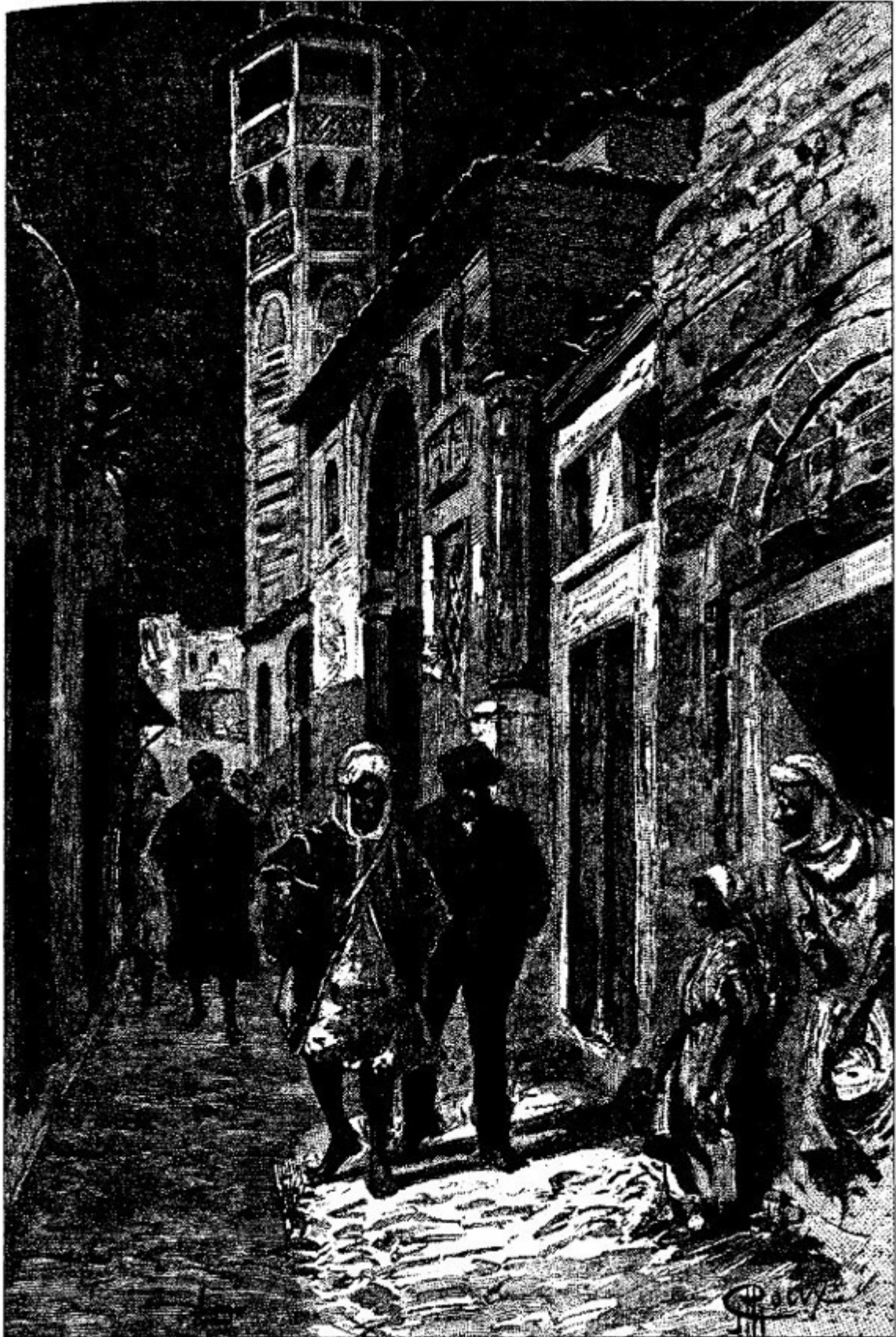
Después de una media hora de marcha, llegaron al barrio de los malteses.

No era el más limpio de aquella ciudad de cincuenta mil almas.

Además, en aquella época el protectorado francés no había impuesto el pabellón de Francia.

Al extremo de una calle, o más bien de una callejuela de aquel barrio comerciante, el guía se detuvo ante una casa de mediana apariencia. Construida por el modelo general para las casas tunecinas, presentaba un enorme bloque con terraza, sin ventanas exteriores, y un patio por el que recibían luz las habitaciones.

El aspecto de aquella casa no indicó a Antifer que su propietario nadase en la abundancia, lo que creyó de buen augurio para el resultado de sus proyectos.



—¿Es aquí donde vive el banquero Zambuco? —preguntó al guía.

—Aquí, excelencia.

—¿Es ésta su casa de banca?

—Sí.

—¿No tiene otra vivienda?

—No, excelencia.

—Pasa por rico, ¿verdad?

—Su fortuna se cuenta por millones.

—¡Diablo! —dijo Antifer.

—¡Pero es tan avaro como rico! —añadió el guía.

—¡Diablo! —repitió Antifer.

Y despidió al guía, que volvió a tomar el camino del hotel.

Sépase que Sauk les había seguido, evitando ser visto. Ahora, él sabía dónde vivía Zambuco. ¿Podría tratar con ese banquero en provecho propio? ¿Se presentaría la ocasión de despojar a Antifer? Si sobrevenía un desacuerdo entre los dos colegatarios de Kamyllk-Bajá, ¿no habría motivo para explotar el caso? Realmente había sido una desgracia que Antifer no hubiera dejado escapar con el nombre de Zambuco la cifra de la nueva longitud. Si Sauk la hubiese conocido, tal vez hubiese podido llegar el primero a Túnez, engolosinar al banquero prometiéndole una suma considerable, y hasta arrancarle el secreto, sin aflojar la bolsa. Pero pensó en que era Antifer, no otro, quien el documento designaba. Pues bien; Sauk se sujetaría a su programa, lo ejecutaría sin piedad, y cuando el maltés o el maluín estuvieran en posesión de los legados, sabría despojarlos a ambos.

Pierre-Servan-Malo entró en casa del banquero, y Sauk esperó fuera. La parte de la izquierda servía de despacho. Nadie había en el patio. Parecía estar tan abandonado como si la casa de banca estuviera cerrada aquella misma mañana por suspensión de pagos. Pero el banquero Zambuco no había quebrado.

Era el banquero tunecino hombre de mediana estatura, de unos sesenta años de edad, delgado, nervioso, ojos vivos y duros, de

mirada cobarde, la cara sin pelo de barba, la tez apergaminada, y los cabellos canosos y como de pelote, los hombros encorvados, y los dedos largos y en forma de garras. Poseía todos sus dientes, dientes acostumbrados a morder, que descubrían sus delgados labios. Por poco observador que Antifer fuera, comprendió que la persona de aquel Zambuco no tenía nada de simpático, y se dijo que entrar en relaciones con semejante hombre no podía ofrecerle satisfacción alguna.

En realidad, el banquero era una especie de usurero que debiera ser de origen judío, aunque era maltés. De estos malteses hay cinco o seis mil en Túnez.

Zambuco pasaba por haber reunido una gran fortuna en todas las oscuras operaciones de banca. Era, en efecto, rico. Pero en su opinión, nunca se es rico cuando se puede serlo más. Se le creía varias veces millonario, y no se engañaban a pesar de la apariencia humilde y miserable de su casa, lo que había hecho caer en un error a Antifer. Esto denotaba en Zambuco una parsimonia prodigiosa en lo que a las necesidades de su existencia se refería. ¿Es, pues, que él no tenía necesidades? Muy pocas, sin duda, y evitaba creárselas gracias a sus instintos de avaro. Amontonar sacos de escudos sobre sacos de escudos, acaparar la plata, negociar con todo lo que representa un valor cualquiera; a embrollos de esta clase había consagrado su vida entera. De aquí, muchos millones guardados por él, sin inquietarse mucho por hacerlos productivos. Contradictorio, inverosímil casi, hubiera parecido que un hombre de esta especie no fuera soltero. Si el celibato está indicado en alguna ocasión, ¿no es respecto a tipos de este género? Así es que Zambuco jamás había tenido el pensamiento de casarse, lo cual fue una suerte para la que hubiera sido su mujer, como se repetía en el barrio maltés. Ni hermanos, ni sobrinos, ni parientes de ninguna clase se le conocían, excepción de su hermana. Las generaciones anteriores a Zambuco se resumían en él. Vivía solitario en el fondo de su casa, mejor dicho en su oficina, mejor aún en su caja, sin tener más servidumbre que una vieja de Túnez, que no costaba cara

ni en alimentos ni en sueldo. De lo que entraba en aquella caverna nada salía. Ya se ve quién era el rival de Antifer, y es legítimo preguntar qué clase de servicio había podido prestar a Kamylyk-Bajá, aquel poco simpático personaje, hasta el punto de haberse hecho acreedor a su reconocimiento, cosa que interesa para perfecto conocimiento de este relato.

He aquí la historia en pocas palabras. Cuando no contaba más que veintisiete años, huérfano de padre y madre, Zambuco vivía en Alejandría, donde ejercía, con una sagacidad y una perseverancia infatigables, las diversas industrias del corredor, embolsándose las comisiones del comprador y vendedor, siendo intermediario antes de llegar a ser comerciante de dinero, lo que es el más fructífero de los oficios puestos a la disposición de la humana inteligencia.

Fue esto en 1839, y no se habrá olvidado que entonces Kamylyk-Bajá tuvo la idea, muy inquieto por su fortuna, codiciada por su sobrino Murad, y a instigación de este último por Mehemet-Alí, de realizar sus riquezas, transportándolas después a Siria, donde debían estar más seguras que en ninguna ciudad de Egipto.

Para aquella operación fueron precisos algunos agentes. Él no quiso recurrir más que a extranjeros dignos de su confianza. Estos agentes, por otra parte, corrían grandes riesgos, por lo menos el de su libertad, apoyando al rico egipcio contra el virrey. El joven Zambuco fue uno de ellos. Y llevó a cabo la operación con un celo largamente recompensado entonces; realizó muchos viajes a Alepo, y, en fin, contribuyó notablemente a la realización de la fortuna de su cliente y a su transporte a lugar seguro. No se hizo esto sin dificultades y peligros, y después de la partida de Kamylyk-Bajá, algunos de los agentes que él había empleado, entre otros Zambuco, descubiertos por la vigilante policía de Mehemet-Alí, fueron aprisionados. Dejóseles en libertad por falta de pruebas, cierto; pero habían, sin embargo, sido castigados por su fidelidad y sacrificio.

Así pues, de igual modo que el padre de Antifer había prestado sus servicios a Kamylyk-Bajá en 1799, recogíéndole medio muerto en

las rocas de Jaffa, treinta años más tarde Zambuco adquiriría derechos a su gratitud.

Kamylk-Bajá no debía olvidarlo.

Esta sencilla exposición de hechos explica por qué en 1843 Thomas Antifer, de una parte, y el banquero Zambuco, de otra, el uno en Saint-Malo y en Túnez el otro, habían recibido cada uno una carta informándoles de que un día tendría que recoger su parte de un tesoro por valor de cien millones, depositado en un islote, del que a uno le daba la longitud y al otro la latitud, para que recíprocamente se la comunicaran en tiempo oportuno.

Si esto había producido el efecto que se sabe en Thomas Antifer, y en su hijo después, no lo produjo menos en una persona de las condiciones de Zambuco. Claro está que a nadie dijo palabra del asunto. Encerró las cifras de su latitud en uno de los cajones de su arca, y desde aquella época no transcurrió un minuto de su vida sin que esperase ver aparecer al Antifer anunciado por la carta de Kamylk-Bajá. En vano pretendió conocer la suerte de aquel egipcio. Nada había trascendido de su captura a bordo del brig-goleta en 1834; nada de su traslado a El Cairo; nada de su prisión en un castillo durante dieciocho años; nada de su muerte, acaecida en 1852.

Corría el año 1867. Más de veinte años habían transcurrido desde 1843, y el maluín no había aparecido, y la longitud no se había reunido a la latitud. El sitio del islote estaba aún por determinar. Sin embargo, Zambuco no había perdido la confianza. No había que dudar que las intenciones de Kamylk-Bajá eran que el suceso se realizase más pronto o más tarde. El referido Antifer aparecería al fin en la calle de los malteses como un cometa anunciado por los observatorios de ambos mundos.

El único disgusto del banquero, natural en hombre de su condición, era el de tener que partir el legado con otro, al que mentalmente enviaba a todos los demonios. Pero no podía cambiar las disposiciones del reconocido egipcio. ¡Y sin embargo, partir los cien millones de parecía monstruoso! Así es que desde hacía

muchos años había amontonado reflexiones sobre reflexiones, imaginado mil y mil combinaciones para que la herencia quedase entera entre sus manos. ¿Lo conseguiría? Todo lo que podemos afirmar es que estaba bien preparado para recibir a Antifer cuando fuese, que iría a llevarle la prometida longitud.

Inútil es añadir que el banquero Zambuco, poco al corriente de los asuntos de navegación, se había hecho explicar cómo por medio de una longitud y una latitud, es decir, por el cruzamiento de dos líneas imaginarias, podía establecerse la posición de un punto en el globo. Y lo que sobre todo había comprendido era que la reunión de dos colegatarios era indispensable, y que si él nada podía sin Antifer, Antifer no podía nada sin él.

XIX

EN EL QUE ANTIFER SE ENCUENTRA FRENTE A UNA PROPOSICIÓN TAL
QUE HUYÓ A FIN DE NO RESPONDER A ELLA

—¿Se puede ver al banquero Zambuco?

—Sí... si es para tratar de negocios.

—Justamente.

—¿Su nombre?

—Anuncie a un extranjero; esto basta.

Antifer era quien hacía estas preguntas, a las que respondía en mal francés un indígena viejo y gruñón sentado ante una mesa en el fondo de un estrecho cuarto dividido en dos partes por un enrejado con ventanilla. El maluín no había juzgado preciso declarar su nombre, deseoso de ver el efecto que este nombre producía sobre el banquero cuando lo dijera.

—Soy Antifer, el hijo de Thomas Antifer, de Saint-Malo.

Un instante después era introducido en un gabinete sin colgaduras, con las paredes blanqueadas de cal y el techo negro del humo de las lámparas, amueblado únicamente por un arca colocada en un rincón, un secreter de cilindro en otro, una mesa y dos sillas.

Ante aquella mesa estaba sentado el banquero. Los dos herederos de Kamyk-Bajá encontrábase, pues, frente a frente.

Sin levantarse, Zambuco ajustóse las gafas sobre su nariz de papagayo y, alzando un poco la cabeza, preguntó:

—¿A quién tengo el honor de hablar?

—Al capitán Antifer —respondió el maluín, persuadido de que esas palabras iban a provocar un grito de Zambuco, un lanzamiento fuera del sillón, y esta breve respuesta:

—¡Usted al fin!

No fue así. El banquero no pareció impresionarse; ningún grito se escapó de su delgada boca; pero un observador sagaz hubiera podido notar el repentino brillo de sus ojos tras las gafas, brillo que apagó bajando los párpados.

—Ya le he dicho que soy Antifer.

—Lo he oído.

—Antifer Pierre-Servan-Malo, hijo de Thomas Antifer, de Saint-Malo, Bretaña. Francia.

—¿Tiene una letra contra mí? —preguntó el banquero, sin que su voz denunciase la más ligera alteración.

—¡Una letra! —respondió Antifer, desconcertado por tan fría acogida—. ¡Una letra de cien millones!

—¡Démela! —respondió simplemente el banquero Zambuco, como si se tratase de algunas piastras.

El maluín se sintió más desconcertado. ¿Cómo? Desde hacía veinte años, aquel flemático banquero estaba prevenido de que tendría su participación en un tesoro de un valor inverosímil, que un día cierto Antifer iría para llevárselo, y no se alteraba ante el enviado de Kamyk-Bajá.

Ni un signo de sorpresa, ni un resplandor de satisfacción.

¿Habría que dirigirse a otro?

¿No era el banquero Zambuco el poseedor de la latitud?

Un estremecimiento le movió de pies a cabeza.

La sangre le refluyó al corazón, y no tuvo más que el tiempo preciso para sentarse en una de las sillas.

El banquero, sin hacer un ademán para prestarle auxilio, le miraba a través de sus gafas, mientras que una ligera sonrisa se dibujaba en las comisuras de sus labios.

Pensaba que aquel marinero era poco fuerte y que no sería difícil hacerle suyo. Entretanto Pierre-Servan-Malo se repuso. Pasóse el

pañuelo por la frente, hizo moverse su piedra en la boca, y levantándose de su asiento.

—¿Es usted el banquero Zambuco? —preguntó golpeando la mesa con su robusta mano.

—Sí... El único de este nombre en Túnez.

—¿Y no me esperaba?

—No.

—¿No le ha sido anunciada mi venida?

—¿Y cómo había de serlo?

—Por la carta de cierto bajá.

—¿Un bajá? —respondió el banquero—. Recibo a centenares cartas de bajás...

—Kamylk-Bajá... de El Cairo.

—No recuerdo.

Todo el juego de Zambuco tendía, en suma, a que Antifer se explayara ante él, y que le ofreciese su mercancía, es decir, su longitud, sin que el otro le hubiese ofrecido su latitud.

Sin embargo, al oír el nombre de Kamylk-Bajá tuvo el aire de un hombre a quien aquél no le era desconocido.

Buscaba en el fondo de su memoria.

—Espere —dijo, sujetando sus gafas—. ¿Kamylk-Bajá... de El Cairo?

—Sí —respondió Antifer—, una especie de Rothschild egipcio que poseía una enorme fortuna en oro, diamantes y piedras preciosas.

—Sí... recuerdo... en efecto.

—Y que ha debido prevenirle que la mitad de esta fortuna le pertenecería algún día...

—Tiene razón, señor Antifer, y yo debo tener esa carta en alguna parte...

—¿Cómo en alguna parte? ¿No sabe con seguridad dónde está?

—¡Oh! ¡Aquí no se pierde nada!... ¡Yo la encontraré!...

Y ante esta respuesta, la actitud de Antifer, el aspecto de sus dos manos, dispuestas como garras, indicaban visiblemente que saltaría

al cuello del banquero si aquella carta no aparecía.

—Veamos, señor Zambuco —añadió procurando dominarse—. Su calma es extraña. Habla de este asunto con una indiferencia...

—¡Pchs! —dijo el banquero.

—¿Cómo «pchs» cuando se trata de cien millones de francos? Los labios de Zambuco dibujaron una mueca desdeñosa.

En verdad, a aquel hombre parecía importarle lo mismo un millón que una corteza de naranja.

—¡Ah! ¡El pobrete! ¡Es cien veces millonario! —pensó Antifer.

En aquel momento el banquero cambió de conversación con el objeto de saber lo que ignoraba, es decir, en virtud de qué encadenamiento de hechos recibía la visita del maluín.

Así es que dijo con tono de duda, limpiando sus gafas con la punta del pañuelo.

—Además, ¿es que cree seriamente en esa historia del tesoro?

—¡Si creo en ella! ¡Como en la Santísima Trinidad!

Y lo afirmaba con toda la fe de un bretón. Contó entonces cuanto había acaecido. En qué circunstancias, en 1799 su padre había salvado la vida del Bajá; cómo en 1843 había llegado a Saint-Malo una carta misteriosa anunciando estar depositado el tesoro en un islote que era preciso buscar; cómo él, Antifer, había recibido de su padre moribundo aquel secreto, conocido solamente del último; cómo durante veinte años había esperado al mensajero encargado de completar la fórmula para establecer el lugar en que el islote se encontraba; cómo Ben-Omar, un notario de Alejandría, depositario de la última voluntad de Kamyk-Bajá, le había llevado el testamento que contenía la tan deseada longitud, que sirvió para establecer sobre el mapa un islote del golfo de Omán, a lo largo de Máscate; cómo Antifer, acompañado de su sobrino Juhel, de su amigo Tregomain, de Ben-Omar, cuya presencia le fue impuesta en su calidad de ejecutor testamentario, y del pasante de Ben-Omar, habían hecho el viaje desde Saint-Malo a Máscate; cómo habían encontrado el islote en los parajes del golfo, a lo largo de Sphar; cómo, en fin, en vez del tesoro en el mismo sitio indicado por la

doble K no había más que una caja, y en ésta un documento indicando la longitud de un segundo islote, documento que Antifer debía comunicar al banquero Zambuco, de Túnez, el cual poseía la latitud que permitiría determinar la situación de aquel nuevo islote.

Por indiferente que quisiera aparecer el banquero, había escuchado aquella narración con atención extrema.

Un ligero temblor de sus manos indicaba una viva emoción.

Cuando Antifer, que sudaba copiosamente, hubo acabado, el banquero Zambuco se limitó a decir:

—Sí... En efecto... La existencia del tesoro parece no ser dudosa... Ahora, ¿qué interés ha podido tener Kamyk-Bajá para proceder de esta suerte?

Y efectivamente, este interés no aparecía muy claro.

—Se puede pensar —respondió Antifer— que... Pero, en primer lugar, señor Zambuco, ¿ha prestado al bajá en alguna ocasión algún servicio, cualquiera que éste sea?...

—Ciertamente... Uno muy grande.

—¿Y en qué ocasión?

—Cuando tuvo el pensamiento de realizar su fortuna, cuando vivía en El Cairo, donde yo vivía en aquella época también.

—Pues bien, la cosa es clara. Él ha querido que al descubrimiento del tesoro concurren las dos personas, a las que deseaba testimoniar su gratitud... Usted y yo, a falta de mi padre.

—¿Y por qué no ha de haber otros? —preguntó el banquero.

—¡Ah! ¡No diga eso! —exclamó Antifer, que golpeó sobre la mesa—. Ya somos bastantes.

—Es verdad —respondió Zambuco—. Pero todavía otra cosa. ¿Por qué le acompaña ese notario de Alejandría?

—Una cláusula del testamento le asegura una comisión con la condición expresa de que asista en persona al acto de desenterrar el tesoro.

—¿Y qué comisión es ésa?

—Un uno por ciento.

—¡Ah, bribón!

—Bribón. ¡Ése es el nombre que merece! —exclamó Antifer.

He ahí un calificativo en el que los dos estaban conformes, y por indiferente que quisiera aparecer en aquel negocio no causará extrañeza que tal grito del corazón se hubiera escapado a Zambuco.

—Ahora —dijo el maluín— ya está al corriente de la situación, y creo que no hay motivo alguno para que no tratemos del asunto con toda franqueza.

El banquero permaneció impasible.

—Yo tengo la nueva longitud encontrada en el islote número 1 —continuó Antifer—, y usted debe tener la latitud del islote número 2.

—Sí —respondió Zambuco con marcada duda.

—Entonces, ¿por qué, cuando he llegado aquí, cuando le he dicho mi nombre, ha fingido no conocer esta historia?

—Sencillamente porque no quería entregarme al primero que llegara. Podía ser un intruso, señor Antifer, no se incomode, y yo deseaba asegurarme. Pero puesto que posee el documento que ha de ponerle en relaciones conmigo...

—Lo tengo.

—Muéstrelo.

—Un instante, señor Zambuco. ¿Tiene la carta de Kamyk-Bajá?

—Sí.

—Pues bien, carta por documento. Es preciso que el cambio se haga de una manera regular y recíproca.

—¡Sea! —respondió el banquero.

Y levantándose, se dirigió hacia la caja e hizo jugar sus resortes con una lentitud que exasperó a Antifer.

¿Por qué esta inexplicable manera de obrar? ¿Quería, pues, Zambuco imitar los procedimientos empleados por Ben-Omar en Saint-Malo, buscando robar al maluín el secreto que el notario no había podido arrancarle?

No. Puesto que esto no hubiera sido posible frente a un hombre tan resuelto a no entregar su mercancía sino a cambio de dinero contante. Pero el banquero tenía un proyecto largo y maduramente meditado; un proyecto que, de resultar, haría que los millones de

Kamylk-Bajá fuesen a su familia, es decir a él; proyecto que exigía como condición indispensable que su coheredero fuese viudo o soltero.

Así, mientras hacía sonar los resortes de su caja, volvióse, y con voz un poco temblorosa preguntó:

—¿Es usted casado?

—No, señor Zambuco, y me felicito de ello continuamente.

La última parte de esta respuesta hizo fruncir el ceño al banquero, que volvió a su tarea.

¿Tenía, pues, una familia este Zambuco? Sí, y nadie lo sospechaba en Túnez. Su familia, realmente, no se componía más que de una hermana, como se ha dicho. La señorita Talisma Zambuco vivía muy modestamente en Malta de una pensión que su hermano le remitía. Contaba cerca de medio siglo, y no había tenido ocasión de casarse; en primer lugar porque dejaba bastante que desear por su belleza, inteligencia y fortuna; y después, porque su hermano no le había encontrado aún marido, y los pretendientes no parecían pensar en presentarse por sí mismos.

Y sin embargo, Zambuco esperaba que su hermana se casaría. ¿Con quién, Dios mío? Con aquel Antifer cuya visita esperaba desde hacía veinte años, y que colmaría los deseos de la vieja solterona si era viudo o soltero. Celebrado el matrimonio, los millones quedarían en la familia, y la señorita Zambuco no perdería nada por haber aguardado. Y claro es que ella dependía de su hermano en todo, y que un marido ofrecido por él sería aceptado a ojos cerrados.

¿Pero consentiría el maluín en cerrar los suyos para casarse con la vieja? No lo dudaba el banquero, pues se veía dueño de imponer las condiciones que quisiera. Por otra parte, los marinos no tienen derecho a ser muy exigentes. Zambuco por lo menos lo pensaba así.

¡Ah! ¡Desdichado Pierre-Servan-Malo! ¡En qué galera te has embarcado! ¡Preferible hubiera sido un paseo por el Raneé hasta a bordo de la *Encantadora Amelia* cuando existía!

Ya se sabe a qué atenerse sobre el juego del banquero. Nada más sencillo y mejor combinado a la vez. Sólo entregaría su latitud a cambio de la vida de Antifer; entendámonos, de su vida encadenada por nudo eterno a la señorita Talisma Zambuco.

Antes de sacar del arca la carta de Kamyk-Bajá, y en el instante en que introducía la llave en la cerradura, pareció mudar de opinión y volvió a sentarse.

Los ojos de Antifer lanzaron un resplandor tremendo, como se produce con ciertas corrientes eléctricas cuando el espacio está saturado de electricidad.

—¿Qué espera? —preguntó.

—Reflexiono en una cosa.

—¿En cuál?

—¿Cree que en este negocio nuestros derechos son absolutamente iguales?

—Ciertamente que lo son.

—Yo... no lo pienso así.

—¿Y por que?

—Porque su padre fue quien prestó el servicio al bajá, y no usted..., mientras que yo... se lo presté en persona.

Antifer le interrumpió, y el rayo anunciado por el resplandor estalló.

—¡Ah, señor Zambuco! ¿Tendrá la pretensión de burlarse de un capitán de cabotaje? ¿Es que los derechos de mi padre no son los míos siendo yo su único heredero? Sí o no: ¿quiere cumplir la voluntad del testador?

—Yo quiero hacer lo que me convenga —respondió secamente el banquero.

Antifer se sujetó a la mesa para no saltar, después de haber lanzado lejos la silla de un puntapié.

—¿Sabe que nada puede hacer sin mí? —exclamó el maltés.

—¡Ni usted sin mí! —respondió el maluín.

La discusión subía de punto. El uno estaba rojo de furor, el otro más pálido que de costumbre pero muy dueño de sí.

—¿Quiere darme su latitud? —exclamó Antifer en el colmo de la exasperación.

—Comience por darme usted su longitud —respondió el banquero.

—¡Jamás!

—¡Sea!

—He aquí mi documento —dijo Antifer sacando su cartera.

—Guárdelo. No me interesa.

—¿Que no? Olvida que se trata de cien millones.

—De cien millones, en efecto.

—Y que se perderán si no llegamos a conocer la situación del islote donde están.

—¡Pchs! —dijo el banquero.

E hizo una mueca tan desdeñosa que su interlocutor se puso en actitud de saltarle al cuello... ¡Un miserable que rehusaba tomar su parte de los cien millones sin beneficio para nadie!

Nunca quizás el banquero Zambuco, que en su larga carrera de usurero había estrangulado moralmente a tantos pobres diablos, estuvo más cerca de serlo físicamente. Comprendiólo, sin duda, pues, dulcificándose, dijo:

—Creo que habrá un medio de arreglar el asunto.

Antifer apretó sus manos y las escondió en sus bolsillos para resistir mejor la tentación.

—Caballero —dijo el banquero—. Yo soy rico; tengo gustos muy sencillos, y ni cincuenta millones, ni aun cien, me harían cambiar de vida. Pero tengo una pasión: la de acumular sacos de oro sobre sacos de oro, y confieso que me gustaría ver el tesoro de Kamyk-Bajá en mis arcas. Pues bien: desde que yo conocía la existencia de ese tesoro no he tenido más pensamiento que el de poseerlo todo entero.

—Vea lo que dice, señor Zambuco.

—Espere.

—¿Y la parte que me corresponde?

—¿Su parte? ¿No podría ser que sin que la perdiera quedase en mi familia?

—Entonces no estaría en la mía.

—Pues es asunto para tomarlo o dejarlo.

—Vamos, menos preámbulos y explíquese.

—Yo tengo una hermana. La señorita Talisma.

—Cuyos pies beso.

—Vive en Malta.

—Mejor para ella si el clima le sienta bien.

—Tiene cuarenta y siete años, y es aún muy bella para su edad.

—No me asombra si se parece a usted.

—Pues bien; puesto que es usted soltero, podría casarse con ella.

—¡Yo!... —exclamó Pierre-Servan-Malo, cuya congestionada faz se puso roja.

—Sí —respondió el banquero en tono decidido y que no admitía réplica—. Gracias a esta unión, sus cincuenta millones y los cincuenta míos quedarían en mi familia.

—Señor Zambuco —respondió Antifer, que hacía mover su piedra entre los dientes como la resaca los guijarros de la playa—. ¡Señor Zambuco!

—¡Señor Antifer!

—¿Es seria su proposición?

—Todo lo más sería posible; y si rehúsa casarse con mi hermana, le juro que todo habrá terminado entre nosotros y puede usted volver a embarcarse con dirección a Francia.

Se oyó un sordo rugido. Antifer se asfixiaba. Se arrancó la corbata, cogió su sombrero y abrió la puerta del gabinete. Después, lanzóse a través del patio, bajó a la calle gesticulando y agitándose como un loco.

Sauk, que le esperaba, le siguió muy inquieto por verle en semejante estado. Llegado al hotel, el maluín se precipitó en el vestíbulo. Desde allí, viendo a su amigo y a su sobrino sentados en el saloncillo próximo al comedor, fue a ellos y les dijo:

—¡Ah!... ¿Sabéis lo que quiere ese miserable?

—¿Matarte? —preguntó Gildas Tregomain.

—¡Peor que eso!... ¡Quiere que me case con su hermana!

XX

EN EL QUE EL TERRIBLE COMBATE ENTRE OCCIDENTE Y ORIENTE SE
DECIDE A FAVOR DE ESTE ÚLTIMO

Por acostumbrados que desde algún tiempo estuvieran a complicaciones de mil clases, ni el barquero ni Juhel esperaban aquélla. ¡Antifer, el soltero empedernido, puesto así al pie del muro! ¡Y de qué muro! ¡El muro del matrimonio, que tenía que franquear so pena de perder su parte en la enorme herencia!

Rogó Juhel a su tío que contase lo sucedido más explícitamente. Y así lo hizo el segundo entre los más explosivos juramentos, que estallaban como proyectiles, aunque, por desgracia, no podían alcanzar a Zambuco, al abrigo de ellos en su casa del barrio de los malteses.

¡Ved a aquel solterón de cuarenta y seis años casado con una señorita de cuarenta y siete, convertido en una especie de Antifer-Bajá!

Gildas y Juhel se miraban en silencio; el primero pensaba:

—Se han perdido los millones.

Y el segundo:

—¡Aún más obstáculos a mi matrimonio con Énogate!

Que Antifer pasase por las exigencias de Zambuco, que consintiese en llegar a ser cuñado del banquero, era de todo punto inadmisibles. No se sometería a esta exigencia ni por mil millones.

Entretanto, el maluín iba y venía de un extremo a otro de la habitación. Se paraba, se sentaba, se aproximaba a su sobrino y a

su amigo, y volvía en seguida los ojos. Daba pena verle, y nunca como entonces pudo temer Tregomain por la razón del desdichado. Así es que Juhel y él pensaron que lo mejor era no contrariarle. Con el tiempo, aquel espíritu desequilibrado volvería a un conocimiento sano de la situación. Tomó al fin la palabra, lanzando sus frases entre furibundos juramentos.

—¡Cien millones perdidos por ese miserable! ¿No merece ser guillotinado, ahorcado, fusilado, envenenado, empalado a la vez? Rehúsa darme su latitud si no me caso... ¡Casarme con una tarasca maltesa! ¿Me figuráis marido de esa señorita Talisma?

¡No, ciertamente! Sus amigos no se lo figuraban así; y la introducción de semejante cuñada y tía en el seno de la honrada familia de los Antifer hubiese sido una de esas inverosímiles eventualidades en la que nadie hubiera podido creer.

—Oye, Gildas.

—Amigo.

—¿Es que tiene alguien el derecho de dejar cien millones enterrados cuando no hay más que dar un paso para apoderarse de ellos?

—No estoy preparado para responder a esa pregunta —dijo evasivamente Gildas Tregomain.

—¡Ah! ¿No estás preparado? —exclamó Antifer, arrojando su sombrero en un rincón—. Pues bien, ¿estás preparado para responder a esta otra?

—¿Cuál?

—Si un individuo cargase un barco... vamos, una gabarra, una *Encantadora Amelia*, si quieres.

Gildas Tregomain comprendió que la *Encantadora Amelia* iba a pasar un mal rato.

—Si cargase ese viejo armatoste con cien millones de oro, y anunciase públicamente que lo iba a barrenar en alta mar, a fin de que a éste cayesen esos millones, ¿crees tú que el gobierno lo permitiría? Vamos, habla.

—No lo creo, amigo mío.

—¡Pues eso es lo que intenta ese monstruo de Zambuco! No tiene más que pronunciar una palabra y entraríamos en posesión de esos millones. ¡Y se obstina en callar!

—¡No conozco ser más abominable! —dijo Tregomain, que consiguió hacer colérico su acento.

—Veamos, Juhel.

—Tío...

—¡Si le denunciáramos a las autoridades!

—Sin duda... y en último extremo.

—Sí; las autoridades pueden hacer lo que a un particular está prohibido. Pueden aplicarle el tormento, atenzarle el pecho, asarle las patas a fuego lento.

—La idea no es mala, tío.

—Excelente Juhel, y sacrificaría la parte que me corresponde; la abandonaría.

—¡Ah! Eso sería noble, generoso —exclamó Tregomain—. ¡Digno de un francés, de un maluín, de un verdadero Antifer!

Sin duda, al emitir aquella proposición el tío de Juhel, iba más allá de lo que quería, pues lanzó una mirada tan terrible a Gildas Tregomain que el digno hombre detuvo su arranque de admiración.

—¡Cien millones! ¡Cien millones! —repetía Antifer—. ¡Yo mataré a ese Zambuco de los demonios!

—¡Tío!

—¡Amigo mío!

Verdaderamente, en el estado de exasperación en que se hallaba, podía temerse que el maluín cometiera algún disparate, del que, por otra parte, no sería responsable, porque hubiera obrado en un acceso de enajenación mental. Cuando Gildas Tregomain y Juhel pretendieron calmarle, él les rechazó violentamente, y tal era el estado de irascibilidad en que se hallaba, que hasta les acusó de pactar con sus enemigos, de defender al banquero, de no querer ayudarle a aplastar a aquel bicho venenoso.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! —exclamó al fin.

Y recogiendo su sombrero, dando portazos, salió del salón.

Los otros, imaginándose que Antifer iba a volver a casa del banquero, resolvieron seguirle a fin de evitar una desgracia. Felizmente vieron que tomaba la escalera principal y subía a su cuarto, donde se encerró con doble llave.

—¡Es lo mejor que podía hacer! —dijo Tregomain moviendo la cabeza.

—Sí... ¡Pobre tío! —respondió Juhel.

Después de semejante escena, no teniendo apetito, comieron muy poco. Y al terminar, los dos amigos abandonaron el hotel a fin de respirar el aire libre sobre el Bahira. Al salir encontraron a Ben-Omar acompañado de Nazim. ¿Había inconveniente en instruir al notario de lo que había sucedido? Sin duda, no. Y cuando el último lo supo, exclamó:

—Es preciso que se case con la señorita Zambuco. ¡No tiene derecho a rehusar! ¡No, no tiene derecho!

Ésta era también la opinión de Sauk, que no hubiese dudado en contraer un matrimonio cualquiera con tal de que la novia le aportase una dote de tal estima.

Gildas Tregomain y Juhel les volvieron las espaldas, y siguieron muy pensativos por el paseo de la Marina.

La noche, hermosa y fresca por la brisa del mar, invitaba a pasear a la población de Túnez. El capitán y el barquero dirigieron hacia la muralla, franquearon la puerta y anduvieron unos cien pasos a orillas del lago, yendo a sentarse ante una mesa del café Wina, donde, mientras apuraban una botella de Manuba, hablaron de la situación. Para ellos la cosa era sencilla. Antifer no consentiría jamás en someterse a las exigencias de Zambuco. De aquí la necesidad de renunciar a descubrir el islote número 2, así como la de abandonar Túnez en el próximo paquebote. Y en fin, la inmensa satisfacción de volver a Francia tan pronto.

Evidentemente, ésta era la única solución posible, y no sería una gran desgracia volver a Saint-Malo sin los millones de Kamyk-Bajá. A eso de las nueve Gildas Tregomain y Juhel tomaron el camino del hotel. Entraron en su habitación después de haberse detenido un

instante ante la de su tío y amigo. Éste no dormía. Ni se había acostado siquiera. Andaba precipitadamente, y hablaba con voz alterada, diciendo:

—¡Millones, millones, millones!

Gildas Tregomain hizo un ademán que significaba su temor por la razón de su amigo. Después de darse las buenas noches, los dos hombres se separaron muy inquietos. Al día siguiente Gildas Tregomain y Juhel se levantaron al rayar el alba. ¿No les mandaba el deber ir en busca de Antifer, y, después de examinar la situación creada por Zambuco, tomar una determinación? ¿Y ésta no debía ser la de hacer el equipaje y abandonar Túnez? Según los informes obtenidos por el capitán, el paquebote que había hecho escala en la Goleta, debía zarpar aquella misma noche para Marsella. ¿Qué no hubiera dado Juhel por que su tío estuviera ya a bordo, encerrado en su camarote y a alguna veintena de leguas del litoral africano? El barquero y él siguieron el corredor que conducía a la habitación de Antifer.

Llamaron. Nadie respondió. Juhel llamó por segunda vez más fuerte. El mismo silencio.

¿Dormía su tío con ese sueño del marino que resiste a las detonaciones de las piezas de veinticuatro? ¿O más bien en un momento de fiebre, de desesperación, había podido?...

En un momento bajó la escalera Juhel, saltando de cuatro en cuatro los escalones. Llegó a la habitación del portero. Entretanto, Gildas Tregomain, sintiendo que sus piernas desfallecían, se agarró al pasamanos para no rodar hasta abajo.

—¿El señor Antifer?

—Ha salido muy de mañana —respondió el portero.

—¿Y no ha dicho dónde iba?

—No.

—¿Habrà vuelto a casa de ese miserable de Zambuco? — exclamó Juhel arrastrando vivamente a Gildas Tregomain a la plaza de la Marina.

—¡Pero... entonces... es que consiente! —murmuró el otro levantando los brazos al cielo.

—¡Eso no es posible! —exclamó Juhel.

—No, no es posible. ¿Le concibes tú volviendo a Saint-Malo, a su casa, junto a la señorita Talisma Zambuco?

—¡Una tarasca! Lo ha dicho él.

Y en el último grado de inquietud fueron a instalarse ante una mesa del café que está frente al hotel de Francia. Desde allí podían espiar el regreso de Antifer.

Se dice que la noche es buena consejera, pero no se dice que este consejo sea siempre el mejor.

Lo cierto es que desde el amanecer nuestro maluín había vuelto a tomar el camino del barrio maltés, y llegado a casa del banquero en algunos minutos, como perseguido por rabiosa jauría.

Tenía Zambuco la costumbre de levantarse y acostarse con el sol, y hallábase, pues, instalado en su sillón, ante la mesa, cuando Antifer fue introducido a su presencia.

—Buenos días —dijo ajustándose sus gafas para ver mejor a su visitante.

—¿Lo que me dijo es su última palabra? —dijo éste inmediatamente.

—Sí.

—¿Rehúsa entregarme la carta de Kamyk-Bajá si no acepto casarme con su hermana?

—Rehúso.

—¡Bien! Pues me casaré.

—¡Ya lo sabía yo! ¡Una mujer que le lleva cincuenta millones de dote! ¡El hijo de Rothschild sería muy feliz en ser el esposo de Talisma!

—Sea, ¡yo seré muy feliz también! —respondió Antifer con un gesto que no trató de disimular.

—¡Venga, pues, cuñado! —dijo Zambuco. Y se levantó, como si se dispusiera a subir al piso alto de la casa.

—¿Es que ella está aquí? —exclamo Antifer.

Y su fisonomía era la de un condenado en el momento en que se le despierta, y a quien el guardián viene a decir: Vamos... hoy es... ¡ánimo!

—¡Calme su impaciencia de enamorado! —respondió el banquero—. ¿Olvida que Talisma está en Malta?

—¿Dónde vamos entonces? —dijo Antifer lanzando un suspiro de alivio.

—Al telégrafo.

—¿A fin de anunciarle la noticia?

—Sí, y a decirle que venga.

—Anúnciele la noticia si quiere, señor Zambuco; pero le prevengo que no tengo la intención de esperar a... mi futura en Túnez.

—¿Y por qué?

—¡Porque usted y yo no tenemos tiempo que perder! ¿Es que lo primero no es ir en busca de ese islote desde que sepamos dónde está?

—¡Ah, querido cuñado! ¿Que importan ocho días más o menos?

—Importan mucho, y debe usted tener tanta prisa como yo en estar en posesión de la herencia de Kamyk-Bajá.

Sí... tanto por lo menos, pues el banquero, avaro y rapaz, aunque procurase ocultar su impaciencia bajo una gran indiferencia, ardía en deseos de tomar su parte. Así es que se decidió a dar la razón a su interlocutor.

—Sea —dijo—. No le contrariaré. No haré venir a mi hermana hasta nuestro regreso. Pero es conveniente que la prevenga de la dicha que le espera.

—¡Sí... que la espera! —respondió Pierre-Servan-Malo sin precisar qué género de dicha reservaba a la que aguardaba desde hacía tantos años al esposo de sus sueños.

—Solamente que es preciso que hagamos un compromiso formal —dijo Zambuco.

—Escríballo. Yo lo firmaré.

—¿Con una cláusula penal?

—Conformes... ¿Y qué pena?

—Los cincuenta millones que le corresponden.

—¡Bien... pues concluyamos! —respondió Antifer resignado a llegar a ser el marido de la señorita Talisma Zambuco, puesto que le era imposible escapar a esta dicha.

Tomó el banquero una hoja de papel blanco, y con su letra gruesa extendió en buena y debida forma un contrato, cuyos términos todos fueron pesados minuciosamente. Estipulaban que la parte recibida por Antifer como legatario de Kamyk-Bajá iría toda a la señorita Talisma Zambuco en el caso de que su prometido rehusara casarse con ella, quince días después de ser descubierto el tesoro.

Firmó Antifer el documento, que el banquero encerró en uno de los cajones secretos de su arca.

Al mismo tiempo, y del mismo sitio, sacó un papel amarillo. Era la carta de Kamyk-Bajá, recibida veinte años antes.

Por su parte, Antifer, después de sacar de su bolsillo una cartera, tomó de ella un papel no menos amarillo por la pátina de los años. Era el documento encontrado con el islote número 1.

¿Veis a los dos herederos mirándose como dos duelistas que van a cruzar los aceros, tendiendo los brazos lentamente, y cuyos dedos tiemblan al contacto de esos papeles, que parecen entregar a disgusto? ¡Qué escena para un observador! ¡Cien millones que un ademán iba a reunir con una sola familia!

—¿Su carta? —dijo Antifer.

—¿Su documento? —respondió el banquero.

Efectuóse el cambio. El corazón de aquellos dos hombres latía con tal fuerza que parecía que iba a estallar.

El documento, que indicaba que debía ser entregado por un tal Antifer de Saint-Malo a un tal Zambuco, de Túnez, contenía esta longitud: 7o, 23' al este del meridiano de París. La carta que indicaba que el dicho Zambuco de Túnez recibiría algún día la visita del dicho Antifer de Saint-Malo, contenía esta latitud: 3 o, 17' sur.

Bastaba ahora cruzar las dos líneas sobre el mapa, y se comprende lo sencillo de la operación, para encontrar el sitio del islote número 2.

—¿Tiene, sin duda, un atlas? —preguntó el banquero.

—Un atlas y un sobrino —respondió Antifer.

—¿Un sobrino?

—Sí. Un joven capitán de marina que se encargará de esa operación.

—¿Dónde está ese sobrino?

—En el Hotel de Francia.

—Vamos allí, querido cuñado —dijo el banquero poniéndose un viejo sombrero de grandes alas.

—Vamos —respondió Antifer.

Ambos se dirigieron hacia la plaza de la Marina. Al llegar ante el correo, Zambuco quiso entrar a fin de expedir un telegrama a Malta.

No hizo Antifer objeción alguna. Lo de menos era que la señorita Talisma Zambuco fuese prevenida de que su mano había sido solicitada por un oficial de la marina francesa, y concedida por su hermano en las más aceptables condiciones de fortuna y familia.

Puesto el telegrama, nuestros dos hombres volvieron a la plaza. Viéronles Gildas y Juhel, y se apresuraron a reunirse a ellos.

Al advertir su presencia, el primer movimiento de Antifer fue volver la cabeza. Pero dominó aquella inoportuna debilidad, y presentando a su compañero con voz imperiosa.

—El banquero Zambuco —dijo.

Éste lanzó a los compañeros de su futuro cuñado una mirada poco simpática. Después Antifer añadió dirigiéndose a Zambuco:

—Mi sobrino Juhel... Mi amigo Gildas Tregomain.

Y a una señal, todos le siguieron al hotel. Y evitando el encuentro de Ben-Omar y Nazim, a quienes no parecieron conocer, subieron la escalera y entraron en la habitación del maluín, cuya puerta fue cuidadosamente cerrada.

Tomó Antifer el mapa de su maleta y lo abrió. Después, volviéndose a Juhel, dijo:

—Siete grados veintitrés minutos de longitud este, y tres grados diecisiete minutos de latitud sur.

Juhel no pudo contener un movimiento de despecho. ¿Una latitud sur? Kamyk-Bajá les enviaba, pues, más allá del ecuador... ¡Ah, pobre Énogate! ¡Apenas si Gildas Tregomain osaba mirarle!

—Y bien, ¿qué esperas? —le pregunto su tío con tal tono que el capitán tuvo que obedecer.

Tomó el compás, y siguiendo con la punta el séptimo meridiano, al que añadió los 23 minutos, bajó hasta el círculo ecuatorial. Recorriendo entonces el paralelo 3o, 17', lo siguió hasta su punto de unión con el meridiano.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo Antifer—. ¿Dónde estamos?

—En el golfo de Guinea.

—¿Y más exactamente?

—A la altura del Estado de Loango.

—¿Y más exactamente aún?

—En los parajes de la bahía de Ma-Yumba.

—Mañana por la mañana —dijo Antifer— tomaremos la diligencia para Bone, y en Bone el ferrocarril hasta Orán.

Esto fue dicho en el tono de un capitán de buque de guerra, que ordena que se coloquen los cois en los parapetos cuando el enemigo está a la vista.

Después, volviéndose hacia el banquero:

—¿Nos acompañaréis, sin duda? —le dijo.

—Sin duda.

—¿Hasta el golfo de Guinea?

—¡Hasta el fin del mundo si es preciso!

—Bien... Estad preparado para la partida.

—Lo estaré, querido cuñado.

Gildas Tregomain dejó escapar un involuntario «¡oh!» ante aquel calificativo tan nuevo a sus oídos; quedó tan confundido, que no pudo responder al saludo irónico, con que el banquero le honró al retirarse.

Y, en fin, cuando los tres maluines se encontraron solos, dijo Tregomain:

—¿De modo... que has consentido?

—Sí..., Tregomain. ¿Qué más?

¿Qué más? No había nada que objetar, y por eso Tregomain y Juhel juzgaron oportuno callar.

Dos horas más tarde, el banquero recibía un telegrama expedido desde Malta.

La señorita Talisma Zambuco se consideraba la más dichosa de las solteras, esperando ser la más dichosa de las mujeres.

XXI

EN EL QUE BEN-OMAR COMPARA LOS DOS GÉNEROS DE LOCOMOCIÓN:

EL DEL CAMINO POR TIERRA, Y EL DEL CAMINO POR MAR

En aquella época, la red tunecina que actualmente enlaza con la red argelina no funcionaba aún. Nuestros viajeros contaban con tomar en Bone el ferrocarril que une las provincias de Constantina, Argel y Orán. Antifer y sus compañeros habían abandonado al alba la capital de la Regencia. No hay que decir que el banquero Zambuco iba con ellos, lo mismo que Ben-Omar y Nazim. Una verdadera caravana de seis personas, que sabían esta vez adonde las arrastraba aquel irresistible apetito de millones. No había razón alguna para hacer misterio de ello al notario Ben-Omar, y, por consecuencia, Sauk no ignoraba que la expedición en busca del islote número 2 tendría por teatro el golfo de Guinea, que encierra, en su flanco izquierdo del África, los parajes de Loango.

—¡Una buena jornada! —había dicho Juhel a Ben-Omar—, y es usted libre de abandonar la partida si teme las fatigas de este nuevo viaje.

En efecto, ¡cuántos cientos de millas por mar para ir de Argel a Loango!

Sin embargo, Ben-Omar no había dudado en partir; verdad es que Sauk no le hubiera permitido la duda. Y además, aquel tanto por ciento que tenía ante los ojos...

Así pues, el 24 de abril, Antifer arrastrando a Gildas Tregomain y a Juhel, Sauk arrastrando a Ben-Omar, y Zambuco arrastrándose a

sí mismo, ocupaban los asientos de la diligencia que hacía el servicio entre Túnez y Bone. Tal vez no cambiarían una sola palabra; pero, al menos, viajaban juntos.

No olvidemos que la víspera Juhel había dirigido una nueva carta a Énogate; transcurridos algunos días, la joven y su madre sabrían hacia qué punto del globo Antifer corría en busca de su famoso legado, mermado ahora en un cincuenta por ciento. No era mucho pensar que esta segunda parte del viaje duraría cosa de un mes, y que los novios no debían esperar reunirse antes de mediados de mayo. ¡Qué desesperación sentiría Énogate al recibir aquella carta! ¡Y todavía si al regreso de Juhel pudiera pensar en que se allanarían todas las dificultades, y su matrimonio se celebraría sin más retrasos!...

En lo que se refiere a Gildas Tregomain, limitémonos a hacer observar que el destino le reservaba franquear el ecuador. ¡Él, barquero del Ranee, navegando por el hemisferio meridional!... ¿Qué queréis? La vida ofrece cosas tan inverosímiles, que el buen hombre creía no asombrarse ya de nada, ni aun de si se encontraban en el lugar indicado, y en las entradas del islote número 2, los tres famosos barriles de Kamyk-Bajá.

Esta preocupación no le impidió dirigir una curiosa mirada sobre aquel país que atravesaba la diligencia, país que en nada se asemeja a los parajes bretones, ni aun a los que son accidentados. Pero tal vez fue el único de los seis viajeros que pensó en guardar el recuerdo de los diversos puntos de vista de aquella campiña tunecina.

El vehículo, poco cómodo, no iba muy deprisa. De una parada a otra, sus tres caballos se fatigaban trotando por un camino de un perfil caprichoso con pendientes alpinas, cuestas bruscas, sobre todo en el fantástico valle de la Medjerdah, arroyos torrenciales sin puentes, cuya agua llegaba al cubo de las ruedas.

El tiempo era hermoso, el cielo, de un azul crudo, y los rayos solares, de gran intensidad.

El Bardo, palacio del Bey, que se entreveía a la izquierda, resplandecía de blancura, y hubiese sido prudente no mirarlo más que a través de anteojos ahumados. Lo mismo que a otros palacios que aparecían entre espesos pinos y pimenteros, semejantes a sauces llorones, y cuyas ramas caían hasta el suelo. Aquí y allá se agrupaban *gourbis* de telas de rayas amarillas, entre las que aparecían las cabezas de las mujeres árabes, de rostro serio, y las de los niños, no menos graves que sus madres. A lo lejos, en los campos, sobre los taludes, entre las rocas, pacían ganados de carneros, y cabriolaban bandadas de cabras negras como cuervos.

Los pájaros volaban al paso de la diligencia cuando el látigo restallaba. Entre estos pájaros, las cotorras, muy numerosas, se distinguían por sus vivos colores. Se contaban por miles, y si la Naturaleza las había enseñado a cantar, el hombre no las había aún enseñado a hablar. Se viajaba, pues, en medio de un concierto, no de una charla.

Las paradas fueron frecuentes. Gildas Tregomain y Juhel bajaban en todas para desentumecer sus piernas. El banquero Zambuco les imitaba alguna vez, pero nunca hablaba con sus compañeros de viaje.

—He aquí un hombre —dijo Gildas Tregomain— que me parece tan ávido de los millones del bajá como nuestro amigo Antifer.

—En efecto —señor Tregomain—, y estos dos colegatarios son dignos el uno del otro.

Cuando Sauk se apeaba, procuraba sorprender alguna palabra de las conversaciones. En cuanto a Ben-Omar, permanecía inmóvil en su rincón, pensando siempre en que muy pronto se vería obligado a navegar, y que después de las tranquilas olas del Mediterráneo sería preciso desafiar las alborotadas del océano Atlántico.

Pierre-Servan-Malo no abandonaba su sitio, reconcentrando su pensamiento en aquel islote número 2, aquella roca perdida en medio de las aguas africanas.

Aquel día, antes de la puesta del sol, apareció un conjunto de mezquitas, de casas blancas, de minaretes agudos: era el pueblo de Tabourka, cercado de un cuadro de verdor y que conserva intacto el aspecto de ciudad tunecina.

Detúvose allí la diligencia, y la parada duró algunas horas. Los viajeros encontraron un hotel, o más bien una posada, donde se les sirvió una comida regular. Inútil pensar en visitar la ciudad. De los seis sólo el barquero, y quizá Juhel, lo hubieran hecho. Pero Antifer les intimó de una vez por todas la orden de no alejarse por temor de provocar retrasos.

A las nueve de la noche, hermosa y resplandeciente, prosiguióse el viaje. No sin peligro se aventuran las diligencias a través de aquellos parajes desiertos durante la noche, peligros que provienen del mal estado del camino, del posible encuentro con salteadores, y de la probabilidad de ser atacados por las fieras, lo que algunas veces sucede. Más distintamente, en medio de aquella sombra tranquila y a la orilla de los espesos bosques por los que la diligencia pasaba, se oían rugidos de leones y panteras. Los caballos se encabritaban, y era precisa toda la destreza del conductor para dirigirlos. En cuanto a los maullidos de las hienas, esos gatos pretenciosos, no se inquietaban por ellos. Al fin el cenit blanqueó a las cuatro de la mañana, y el camino se iluminó con luz difusa para que se pudiesen apreciar poco a poco los detalles.

Siempre un horizonte estrecho, colinas grises, onduladas, arrojadas al suelo como un manto árabe. El valle de la Medjerdah al pie, con su río de amarilla corriente, tan pronto en calma como convertido en torrente, entre laureles y eucaliptos en flor.

La comarca es de un trazado más accidentado en esta porción de la Regencia que confina con Krumirie. De haber viajado el barquero por el Tirol, hubiera podido creerse en medio de los más salvajes lugares de un territorio alpino. Pero no estaba en el Tirol; cada vez se alejaba más de Europa. Y las comisuras de su boca se levantaban, lo que hacía más pensativa su expresión, y sus cejas bajaban, signo de inquietud.

Algunas veces el capitán y él se miraban fijamente, y estas miradas eran toda una conversación muda.

Aquella mañana Antifer preguntó a su sobrino:

—¿Dónde llegaremos antes de la noche?

—A la parada de Gardimau, tío.

—¿Y cuándo estaremos en Bone?

—Mañana por la tarde.

El sombrío maluín cayó en su habitual silencio, y pronto su pensamiento se lanzó a través de aquel sueño no interrumpido, que le paseaba de los parajes del golfo de Omán a los parajes del golfo de Guinea. Después se fijó en el único punto del mundo que podía interesarle. Y entonces se decía que otros ojos que los suyos se fijaban en aquel punto: los del banquero Zambuco. En realidad, aquellos dos seres de tan diferente raza, de costumbres tan contrarias, que jamás debieron encontrarse en el mundo, parecían no tener más que un alma, estar sujeto el uno al otro como dos forzados a una misma cadena, con la particularidad de que la suya era de oro.

Entretanto los bosques de ficos eran cada vez más espesos. Aquí y allá, menos próximas, ciudades árabes aparecían entre aquella vegetación azulada de la que las higueras tiñen sus flores y sus hojas. Alguna vez se desarrollaba una de esas superficies, que se llaman *drecbes* cuando ocupan los flancos de una montaña. Aquí *gourbis*, allí pacían los carneros al borde de un torrente en cuyo lecho se precipitaban las aguas ribereñas. Después un parador, lo más frecuentemente una miserable cuadra, donde se alojaban en completa promiscuidad personas y animales.

Por la tarde se llegó a Gardimau, o más bien a la cabaña de madera que, rodeada de algunas otras, debía formar, veinte años después, una de las estaciones del ferrocarril de Bone a Túnez. Después de una parada de dos horas, la diligencia se puso en marcha siguiendo los laberintos del valle, tan pronto costeando Medjerdah, como atravesando ríos cuya agua inundaba la caja donde descansaban los pies de los viajeros, entre baches y bajando

pendientes con una rapidez que los frenos no moderaban sin trabajo.

El país era magnífico, sobre todo en los alrededores de Mughtars. Sin embargo, nadie pudo ver nada por la oscuridad de la noche, muy brumosa. Además, después de cuarenta y tres horas de un viaje como aquel, todos tenían sueño.

Apuntaba el día cuando Antifer y sus acompañantes llegaron a Sukharas. Un confortable hotel, el Hotel Thagaste, cerca de la plaza de este nombre, ofreció una buena acogida a los viajeros. Esta vez, las tres horas que pasaron allí no les parecieron demasiado largas, y seguramente las hubieran encontrado cortas si hubieran querido visitar aquella pintoresca Sukharas. Inútil es añadir que Antifer y el banquero Zambuco tronaron contra el tiempo perdido en aquella parada. Pero el carruaje no podía partir antes de las seis de la mañana.

—Ten calma —repetía Gildas Tregomain a su irascible compañero—. Estaremos en Bone a tiempo de coger el tren mañana por la mañana.

—¿Y por qué, con un poco más de prisa, no hemos cogido el de esta noche? —respondió Antifer.

—No lo hay, tío —observó Juhel.

—¿Eso qué importa? ¿Es una razón para esperar en este agujero?

—Vaya, amigo mío, he aquí una piedra que he recogido para ti —dijo el barquero—. Ea tuya debe de estar desgastada desde que la machacas tanto.

Y Tregomain entregó a Antifer una piedra de Medjerdah del tamaño de un guisante, que no tardó en estar entre los dientes del maluín.

Propúsole el barquero que les acompañase solamente hasta la plaza Mayor. Rehusó Antifer, y sacando el atlas abriólo por el mapa de África y se abismó en las aguas del golfo de Guinea a riesgo de ahogar en ellas su razón.

Gildas Tregomain y Juhel fueron a dar una vuelta por la plaza de Thagaste, vasto cuadrilátero plantado de algunos árboles, rodeado de casas de un aspecto muy oriental, de cafés, abiertos ya a pesar de lo temprano que era, a los que afluían indígenas. A los primeros rayos del sol las brumas se habían disipado, y se anunciaba un hermoso día templado y luminoso.

Mientras paseaban, el barquero era todo oídos. Procuraba escuchar todas las conversaciones, aunque nada pudiese comprender de atlas, y ver lo que sucedía en el interior de los cafés, en el fondo de las tiendas, aunque nada había de comprar en unas ni de consumir en otros.

Puesto que la fortuna le había lanzado a aquel inverosímil viaje, por lo menos que le reportase algunas impresiones duraderas, y dijo:

—No, Juhel: no está bien caminar como nosotros lo hacemos. No nos detenemos en ninguna parte... Tres horas en Sukharas; una noche en Bone... Después dos días de ferrocarril con breves paradas en las estaciones... ¿Qué habré visto de Túnez, y qué veré de Argel?

—¡Estoy conforme, señor Tregomain! Todo esto no tiene sentido común. Pero no tenemos más remedio que obedecer. Interpele sobre ello a mi tío, y verá cómo le recibe. No se trata de un viaje de recreo, sino de un viaje de negocios. ¿Y quién sabe cómo terminará?

—En una mixtificación, lo temo mucho.

—Sí. Tal vez el islote número 2 contenga un nuevo documento que nos envíe a un islote número 3.

—¡Y a un islote número 4, y a un islote número 5, y a todos los islotes de las cinco partes del mundo! —respondió Gildas Tregomain sacudiendo su gruesa cabeza.

—¿Y será capaz de seguir a mi tío, señor Tregomain?

—¿Yo?

—Usted, sí. Usted que no sabe negarle nada.

—Es verdad. ¡El pobre hombre me da mucha pena, y temo por su razón!

—Pues bien, yo, señor Tregomain, estoy decidido a no pasar del islote número 2... ¿Es que Énogate tiene necesidad de casarse con un príncipe y yo con una princesa?

—No, ciertamente. Además, ahora que es preciso partir el tesoro con ese cocodrilo de Zambuco, sólo se trata de un duque para ella y de una duquesa para ti.

—No se ría, señor Tregomain.

—Cierto que no tengo razón, pues no son éstas cosas para risas, y si se prolongan estas rebuscas...

—¡Prolongar! —exclamó Juhel—. ¡No! Vamos al golfo de Loango... ¡Sea! ¡Más allá, jamás! Yo sabré obligar a mi tío a volver a Saint-Malo.

—¿Y si rehúsa?

—¿Si rehúsa? Le abandonaré. Volveré junto a Énogate; y como dentro de algunos meses seré mayor de edad, me casaré con ella contra viento y marea.

—Vamos, no pierdas la cabeza, hijo mío, y ten paciencia. Yo confío en que todo se arreglará. Esto terminará en tu matrimonio con Énogate. Y yo bailaré en vuestra boda el rigodón nupcial. Pero no faltemos al carruaje y volvamos al hotel. Si no fuera demasiada exigencia, yo querría llegar a Bone antes de que fuese de noche para ver algo de esa ciudad, pues de las demás situadas en el ferrocarril, Constantina-Philippe-ville, ¿qué es lo que se verá al paso? En fin, si esto no es posible, me contentaré con Algerre.

No se ha sabido jamás por qué Gildas Tregomain decía Algerre.

—Sí, Algerre, donde supongo que permaneceremos algunos días.

—Si —respondió Juhel—, no se encontrará un barco dispuesto a partir inmediatamente para la costa occidental de África, y será menester esperar.

—Esperaremos, esperaremos —respondió Tregomain, que sonrió a la idea de visitar las maravillas de la capital argelina—. ¿Tú

conoces Algerre, Juhel?

—Sí, señor Tregomain.

—He oído decir a los marinos que es muy hermosa; que tiene la forma de un anfiteatro, y muelles, plazas, arsenal, jardín de aclimatación, su mustafá, su Casbah, su Casbah sobre todo.

—Muy hermosa, señor Tregomain. Sin embargo, conozco algo mejor aún, y es Saint-Malo.

—Y la casa de la calle de las Hautes-Salles, y el lindo cuarto del primer piso y la encantadora joven que lo habita. Soy de tu opinión, hijo. En fin, puesto que hemos de pasar por Algerre, déjame esperar que la podré visitar.

Y abandonándose a esta esperanza, el barquero, seguido de su joven amigo, se dirigió hacia el Hotel Thagaste. Era tiempo. Estaban enganchando los caballos. Antifer iba y venía frenéticamente, maldiciendo contra los retrasados, aunque Tregomain y Juhel no habían incurrido en esa falta.

Gildas Tregomain se apresuró a bajar la cabeza ante la fulminante mirada que le dirigió su amigo; algunos minutos después cada cual ocupaba su sitio, y la diligencia bajaba las rudas pendientes de Sukharas.

Realmente, era de lamentar que no le fuese permitido a Gildas Tregomain explorar el país tunecino. Nada más pintoresco, colinas que son casi montañas, quebradas cubiertas de árboles que debían obligar al futuro ferrocarril a dar numerosos rodeos. A través de la exuberante vegetación; inmensas rocas; aquí y allá aduares llenos de indígenas, y de los que por la noche se distinguían las grandes hogueras destinadas a defenderse contra el ataque de las fieras.

Gildas Tregomain refería lo que había oído al conductor, pues hablaba con él siempre que la ocasión se presentaba.

En un año se mataban menos de cuarenta leones; y en cuanto a panteras, subía a muchos centenares, sin hablar de las bandadas de chacales. Como se supone, Sauk, que tenía que afectar no entender lo que oía, quedaba indiferente a estas terribles noticias, y a Antifer se le daba un ardite de los leones y panteras tunecinas.

Aunque los hubiera por millones en el islote número 2, él no retrocedería un paso.

Pero el banquero, de un lado, y el notario, de otro, prestaban oído a las historias de Gildas Tregomain. Si Zambuco fruncía alguna vez el entrecejo; lanzando miradas oblicuas por la portezuela, Ben-Omar, volviendo los suyos, se encogía en su rincón, tembloroso y pálido, cuando algún ronco rugido sonaba bajo los espesos bosques del camino.

—Y a fe mía —dijo el barquero—. Sé por el conductor, que no hace mucho la diligencia ha sido atacada. Ha sido preciso disparar contra las fieras. Y la noche precedente se había tenido que quemar el carruaje a fin de ahuyentar un ejército de panteras con el resplandor de las llamas.

—¿Y los viajeros? —preguntó Ben-Omar.

—Tuvieron que ir a pie hasta la parada siguiente.

—¡A pie! —exclamó el notario con voz temblorosa—. Yo no podría.

—Pues bien, se quedaría atrás, señor Ornar, y no le esperaríamos, esté seguro.

Se adivina que esta poco caritativa respuesta venía de Antifer.

No intervino más en la conversación, y Ben-Omar tuvo que reconocer que decididamente él no había nacido para hacer viajes ni por tierra ni por mar.

Transcurrió el día sin que las fieras, que tanto espantaban a Ben-Omar y a Zambuco, hubieran señalado su presencia más que por lejanos aullidos. Pero con gran disgusto, Gildas Tregomain tuvo que comprender que sería ya de noche cuando la diligencia llegase a Bone.

En efecto, eran las siete cuando pasó a tres o cuatro kilómetros de la ciudad, cerca de Hippona, una localidad célebre, gracias al nombre imperecedero de San Agustín, y curiosa por sus profundos aljibes, donde los viejos árabes se entregan a sus encantamientos y sortilegios. Veinte años más tarde se hubiera visto aparecer la

basílica, el hospital que la poderosa mano del cardenal Lavignerie debía hacer brotar de las entrañas del suelo.

Una profunda oscuridad envolvía a Bone, a su paseo de las murallas, a su puerto oblongo que termina en punta arenosa al oeste, a los macizos de vegetación que dan sombra al muelle, a la parte moderna de la ciudad con su extensa plaza, donde ahora se eleva la estatua de Thiers, y, en fin, a su Casbah, que hubiera servido de aperitivo al barquero para la Casbah de Algerre.

Confesemos que la mala suerte perseguía al excelente hombre, que se consoló pensando en tomar el desquite en la capital de «la otra Francia».

Buscóse un hotel situado en la plaza.

Comieron, y se acostaron a las diez, a fin de estar dispuestos para el tren de la mañana siguiente.

Parece que aquella noche, quebrantados por sesenta horas de viaje en coche, todos durmieron profundamente.

¡Hasta el terrible Antifer!

XXII

EN EL QUE SE NARRAN LOS SUCEOS OCURRIDOS EN EL VIAJE EN
FERROCARRIL DE BONE A ARGEL, Y EN PAQUEBOTE DE ARGEL A DAKAR

Creía Antifer que entre Bone y Argel había ferrocarril; pero había llegado veinte años demasiado pronto.

Así, al día siguiente quedó extático ante la respuesta que le dio el hostelero.

—¡Cómo!... ¿No hay ferrocarril entre Bone y Argel? —exclamó dando un salto.

—No, señor; pero dentro de algunos años lo habrá; y si quiere esperar —dijo el socarrón fondista.

Sin duda, Ben-Omar no hubiera deseado cosa mejor, puesto que probablemente habría que volver a embarcarse para evitar retrasos.

Sin embargo, Pierre-Servan-Malo no pensaba del mismo modo.

—¿Hay algún barco que vaya a zarpar? —preguntó con voz imperiosa.

—Sí... Esta mañana.

—¡Embarquémonos!

Y he aquí por qué a las seis abandonaba Bone a bordo de un paquebote con sus acompañantes. No hay para qué relatar los incidentes de esta travesía de algunos kilómetros.

Ciertamente que Gildas Tregomain hubiera preferido hacer el viaje en ferrocarril, lo que le hubiera permitido ver a través de las ventanillas los territorios que el ferrocarril iba a unir algunos años más tarde.

Pero contaba con desquitarse en Argel. Si Antifer pensaba que en el momento de llegar se encontraría un barco dispuesto a partir para la costa occidental de África, se engañaba, y tendría ocasión de ejercitar su paciencia.

¡Durante la espera, qué deliciosos paseos por los alrededores, quizás hasta Blidah, al arroyo de las Singes!

Bueno que el barquero no ganase nada con el descubrimiento del tesoro, pero al menos llevaría una rica colección de recuerdos de su paso por la capital argelina.

Eran las ocho de la noche cuando el paquebote, cuya marcha era muy rápida, fue a anclar al puerto de Argel.

La noche era aún sombría en aquella latitud hasta en la última semana de marzo, aunque brillaban muchas estrellas.

La masa confusa de la ciudad se dibujaba en la sombra hacia el norte, redondeada por la giba de la Casbah, aquella Casbah tan deseada.

Todo lo que pudo observar Gildas Tregomain al salir de la estación fue que era menester subir unas escaleras que terminaban en el muelle, soportado por arcadas monumentales; que siguió este muelle, dejando a la izquierda un *square* iluminado, donde no le hubiera disgustado detenerse, y después un conjunto de altas casas, entre ellas el Hotel de Europa, en el que Antifer y sus compañeros fueron hospitalariamente acogidos.

Pusieron a su disposición varias habitaciones.

La de Gildas Tregomain estaba contigua a la de Juhel.

En ellas depositaron los viajeros su equipaje y bajaron a comer.

En esto invirtieron hasta las nueve, y a fe mía que lo más conveniente en aquellas circunstancias era acostarse y descansar sus fatigados miembros, a fin de estar al día siguiente en disposición de comenzar la serie de pasos que proyectaban.

Sin embargo, antes de reposar quiso Juhel escribir a su novia, y así lo hizo.

La carta saldría al día siguiente, y tres después la recibiría su destinataria.

Esta carta no diría nada interesante a Énogate, sino que Juhel la quería con toda su alma, lo que no era nuevo.

Conviene advertir que si Ben-Omar y Sauk se fueron a su habitación mientras Gildas y Juhel iban a la suya, Antifer y Zambuco, los dos cuñados —¿no es lícito aplicarles este calificativo, sellado por un convenio en regla?— desaparecieron después de comer, sin decir por qué motivo abandonaba» el hotel.

No dejó esto de asombrar al barquero y al capitán, y tal vez de inquietar a Sauk y a Ben-Omar.

Pero probablemente, si le hubieran preguntado algo sobre el asunto, el maluín no hubiera respondido.

¿Dónde iban los dos herederos?

¿Obedecían al deseo de recorrer los pintorescos barrios de Argel?

¿Les llevaba la curiosidad de viajeros a vagar por las calles Bab-Azum y otras, y por los muelles, aún animados por el ir y venir de los paseantes?

Hipótesis inverosímil, y que sus compañeros no hubieran podido admitir.

—Entonces ¿a qué? —dijo Gildas Tregomain.

El joven capitán y los otros habían además notado —y la cosa no dejó de extrañarles— que durante el trayecto en ferrocarril Antifer había salido varias veces de su mutismo para hablar en voz baja con el banquero, y que éste parecía aprobar lo que su interlocutor le comunicaba.

¿Qué habían convenido?

¿Aquella salida no denotaba un plan concertado?

¿No podía referirse a las más extrañas combinaciones, tratándose de dos hombres de su condición?

Entretanto, después de haber estrechado la mano de Juhel, Gildas Tregomain se dirigió a su habitación.

Allí, antes de desnudarse, abrió de par en par las ventanas, deseoso de respirar un poco de aquel hermoso aire argelino.

A la pálida claridad de las estrellas entrevió un vasto espacio, toda la rada hasta el cabo Matifú, y sobre la que brillaban las luces de las naves ancladas.

En el puerto se distinguían los sombríos paquebotes dispuestos a zarpar, cuyas altas chimeneas se empenachaban de resplandores.

Más allá del mencionado cabo, la plenamar, limitada por un horizonte lleno de constelaciones que semejaban un fuego artificial.

El próximo día sería magnífico a juzgar por la noche.

El sol se levantaría radiante, extinguiendo las últimas estrellas de la mañana.

—¡Qué placer! —pensaba Gildas Tregomain—. Visitar esta noble ciudad de Algerre, y darse algunos días de descanso, después de ese diabólico viaje desde Máscate y antes de llegar islote número 2. He oído hablar de la fonda Moise, en la punta Pescade. ¿Por qué no hemos de ir mañana a comer a casa de ese Moise?

En aquel instante un violento choque retumbó en la puerta de la habitación.

Las diez acababan de dar.

—¿Eres tú, Juhel? —preguntó Gildas Tregomain.

—No, soy yo... Antifer.

—Voy a abrir, amigo.

—Es inútil. Vístete y arregla tu equipaje.

—¿Mi equipaje?

—Partimos dentro de cuarenta minutos.

—¡Dentro de cuarenta minutos!

—Y no te retrases, pues los paquebotes no tienen costumbre de esperar. Voy a avisar a Juhel.

Aturdido por aquel golpe, Gildas Tregomain se preguntó si aquello que oía no era un sueño.

¡No!

Oyó que Antifer llamaba a la puerta de la habitación de Juhel, y la voz de su tío que le ordenaba que se levantase.

Después crujieron los escalones al paso de Antifer, que volvía a bajar la escalera. Juhel, que estaba escribiendo, añadió una línea a

su carta, notificando a Énogate que todos iban a abandonar Argel aquella misma noche.

He ahí, pues, a qué habían salido Antifer y Zambuco.

Había sido con el objeto de informarse de si algún barco se preparaba a zarpar para la costa de África, y por una fortuna inesperada habían encontrado uno que hacía sus preparativos, y se apresuraron a tomar sus pasajes.

Entonces Antifer, sin preocuparse para nada de las conveniencias de los demás, había subido a prevenir a Gildas Tregomain y a Juhel, mientras el banquero advertía a Ben-Omar y a Nazim.

El barquero sintió un inexplicable descorazonamiento mientras preparaba su equipaje. Pero la discusión sería inútil: el jefe había hablado, preciso era obedecer.

Casi en seguida Juhel se reunió con Gildas Tregomain en su habitación, y le dijo:

—¿No esperaba esto?

—No, hijo mío —respondió Tregomain—, aunque todo se debe esperar de tu tío. ¡Y yo que me prometía por lo menos cuarenta y ocho horas de paseo por Algerre, el puerto, el Jardín y la Casbah!

—¡Qué quiere, señor Tregomain! Es una verdadera desgracia que mi tío haya encontrado un barco dispuesto a hacerse a la mar.

—Sí... ¡y yo me sublevaré al fin! —exclamó Tregomain dejándose llevar de un movimiento de cólera contra su amigo.

—No, señor Tregomain. No se sublevará; y si lo hace, bastará que mi tío le mire de cierta manera, moviendo la piedra en su boca.

—Tienes razón, Juhel —respondió Tregomain bajando la cabeza—. Obedeceré... Tú me conoces bien. Sin embargo, es una lástima. ¡Y esa comida que yo contaba que hiciéramos en casa de Moise, en la punta Pescade!

¡Inútil afán! El pobre hombre, exhalando un suspiro, acabó sus preparativos. Diez minutos después se reunieron con Antifer, Zambuco, Ben-Omar y Nazim en el vestíbulo del hotel.

Se les despidió con mala cara. El precio de las habitaciones fue el mismo que si las hubieran ocupado un día entero. Juhel echó su carta en el buzón del hotel. Después, siguiendo los muelles, bajaron la escalera que conducía al puerto, mientras Gildas Tregomain entreveía por última vez, aún iluminada, la plaza del Gobierno.

A medio cable estaba anclado un *steamer*, cuya caldera se oía rugir bajo la presión del vapor. Una espesa humareda ennegrecía el cielo estrellado. Violentos silbidos anunciaban que el paquebote no tardaría en largar amarras.

Una embarcación, balanceándose junto a los escalones del muelle, esperaba a los pasajeros para conducirlos a bordo. En ella se instalaron Antifer y sus compañeros, llegando al barco en algunos golpes de remos. Antes de que Tregomain hubiera podido observar nada, fue conducido al departamento que había de ocupar con Juhel. Otro lo ocuparían Antifer y Zambuco, y un tercero el notario y Sauk.

Aquel paquebote, *El Catalán*, pertenecía a la Compañía de Cargadores de Marsella. Empleado en un servicio regular en la costa occidental de África para San Luis y para Dakar, hacía escalas intermedias cuando era preciso, ya para embarcar o desembarcar mercancías. Bien dispuesto, marchaba a una velocidad de diez a once nudos, muy suficiente para este género de navegación.

Un cuarto de hora después de la llegada de Antifer, un último silbido desgarró el viento. Después, largadas sus amarras, *El Catalán* movióse, su hélice se agitó vivamente levantando espuma; rodeó a los navíos anclados y a los grandes paquebotes mediterráneos, siguió el canal entre el arsenal y el muelle, y tomó rumbo oeste.

Un vago amontonamiento de casas blancas apareció entonces a los ojos de Tregomain: era la Casbah, de la que no debía ver más que la indecisa silueta. Apareció la punta Pescade; la punta del restaurante Moise. Esto fue todo lo que Gildas Tregomain llevó como recuerdo de su paso por Algerre.

Inútil es decir que desde la salida del puerto, Ben-Omar, tendido sobre la colchoneta de su camarote, comenzó de nuevo a experimentar las dulzuras del mareo. ¡Y cuando pensaba que, después de ir, sería preciso volver! ¡Felizmente sería la última travesía! ¡Estaba seguro de encontrar su tanto por ciento en aquel islote número 2! ¡Y si alguno de sus compañeros se marease al menos! Pero ninguno experimentaba la menor náusea.

Él era el único en sufrir. No tenía ni ese consuelo tan humano de ver a uno de sus semejantes participando de sus sufrimientos.

Los pasajeros de *El Catalán* eran en su mayoría marinos que regresaban a los puertos de la costa, algunos del Senegal, y cierto número de soldados de infantería de marina, habituados a las eventualidades de la navegación. Todos volvían a Dakar, donde el *steamer* debía descargar sus mercancías. No había, pues, que hacer escala en el camino. Así es que Antifer podía darse la enhorabuena por estar a bordo de *El Catalán*. Verdad es que, una vez llegado a Dakar, aún no había conseguido su objeto, y así se lo hizo observar Zambuco.

—Conformes —respondió—. No he esperado encontrar un paquebote de Argel a Loango, y cuando estemos en Dakar lo resolveremos.

Y realmente hubiera sido difícil proceder de otro modo. Esta última parte del viaje presentaría, sin duda, graves dificultades, lo que era una expectativa de serias preocupaciones por los dos cuñados.

Durante la noche, *El Catalán* siguió el litoral a distancia de dos o tres millas. Aparecieron las luces de Túnez, y después apenas si se pudo distinguir la masa sombría del cabo Blanco. Al día siguiente por la mañana se vieron las alturas de Orán, y una hora después el paquebote dobló el promontorio tras el cual está la rada de Mers-el-Kebir.

Más lejos está la costa marroquí, que se extiende a babor con su lejano perfil de montañas que dominan la comarca del Rif. Apareció Tetuán, todo resplandeciente bajo los rayos solares, y a algunas

millas mas allá, al norte, Ceuta, sobre un montón de rocas como un fuerte que dirige ese pasador de la puerta del Mediterráneo, cuyo otro pasador está bajo el poder de Inglaterra. En fin, a lo largo del estrecho apareció el inmenso Atlántico.

Dibujáronse los grupos llenos de árboles del litoral marroquí.

Mas allá de Tánger, oculto tras una curva de su golfo, ciudades en medio de árboles verdes. La mar estaba animada por numerosos barcos de vela, en espera de viento favorable para embocar el estrecho de Gibraltar.

El Catalán no tenía que temer retrasos. Ni la brisa ni la corriente podían luchar contra su poderosa máquina, y hacia las nueve de la noche batía con su hélice el océano Atlántico.

Gildas Tregomain y Juhel hablaban en la toldilla antes de conceder algunas horas al reposo. Naturalmente, el mismo pensamiento vino a su imaginación en el momento en que *El Catalán*, poniendo rumbo al suroeste, rodeaba la punta extrema de África.

—Sí, hijo mío —dijo Gildas Tregomain—, hubiera sido preferible, al salir del estrecho, ir a estribor en vez de babor. Al menos no volveríamos la espalda a Francia.

—¿Y para ir dónde? —respondió Juhel.

—¡Al diablo; tengo miedo de ello! —dijo Tregomain—. ¡Qué quieres, Juhel! ¡Vale más llevar el mal con paciencia! ¡Se vuelve de todas partes, hasta del infierno! En algunos días llegaremos a Dakar, y de aquí al fondo del golfo de Guinea...

—¿Quién sabe si encontraremos inmediatamente en Dakar un medio de transporte? Allí no hay servicio regular. Podemos permanecer algunas semanas, y si mi tío piensa...

—Lo piensa. Créelo.

—¿Qué le será fácil llegar a su islote número 2? Se engaña... ¿Sabe lo que pienso, señor Tregomain?

—No, pero si quieres decírmelo...

—Pues pienso que mi abuelo Thomas Antifer hubiera debido dejar a ese maldito Kamyk sobre las rocas de Jaffa.

—¡Oh! Juhel... ¡pobre hombre!

—Si le hubiese dejado, ese egipcio no hubiera podido legar sus millones a su salvador, y mi tío no haría lo que hace, y Énogate sería mi mujer.

—Es verdad —respondió Gildas Tregomain—. Pero si tú hubieras estado allí, habrías salvado la vida a ese desdichado Bajá como tu abuelo. Oye —añadió señalando un punto brillante a babor, y para desviar la conversación—, ¿qué luz es ésta?

—La del cabo Espartel —respondió el joven.

Era, en efecto, ese faro que, situado en el extremo oeste del continente africano, está sostenido por diversos países de Europa, siendo el más avanzado de los que proyectan sus resplandores en la superficie de los mares africanos.

No hay para qué referir en detalle la travesía de *El Catalán*. El paquebote fue favorecido por la suerte. Encontró viento favorable, y pudo seguir el litoral a corta distancia. El oleaje no era muy fuerte, y era preciso ser tan delicado como Ben-Omar para estar malo con tan hermoso tiempo.

La costa quedó a la vista; las alturas de Mequinez, de Mogador, el monte Thesat, que domina aquella región en una altura de mil metros, Tarudant, y el promontorio Dschuby, límite de la frontera marroquí.

Gildas Tregomain no tuvo la satisfacción de ver las islas Canarias, pues *El Catalán* pasó a unas cincuenta millas de Fuerteventura, la mas próxima del grupo; pero pudo saludar el cabo Bojador antes de franquear el trópico de Cáncer.

En la tarde del 2 de mayo apareció el cabo Blanco; viose después, a la mañana siguiente, Portendik, y, en fin, las riberas del Senegal.

Como se ha dicho, todos los pasajeros iban a Dakar, y *El Catalán* no tuvo que detenerse en San Luis, que es la capital de esta colonia francesa.

Parece además que Dakar tiene importancia marítima más considerable que San Luis. La mayor parte de los trasatlánticos que

sirven las líneas de Río de Janeiro al Brasil y de Buenos Aires a la República Argentina, atracan allí antes de ir a lanzarse al océano. Probablemente Antifer encontraría en Dakar, con más facilidad, medios de transporte para llegar a Loango.

En fin, el día 5, a eso de las cuatro de la mañana, *El Catalán* dobló el famoso cabo Verde, situado en la misma latitud que las islas de este nombre. Volvió la península triangular, que pende como un pabellón en la punta extrema del continente africano sobre el Atlántico, y el puerto de Dakar apareció en el ángulo inferior de la península después de una travesía de ochocientas leguas desde la triste Algerre de Gildas Tregomain.

Dakar es tierra francesa, puesto que el Senegal pertenece a Francia. ¡Mas qué lejos está Francia!

XXIII

QUE CUENTA LOS DIVERSOS INCIDENTES ACAECIDOS DESDE LA
LLEGADA A DAKAR HASTA LA LLEGADA A LOANGO

Jamás hubiera podido imaginar Gildas Tregomain que llegara un día en que se pasearía con Juhel por los muelles de Dakar. Y sin embargo, esto es lo que hacía ahora visitando el puerto protegido por su doble muelle de rocas graníticas, mientras Antifer y el banquero, tan inseparables como Ben-Omar y Sauk, se dirigían hacia la agencia marítima francesa.

Un día basta para ver la ciudad. No ofrece ésta grandes curiosidades: un hermoso jardín público, una fortaleza que sirve de alojamiento a la guarnición, la punta del Buen Aire, sobre la que se eleva un edificio en el que la Administración aísla a los enfermos de fiebre amarilla. Si nuestros viajeros iban a verse obligados a permanecer mucho tiempo en aquellos sitios, que tienen a Goree por capital y a Dakar por ciudad principal, el tiempo les parecería interminable.

En fin, es preciso hacer contra fortuna buen corazón, y esto es lo que se repetían Gildas Tregomain y Juhel. Esperando, vagaban por los muelles, subían por las calles convenientemente cuidadas por los presos, bajo la vigilancia de algunos disciplinarios.

En realidad, lo que más debía interesarles eran los barcos, aquellos pedazos de ella misma que Francia enviaba de Burdeos a Río de Janeiro, esos paquebotes de las mensajerías imperiales, como se llamaban en 1862. No era entonces Dakar la importante

estación en que se ha convertido desde aquella época, aunque el comercio del Senegal se cifrase ya en veinticinco millones de francos, veinte de ellos con nuestros nacionales. No poseía más que nueve mil habitantes, población que tiende a acrecentarse después de los trabajos emprendidos para la mejora del puerto.

Si Gildas Tregomain no había trabado nunca conocimiento con los negros bambaras, nada le sería más fácil ahora. En efecto, estos indígenas pululan por las calles de Dakar. Gracias a su temperamento seco y nervioso, su cráneo abultado, su pelo recio, pueden soportar impunemente los ardores del sol del Senegal. En cuanto a Gildas Tregomain, verdaderamente aniquilado por el calor, había extendido sobre su cabeza su amplio pañuelo de cuadros, que, bien o mal, hacía el servicio de una sombrilla.

—¡Dios mío! ¡Qué calor hace! —exclamó—. Verdaderamente no he nacido yo para vivir en los trópicos.

—Esto no es nada todavía, señor Tregomain —respondió Juhel—, y cuando estemos en el fondo del golfo de Guinea, a algunos grados más bajo el ecuador...

—Seguramente me derretiré —respondió Gildas Tregomain—, y no llevaré a mi país más que la piel y los huesos. Por lo demás —añadió sonriendo bondadosamente enjugándose su faz sudorosa—, sería difícil llevar menos, ¿no es verdad?

—¡Eh! Ya ha adelgazado, señor Tregomain —hizo observar el joven capitán.

—¿Tú lo crees? ¡Bah!... Aún tengo bastante carne antes de ser reducido al estado de esqueleto... En mi opinión, vale más ser delgado cuando se aventura uno por lugares donde las gentes se alimentan de carne humana. ¿Hay caníbales por la parte de Guinea?

—No... así lo espero al menos —respondió Juhel.

—Pues bien, procuremos no tentar a los naturales con nuestra buena presencia —respondió Gildas Tregomain burlonamente, añadiendo luego—: ¿Quién sabe si después del islote número 2

será preciso ir a buscar un islote número 3 en países donde se coma en familia?

—Como Australia o las islas del Pacífico, señor Tregomain.

—Sí... allí los habitantes son antropófagos.

Hubiera podido decir filantropófagos el digno barquero, si hubiera sido capaz de pronunciar esa palabra, pues en aquellos países se devora a los semejantes por pura glotonería.

Pero no era admisible que la locura de los millones condujera hasta allí a Antifer. Seguramente ni su sobrino ni su amigo le seguirían, y le impedirían ir a él mismo, aunque tuviesen que encerrarle en una casa de locos.

Cuando Gildas Tregomain y Juhel regresaron al hotel, encontraron en él a Antifer y al banquero.

El agente francés había acogido del mejor modo a su compatriota. Pero cuando éste preguntó si había en Dakar algún navío en disposición de zarpar para alguno de los puntos de Loango, la respuesta fue descorazonadora. Los paquebotes que hacían este servicio son muy irregulares, y en todo caso no tocan en Dakar más que una vez al mes. Verdad es que existe un servicio semanal entre Sierra-Leona y el Gran Bassam; pero desde aquí a Loango hay distancia todavía. Así pues, el primer paquebote no debía llegar a Dakar antes de ocho días. ¡Qué mala suerte! Una semana que pasar en aquella aldea tascando el freno. Preciso era que este freno fuese de acero bien templado para resistir los dientes de Pierre-Servan-Malo, que pulverizaban ahora una piedrecilla por día. Cierto que no son piedrecillas lo que falta en las playas del litoral africano, y Antifer podía renovar su provisión.

La verdad nos obliga a decir que una semana en Dakar es larga, muy larga. Los paseos por el puerto, las excursiones hasta el canal que corre al E de la ciudad, no ofrecen al turista distracciones suficientes para ocuparle más de un día. Así es que conviene armarse de la paciencia que sólo puede dar una feliz filosofía. Pero, a excepción de Gildas Tregomain, no eran pacientes ni filósofos el irascible maluín y los demás personajes que tras sí arrastraba. Si

bendecían a Kamyk-Bajá por haberles nombrado herederos, le maldecían por la idea de haber ido a enterrar su herencia tan lejos. Ya era mucho en el golfo de Omán. Y he aquí que era preciso descender hasta el de Guinea. ¿No hubiera podido encontrar un islote discreto en los parajes de los mares europeos? ¿Es que no se encontraban en el Mediterráneo, en el Báltico, en el mar Negro, en el del norte, en medio de las aguas del océano Atlántico, lugares muy convenientes para servir de cajas de caudales? Verdaderamente el bajá se había rodeado de un lujo exagerado de precauciones. En fin, lo hecho hecho estaba, a menos de abandonar cada uno la parte que le correspondía. ¡Abandonarla! ¡Bien recibido hubiera sido el que se llegara con una proposición semejante a Antifer, al banquero Zambuco, al mismo notario, sujeto al violento Sauk! Además, el lazo de sociabilidad que unía los unos a los otros se relajaba visiblemente. Había tres grupos distintos: el grupo Antifer-Zambuco, el grupo Omar-Sauk y el grupo Juhel-Tregomain. Vivían separados; no se veían más que a las horas de las comidas; se evitaban durante los paseos; no hablaban entre ellos del gran negocio. Limitábanse a estos dúos, que parecía que no habían jamás de fundirse en un sexteto final, el que, por otra parte, hubiera sido una abominable discordancia.

Primer grupo: Juhel-Tregomain. Se sabe el tema habitual de sus conversaciones; prolongación indeterminada del viaje, alejamiento progresivo de los novios; temor de que tantas buscas y fatigas concluyesen en una mixtificación, estado de ánimo de su tío y amigo, cuya exaltación crecía de día en día y amenazaba su razón. Todos motivos de disgusto para Gildas Tregomain y para el capitán, resignados a no contrariarle y seguirle basta el fin.

Segundo grupo: Antifer-Zambuco. ¡Qué curioso estudio para un moralista! El uno, hasta entonces de gustos sencillos, de existencia tranquila en su tranquila provincia, con esa filosofía natural al marino que se ha retirado del oficio, ¡y ahora presa de la *sacra fames* del oro, con el espíritu atormentado ante aquella nube de los millones que cegaba sus ojos! ¡El otro, rico ya, pero sin más cuidado que

amontonar riquezas sobre riquezas, exponiéndose a tantas fatigas, a tantos peligros sólo con el objeto de aumentar su tesoro!

—¡Ocho días enmoheciéndose en este agujero! —repitió Antifer—. ¡Y quién sabe si ese maldito paquebote vendrá retrasado!

—Y todavía —respondió el banquero— la mala fortuna quiere que nos deje en Loango, y desde allí será preciso subir unas cincuenta leguas para llegar a la bahía Ma-Yumba.

—¡Eh! A mí me importa poco esa segunda parte —exclamaba el irascible maluín.

—Habrà lugar de preocuparse de ello, no obstante —hacía observar Zambuco.

—¡Bien!... ¡Más tarde!... ¡Qué diablo! No se envía el ancla al fondo antes de estar en el sitio que conviene. Lleguemos a Loango y pensaremos en lo que resta.

—Tal vez podríamos decidir al capitán del paquebote a que se detuviera en el Puerto de Ma-Yumba. Esto no le alejaría mucho de su camino.

—Dudo que consienta en ello, porque les está prohibido.

—Ofreciéndole una indemnización conveniente —sugirió el banquero.

—Veremos, Zambuco; pero siempre se preocupa por lo que a mí no me preocupa nada. Lo esencial es llegar a Loango, y desde aquí sabremos ganar Ma-Yumba. ¡Mil bombardas! Todos tenemos piernas; y si fuera preciso y no hubiera otro medio de abandonar Dakar, no hubiera dudado en tomar el camino del litoral.

—¿A pie?

—A pie.

Pierre-Servan-Malo hablaba a su modo. ¡Y los peligros, los obstáculos, las imposibilidades de un camino semejante! ¡Ochocientas leguas a través de los territorios de Liberia, de Costa de Marfil, de los achantis de Dahomey, del Gran Bassam! ¡No... y debía considerarse muy feliz de que, tomando pasaje a bordo de un paquebote, se pudiera evitar los peligros del viaje! Ni uno de los que le hubieran acompañado en tal expedición hubiera vuelto. ¡Y la

señorita Talisma Zambuco en vano hubiera esperado en su casa de Malta el regreso de su audaz prometido!

Debían, pues, resignarse al paquebote, aunque éste no llegase antes de ocho días. ¡Pero qué largas les parecían las horas pasadas en Dakar!

Otra era la conversación del grupo Sauk-Omar. ¡No porque el hijo de Murad tuviera menos impaciencia por llegar al islote y apoderarse del tesoro de Kamyk-Bajá, no! Con profundo espanto de Ben-Omar, no pensaba Sauk sino en la manera como despojar, en provecho suyo, a los dos colegatarios. Después de haber pensado dar el golpe al regreso de Sohar a Máscate con la ayuda de algunos miserables, trataría de hacerlo ahora, al regreso de Ma-Yumba a Loango por medios idénticos. Ciertamente, sus riesgos serían más serios. Entre los indígenas de la provincia o entre los agentes de las factorías sabría reclutar gentes capaces de todo, hasta de verter sangre, y que se asociarían a su criminal empresa.

Esta perspectiva espantaba al pusilánime Ben-Omar; si no por un exceso de delicadeza, al menos por el temor de verse mezclado en aquel mal negocio, lo que no le dejaba un instante de reposo.

Y entonces intentaba tímidas observaciones. Afirmaba que Antifer y su gente venderían caras sus vidas. Insistía sobre el punto de que, aun pagándoles bien, no se podría contar con los miserables que en su hazaña empleara Sauk, que hablarían más pronto o más tarde; que el atentado se extendería por el país, y que al cabo se sabría la verdad de lo ocurrido hasta en esas comarcas salvajes, cuando se trata de los exploradores sacrificados en los más abrasados territorios del África; que jamás se puede estar seguro del secreto. Verdad es que en toda esta argumentación no aparecía más que el miedo de que el caso fuera descubierto, únicas razones que hubieran podido detener a un hombre como Sauk. Pero éste no se arredraba. ¡Había cometido tantas hazañas de la misma clase! Y lanzando al notario una de aquellas miradas que le helaban hasta la médula de los huesos, respondía:

—No conozco más que un imbécil, uno solo, capaz de hacerme traición.

—Y ¿quién es, excelencia?

—Tú, Ben-Omar.

—¡Yo!

—Sí. Y ten cuidado, pues yo sé el medio de obligar a callar a la gente.

Ben-Omar, tembloroso, bajaba la cabeza. Sabía de sobra que un cadáver más en el camino de Ma-Yumba a Loango no era cosa para detener a Sauk.

El paquebote esperado ancló en la mañana del 12 de mayo en el puerto de Dakar. Era el *Cintra*, un navío portugués dedicado al transporte de viajeros y de mercancías con destino a San Pablo de Loango, la importante colonia lusitana de África tropical. Regularmente hacía escala en Loango; y como partía al día siguiente, nuestros viajeros se apresuraron a tomar pasaje. Con su velocidad media de nueve a diez millas, la travesía debía durar una semana, durante la cual esperábanle a Ben-Omar todos los sinsabores del mareo.

Al día siguiente, habiendo dejado en Dakar cierto número de pasajeros, el *Cintra* salió del puerto con un tiempo hermoso, pues la brisa venía de tierra. Antifer y el banquero lanzaron un inmenso suspiro de satisfacción, como si sus pulmones no hubieran funcionado desde una semana antes. Ésta era la última etapa antes de poner pie en el islote número 2, y la mano sobre el tesoro que aquél guardaba fielmente en sus entrañas. La atracción que el islote ejercía sobre ellos parecía más poderosa cuanto más se aproximaban, conforme a las leyes naturales y en razón inversa a la distancia. ¡Y a cada vuelta de la hélice del *Cintra* esta distancia disminuía... disminuía!...

Por el contrario, para Juhel aumentaba. Alejábase más cada vez de aquella Francia, de aquella Bretaña donde sufría Énogate. Le había escrito desde Dakar, a su llegada; hábale escrito la víspera de su partida, y la pobre joven no tardaría en saber que su

prometido se iba aún más lejos de ella. ¡Apenas si se podía fijar una fecha probable para su regreso!

Sauk, antes de nada, había procurado enterarse de si el *Cintra* desembarcaría pasajeros en Loango. Entre estos aventureros cuya conciencia es refractaria a los escrúpulos y a los remordimientos, que van en busca de fortuna a estas regiones lejanas, tal vez encontraría hombres conocedores del país y que no rechazarían ser sus cómplices. Su excelencia se engañó. En Loango, pues, tendría que buscar lo que necesitaba. Desgraciadamente no hablaba la lengua portuguesa, como tampoco Ben-Omar, circunstancia muy enfadosa cuando es preciso tratar negocios delicados, para los que es indispensable expresarse con perfecta claridad. Por lo demás, Antifer, Zambuco, Gildas Tregomain y Juhel veíanse precisados a hablar entre ellos el francés a bordo.

En quien la sorpresa igualó a la satisfacción fue en el notario Ben-Omar. Pretender que no experimentó molestia alguna durante aquella travesía del *Cintra*, sería exagerar. Sin embargo, no pasó aquellos grandes sufrimientos que había experimentado anteriormente. La navegación se efectuó en condiciones excelentes, favorecida por un ligero viento de tierra. El mar permanecía en calma a lo largo del litoral que el *Cintra* seguía a dos o tres millas, y apenas si se resentía del empuje de las olas.

Y estas condiciones no se modificaron cuando el paquebote hubo doblado el cabo de las Palmas, a la punta extrema del golfo de Guinea. Como sucede a menudo, la brisa seguía el contorno de las costas, y el golfo fue tan propicio como lo había sido el océano. Y entretanto el *Cintra* perdía de vista las alturas del continente, tomando la dirección de Loango. Nada se vio de los territorios de los achantis, ni de Dahomey, como tampoco de la cima del monte Camerún que se alza a una altura de tres mil novecientos sesenta metros sobre la isla de Fernando Poo, en los confines de la alta Guinea.

En la tarde del 19 de mayo, Gildas Tregomain fue presa de cierta emoción. Juhel acababa de decirle que iban a pasar el ecuador. Al

fin, por primera vez, y por última sin duda, el ex patrón de la *Encantadora Amelia* tenía la ocasión de penetrar en el hemisferio austral. ¡Qué aventura para él, un marinero del Raneé! Así es que, sin gran pesar, entregó a los marineros del *Cintra*, a ejemplo de los demás pasajeros, su piastra de propina en honor del paso de la Línea.

Al amanecer del día siguiente se encontraba el *Cintra* en la latitud de la bahía Ma-Yumba, a unas cien millas de distancia. Si el capitán del paquebote hubiese consentido en ir en aquella dirección y detenerse en aquel puerto, que pertenecía al Estado de Loango, ¡cuántas fatigas, cuántos peligros hubiera evitado tal vez a Antifer y a los suyos! Esta parada les hubiera ahorrado un camino sumamente difícil por la orilla del litoral.

Así es que, obligado por su tío, Juhel procuró inclinar al capitán del *Cintra* en este sentido. Conocía este portugués algunas palabras de la lengua inglesa, y por otra parte, ¿qué marino no está algo familiarizado con el idioma británico? Como se ha dicho, Juhel hablaba correctamente esta lengua y se había servido de ella en sus relaciones con el supuesto intérprete de Máscate. Comunicó, pues, al capitán la proposición de detenerse en Ma-Yumba. Esta visita no alargaría la travesía más que unas cuarenta y ocho horas. Se pagarían el retraso y los gastos que éste ocasionara, consumo de combustible, manutención de la gente, indemnización a los armadores del *Cintra*, etc.

¿Entendió el capitán la proposición que le hizo Juhel? Sin duda, sobre todo cuando fue apoyada con una demostración sobre el mapa del golfo de Guinea. Entre marinos se comprende todo con una palabra. Y en verdad, nada más sencillo que dirigirse hacia el este a fin de dejar aquella media docena de pasajeros en Ma-Yumba, puesto que por tal servicio ofrecían aquéllos una suma conveniente.

El capitán se negó. Esclavo de los reglamentos de a bordo, había sido fletado para Loango, e iría a Loango. De Loango debía ir a San Pablo de Loanda, e iría a San Pablo de Loanda, aunque se

quisiera comprarle su navío a peso de oro. Tales fueron las palabras de que se sirvió, que Juhel comprendió perfectamente y tradujo a su tío.

Cólera terrible de éste, acompañada de una bordada de expresiones malsonantes dirigidas al capitán. Sin la intervención de Gildas Tregomain y de Juhel, es probable que Antifer hubiera sido encerrado en la cueva para el resto de la travesía.

Y he aquí por qué dos días después, en la noche del 21 de mayo, el *Cintra* atracó ante los bancos de arena que defienden la costa de Loango, desembarcó con su chalupa a los pasajeros en cuestión, y partió algunas horas después con dirección a San Pablo, la capital de la colonia portuguesa.

XXIV

DONDE SE DEMUESTRA QUE CIERTOS PASAJEROS NO SON A PROPÓSITO
PARA EMBARCARSE EN UN BARCO AFRICANO

Al día siguiente, al abrigo de un baobab que les defendía contra los torrentes de fuego del sol, dos hombres conversaban con animación. Subiendo por la principal calle de Loango, donde acababan de encontrarse por la más grande de las casualidades, habíanse mirado, haciendo mil gestos de sorpresa.

El uno había dicho:

—¿Tú aquí?

—¡Sí, yo! —había respondido el otro.

Y a un ademán del primero, que era Sauk, el segundo, un portugués cuyo nombre era Barroso, le había seguido fuera de la ciudad.

Si Sauk no hablaba la lengua de Barroso, éste hablaba la de su excelencia por haber vivido largo tiempo en Egipto. Eran, como se ha visto, dos antiguos conocidos. Barroso formaba parte de la banda de aventureros que Sauk mandaba en la época en que el último se entregaba a toda clase de tropelías, sin dársele un ardite de los agentes del virrey, gracias a la influencia de Murad, su padre, el primo de Kamylyk-Bajá. Dispersa la banda después de algunos hechos a los que fue imposible asegurar la impunidad, Barroso había desaparecido. De regreso a Portugal, donde sus aptitudes naturales no encontraron en qué ejercitarse, había abandonado Lisboa para ir a trabajar en una factoría de Loango. En aquella

época, el comercio de la colonia se reducía al transporte de marfil, aceite de palmas, sacos de aráquidos y madera de acajú.

Actualmente aquel portugués, que había navegado en otro tiempo —de unos cincuenta años de edad—, mandaba un barco de gran tonelaje, el *Portalegre*, que hacía el servicio de la costa por cuenta de los negociantes del país.

Este Barroso, de un pasado como el suyo, una conciencia desprovista de toda clase de escrúpulos y una audacia adquirida en el curso de sus antiguos oficios, era precisamente el hombre que Sauk necesitaba para llevar a buen fin sus criminales maquinaciones. Parados al pie de aquel baobab, cuyo tronco no hubieran podido rodear los brazos de veinte hombres —¿qué era esto junto al famoso baniano de Máscate?—, ambos pudieron hablar, sin temor de ser oídos, de cosas amenazadoras para la seguridad de Antifer y de sus compañeros.

Después de que Sauk y Barroso se hubieron contado recíprocamente su existencia desde la época en que el portugués había abandonado Egipto, su excelencia fue a su objeto sin ambage alguno. Por prudencia, si Sauk se guardó de hacer conocer la importancia del tesoro que pretendía apropiarse, por lo menos excitó la codicia de Barroso con la perspectiva de una suma considerable que ganar.

—Pero —añadió— tengo necesidad de la ayuda de un hombre resuelto... animoso...

—Me conoce, excelencia —respondió el portugués— y sabe que no retrocedo ante ninguna hazaña.

—Si no has cambiado, Barroso...

—No...

—Sabe, pues, que habrá que hacer desaparecer a cuatro hombres, y tal vez un quinto, si juzgo conveniente desembarazarme de un cierto Ben-Omar, con el que trabajo como pasante con el nombre de Nazim.

—Uno más poco importa —respondió Barroso.

—Pues oye mi plan —respondió Sauk, después de asegurarse de que nadie podía oírle—. Las personas de que se trata, tres franceses, el maluín Antifer, su amigo y su sobrino, y un banquero tunecino llamado Zambuco, acaban de desembarcar en Loango, a fin de tomar posesión de un tesoro depositado en uno de los islotes del golfo de Guinea.

—¿En qué lugar? —preguntó vivamente Barroso.

—En la bahía Ma-Yumba —respondió el egipcio—. Su intención es subir por tierra hasta esa aldea, y yo he pensado que sería conveniente atacarles cuando volvieran a Loango con su tesoro para esperar el paso del paquebote de San Pablo, que debe llevarles a Dakar.

—¡Nada más fácil, excelencia! —afirmó Barroso—. Prometo encontrar una docena de honrados aventureros, siempre a la husma de un buen negocio, y que sólo servirte desearán mediante un precio convenido y conveniente.

—No lo dudo, Barroso, y en esos territorios desiertos el golpe ha de resultar.

—Sin duda, excelencia, pero le voy a proponer una combinación más ventajosa.

—Habla, pues.

—Yo mando aquí un barco de ciento cincuenta toneladas, *El Portalegre*, que transporta mercancías de un puerto a otro de la costa. Precisamente debe partir dentro de dos días para Baracka del Gabón, un poco al norte de Ma-Yumba.

—¡Eh! —exclamó Sauk—. Es una circunstancia que es preciso aprovechar. Antifer se apresurará a tomar pasaje a bordo de tu barco a fin de evitar las fatigas y los peligros de un viaje a pie por el litoral. Tú nos embarcarás en Ma-Yumba, irás a entregar tus mercancías al Gabón y volverás a buscarnos. Y durante la travesía de regreso a Loango...

—Comprendido, excelencia.

—¿Cuántos hombres tienes a bordo?

—Doce.

—¿Estás seguro de ellos?

—Como de mí mismo.

—¿Qué llevas al Gabón?

—Un cargamento de aráquidos y seis elefantes comprados por una casa de Baracka, que debe expedirlos a una casa de fieras de Holanda.

—¿No hablas francés, Barroso?

—No, excelencia.

—No olvides que a mí me está prohibido hablarlo y hasta entenderlo. Así encargaré a Ben-Omar que te haga la proposición, y el maluín no dudará en aceptarla.

No era esto dudoso, en efecto, dada la facilidad para un golpe de mano; había motivo para temer que los dos colegatarios, despojados de sus riquezas, desaparecieran con sus compañeros durante el viaje de vuelta a través del golfo de Guinea.

¿Quién hubiera podido impedir el crimen?

¿Quién podría encontrar a sus autores?

Loango no está bajo la dominación portuguesa como lo están Angola y Benguela.

Es uno de los reinos independientes de ese Congo — comprendido entre el río Gabón, al norte, el río Zaire, al sur— que debía bien pronto pertenecer a Francia.

Mas en aquella época desde el cabo López al de Zaire, los reyes indígenas reconocían al soberano de Loango y le pagaban su tributo, generalmente en esclavos.

La sociedad está regularmente constituida: primero el rey y su familia; después los príncipes, nacidos de una princesa, quien sólo puede transmitir la nobleza; después los maridos de estas princesas; los sacerdotes, los *yangas*, cuyo jefe Chitomé es de carácter divino, y después el pueblo.

Esclavos hay muchos.

No se les vende al extranjero, es cierto, y ésta es una de las consecuencias de la intervención europea para la abolición de la trata.

¿Es el cuidado de la dignidad, de la libertad humana lo que ha provocado esta abolición?

No era ésta la opinión de Gildas Tregomain, que se mostró perfecto conocedor de los hombres y de las cosas, cuando dijo a Juhel:

—Si no se hubiera inventado el azúcar de remolacha, y si no se emplease más que la de caña para endulzar el café, la trata seguiría ahora y probablemente seguiría siempre.

Pero de que el rey de Loango sea el rey de un país que goza de toda su independencia, no se deduce que sus caminos estén suficientemente vigilados y los viajeros al abrigo de todo peligro.

Difícil hubiera sido encontrar un territorio más favorable o un mar más propicio a un mal golpe.

Esto era lo que preocupaba a Juhel, en lo que concernía al territorio al menos.

Si su tío no se inquietaba, el capitán no pensaba sin serio temor en aquel camino de doscientos kilómetros a lo largo del litoral hasta la bahía Ma-Yumba.

Creyó deber prevenir a Gildas Tregomain.

—¿Qué quieres, hijo? —le respondió éste—. El vino está fuera, es preciso beberlo.

—Realmente, no es más que un paseo esta excursión que hemos hecho de Máscate a Sohar, y la compañía no era mala.

—Veamos, Juhel, ¿no se podría formar una caravana de indígenas para ir a Loango?...

—No me fiaría yo de ellos más que de las hienas, panteras, leopardos y leones de su país.

—¡Ah! ¿Hay de esas alimañas?

—Sin contar víboras venenosas, cabras que lanzan su espuma a la cara, y boas de diez metros.

—Un lindo sitio, muchacho. ¡Ese excelente bajá no hubiera podido escoger otro más conveniente! ¿Y tú afirmas que esos indígenas?...

—Son de mediana inteligencia, sin duda, como todos los congoleños, pero tienen la suficiente para robar y hacer una carnicería en los locos que se aventuran por esta abominable región.

Este diálogo da una exactísima idea de las preocupaciones de Juhel participadas por Gildas Tregomain, preocupaciones muy fundadas, como claramente se comprende. Así es que experimentaron un verdadero alivio cuando Sauk, por mediación de Ben-Omar, presentó al portugués Barroso a Antifer y al banquero tunecino.

¡Más largas jornadas a través de aquellas peligrosas comarcas!

¡Más fatigas bajo aquel clima excesivo!

Como Sauk no había dicho nada de sus relaciones anteriores con Barroso; como Juhel no podía sospechar que aquellos dos miserables se habían conocido en otra época, su desconfianza no fue despertada.

Lo esencial era que el trayecto se efectuase por mar hasta la bahía de Ma-Yumba. El tiempo era bueno... Sería cuestión de cuarenta y ocho horas... La embarcación dejaría a los pasajeros en el puerto... seguiría hasta Baracka... y a la vuelta los recogería con el tesoro... y todos volverían a Loango, desde donde en el primer paquebote retornarían a Marsella... ¡En verdad que jamás se mostró la suerte tan propicia a Pierre-Servan-Malo! ¡Bien podría pagar el precio del transporte en el barco, por exorbitante que fuese! ¡Qué importaba semejante cosa!...

Pasarían dos días en Loango en tanto que llegaban los seis elefantes, expedidos del interior, a bordo del *Portalegre*. Gildas Tregomain y Juhel —el primero por su afán de instruirse— holgaron mucho de recorrer la aldea, la «banza» como se dice en la lengua del Congo.

Loango o Buala, la antigua ciudad, que mide cuatro mil seiscientos metros, está edificada en medio de un espeso bosque de palmeras. Hállase formada por una agrupación de factorías, rodeadas de «chirubeques» especie de cabañas hechas con troncos

de rafias y cubiertas de hojas de papiro. Los comercios son portugueses, españoles, franceses, ingleses, holandeses y alemanes. Como se ve, hay gran cosmopolitismo. Lo más digno de observar es la gente marinera. Los bretones de las márgenes del Raneé no se parecen en nada a estos indígenas medio desnudos, armados de arcos, de sables de madera y de hachas redondas. El rey de Loango, disfrazado con un viejo y ridículo uniforme, recuerda en algo al prefecto de Ile-et-Vilaine. Las poblaciones comprendidas entre Saint-Malo y Dinan no tienen viviendas como éstas, guarecidas bajo gigantescos cocoteros. Los maluines no son polígamos como los indolentes habitantes del Congo, que abandonan las más ásperas faenas a sus mujeres, y guardan cama cuando ellas enferman. No valen las tierras de Bretaña lo que éstas. Aquí basta remover el suelo para coger pingües cosechas. Sobre terrenos incultos crecen a maravilla el *manfrigo* o mijo, cuyas espigas pesan un kilogramo; el *bolcus*, el *luco* con que se fabrica pan, especie de maíz que da tres cosechas al año; arroz, patatas, *tamba* —variedad de nabo—, *insanguis* o lentejas, tabaco, caña de azúcar en los sitios pantanosos; junto a Zaire, viñas cuyas cepas han sido importadas de Canarias y de Madeira; higueras, bananos, naranjas llamadas *mambrochas*, limones, granadas, *coudes* —frutos en forma de piña que contienen una sustancia espesa y harinosa—; *neubanzams* —especie de avellanas muy apreciadas por los negros—; ananás y otras plantas.

Hay árboles enormes, como sándalos, cedros, palmeras y, sobre todo, baobabs, de los que se extrae un jabón vegetal y que produce además un fruto muy apetecido por los indígenas.

En la fauna existen ejemplares innumerables de jabalíes, cerdos, cebras, búfalos, ciervos, gacelas, antílopes en manadas, elefantes, martas cibelinas, chacales, onces, puerco espines, ardillas voladoras —especie de murciélagos—, gatos casi como tigres, sin contar las innumerables variedades de monos, chimpancés y *moues* pequeños de larga cola y cara violácea, avestruces, pavos reales, tordos, perdices, saltamontes comestibles, abejas, mosquitos,

canzos, moscas y moscardones hasta lo infinito. ¡Asombroso país! ¡Cuánto partido hubiera podido sacar de él Gildas Tregomain de tener tiempo para dedicarse a sus científicas aficiones!

Puede asegurarse que ni Antifer ni el banquero Zambuco sabían si los habitantes de Loango pertenecían a la raza negra o a la caucásica. En eso no se fijaban. Dirigían sus investigaciones mucho más lejos, hacia el norte, a un punto imperceptible, único en el mundo, un diamante rarísimo de deslumbradores destellos, de miles de quilates de peso y valor de millones de francos... ¡Lástima no haber puesto ya sus plantas en el islote número 2, término definitivo de su aventurada campaña!

Al amanecer del 22 de mayo hallábase el barco listo para el viaje. Los seis elefantes llegados la víspera habían sido embarcados con las precauciones que su respetable corpulencia exigía. ¡Eran magníficos en verdad, y hubieran hecho un gran papel en la compañía de un circo Sam Lockhart! No hay que decir que fueron encerrados en lo más profundo de la bodega.

Acaso no era muy prudente depositar semejante carga en una embarcación de ciento cincuenta toneladas. Tal lastre podía comprometer el equilibrio del navío. Ya se lo hizo observar Juhel al patrón, aunque el barco tenía suficiente anchura para salvar los bajos. Era su arboladura de dos palos muy separados con velas cuadras, porque un barco de este género sólo marcha viento en popa, y si bien no es grande su andar, hállase bien dispuesto para navegar sin temor a escollos.

Para mayor fortuna, el tiempo era favorable. En Loango, así como en toda Guinea, la estación de las lluvias, que comienza en septiembre, termina en mayo bajo la influencia de los vientos del noroeste. En cambio, desde mayo se siente un calor insoportable, apenas mitigado por el abundante rocío de las noches. Desde que nuestros viajeros desembarcaron adelgazaban a ojos vistas. ¡Más de 34° a la sombra! A creer lo que cuentan algunos exploradores de este país, que acaso sean de las Bocas del Ródano o de Gascuña, es tanto el calor que los perros se ven obligados a saltar

continuamente para no quemarse las patas en el calcinado suelo. ¡También aseguran haber visto jabalíes asados en su propia grasa! Gildas Tregomain casi estaba a punto de creerlo...

El *Portalegre* se hizo a la vela hacia las ocho de la noche. Todo el pasaje estaba completo, personas y elefantes. Antifer, como es sabido, con Zambuco, siempre obsesionados por el islote número 2; ¡oh, y qué peso se les quitaría de encima cuando el vigía les señalase allá en el horizonte!... Gildas Tregomain y Jul, formando otra pareja, el uno olvidando los mares africanos para pensar en su Mancha y en su puerto de Saint-Malo; el otro pensando únicamente en aspirar la fresca brisa... Sauk y Barroso en animado coloquio, y, ¿quién se había de asombrar, si hablaban la misma lengua, y gracias a su encuentro pudo Antifer disponer de aquella embarcación?

La tripulación se componía de una docena de mozos más o menos portugueses, de mal aspecto, cosa que si bien el tío, absorto en sus propias ideas, no observó, no pasó inadvertida para el sobrino, que se apresuró a comunicárselo al patrón. Respondióle éste que en aquellas alturas no podía juzgarse a la gente por su cara. Después de todo, ¿qué se puede pedir en una nave africana?

De seguir el viento reinante podía esperarse una travesía feliz. ¡*Portentosa África!* hubiera dicho Gildas de haber conocido el epíteto que los romanos aplicaron a este continente. En verdad que, a poco que se hubieran fijado en ello Antifer y sus compañeros al pasar ante la factoría Chillo, hubiéranse admirado del bello panorama que la costa les ofrecía. El único que parecía prestar atención al espectáculo era el barquero, como si quisiera conservar en su memoria algún recuerdo del viaje. No puede concebirse espectáculo más espléndido que aquella interminable sucesión de bosques espesos, escalonados tierra adentro, dominados, como presididos, por las sublimes montañas Strauch, medio veladas por las brumas. De trecho en trecho deja paso la costa a algún río o arroyo que mana entre los espesos matorrales, y al que los grandes calores no pueden secar, por más que toda aquella agua no afluye

al mar; gran parte de ella consumen los muchos seres vivientes que por allí pululan: los pajarillos gota a gota, y en mayores cantidades los pavos reales, los avestruces, los pelícanos y los cuervos, que con su canto y su vuelo animan aquel maravilloso paisaje. Vense por las márgenes manadas de esbeltos antílopes y de *empolangas* o búfalos del Cabo. Allí se revuelcan mamíferos enormes capaces de beberse un tonel de aquella agua límpida como el patrón pudiera beberse una copa; allí se bañan los tremendos hipopótamos, que parecen animales mixtos de jumento y cerdo; alguien afirma que la carne de aquellas atroces bestias no es desdeñada por los indígenas.

—¡Vamos, ya te gustarían unas patitas de hipopótamo al estilo de Santa Menebould! —dijo Gildas a Antifer, que se hallaba junto a él en la proa.

Pierre-Servan-Malo se encogió de hombros, dirigiendo al barquero una mirada sin expresión... una de esas miradas que no miran.

—¡No me ha entendido! —murmuró Gildas Tregomain, cuyo pañuelo le servía de abanico.

A lo largo del litoral veíanse ejércitos de monos saltando de árbol en árbol, gritando y gesticulando cuando veían acercarse al *Portalegre*.

Hay que advertir que ni las aves, ni los mamíferos y cuadrumanos citados inquietan a los viajeros que tierra adentro caminen de Loango a Ma-Yumba. Lo que constituye un verdadero peligro, una sorpresa tremenda, es ver aparecer de un salto formidable una pantera o un león entre los altos matorrales. Cuando la noche envuelve aquello en sus sombras, óyense terribles aullidos, potentes rugidos que interrumpen el nocturno silencio. Desde el barco percibíanse aquellos ruidos como rumor de tempestad. Debajo, en la bodega, los elefantes, excitados por tales llamadas, contestaban con gruñidos tremendos que hacían vibrar el piso, y agitábanse tanto que parecía que iban a desencuadernar la nave.

Decididamente, aquello era un cargamento peligroso para los pasajeros.

Cuatro días transcurrieron. Ningún incidente vino a romper la monotonía del viaje. El tiempo continuaba apacible, el mar, tan en calma que Ben-Omar no sentía molestia alguna. No obstante el pesado lastre que en los fondos llevaba, el *Portalegre* apenas tenía balanceo, y mostrábase casi insensible a las olas que con leve resaca iban a morir y a borrarse en la costa.

Gildas Tregomain nunca pensó que pudiera hacerse tan feliz pasaje.

—Parece que estamos a bordo de la *Encantadora Amelia*, a las orillas del Ranee —dijo a su joven amigo.

—Sí —respondió Juhel—; pero con la diferencia de que allí no había un capitán como Barroso y un pasajero como Nazim, cuya intimidación con el portugués me resulta cada día más sospechosa.

—¡Bah! ¿Qué crees que meditan? —preguntó Gildas Tregomain—. No tienen tiempo de preparar su plan, porque ya estamos muy cerca del fin.

Y así era, en efecto. Al amanecer del 27, después de haber doblado el cabo Banda, hallábase la embarcación a menos de veinte millas de Ma-Yumba, cuya noticia supo Juhel por medio de Ben-Omar, que a su vez la tomó de Sauk, quien, por encargo de Ben-Omar, interrogó a Barroso.

Aquella misma noche llegarían al pequeño puerto del Estado de Loango. Ya se distinguía en la costa la depresión que tras la punta Matooti forma la bahía, en cuyo fondo se oculta la población. Si el islote número 2 existía y ocupaba el lugar indicado por el último documento, allí en aquella bahía era donde debía buscarse fondeadero.

Antifer y Zambuco no cesaban de mirar con el catalejo, cuyo objetivo frotaban continuamente... El viento era muy ligero, la brisa casi tenue; el barco apenas andaba dos nudos.

Hacia la una dobló la punta Matooti. Un grito de alegría resonó a bordo. Los dos futuros cuñados acababan de ver, a un mismo

tiempo, una serie de islotes en el fondo de la bahía; seguramente, uno de aquéllos sería el que buscaban... Pero ¿cuál?... Al día siguiente se observaría con la luz solar.

A cinco o seis millas al este aparecía Ma-Yumba sobre un arenoso promontorio, entre el mar y el lago de Banya, con sus factorías y sus casitas medio ocultas entre los árboles. En la orilla movíanse algunos barcos de pesca, semejantes a enormes pájaros blancos.

La calma de la bahía era absoluta. Un bote no hubiera estado más tranquilo en un lago... ¿qué decimos en un lago?, en un estanque, y casi en una balsa de aceite. Los rayos del sol caían perpendiculares en aquellos parajes abrasando el espacio. Gildas Tregomain parecía, más que persona, fuente de sitio real en día de fiesta.

El *Portalegre* iba poco a poco avanzando merced a algunas ráfagas intermitentes del oeste. Ya se distinguían más claramente los islotes de la bahía. Podían contarse hasta siete, a manera de grandes cestas llenas de verdura.

A las seis de la tarde daba vista el *Portalegre* al pequeño archipiélago. Antifer y Zambuco estaban de pie en la proa; Sauk no podía dominar su impaciencia, justificando con su actitud las sospechas de Juhel. Los tres parecían quererse comer con los ojos el primer islote. ¿Acaso esperaban ver surgir de allí un volcán vomitando dinero, una erupción de millones?... ¿Un cráter de oro?...

Si hubiesen sabido que el islote en cuyas entrañas enterrara su tesoro Kamyk-Bajá sólo se componía de rocas estériles y piedras desnudas, sin un arbusto, sin un árbol, hubiesen dicho desesperados:

—No, ¡tampoco es ése!...

Bien es cierto que desde 1831, es decir, en un período de treinta y un años, la Naturaleza había tenido tiempo de cubrir de verdor y vegetación el estéril islote...

El *Portalegre* avanzaba tranquilamente, con las velas apenas hinchadas por las últimas brisas de la tarde. Iba a doblar la punta norte; pero si el viento cesaba, forzoso sería esperar hasta el amanecer.

De repente, un lastimero quejido dejóse oír junto al patrón, que iba de codos sobre la borda de estribor.

Gildas Tregomain se volvió...

El que acababa de lanzar tan sentida queja era Ben-Omar.

El notario estaba lívido y tenía el semblante descompuesto. Sufría los efectos del mareo...

Y ¿cómo podía ser con tal bonanza y en aquella bahía inmóvil, sin la más leve arruga en la líquida superficie?...

Pues sí; estaba mareado, y de ello no hay que asombrarse; en efecto, el navío empezaba a tener un balanceo inexplicable, absurdo; sucesivamente daba bandazos tremendos de babor a estribor.

La tripulación corrió de proa a popa... El capitán Barroso acudía a todas partes...

—¿Qué pasa? —preguntó Juhel.

—¿Qué es? —dijo el patrón.

—¡Acaso una erupción submarina amenaza echar a pique al *Portalegre*...!

Antifer, Zambuco y Sauk no parecen haberse dado cuenta de lo que ocurre.

—¡Ah! —grita Juhel—. ¡Los elefantes!

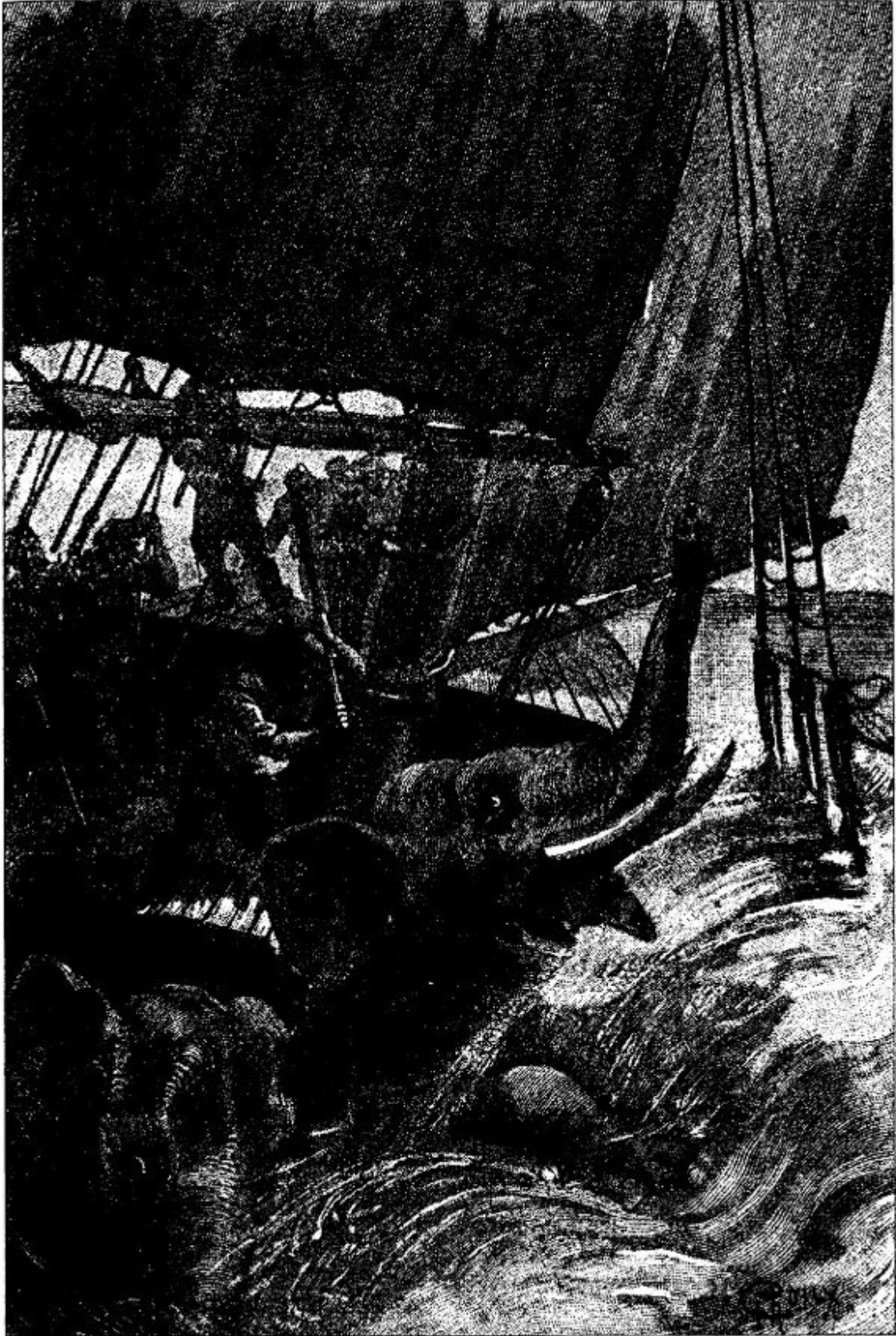
Efectivamente, los elefantes son la causa de aquel insólito balanceo. Les ha venido en gana a los animales hacer un ejercicio acrobático, y han comenzado a ponerse alternativamente ya sobre las patas traseras, ya sobre las delanteras, imprimiendo al barco un formidable cabeceo, lo cual parece agradar a los paquidermos, a la manera que agrada a la ardilla dar vueltas vertiginosas en su jaula giratoria; ¡pero buenas ardillas están hechas semejantes moles!...

Y el balanceo aumenta; las bordas casi llegan a ras del agua; el barco corre peligro de anegarse por babor o estribor...

Barroso, seguido de algunos marineros, se precipitó en la bodega, tratando de calmar a los excitados animales. Inútiles fueron gritos y golpes. Los elefantes agitaban sus trompas, movían como aventadores las orejas y agitaban los raquícos rabos, excitándose más cada vez y haciendo aumentar el atroz movimiento de la embarcación. Ya empezaba a entrar agua por encima de las bordas.

Esto no podía durar mucho.

En diez segundos el agua invadió la bodega y el navío empezó a hundirse, apagándose en el abismo los atroces rugidos de las bestias.



XXV

EN EL QUE ANTIFER Y ZAMBUCO DECLARAN QUE ELLOS NO
ABANDONARÁN EL ISLOTE EN QUE SE HAN REFUGIADO

—¡Vaya!... ¡Hemos tenido naufragio!... —pudo decir al día siguiente el ex patrón de la *Encantadora Amelia*.

En efecto, la víspera por la noche, después de desaparecer el barco bajo treinta o cuarenta metros de agua, los náufragos del *Portalegre* tuvieron que refugiarse en el islote de la bahía Ma-Yumba. Nadie pereció en aquella estupenda y original catástrofe; no faltó tripulante ni pasajero. Todos se ayudaron lo mejor que pudieron; Antifer acudió en auxilio del banquero Zambuco, Sauk sostuvo a Ben-Omar, en pocas brazadas pudieron llegar a las rocas del islote. Tan sólo los elefantes desaparecieron en un elemento para el que la Naturaleza no los creó ciertamente. Bien ahogados estaban: justo castigo por haber querido convertir el *Portalegre* en columpio o mecedora.

—¿Y nuestros mapas y los aparatos? —fue lo primero que gritó Antifer al llegar al islote.

Aquello era una pérdida irreparable; ni el cuadrante, ni el cronómetro, ni el libro *Conocimiento del tiempo* pudo ser salvado del siniestro.

Afortunadamente, el banquero y el notario, por una parte, y el capitán, por otra, llevaban en sus cintos el dinero del viaje; por aquí los náufragos podían estar tranquilos.

Hay que hacer constar que Gildas no tuvo que emplear grandes esfuerzos para sostenerse en el agua, cosa que fácilmente se comprende en virtud de una ley de física, puesto que, siendo el peso del líquido desalojado por un volumen superior al de su cuerpo, con dejarse llevar por las olas se vio tranquilamente a salvo, como un cetáceo, en una playa de arena amarilla.

En cuanto a secarse, fue tarea fácil; después de exponer las ropas al sol un rato, pudieron ponérselas perfectamente secas.

Sin embargo, pasaron muy mala noche bajo los árboles; cada uno se entregó a sus particulares reflexiones. Parecía indudable, según los datos del último documento, que en aquellos parajes se hallaba el islote número 2. ¿Pero cómo determinar el punto exacto en que se cruzaban el paralelo 3o 17' S y el meridiano 7o 23' E, el primero determinado por la noticia del islote del golfo de Omán, y el otro guardado en la caja del banquero tunecino? ¿Cómo precisarlo ahora que Juhel, sin cuadrante y sin cronómetro, no podía tomar alturas?...

—Hemos naufragado a la vista del puerto —dijo Zambuco.

—¡Yo no me voy de aquí sin registrar hasta los últimos rincones de los islotes de la bahía de Ma-Yumba, así tarde dieciséis años! —exclamó Antifer.

—¡Lástima! Todo tan bien preparado, y al final se ha desbaratado con ese maldito naufragio —agregó Sauk.

—¡Y mis elefantes, que no estaban asegurados! —añadió Barroso.

—¡Alá nos proteja! He aquí una prima que me va a costar cara, en el supuesto de que la cobre —dijo Ben-Omar.

—¡Ahora nada me impedirá volver a Europa junto a mi querida Énogate!... —dijo Juhel.

—No se embarque llevando a bordo elefantes payasos —exclamó en tono sentencioso Gildas Tregomain.

No pudieron dormir aquella noche. El frío no les molestaría, pero ¿y el hambre? ¿Con qué iban a acallar los enfurecidos estómagos? Si aquellos árboles eran cocoteros y tenían fruto, menos mal; se

contentarían con ellos hasta llegar a Ma-Yumba. ¿Pero acaso era fácil llegar, hallándose aún dicho punto allá, en el interior de la bahía, distante cinco o seis millas? ¿Hacían señales? ¿Y quién las veía?... ¿Iban a irse nadando las seis millas?... ¿Habría alguien, aun entre la tripulación, que pudiese lanzarse a semejante empresa?... En fin, al amanecer se deliberaría.

Nada indicaba en aquel islote la presencia de habitantes de la especie humana, porque de las otras no faltaban huéspedes molestos y aun peligrosos. Gildas Tregomain llegó a pensar que aquel islote debía de ser punto de cita de todos los monos del mundo. ¡Un congreso de monos! Seguramente estaban en la capital del reino de Jocko..., en Jockolia...

Por más que el tiempo continuaba siendo apacible y la resaca batía apenas las rocas, los náufragos no pudieron gozar de una hora de tranquilidad en aquel islote. El ruido incesante les impidió dormir.

Un extraño y confuso rumor dejábase oír alrededor de los árboles, algo como resonar de tambores de tropa del país y de ir y venir por entre el ramaje y la hojarasca, todo acompañado de gritos guturales y enérgicos, como alertas de infinitos centinelas. La profunda oscuridad de la noche impedía ver absolutamente nada.

Al amanecer pudieron darse cuenta de aquello.

El islote servía de refugio a una tribu de cuadrumanos, grandes chimpancés, de cuyas proezas fue cronista el francés Chaillu, que se dedicó a cazarlos en el interior de Guinea.

Aunque les debió el pasar la noche en vela, Gildas Tregomain no pudo menos de admirar aquellos magníficos ejemplares de antropoides. Eran precisamente aquellos jockos de Buffon capaces de ejecutar ciertos trabajos inteligentes reservados a la mano del hombre, con el ángulo facial casi correcto y los arcos superciliares poco salientes.

El ruido semejante al del tambor lo producían golpeándose el vientre muy inflado.

Lo que no se comprendía era por qué aquella partida de monos (lo menos había cincuenta) había elegido semejante domicilio, cómo habían ido allí desde tierra firme y cómo habían hallado alimentos suficientes. No tardó Juhel en averiguar que el islote tendría unas dos millas de longitud por una de anchura, y que se hallaba todo cubierto de árboles tropicales y era evidente que daban frutos comestibles, pues que de ellos subsistían los cuadrumanos; no menos cierto es que lo que comen los monos pueden comerlo los hombres: frutos, raíces, legumbres. Que fue precisamente lo que pensaron Juhel, el ex patrón y los marineros del *Portalegre*. Después de un naufragio y de una noche sin comer, la única idea que subyuga es la que queda apuntada: buscar algo para satisfacer el hambre.

No era frutas y raíces lo que faltaba allí, aunque éstas fueran silvestres; pero comerlas crudas no era fácil, a no poseer el estómago de un mono. Grandes dificultades no habría para cocerlas, puesto que contaban con un elemento muy principal: cerillas francesas auténticas. Quiso la buena estrella de los viajeros que Nazim tuviese el excelente acuerdo de proveerse de dicho artículo en Loango y que se preservasen del naufragio, resguardadas en la cajita de cobre en que aquél las llevaba. Al despuntar el alba viose el titilar de una hoguera bajo los árboles del improvisado campamento. Los náufragos se agruparon en torno a ella. Antifer y Zambuco no probaron bocado de aquel extraño desayuno, en que entraron como componentes algunos puñados de avellanas, a las que tan aficionados se muestran los habitantes de Guinea. Antifer y Zambuco se alimentaron, sin duda, con la cólera que sentían.

Pero los chimpancés, que probablemente comerían de aquellos manjares, acaso no verían con buenos ojos el banquete que iban a darse sus invasores, aquellos extranjeros que les saqueaban la despensa. Pronto se vio a algunos saltar muy impacientes; otros, inmóviles, contemplaban aquel cuadro, completamente nuevo para

ellos, y después todos, haciendo grandes muecas y visajes, formaron extenso círculo en torno a Antifer y sus colegas.

—¡Mucho cuidado! —observó Juhel, dirigiéndose a su tío—. Estos monos son muy respetables y diez veces más que nosotros, y además no tenemos armas...

La verdad era que al de Saint-Malo inquietábale mucho la presencia de los cuadrumanos.

—Tienes razón, hijo —dijo Tregomain—. Y que estos caballeritos me parece que no han de entender mucho de las leyes de la hospitalidad... Su actitud es un poco amenazadora...

—¿Acaso habrá peligro? —preguntó Ben-Omar.

—De ser degollados, sencillamente —respondió Juhel con mucha seriedad.

Ante semejante respuesta, el notario estuvo a punto de escapar... pero ¿a dónde?... Imposible...

Entretanto Barroso dispuso sus hombres de modo que estuviesen apercebidos para repeler cualquier agresión de los monos. Después se puso a conferenciar con Sauk; mientras Juhel no los perdía de vista.

Ya puede comprenderse cuál sería el tema del diálogo.

Sauk apenas podía disimular el disgusto que le causaba aquel imprevisto naufragio, que venía a echar por tierra su plan convenido. Había que preparar otro. Puesto que se encontraban en los parajes del islote número 2, no había duda de que el tesoro de Kamyk-Bajá se encontraba en alguno de los islotes de la bahía Ma-Yumba. Pues bien, lo que contaba hacer después de desembarazarse del francés y de sus compañeros, lo haría ulteriormente con la ayuda de Barroso y su gente... Por el momento nada podía intentarse... Si bien el joven capitán carecía de instrumentos náuticos, no obstante, las indicaciones suministradas por la última noticia debían permitirle dedicarse a sus investigaciones, de las que Sauk nada hubiera podido sacar.

Todo se concertó por aquellos dos picaros tan dignos de entenderse. No hay que decir que Barroso sería largamente

indemnizado por su cómplice de la pérdida que acababa de sufrir, y que el valor del barco, del cargamento y de los paquidermos le sería íntegramente reembolsado.

Lo esencial era llegar lo más pronto posible a Ma-Yumba. Precisamente algunas barcas de pesca habían zarpado. Se las distinguió fácilmente. La más próxima no estaría a más de tres millas del islote. Como el viento era muy suave, no llegaría antes de tres o cuatro horas a dar vista al campamento, desde donde le harían señales... No terminaría la jornada sin que los náufragos del *Portalegre* se hallasen instalados en una de las factorías de Ma-Yumba, en donde encontrarían franca y cordial hospitalidad.

—¡Juhel!... ¡Juhel!...

Esta llamada interrumpió la conversación de Sauk y el portugués. El que llamaba era Antifer.

—¡Gildas!... ¡Gildas!... —gritó después.

Juhel y el barquero, que seguían observando las barcas de pesca, fueron en seguida a reunirse con Antifer.

El banquero Zambuco también estaba allí. A poco se acercó Ben-Omar a una seña que le hicieron.

Dejando a Barroso que se reuniera con sus hombres, Sauk fue a incorporarse poco a poco al grupo, de modo que pudiera, disimuladamente, enterarse de lo que hablaban. Como a todo el mundo le constaba que aquél no conocía palabra del idioma francés, a nadie inquietó su presencia.

—Juhel —dijo Antifer—, escucha y pon atención, porque ha llegado el momento da adoptar una medida...

Y hablaba con voz entrecortada, como en el paroxismo de la irritabilidad.

—El último documento indica que el islote número 2 está situado en la bahía de Ma-Yumba... Ahora bien... estamos en esa bahía... ¡Es indudable!...

—Indudable, tío.

—Pero no tenemos cuadrante ni cronómetro... Ese estúpido de Tregomain, a quien en mal hora se los confié, los ha perdido...

—Yo primero me ahogo que dejarlos perder —exclamó Pierre-Servan-Malo.

—Y yo —añadió el banquero.

—Verdaderamente... señor Zambuco, tiene razón —afirmó Gildas Tregomain haciendo un gesto de indignación.

—En fin, se han perdido... —repuso Antifer—, y ahora, como se han perdido, Juhel, no puedes determinar la situación del islote número 2...

—Imposible, tío; y en mi opinión, lo que deberíamos hacer es marchar a Ma-Yumba en una de esas chalupas, volvernos por tierra a Loango y embarcarnos en el primer paquebote que haga escala.

—¡Eso jamás! —exclamó Antifer.

Y el banquero, como un eco fiel, repitió:

—¡Jamás!

Ben-Omar miraba alternativamente a uno y a otro, moviendo la cabeza como un idiota; Sauk escuchaba, aparentando no comprender.

—Sí... Juhel... iremos a Ma-Yumba... pero nos quedaremos allí, en lugar de partir para Loango... y estaremos todo el tiempo que sea necesario... para visitar todos los islotes de la bahía... todos los islotes... ¿comprendes?...

—¿Todos, tío?

—No son muchos... cinco o seis...; aunque fuesen cien, aunque fuesen mil, los visitaría yo todos, uno por uno.

—Pero, tío, eso no es razonable...

—¡Vaya si lo es! En uno de ellos está el tesoro... El documento indica hasta la orientación de la punta de tierra en donde lo ocultó Kamyk Bajá...

—¡A quien los demonios se lleven! —murmuró Tregomain.

—Con voluntad y paciencia acabaremos por descubrir el sitio que se halla marcado con la doble K...

—¿Y si no lo encontramos? —preguntó Juhel.

—¡Eso ni lo digas, Juhel! —exclamó Antifer—. ¡Por Dios te pido que no lo digas!

Y en un acceso de indescriptible furor, deshizo con los dientes el guijarro que rodaba entre sus mandíbulas. Nunca estuvo tan a punto de una congestión cerebral. Juhel no juzgó prudente insistir ante semejante tenacidad. En las pesquisas que, según su opinión, no darían resultado alguno, se emplearían lo menos quince días. Cuando Antifer se convenciera de que nada podía esperarse, tendría que volverse a Europa, quisiera o no quisiera.

—Pues entonces preparémonos para embarcar en esa chalupa de pesca que viene hacia acá...

—No; antes tenemos que visitar este islote... ¿Quién sabe si será éste?...

Después de todo, la observación era lógica. ¿Quién podía asegurar que los buscadores del tesoro no habían alcanzado su objetivo? ¿Acaso la casualidad no podía suplir el cuadrante y el cronómetro? ¿Que esto no era probable ni verosímil? ¡Sea! Pero al cabo de tantas contrariedades, fatigas y peligros, ¿por qué la fortuna no se había de mostrar propicia con sus fervientes adoradores?

Juhel no aventuró objeción alguna. Lo mejor era perder el menor tiempo posible. Era necesario reconocer el islote antes de que la chalupa tocara en tierra. Lo que había que temer era que, como la tripulación del *Portalegre* tenía gran prisa por arribar a Ma-Yumba para aprovisionarse en una de las factorías, no quisiera sufrir semejante retraso, tanto más cuanto que no se les explicaba la causa de semejante tardanza, porque decírselo era revelar el secreto de Kamyk-Bajá.

También podía suceder que en el momento en que Antifer y Zambuco, acompañados por Juhel y Gildas Tregomain, el notario y Nazim, se dispusieron a abandonar el campamento, Barroso y sus hombres se asombraran y la curiosidad les hiciera seguirlos...

Esto constituía una grave dificultad. Y en caso de que se descubriese el tesoro, ¿en qué actitud se colocaría la tripulación, ante el espectáculo de la exhumación de tres barriles llenos de oro, diamantes y otras piedras preciosas? ¿No era muy lógico pensar en escenas de violencia, en un asalto de aquellos aventureros que no

valían lo que costase la cuerda para colgarlos? Eran en doble número que los otros y poco trabajo les costaría dominarlos, y quién sabe si hasta asesinarlos. ¡Y el capitán no sería el que pusiera a raya a su gente! ¡Antes al contrario los excitaría, cuidando de quedarse con la mejor parte del botín!

Pero era inútil empeño querer vencer la obstinación de Antifer, haciéndole las consideraciones del caso, o sea que era más razonable perder algunos días y llegar a Ma-Yumba juntamente con la tripulación del *Portalegre*; instalarse allí de cualquier modo, y al día siguiente volver al islote en una barca fletada *ad hoc*, desembarazándose así de aquella gente sospechosa... El tío de Juhel no atendería a razones...

No había fuerzas humanas que le obligasen a partir sin registrar antes el islote... Así que cuando Gildas Tregomain hizo las objeciones del caso a su intransigente amigo, éste le envió bonitamente a paseo, terminando el diálogo con estas palabras:

—¡En marcha!

—Te suplico que...

—Quédate si quieres... No te necesito...

—¡Calma, hombre, calma!...

—¡Vente, Juhel!...

No había otro remedio que obedecer. Antifer y Zambuco abandonaron el campamento. Gildas Tregomain y Juhel se dispusieron a seguirlos. La gente del *Portalegre* nada hizo para impedirles el paso. El mismo Barroso no pareció inquietarse ante aquella brusca determinación.

¿A qué obedecería tal reserva?

He aquí la explicación: Sauk lo había oído todo, y no queriendo impedir ni retardar las pesquisas, con una sola palabra púsose en inteligencia con el capitán portugués.

Barroso entonces se dirigió hacia su gente, a la que ordenó que esperase allí mismo la llegada de las chalupas, con prohibición de abandonar el campamento.

Después, a una seña que Sauk le hiciera, Ben-Omar se puso en marcha para unirse con Antifer, que no tenía por qué extrañarse de ver al notario acompañado de su acólito Nazim.

XXVI

EN EL QUE LAS NARICES DE ANTIFER Y DEL BANQUERO ZAMBUCO
ACABARON POR ALARGARSE DESMESURADAMENTE

A juzgar por la altura del sol, debían de ser aproximadamente las ocho de la mañana; y se dice *aproximadamente*, porque los relojes de los náufragos se habían parado con motivo de la inopinada inmersión.

Si la gente de Barroso no siguió a los exploradores, no hizo lo mismo la tribu de cuadrumanos, de la que se destacaron una docena de chimpancés con la evidente intención de escoltar a aquellos invasores que se permitían ir a registrar sus dominios.

Los otros monos quedaron de guardia en el campamento.

Según iban andando, Gildas Tregomain no cesaba de mirar de soslayo a aquellos feroces guardianes de honor, que le respondían con horribles gestos y amenazas, acompañados de roncos gritos.

—Evidentemente —pensó— es que hablan entre ellos... ¡Qué lástima no poderlos comprender! Me gustaría mucho echar un párrafo con ellos...

En verdad que la ocasión era que ni pintada para comprobar las observaciones filológicas del buen americano Garner, o sea que los monos se sirven de ciertas palabras para expresar sus rudimentarios conocimientos, tales como *wo-huw* para significar la comida, *cheny* para la bebida, *iegk* para ponerse en guardia, etc.; afirma también que en el idioma simiano faltan la *a* y la *o*; la *i* es

muy rara, la *e* y la *é* son de poco uso, y, en fin; la *u* y la *ou* sirven de vocales fundamentales y primeras^[1].

El lector no habrá olvidado el contenido del documento hallado en el islote del golfo de Omán, en el que se indicaba la situación del islote de la bahía Ma-Yumba, precisándose el lugar en donde debían practicarse las pesquisas para hallar el consabido monograma de la doble K que marcaba el lugar en que el tesoro estaba oculto.

Según las instrucciones contenidas en la carta de Kamyk-Bajá al padre de Antifer, las investigaciones habían de practicarse en la punta meridional, y así se había hecho con el resultado que se sabe.

En el segundo islote indicaba el documento, por el contrario, que en una de las puntas de tierra al norte y en una roca era donde se encontraría el citado monograma.

Ahora bien, puesto que los náufragos habían arribado a la parte sur, debían dirigirse a la zona norte del islote número 2, lo cual exigía una marcha de dos millas poco más o menos. El grupo tomó, pues, la citada dirección con Antifer y Zambuco a la cabeza; Ben-Omar y Nazim en segunda fila, y Gildas Tregomain y Juhel a retaguardia.

Era muy natural que fuesen en primer término los dos herederos, que caminaban a buen paso sin hablar palabra y cuidando de que los compañeros no les tomasen la delantera.

El notario no perdió de vista a Sauk, pues tenía por cierto que éste se había concertado con el capitán para jugarles alguna mala partida. Su constante preocupación era que si al de Saint-Malo se le escapaba el tesoro, con éste volaba también su tanto por ciento convenido. Una o dos veces trató de abordar a Sauk; pero éste, con mirada torva y cara feroz, adivinando que acaso Juhel le espiaba, no le respondió.

Agravábase la desconfianza de Juhel al observar la actitud de Ben-Omar frente a Nazim. Hasta en los estudios de Alejandría es inadmisibles que el primer pasante mande y el notario obedezca, y sin duda alguna esto es lo que pasaba entre los dos personajes.

El ex patrón sólo se ocupaba de los monos. A veces respondía con sus gestos a los de ellos, guiñando los ojos, torciendo la boca y la nariz. Nanón y Énogate no le hubiesen reconocido si le hubieran visto hacer la competencia a los extraños animales.

¡Ah! ¡Énogate, pobrecilla! Seguramente estaría pensando en su novio, como siempre. ¡Y Juhel entretanto convertido en un pobre náufrago, y con semejante escolta de chimpancés! ¡Cómo había de imaginárselo su amada!...

En aquellas latitudes y en aquella época del año, el sol describe un semicírculo de este a oeste, cruzando casi por el cenit; de suerte que sus rayos hieren perpendicularmente, tostando el suelo, que no en vano se llama zona tórrida, porque se abrasa desde el alba al crepúsculo.

—¡Y estos monicacos tan frescos! —pensaba el ex patrón contemplando a la docena de cuadrumanos que se dedicaban a hacer evoluciones alrededor del grupo—. ¡Quién fuera mono!

No tenían los exploradores el recurso de resguardarse a la sombra de los árboles, pues éstos eran tan bajos y tan espesos y unidos que sólo siendo mono (como quería Gildas) podría penetrarse, y mucho menos abrirse paso a través de aquella maraña. Así se hallaba todo el litoral. Antifer y sus compañeros se veían precisados a dar mil rodeos para evitar las charcas, las rocas altísimas como pirámides; tropezaban mil veces en verdaderos laberintos de piedras caídas, cuando no podían seguir por la costa arenosa cubierta ya por la marea. ¡Áspero y penoso era el camino de la fortuna! ¡Sudaban sangre y agua! Pero había que convenir en que todo cuanto sufriesen, por mucho que fuera, habría de tener crecida recompensa. ¡Por cada paso mil francos!...

Una hora después de haber salido del campamento sólo habían recorrido una milla, o sea la mitad del camino. Ya se veían desde allí los extremos septentrionales del islote. Se destacaban tres o cuatro. ¿Cuál sería de aquellas lenguas de tierra la de la suerte? A menos de una casualidad muy inverosímil, no había de ser la primera que

visitasen. ¡Qué fatigosa iba a ser la jornada bajo aquel fuego del cielo!

Gildas Tregomain no podía más.

—¡Descansemos un instante! —suplicó.

—¡Nada, ni un minuto! —respondió Antifer, sin dejar de andar y clavando una irascible mirada en el barquero.

—Tío, es que el señor Tregomain está fundiéndose —observó Juhel.

—¡Pues que se funda! —replicó.

—¡Gracias, amigo mío!

Ante semejante respuesta, Gildas Tregomain se puso en marcha, tratando de no ser el último. Pero seguramente al término del viaje llegaría metamorfoseado en arroyuelo que, hirviendo a borbotones, correría por entre las altas rocas del islote.

Aún tardarían media hora en llegar al lugar donde se destacaban las cuatro puntas de tierra. Los obstáculos iban siendo mayores cada vez. Aquello era un laberinto sembrado de guijarros y pedruscos de aristas cortantes como cuchillos; una caída en aquel sitio hubiese producido graves heridas. ¡En verdad que Kamyk-Bajá tuvo acierto para buscar escondite a aquel tesoro, que le hubieran envidiado los reyes de Bassora, Bagdad y Samarkanda!

En aquel punto terminaba la parte de bosque del islote.

Los señores chimpancés no quisieron pasar de allí. Estos animales no dejan por gusto el abrigo de los árboles. El ruido de las olas del mar no tiene atractivos para ellos. Apurado se hubiera visto el americano Garner para hallar en el vocabulario simio la palabra «poesía».

Al detenerse la escolta no lo hizo pacíficamente, sino mostrando aptitudes belicosas y hostiles a los viajeros. ¡Qué aullidos tan feroces! ¡Qué violentamente tocaban el tambor en el abultado vientre! Uno de ellos empezó a coger piedras y a lanzarlas con vigoroso impulso. Si los demás le imitaban, Antifer y sus colegas corrían inminente riesgo de morir apedreados. Y esto hubiera sucedido de haber cometido los viajeros la imprudencia de contestar

a la agresión. Los monos eran superiores a ellos en fuerza y en número.

—¡No respondamos!... ¡No respondamos!... —exclamó Juhel al ver a Gildas Tregomain cogiendo proyectiles.

—Sin embargo... —articuló el ex patrón sin acabar la frase, porque una piedra le llevó el sombrero.

—No, señor Tregomain; alejémonos y pongámonos a salvo; ellos no pasan de ahí.

Era lo mejor que los viajeros podrían hacer. Cincuenta pasos más allá estuvieron ya fuera de tiro de los osados chimpancés.

Eran las diez y media aproximadamente. Véase cuánto tiempo emplearon en recorrer dos millas a lo largo del litoral. Al N. las lenguas de tierra se internaban en el mar unos ciento cincuenta o doscientos metros. La más larga del noroeste fue la que decidieron visitar primeramente Antifer y Zambuco.

Nada puede concebirse tan árido como aquel hacinamiento de rocas, unas empotradas en el suelo arenoso, otras esparcidas aquí y allá por la resaca durante la estación del tiempo inclemente y duro. Allí no se observó señal alguna de vegetación, ni aun siquiera los líquenes que tapizan las peñas. Ni una ova, que tan abundantes son en las riberas de las zonas templadas. De modo que no había que temer que la Naturaleza hubiese borrado el monograma que Kamyk-Bajá hiciera grabar en la piedra treinta y un años antes. Seguramente se hallaría intacto.

Y he aquí a nuestros exploradores dedicándose otra vez a las mismas pesquisas que antes hicieron en el islote del golfo de Omán. Parecerá increíble, pero los dos hombres, dominados por su obsesión, no daban grandes muestras de fatiga ni cansancio, no obstante tan penosa marcha bajo aquel sol abrasador. Aun el mismo Sauk, en interés de su amo (¿quién podría sospechar que obraba por el suyo propio?), desplegaba un celo incansable.

El notario, sentado entre dos rocas, ni se movía ni hablaba. Si se llegaba a descubrir el tesoro siempre tendría tiempo de intervenir y mostrarse parte haciendo valer sus derechos, tanto más cuanto que

podría ostentar su calidad de ejecutor testamentario, y ¡por Alá! que nunca le pagarían como se debía las infinitas tribulaciones que había sufrido desde hacía tres meses, los peligros que había corrido y de los que pudo librarse a costa de no pocos esfuerzos.

Juhel, que, obediente a Pierre-Servan-Malo, permanecía junto a él, se entregaba al minucioso examen de la situación:

«No es muy probable —se decía— que encontremos los millones enterrados. En primer lugar es preciso saber si el tesoro ha sido enterrado aquí o en algún otro de los islotes de la bahía. En segundo lugar hay que saber si es precisamente en esta punta de tierra; y en tercero, tenemos que descubrir entre este montón de rocas la que tenga la inicial doble ^indicada... Pero, en fin, aun dando por supuesto que todas estas circunstancias se verifiquen, y que todo ello no sea una mixtificación de ese endemoniado Bajá, si llevo yo a dar con el monograma, ¿acaso no fuera muy justo callarse?... Mi tío entonces renunciaría a la deplorable idea de casarnos, ¡a Énogate con algún duque disponible, y a mí con alguna duquesa!... ¡Pero no! Mi tío sufriría un desencanto terrible... ¡se volvería loco!... ¡Yo tendría sobre mi conciencia el peso de una mala acción!... ¡No! ¡Es preciso llegar hasta el fin!».

En tanto que Juhel se abismaba en estas cavilaciones, Gildas Tregomain, sentado en un gran peñasco, con los brazos caídos, colgando las piernas y la cara arrebatada, resoplaba como la foca que aparece a flor de agua después de una larga inmersión.

Las investigaciones continuaban, pero sin ofrecer resultado alguno. Antifer, Zambuco, Juhel y Sauk miraban y palpaban todos los bloques de piedra que por su orientación y tamaño podían ser el deseado. En vano se fatigaron con esta tarea por espacio de dos horas, sin dejar de recorrer toda la punta de tierra hasta su extremidad. ¡Nada! ¡Nada!... Y después de todo, ¿a quién se le podía ni se le pudo ocurrir la idea de enterrar el tesoro en un sitio como aquél tan batido por el mar y los temporales?... A nadie seguramente... ¿Y acaso iban a repetir la operación en todas las puntas del islote? ¡Sí! Al día siguiente manos a la obra... Antifer

volvería a la carga si le salía mal aquella primera tentativa. Irían a otro islote. ¿Abandonar la empresa? ¡Nunca! ¡Ni por todos los santos del calendario!

Por fin, no hallando indicio alguno, subió el grupo a lo más alto para desde allí terminar el examen dirigiendo una ojeada a todos los peñascos que por la arena se veía esparcidos... ¡Nada!... ¡Nada!...

Ya no les quedaba otro recurso que volverse a bordo de una de las chalupas que debían haber atracado junto al campamento y dirigirse a Ma-Yumba, para después continuar las operaciones en otro islote.

Al descender vieron a Gildas Tregomain y al notario en el mismo lugar en que los dejaron:

Antifer y Zambuco, sin pronunciar palabra, se dirigieron hacia la línea del bosque, donde los chimpancés esperaban el momento de aperibirse a nuevas demostraciones hostiles.

Juhel reunióse con Gildas Tregomain, que le preguntó:

—¿Y qué?...

—Pues que no hay ni señales de semejante letra K.

—Entonces... ¿vuelta a empezar?...

—Exactamente, señor Tregomain; levántese y venga con nosotros al campamento...

—¡Levantarme!... ¡Si pudiera!... ¡Vamos, ayúdame, hijo!...

No obstante su poderoso brazo, Juhel se vio un poco apurado para ayudar a Gildas a ponerse en pie.

Ben-Omar estaba ya junto a Sauk.

Antifer y Zambuco iban delante, a unos veinte pasos. Los cuadrumanos pasaron a vías de hecho, empezando a lanzar gran número de piedras. Preciso era ponerse a la defensiva.

¿Aquellos malditos monos trataban de impedir que los exploradores se reuniesen con Barroso y su gente?

De pronto se oyó un grito. Ben-Omar lo había dado... ¿Acaso le alcanzó alguna pedrada?

¡No!... Aquel grito no era de dolor... sino de sorpresa..., casi de alegría...

Todos se detuvieron. El notario, con la boca abierta y los ojos entornados, señaló con la mano hacia Gildas Tregomain.

—¡Allí!... ¡Allí!... —repetía.

—¿Qué es?... —preguntó Juhel—. ¿Es que se ha vuelto loco, señor Ben-Omar?

—¡No! ¡Allí!... ¡La letra!... ¡La doble K!... —repuso con voz entrecortada por la emoción.

Al oír estas palabras, Antifer y Zambuco se volvieron rápidamente.

—¡La letra!... ¡La letra!... —exclamaron.

—¡Sí!

—¿Dónde?

Y con la vista buscaban la roca sobre la que, según Ben-Omar, estaba grabado el monograma de Kamyk-Bajá. ¡No veían nada!...

—¿Pero dónde... estúpido?... —repetía el de Saint-Malo en tono grosero, inquieto y furioso.

—¡Allí! —dijo otra vez el notario.

Y con la mano extendida señalaba a Gildas Tregomain, que acababa de dar media vuelta encogiéndose de hombros.

—¡Mire... en su espalda!... —exclamó Ben-Omar.

En efecto, en la chaqueta de Gildas Tregomain apareció distintamente el trazado de una K doble. Era indudable que la roca en que se apoyó tenía la inscripción cuya huella llevaba el buen hombre en el dorso.

Antifer dio un salto, y cogiendo a su amigo por un brazo lo obligó a volver hacia el sitio en que estuvo sentado.

Todos le siguieron. Un minuto después se hallaban ante un gran bloque, en cuya superficie podía leerse claramente la ansiada consonante doble.

No sólo Gildas se había apoyado en la roca, sino que había estado tendido precisamente sobre el precioso sepulcro en que el tesoro reposaba...

Todos permanecían callados.

Se pusieron a trabajar. La faena sería muy pesada y difícil, porque carecían de herramientas apropiadas. ¿Bastarían los cuchillitos que llevaban para hender aquella masa rocosa?... ¡Sí..., y mientras tuviese uñas y dedos!...

Por fortuna, las piedras, carcomidas por la acción del tiempo, podían ser hendidas sin gran esfuerzo. Una hora de trabajo, y darían con los tres barriles... Después se los llevarían al campamento, y luego a Ma-Yumba... Pero el transporte no dejaría de ofrecer dificultades, y además había que ponerse a cubierto de las sospechas...

¡Bah! ¿Quién pensaba en eso? Lo principal era exhumar el tesoro, enterrado allí desde tantos años; en lo demás se pensaría después.

Antifer se llenaba las manos de sangre trabajando. Por nada del mundo hubiera dejado a nadie el placer de palpar los aros de los preciosos barriles...

—¡Al fin! —exclamó al sentir que su cuchillo acababa de chocar con una superficie metálica...

¡Dios de Dios! ¡Qué grito lanzó! Pintóse en su semblante, no la alegría, sino la estupefacción más infinita, el desencanto más grande. Quedóse pálido como un muerto. En lugar de los barriles citados en el testamento de Kamyk-Bajá, había una caja de hierro semejante a la que habían encontrado en el islote número 1, que contenía el monograma.

—¡Otra! —dijo Juhel, sin poderse contener.

—¡Esto es una farsa! —murmuró Gildas Tregomain.

Sacaron la caja de la fosa, y Antifer la abrió violentamente.

En el fondo apareció un viejo y amarillento pergamino en el que se hallaba escrito lo siguiente, que Antifer leyó en alta voz:

«Longitud del islote número 3: 15 grados, 11 minutos este. Una vez obtenida esta longitud por los colegatarios Antifer y Zambuco, deberá ser entregada y comunicada, en presencia del notario Ben-Omar, al señor Tyrcomel, *esquire*^[2], Edimburgo, Escocia, quien posee latitud del tercer islote».

¡De modo que el tesoro no fue enterrado en aquellos parajes de la bahía Ma-Yumba!... Había que ir a buscarlo a otro punto del globo, combinando la nueva longitud con la latitud del supradicho Tyrcomel, de Edimburgo... ¡Y ya no eran dos para participar de la herencia de Kamyk-Bajá, sino tres!

—Y luego —exclamó Juhel—, ¿del tercer islote nos enviarán a otro y a otro... y a cien más?... ¡Vaya, tío, no te empeñes en un imposible... no seas tan tonto como todo eso!... ¿Vas a recorrer todo el mundo?

—Eso sin considerar —añadió Gildas— que si Kamyk-Bajá ha nombrado legatarios a centenares, no va a valer el legado las fatigas que va a costar.

Antifer miró a los dos de alto a bajo, deshizo con los dientes un guijarro y dijo:

—¡Silencio en las filas! ¡Aún no he terminado!

Y cogiendo el documento, leyó las últimas líneas, concebidas en estos términos:

«Desde luego, y como indemnización de los trabajos y penalidades sufridos, los colegatarios tomarán, cada uno, un diamante de los dos depositados en esta caja, y cuyo valor es insignificante comparado con el de las otras piedras preciosas que después han de recoger»...

—¡Diamantes! —gritó Zambuco arrancando la caja de las manos de Antifer.

Efectivamente, allí había dos magníficos solitarios, que podían valer, según el banquero, aproximadamente cien mil francos el par.

—¡Y eso es todo! —dijo cogiendo uno de los diamantes y dejando el otro a su coheredero.

—Esto es lo que una gota de agua en el mar —añadió Antifer, guardándose la piedra en el bolsillo del pantalón y el documento en el de la chaqueta.

—¡Vaya! —dijo Gildas Tregomain moviendo la cabeza—, ¡esto es más serio de lo que yo pensaba!... ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? ¡Hay que ver!...

Juhel se limitó a encogerse de hombros: Sauk se consumía de impaciencia pensando que no encontraría ocasión más propicia que aquella.

En cuando a Ben-Omar, como no había brillante para él, no obstante la intervención que en el asunto se le daba según el citado pergamino, tornóse descompuesto y desmadejado: parecía un saco medio vacío pronto a caer en tierra desinflado.

Ciertamente, Sauk y él habían sido siempre juguete de las circunstancias con aquellos cambios de situación tan inopinados; en primer lugar, cuando dejaron a Saint-Malo ignoraban que iban a Máscate; y en segundo lugar cuando salieron de Máscate no sabían que iban a Loango.

Por efecto de una imprudencia muy lamentable, Antifer había dejado escapar un secreto que debió haber ocultado, pues todos habían oído la noticia de la longitud: 15 grados, 11 minutos este... Todos oyeron pronunciar al nombre de Tyrcomel, *esquire*, que vivía en Edimburgo, Escocia...

Seguramente que Sauk, ya que Ben-Omar no pudo, había grabado en su memoria aquellas cifras y esta dirección, mientras las anotaba definitivamente en su cartera. Así pues, Antifer y Zambuco cuidaron de no perder de vista al notario y al pasante, y ya se apercebían para que éstos no les tomasen la delantera en la segunda capital de Gran Bretaña, en Edimburgo.

No era de temer que Sauk hubiese comprendido algo, puesto que no sabía francés, pero era indudable que Ben-Omar le revelaría el secreto.

Juhel, por su parte, no dejó de observar la satisfacción que se pintó en el semblante de Nazim al oír los referidos datos, tan indiscretamente descubiertos por Antifer.

Después de todo, en su opinión, era una insensatez someterse por tercera vez a las póstumas extravagancias de Kamyk-Bajá. Lo que debía hacerse era sencillamente volverse a Loango y aprovechar el primer barco para retornar a su querida ciudad de Saint-Malo.

Tan prudente y lógica proposición fue comunicada por el sobrino al tío, quien le replicó:

—¡Eso nunca! El Bajá nos manda a Escocia, iremos a Escocia. Aunque tenga que dedicar a este asunto lo que me resta de vida.

—¡Mi hermana Talisma le ama lo bastante para esperarle aunque fuese diez años más! —añadió el banquero.

—¡Demonio! —pensó Gildas Tregomain—. ¡Cuando esa señorita tenga cerca de sesenta años!...

Cuantas observaciones se hicieron a Antifer fueron inútiles. Estaba decidido a correr en pos del tesoro, no obstante reducirse el haber a un tercio de la herencia del egipcio gracias a la participación del señor Tyrcomel.

Pero en cambio Énogate se casaría con un conde, y Juhel con una condesa.

XXVII

EN EL QUE ANTIFER Y SUS COMPAÑEROS ASISTEN A UN SERMÓN DEL
REVERENDO TYRCOMEL, LO QUE NO LES CAUSA EL MAYOR PLACER

«¡Sí, hermanos míos! ¡La posesión de las riquezas conduce fatalmente al crimen por el abuso! ¡La riqueza es la principal, por no decir la única causa, de cuantos males afligen a este mísero mundo! ¡El apetito del oro no puede producir en el alma sino grandes trastornos! ¡Imaginaos una sociedad en la cual no hubiese pobres y ricos!... ¡Oh! ¡Cuántas desgracias, cuántas aflicciones, cuántas penas, cuántos desórdenes, cuántas catástrofes, cuántas ruinas, cuántas tribulaciones, cuántos siniestros, cuántas angustias, cuántas calamidades, cuántos infortunios, cuántos desengaños, cuántas desesperaciones, cuánta desolación se ahorraría el género humano!».

Y aún se dejaba el locuaz sacerdote una porción de sinónimos que agregar a tan interminable lista para expresar las infinitas eventualidades en que se engendran las terrenales miserias. Aún pudo echar desde la cátedra sobre el paciente auditorio mucha más facundia, que, a juzgar por la muestra, no era lo que más le faltaba al predicador.

Tenía efecto dicho sermón en la tarde del 25 de junio, en Tron-Church, cuyo edificio fue, en parte, demolido para el ensanche de la plaza de High-Street. Era el predicador el propio Tyrcomel, de la Iglesia libre de Escocia. Los fieles que soportaban aquel torrente de palabras irían, indudablemente, desde el templo a sus casas a

recoger todos sus valores y arrojarlos en las aguas del golfo de Forth, que se halla a dos millas de allí, en la parte septentrional de Mid-Lothian, el célebre condado del que Edimburgo, la Atenas del norte, muéstrase orgullosa ostentando el título de capital de dicha región.

Una hora hacía que el reverendo Tyrcomel se hallaba dirigiendo la palabra al auditorio sobre el mismo tema, y no parecían hallarse muy cansados de la tarea ni el sacerdote ni los feligreses. En tales condiciones un sermón bien puede hacerse interminable. Y lo que es éste no llevaba trazas de concluir. El predicador continuó:

«Hermanos míos, dice el Evangelio: *Beati pauperes spiritu*, profundo axioma, cuyo sentido han tergiversado los impíos e ignorantes. ¡No! ¡No se refiere el Evangelio a los *pobres de espíritu*, a los imbéciles, sino a los humildes, a los que desdeñan las abominables riquezas, fuente de todo mal en las modernas sociedades! El Evangelio nos manda que despreciemos la fortuna terrena. ¡Ah! Hermanos míos, si por desgracia os afligen los bienes temporales, si el dinero llena vuestras cajas, si el oro os afluye a manos llenas...».

Al llegar a este punto intercaló una figura retórica, que produjo un estremecimiento en las señoras que le escuchaban, y fue de esta suerte:

«¡Oh, hermanas mías! Esos diamantes, esas piedras preciosas que lucís en vuestros cuellos y en vuestros dedos, no son sino una erupción infernal; aquellas de entre vosotras que pertenezcan a la alta sociedad deben considerarse muy desgraciadas, y yo os digo que vuestra enfermedad debe ser tratada por los medios más enérgicos, por el más atroz cauterio».

El auditorio tembló, como si sintiera penetrar el bisturí en aquellas llagas puestas al desnudo por el orador.

Pero lo más original del tratamiento propuesto para curar a los infelices que padecían la enfermedad del oro era que el predicador les recomendaba desembarazarse de tan pesada carga destruyendo los bienes materiales. No les decía: distribuid vuestra

fortuna entre los pobres. ¡Despojaos de vuestros bienes en provecho de los que carecen de ellos! No. Lo que predicaba era la desaparición de todo: oro, diamantes, títulos de propiedades, valores industriales o mercantiles; todo debían entregarlo a las llamas o arrojarlo al fondo del mar.

Para comprender mejor la intransigencia de estas doctrinas, conviene conocer la secta religiosa a la que el fogoso Tyrcomel pertenecía.

Escocia está dividida en mil parroquias; celebra sus juntas o sínodos, y tiene un tribunal supremo para la administración y ejercicio del culto nacional. Dada la tolerancia que en materia religiosa existe en el Reino Unido, se comprenderá que se cuenten hasta el número de mil quinientas las iglesias disidentes, llámense católicas, bautistas, episcopalistas, metodistas, etc. Pues bien; de esas mil quinientas iglesias o confesiones, más de la mitad proceden de la Iglesia libre de Escocia (*Free Church of Scotland*), la cual veinte años antes rompió abiertamente con la Iglesia presbiteriana de Gran Bretaña. Cabe preguntar: ¿cuál fue el motivo del cisma?... Pues sencillamente porque aquella juzgó a ésta poco impregnada del verdadero espíritu del calvinismo; no la halló bastante puritana.

El reverendo Tyrcomel predicaba a las gentes en nombre de la más intransigente de las sectas, la que no contemporiza con usos y costumbres. Juzgábase un enviado de Dios, que, sin duda, le había entregado un haz de rayos de su divina cólera para que los fulminase sobre la grey podrida por las riquezas, y que los fulminó, ya queda visto.

En punto a moralidad, aquel iluminado era tan severo para los demás como para consigo mismo. Y en lo tocante a lo físico diremos que era hombre de cincuenta años, alto y delgado, descolorido y huesudo el semblante; sus ojos eran muy brillantes; su voz de sonoro timbre, voz de pulpito; en fin, un apóstol, según él mismo se creía, inspirado por el Altísimo. Pero, a pesar de que los fieles se disputaban entrar en el templo para oír aquella vehemente oratoria,

no se supo de ninguno que, poniendo en práctica los consejos de Tyrcomel, se despojase en absoluto de sus bienes temporales. En este punto no hacía prosélitos el buen predicador, que en vano redoblaba sus esfuerzos, acumulando sobre el auditorio espesos nublados, de donde salían los rayos de su elocuencia.

El sermón continuaba salpicado de toda clase de tropos; las metáforas, las metonimias, los epifonemas lo llenaban todo. Pero si ante aquella argumentación se inclinaban las cabezas de los oyentes, los bolsillos no parecían dispuestos a vaciarse en las aguas del Forth.

La inmensa concurrencia que llenaba la nave de Tron-Church no perdía palabra del sermón de aquel energúmeno; y si no corría a ponerlo en práctica, no era seguramente por no haberlo comprendido. Hay que hacer, sin embargo, excepción de cinco oyentes que, ignorando la lengua inglesa, no hubiesen sabido de qué se ocupaba el *clergyman* a no ser por otro que les tradujo en buen francés las tremendas verdades que, cual lluvia evangélica, caían de aquella cátedra.

No hay que decir quiénes eran aquellos seis individuos, pues el lector habrá visto en ellos a Antifer y al banquero Zambuco; al notario Ben-Omar y a Sauk; al barquero Gildas Tregomain y al joven capitán Juhel.

Los habíamos dejado en el islote de la bahía Ma-Yumba el 28 de mayo, y los encontramos en Edimburgo el 25 de junio.

¿Qué aconteció en ese intervalo?

Helo aquí sumariamente:

Descubierto el segundo documento, no quedaba otro remedio que abandonar el islote de los monos, aprovechando la chalupa que, a las señales de la tripulación, había atracado junto al campamento. Antifer y sus compañeros volvieron a lo largo del litoral escoltados por la guardia chimpancé, que no cesaba en sus hostiles demostraciones de aullidos, muecas y pedradas.

Por fin llegaron al campamento sanos y salvos. En dos palabras puso Sauk a Barroso al corriente de lo sucedido. Imposible era,

pues, robar un tesoro que aún no se sabía dónde se hallaba.

La chalupa, amarrada al fondo de una pequeña ensenada, era capaz para conducir a todos los náufragos del *Portalegre*. Se embarcaron. Iban un poco estrechos, pero como sólo se trataba de una travesía de seis millas, la cosa no ofrecía grandes inconvenientes. Dos horas después atracaba la chalupa en la punta de tierra sobre la que se halla emplazada la población de Ma-Yumba. Nuestros personajes, sin distinción de nacionalidades, fueron hospitalariamente acogidos en una factoría francesa. Ocupáronse enseguida de proporcionarles medios de transporte para volver a Loango, teniendo además la suerte de ir en compañía de una caravana de europeos que se dirigían a la capital, con lo que nada tenían ya que temer ni de las fieras ni de los indígenas. Lo que les molestó extraordinariamente fue el calor de aquel clima insoportable.

Al llegar, sostenía Gildas a Juhel, que se había quedado hecho un esqueleto, lo cual no dejaría de ser una exageración.

Por fortuna para Antifer, no tuvieron que esperar mucho tiempo en Loango. Dos días después tocó en el puerto un vapor español que hacía la travesía de San Pablo de Loanda a Marsella, y que entró de arribada para reparar una avería de la máquina, cuya operación sólo duró veinticuatro horas. Tomaron pasaje en el vapor gracias al dinero salvado del naufragio, y el día 15 de junio Antifer y sus compañeros dejaron aquellos parajes del África occidental, en donde habían encontrado, juntamente con dos diamantes de gran valor, un nuevo documento y una nueva decepción. En cuanto al capitán Barroso, Sauk se había comprometido a indemnizarle más tarde, cuando echase mano a los millones del Bajá, a lo que el portugués se conformó.

Juhel no intentó ya disuadir a su tío de su empeño, por más que él tenía la convicción de que aquella aventura acabaría con algún desenlace de sainete. Gildas Tregomain tan incrédulo antes como se sabe, empezaba a preocuparse por el encuentro de los dos diamantes.

—Puesto que el Bajá —se decía— nos ha donado esas dos piedras, tasadas en cien mil francos, ¿acaso no estarán las otras en el islote número 3?

Y cuando así razonaba ante Juhel, que se encogía de hombros, repetía:

—¡Veremos!... ¡Veremos!...

De cuya opinión participaba Pierre-Servan-Malo. Puesto que el tercer coheredero que poseía la latitud del tercer islote habitaba en Edimburgo, allí había que ir, teniendo cuidado de que Zambuco y Ben-Omar, que conocían los 15° 11' E, no les tomasen la delantera yendo a comunicar sus datos al señor Tyrcomel. De modo que lo que importaba era ir por el camino más corto a Escocia y visitar todos juntos al reverendo predicador. Indudablemente esta resolución no parecería bien a Sauk, que hubiese deseado ir solo y tener una entrevista con el personaje designado en el pergamino, y obtenido el lugar del escondite, irse allá y desenterrar las riquezas de Kamyk-Bajá. Pero no podía partir solo; se sentía espiado por Juhel. Además, que no había otro remedio que ir todos juntos hasta Marsella, y que Antifer estaba resuelto a ir a Edimburgo por el camino más breve, utilizando los ferrocarriles de Francia y de Inglaterra. Sauk tenía que resignarse; no podía ser el primero. ¿Quién sabía si el golpe que falló en Máscate y en Loango resultaría ahora en Edimburgo, cuando se aclarase el asunto con ayuda del señor Tyrcomel?

La travesía fue directa y rápida. El vapor español no tocó en ningún puerto del litoral. Así nadie podrá extrañarse de que Ben-Omar, consecuente consigo mismo, fuera enfermo las veinticuatro horas del día y de que desembarcase en el muelle de Joliette en un estado lamentable.

Juhel llevaba escrita a Énogate una extensa carta, en la que le refería todo cuanto había pasado en Loango. Decíale también en qué nueva campaña los comprometía la obcecación de su tío, y que ignoraban adonde les llevarían los extravagantes caprichos del Bajá. Añadía que, en su opinión, Antifer se hallaba dispuesto a recorrer el

mundo como un judío errante, y así andaría hasta volverse loco de atar, lo que no tardaría en suceder, pues a tal estado de excitación mental habíanle llevado los últimos sucesos, que era de temer cualquier desenlace terrible... Luego su casamiento aplazado... su felicidad... su amor..., etc.

Apenas tuvo tiempo para depositar en el correo aquella triste misiva. Tomaron el rápido de Marsella a París, luego el expreso de París a Calais; después tomaron el vapor en Calais hasta Dover; de aquí a Londres en ferrocarril, y de Londres, en tren relámpago, a Edimburgo, y así fueron los seis, como eslabones de una cadena. Así que tomaron alojamiento en el Gibb's Royal Hotel, se fueron en busca del señor Tyrcomel. ¡Qué sorpresa! ¡Aquel señor era un sacerdote!

En razón de la fama de que gozaba el enemigo de la riqueza, pudieron averiguar sin gran trabajo el domicilio de dicho señor: 17, North-Bridge Street, en donde se presentaron; de allí se dirigieron al templo de Tron-Church, esperando a que terminase su fogosa perorata desde lo alto de la sagrada cátedra.

El plan de los viajeros era abordarle al terminar el sermón, acompañarle hasta su domicilio y ponerle al corriente de la situación, participándole la consabida noticia del documento... ¡Qué diablo! Al saber que se trataba de una millonada ya perdonaría la molestia...

Sin embargo, en todo aquello había algo extraño. Porque, ¿qué clase de relaciones podían haber existido entre Kamylyk-Bajá y aquel *clergyman* escocés? El padre de Antifer había salvado la vida al egipcio... El banquero Zambuco le había ayudado a salvar sus riquezas... Hasta aquí se explicaba el sentimiento de gratitud por parte del bajá, y la herencia... ¿Pero qué circunstancias habían mediado entre el clérigo y el testador para de tal suerte resultar relacionados?... Y no había duda: el pastor protestante era el poseedor de aquel dato precioso de la latitud para descubrir el tercer islote...

—¡Bien!... ¡Bien! —repetía invariablemente Antifer.

Gildas Tregomain no dejaba de participar de aquellas esperanzas y quizá de aquellas ilusiones.

Sin embargo, cuando los buscadores del tesoro vieron en el púlpito a aquel hombre cuya edad no aparentaba ser mayor de cincuenta años, su confusión aumentó por razones muy fáciles de comprender. Era indudable que el reverendo Tyrcomel no podía tener más de veinticinco años cuando Kamyk-Bajá fue encerrado en la prisión de El Cairo por orden de Mehemet-Alí, y desde luego era difícil admitir la hipótesis de que hubiese podido antes de esa edad prestar al egipcio servicio alguno... ¿acaso habría sido el abuelo, el padre o algún tío de Tyrcomel el causante de la gratitud del Bajá?...

Fuese lo que fuese, poco importaba. Lo esencial era que el *clergyman* tuviese en su poder la preciosa latitud indicada por el documento hallado en la roca; antes de acabar el día sabrían a qué atenerse.

Antifer, Zambuco y Sauk parecían quererse comer con los ojos al predicador; de lo que decía no entendían una palabra. Juhel era el que se asombraba de lo que oía.

El sermón seguía siempre sobre la misma tesis y con la misma furibunda elocuencia. Tyrcomel invitaba a los reyes a que arrojasen al mar sus listas civiles, y a las reinas a que hiciesen volatilar los diamantes de sus joyas, y a los capitalistas a que destruyesen sus riquezas. Imposible parecía que pudieran decirse tantas atrocidades con tan encarnizada intransigencia.

Juhel en tanto murmuraba estupefacto:

—¡He aquí otra complicación!... ¡Decididamente, a mi tío se le nubla la buena estrella!... ¿Y a este hombre, a semejante energúmeno, pudo dirigirnos nuestro endemoniado Bajá?... ¿Y a tal presbítero va a ir mi tío a pedir los medios de descubrir el tesoro?... ¡Antes lo cogerá y lo aniquilará entre sus manos!... He aquí un obstáculo con el que no contábamos, obstáculo infranqueable que podía poner término a la campaña que hemos emprendido... ¡Y que con ello se le presenta al reverendo Tyrcomel una ocasión que ni pintada para aumentar su popularidad! ¡Buen golpe le espera a mi

tío! ¡Acaso su razón no pueda resistirlo!... ¡Zambuco, y quizás también Nazim, serán capaces de todo por arrancarle el secreto... hasta de martirizarle y aun...! ¡Vaya! Yo también me dejo llevar... ¡Bien! ¡Que se guarde su secreto! Yo no sé si será verdad que las riquezas no dan la felicidad; pero lo que sé es que, si seguimos tras el tesoro, se aplaza indefinidamente la mía. Y si no quisiera el buen Tyrcomel darnos su latitud para compararla con la longitud que a costa de tantos trabajos hemos adquirido, nos volveríamos a Francia, y de ese modo...

—¡Obedezcamos a Dios! —decía en aquel momento el predicador.

—¡Así debe ser —pensó Juhel—, mi tío debe someterse a la voluntad de Dios!

El sermón amenazaba prolongarse hasta la eternidad. Antifer y el banquero daban visibles muestras de impaciencia; Sauk se mordía el bigote. El notario estaba muy contento de no hallarse sobre cubierta. Gildas Tregomain, con la boca abierta y moviendo la cabeza, escuchaba atentamente por si encontraba alguna palabra que poder traducir; pero era en vano. De vez en cuando todos miraban al joven capitán, como preguntándole:

—¿Qué dice este demonio de hombre que tanto habla?

Cuando parecía que iba a terminar, reanudaba el discurso.

—Pero ¿qué dice? Tú, Juhel —preguntó muy impaciente Antifer en voz tan alta que provocó los siseos del auditorio.

—Ya te lo diré, tío.

—Si él supiera la noticia que le traigo, pronto cortaba el sermón y se bajaba del pulpito.

—¡Eh!... ¡Eh! —murmuró Juhel en un tono tan singular que Antifer frunció el entrecejo de un modo terrible.

Pero como en el mundo todo es finito, así sea un sermón de la Iglesia libre de Escocia, el reverendo Tyrcomel iba dando a comprender que la perorata tocaba a su término. Su facundia era más trabajosa, sus ademanes más descompuestos, sus metáforas más rebuscadas y sus imprecaciones más tremendas. Aún dio otro

toque de rebato contra los detentadores de riquezas, contra los poseedores del vil metal, exhortándolos a que lo fundiesen en el crisol de este mundo si no querían ellos ser abrasados en el otro. En un período de supremo esfuerzo oratorio, haciendo alusión al título de aquel templo que retumbaba a sus sonoras frases, dijo:

«Así como en otro tiempo había en este sitio una balanza donde se clavaban las orejas de los notarios infieles y de los malhechores, así en la balanza del juicio final seréis pesados sin piedad, y al peso de vuestro oro descenderéis en el platillo a los profundos infiernos».

Aquel sermón no podía terminar de otra manera que con una imagen tan tremebunda.

El reverendo Tyrcomel hizo un ademán de despedida; aquello en los templos católicos es la bendición que desde el pulpito desciende hasta los fieles. El predicador desapareció.

Antifer, Zambuco y Sauk se dispusieron a esperarle a la salida de la iglesia, a cogerle poco menos que por sorpresa, *interviewarle, bic et nunc*. ¿Cómo iban a esperar hasta el día siguiente, aplazando siete u ocho horas el interrogatorio? No podían soportar toda una noche víctimas de horrible curiosidad. Se precipitaron hacia el pórtico, atropellando a los fieles, que protestaban ante una grosería semejante en tan sagrado lugar.

Gildas Tregomain, Juhel y el notario iban detrás, guardando más compostura. Todos se vieron defraudados. Sin duda el buen Tyrcomel, deseoso de esquivar la ovación que se había ganado, único resultado práctico de su sermón, había salido por una puerta lateral del Tron-Church.

En vano le esperaron en las gradas del peristilo, en vano le buscaron entre los fieles, en vano preguntaron... El *clergyman* no había dejado de su paso por entre la multitud más huella que la que deja el pececillo en el agua y el pájaro en el espacio.

Todos desesperados, se miraban furiosos como si algún genio maléfico les hubiera arrancado su deseada presa.

—¡Bien, 17, North-Bridge-Street! —exclamó Antifer.

—Pero tío...

—Y antes de que se acueste —añadió el banquero— sabremos arrancarle...

—Pero señor Zambuco...

—¡No se admiten observaciones, Juhel!

—Una... una sola... tío...

—¿Sobre qué? —preguntó Antifer ya en el paroxismo de la cólera.

—Sobre lo que acaba de predicar el señor Tyrcomel.

—¿Y a nosotros qué nos puede importar?

—Mucho, tío.

—¿Te burlas, Juhel?

—¡Se trata de algo demasiado serio, y aun añadiré que algo desagradable para ti!...

—¿Para mí?

—¡Sí, escucha!

Y Juhel, en pocas palabras, hízoles conocer la disposición de ánimo del pastor protestante, la tesis sostenida en su interminable sermón, en el que demostró que, si dependiera de él, ¡hundiría en los abismos del océano todas las riquezas del mundo!

El banquero quedóse aterrado y Sauk también, no obstante estarle prohibido entender. Gildas Tregomain hizo un gesto de disgusto. ¡Aquello era una nueva desilusión que les caía encima como una teja en la cabeza!

Sin embargo, Antifer no se daba por vencido, y en tono de profunda ironía dijo a su sobrino:

—¡Tonto!... ¡Más que tonto!... ¡Esas cosas se predicán cuando no se tiene un céntimo! ¡Deja que vea en lontananza treinta millones, y entonces el buen Tyrcomel ya no pensará en tirar el dinero al agua!

Evidentemente, aquella réplica indicaba un gran conocimiento del misterioso corazón humano. Fuese lo que fuese, decidieron no ir aquella noche a la casa de North-Bridge-Street, y los seis fuéronse de retirada y en buen orden al Gibb's Royal Hotel.

XXVIII

EN EL QUE SE VE QUE NO ES FÁCIL OBLIGAR A UN CLERGYMAN A DECIR
LO QUE NO QUIERE

La casa del reverendo Tyrcomel estaba situada en el barrio de la Canongate, la más célebre de las calles de la vetusta ciudad, la «Vieja ahumada» como se la denomina en los antiguos pergaminos. Dicha casa lindaba con la de John Knox, cuya ventana tantas veces se abrió en el siglo XVII para que el famoso reformador arengase a la multitud. Esta proximidad no dejaba de agradar al venerable Tyrcomel. También él pretendía imponer sus reformas, aunque no lo hacía desde la ventana, sino desde el púlpito, por la sencilla razón de que su ventana no daba a la calle, sino que dominaba hacia la parte de atrás el antiguo barranco del norte, surcado hoy por líneas férreas y transformado en jardín público.

Y aunque por la calle resultaba el piso tercero, por el lado del barranco tenía la altura de un piso octavo; tal era la diferencia de nivel; y claro es que, desde semejante elevación, no era fácil hacerse oír.

Era una casa triste y modesta, una de tantas casucas viejas, malas y feas designadas bajo el nombre de *closes*.

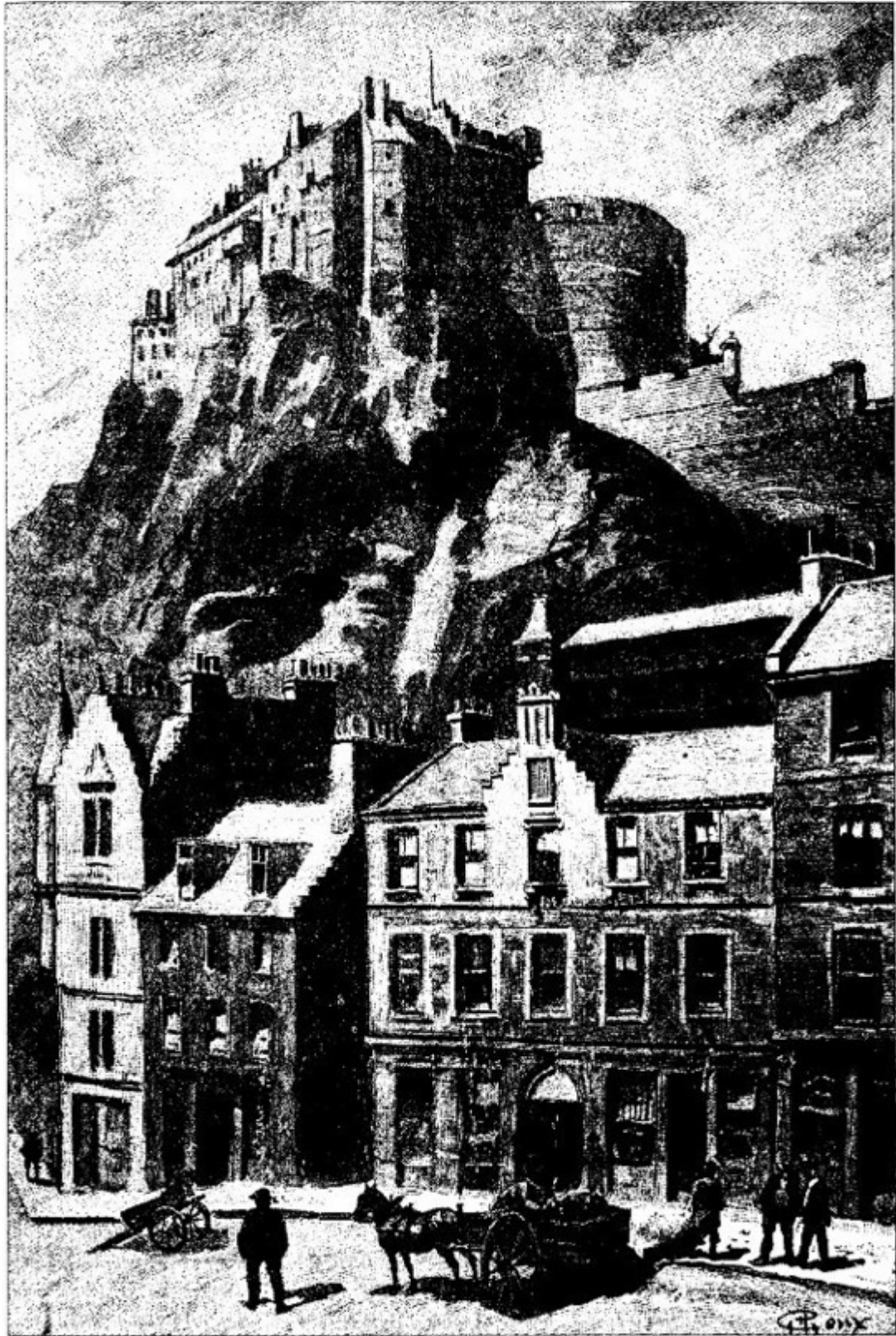
De este modo son en la mayor parte las edificaciones de la histórica Canongate, que bajo diversos nombres se extiende desde el castillo de Holyrood, al de Edimburgo, una de las cuatro fortalezas que tiene Escocia a las que el tratado de la Unión impone el deber de hallarse siempre apercebidas a la defensa.

Ante la puerta de la casa antedicha, y en la mañana del 26 de junio, se detenían Antifer, Zambuco y Juhel a tiempo de dar las ocho en el reloj de la iglesia vecina. No rogaron a Ben-Omar que les acompañase, porque era inútil su presencia en aquella primera entrevista. Sauk, por lo tanto, tampoco podía tomar parte en ella, lo que le contrarió bastante. Si por acaso el *clergyman* revelaba el secreto de la latitud, Sauk no estaría allí presente para tomar nota de ello, y, por consiguiente, veíase imposibilitado de adelantarse al de Saint-Malo en sus pesquisas en el islote número 3.

Gildas Tregomain se había quedado en el Gibb's Royal Hotel esperándolos, distrayéndose entretanto en contemplar las maravillas de Prince's-Street, y las pretenciosas elegancias del monumento de Walter Scott.

Juhel no había podido excusarse de seguir a su tío, siquiera en calidad de intérprete. Además, también él experimentaba gran curiosidad por conocer el punto en donde se hallaba el repetido islote, porque aún pudiera suceder que el bromista bajá los enviase a paseo hacia los mares del Nuevo Mundo.

Conviene anotar aquí que, exasperado Sauk al ver desbaratado su plan, volvió sus iras, como de costumbre, contra Ben-Omar, llenando de improperios al infortunado notario así que salieron los coherederos.



—Sí, por culpa tuya... —dijo atropellando los muebles—. ¡Me dan ganas de hacerte pagar tu imprudencia o bastonazos!

—Excelencia, yo he hecho cuanto he podido.

—¡No! ¡No lo has hecho! Debías haberte impuesto a ese estúpido del marinero; decirle que tu presencia era necesaria, obligatoria, y al menos... hubieras ido... y me hubieras podido decir lo del islote... y acaso hubiese podido adelantarme a ellos... ¡Que Mahoma te confunda! ¡Primero en Máscate, luego en Ma-Yumba, y ahora, por tercera vez, van a ser desbaratados mis proyectos! ¡Y todo por ti, que te estás ahí plantado en tu pata como una cigüeña disecada!

—¡Yo le ruego, excelencia!...

—Pues yo te juro que, como me salga mal..., con tu pellejo me voy a cobrar.

Y así continuó desarrollándose aquella escena, con tal violencia que llegó a oídos de Gildas Tregomain, que se acercó hasta la puerta de la habitación. Felizmente para Sauk su cólera manifestábase en lengua egipcia; de haber increpado a Ben-Omar en francés, Gildas Tregomain hubiera descubierto tan abominables proyectos y hubiese desenmascarado a Nazim, dándole su merecido.

Sin embargo, no dejó de llamarle la atención el tono agrio y violento en que era tratado Ben-Omar por su pasante y sin duda esto justificaba algo las sospechas del joven capitán.

Después de haber franqueado los umbrales de la casa del pastor; Antifer, Zambuco y Juhel comenzaron a subir por una estrecha escalera de caracol, sujetándose a una mugrienta cuerda que servía de pasamanos. Seguramente el barquero, aunque algo más delgado ya, no hubiese podido subir por tan angosto y sombrío lugar.

Por fin llegaron los visitantes al tercer rellano, que era el último piso que por aquel lado tenía la casa.

En una puertecita de forma ojival se leía: «Reverendo Tyrcomel». Antifer lanzó un vigoroso ¡uf! de satisfacción, y llamó.

Pasó un rato, y nadie respondía. ¿Acaso el *clergyman* no estaba en su casa?... ¿Y por qué no estaba?... ¡Un hombre a quien se le traían millones!...

Segunda llamada un poco más fuerte.

Esta vez oyose leve ruido en el interior de la habitación; y ya que no la puerta, por lo menos se abrió un ventanillo que bajo el letrero había.

Por allí apareció una cabeza, la del clérigo, fácil de conocer bajo el sombrero que le cubría.

—¿Qué quieren? —preguntó con tono de mal humor.

—Deseamos hablarle unos instantes —respondió Juhel en inglés.

—¿Sobre qué?

—Sobre un asunto importante.

—Yo no tengo asuntos... ni importantes ni de ningún género.

—Vamos, ¿abre o no el cura? —exclamó Antifer enfadado con tantos preparativos.

Así que el presbítero le oyó expresarse en una lengua que hablaba como la suya propia, le preguntó:

—¿Son franceses?

—Sí, franceses —respondió Juhel.

E imaginando que con ello facilitaría la entrada, añadió:

—Franceses que asistieron a su sermón de ayer en Tron-Church...

—Y qué, ¿quieren convertirse a mis doctrinas? —replicó seriamente el *clergyman*.

—Puede que sí, padre.

—Al contrario —murmuró Antifer—; él va a ser el que se va a convertir a las nuestras. A menos que nos abandone su parte...

Abrióse la puerta, y los pretendidos neófitos se encontraron en presencia del reverendo Tyrcomel.

Una sola habitación, iluminada en el fondo por la ventana del barranco; en un ángulo, una cama de hierro con un jergón y una colcha; en el otro, una mesa con varios utensilios de tocador. Por

todo asiento, un taburete; por todo mueble, un armario cerrado que, sin duda, servía de guardarropa. Sobre un estante, unos libros, entre los cuales veíase la tradicional Biblia con las tapas muy sobadas; junto a la Biblia, papeles, plumas y una escribanía. Cortinas no había. Papel en las paredes, tampoco. Sobre la mesa de noche, una palmatoria con la pantalla muy caída. Aquella pieza era a la vez alcoba y gabinete, todo en reducido espacio, en lo absolutamente preciso. El *clergyman* comía en un restaurante no lejos de su casa, y puede asegurarse que no sería un restaurante a la moda.

El reverendo Tyrcomel, vestido de negro, con larga y ceñida levita, y llevando al cuello blanca corbata, se quitó el sombrero cuando entraron Antifer y sus colegas; y si no les ofreció un asiento, fue porque sólo tenía el mencionado taburete.

En verdad que en aquella celda cenobítica, en donde apenas se hallarían treinta chelines, harían buen papel los millones...

Antifer y el banquero Zambuco se miraron. No sabían cómo romper el fuego. Desde el momento en que el nuevo coheredero hablaba el francés, la intervención de Juhel era innecesaria. El joven capitán iba a ser mero espectador, cosa que a la verdad prefirió, limitándose a satisfacer su curiosidad. ¿Quién vencería en aquella lid?... El no apostaría por su tío.

Al principio sentíase éste muy comprometido, más de lo que él mismo se figuró. Dado lo que sabía de las opiniones del intransigente pastor sobre los bienes temporales, juzgó prudente proceder con cautela, tanteando el terreno, ir poco a poco hasta conseguir que el *clergyman* le mostrase la carta de Kamyk-Bajá que debía tener en su poder, y en cuyo documento, a no dudar, se hallarían las datos deseados: la última latitud.

Tales fueron los consejos que Zambuco dio a su futuro cuñado. Pero ¿sabría éste contenerse? En el estado de excitación en que se hallaba, ¿no era posible que lo echase todo a rodar a la menor resistencia?

De todos modos, él no había de ser el primero que tomase la palabra. En tanto que los tres visitantes formaban un grupo en el fondo de la habitación, el pastor colocose entre ellos en actitud de predicar. Creyendo que aquellos hombres iban efectivamente a someterse a sus doctrinas, estaba buscando la manera de endilgar otro sermón, renovando en él sus ideas y principios.

—Hermanos míos —dijo juntando las manos en actitud de reconocimiento—, yo doy gracias al Autor de todo lo creado por haberme concedido el don de la persuasión, merced al cual ha podido penetrar en vuestras almas el desprecio a la fortuna, el desdén hacia las riquezas terrenas...

¡Había que ver las caras de los dos coherederos al oír aquel exordio!

—Hermanos míos —continuó—, destruyendo los tesoros que poseéis...

—¡Todavía no los poseemos! —estuvo a punto de exclamar el tío de Juhel.

—Daréis un admirable ejemplo, que será imitado por todos aquellos cuyo espíritu sea capaz de elevarse sobre la ruin materia de la vida...

Antifer, por un brusco movimiento de sus mandíbulas, pasó el guijarro de un lado a otro de la boca, mientras Zambuco pareció decirle al oído:

—¿Qué hace que no explica a este charlatán el objeto de nuestra visita?

Una señal afirmativa fue la respuesta del de Saint-Malo, que decía para sus adentros:

—¡Como que voy a dejar a este sacamuelas que nos eche otro sermón como el de ayer!

El reverendo Tyrcomel, abriendo entonces los brazos para recibir en ellos a los pecadores arrepentidos, dijo con una voz llena de unción:

—Decidme vuestros nombres, hermanos míos, a fin de...

—Le diremos cómo nos llamamos y lo que somos —interrumpió Antifer—: yo, Antifer, Pierre-Servan-Malo, capitán retirado de la marina de cabotaje; Juhel Antifer, sobrino mío, capitán de buque, el señor Zambuco, banquero en Túnez...

El clérigo se había adelantado hacia la mesa para ir inscribiendo los nombres, diciendo:

—Traerán seguramente sus fortunas para dejarlas aquí... ¿acaso millones?...

—En efecto, señor Tyrcomel, de millones se trata; cuando reciba su parte puede destruirla del modo que mejor le plazca... Pero en lo tocante a nosotros, ya varía...

¡Vamos! Antifer ya se había disparado. Juhel y Zambuco así lo comprendieron al notar el cambio operado en la fisonomía del pastor, que frunció la frente, volvió los ojos y cruzó los brazos como si cerrase su pecho con ellos.

—¿De qué se trata, señores?... —preguntó retrocediendo un paso.

—¿De qué?... —dijo Antifer—. Oye, Juhel, explica tú la cosa, porque yo no sé si sabré medir las palabras...

Y Juhel «explicó la cosa» sin reticencias. Refirió todo cuanto se sabía de Kamyk-Bajá; los servicios prestados a éste por su tío Thomas Antifer; las obligaciones contraídas para con Zambuco; la visita a Saint-Malo del ejecutor testamentario Ben-Omar, notario de Alejandría; el viaje al golfo de Omán, en donde se hallaba el islote número 1; la expedición a Ma-Yumba, en donde estaba el islote número 2, y el descubrimiento del pergamino en que se ordenaba a los dos coherederos que buscasen al tercer copartícipe, que era precisamente el reverendo Tyrcomel, *esquire* de Edimburgo, etcétera.

El *clergyman* escuchó a Juhel sin pestañear, sin mover un músculo de su cara. Una estatua de bronce o mármol no hubiese permanecido más inmóvil. Cuando el joven capitán hubo terminado su relato, y al preguntar a Tyrcomel si había conocido a Kamyk-Bajá, le respondió:

—¡No!

—¿Y su padre?

—Puede ser.

—Eso no es una respuesta —observó Juhel, procurando calmar a su tío, que se movía muy impaciente cual si le picase una tarántula.

—Es la que me parece oportuno dar —replicó secamente Tyrcomel.

—Insista, insista, señor Juhel —dijo el banquero.

—Cuanto sea posible, señor Zambuco —respondió Juhel.

Y dirigiéndose al pastor, cuya actitud indicaba su firme voluntad de encerrarse en una gran reserva, dijo:

—¿Me permitirá que le dirija una pregunta, una sola?

—Sí... ¡como yo me permitiré no responderle a ella!...

—¿Sabe si su padre estuvo alguna vez en Egipto?

—¡No!

—Pero ya que en Egipto no, estuvo en Siria; y precisando más, ¿en Alepo?

No hay que olvidar que en este punto había residido Kamyk-Bajá durante cierto número de años antes de volver a El Cairo.

Después de un momento de vacilación, Tyrcomel convino en que su padre había estado en Alepo, en donde conoció a Kamyk-Bajá. Luego no había duda de que mediaron entre éste y aquél iguales motivos de gratitud que entre Thomas Antifer y el banquero Zambuco con respeto a Kamyk-Bajá.

—Pues ahora me permito preguntarle —añadió Juhel— si su padre recibió una carta del bajá...

—Sí.

—¿Una carta en la que se hablaba de un islote que contenía un tesoro?...

—Sí.

—¿Y en esa carta se halla la latitud de ese islote?

—Sí.

—¿Y dice en ella que un tal Antifer y un tal Zambuco vendrían a visitarle con ese motivo?

—Sí.

Aquellos «sí» del *clergyman* caían como martillazos, cada vez más fuertes.

—Pues bien —repuso Juhel—, Antifer y el banquero Zambuco se hallan en su presencia; si tiene la bondad de comunicarles la carta del bajá, conocida que sea la voluntad del testador habrá que cumplirla, y usted también, como uno de los tres herederos.

A medida que su sobrino hablaba, Antifer hacía grandes esfuerzos para contenerse; poníase rojo y pálido a intervalos.

El pastor hizo esperar su respuesta. Por fin murmuró entre dientes:

—Y cuando lleguen al sitio donde se halla el tesoro, ¿qué harán?

—¡Desenterrarlo, voto va! —exclamó Antifer.

—¿Y después?...

—Hacerlo tres partes.

—¿Y qué uso harán de esa riqueza?

—El que nos convenga, reverendo.

A punto estuvo de haber un rompimiento entre el pastor y Antifer, pues cada uno conservaba su actitud intransigente.

—Es decir, señores —replicó el pastor, lanzando llamas por los ojos—, ¡que quieren aprovechar esas riquezas para satisfacer sus apetitos, sus pasiones, o, lo que es igual, contribuir a aumentar las iniquidades de este mundo!

—¡Permita, señor! —interrumpió Zambuco.

—No, señor, no permito; yo voy a hacerle una pregunta: si ese tesoro cae en sus manos, ¿se comprometen a destruirlo?

—Cada uno hará de su legado lo que juzgue conveniente —replicó el banquero de una manera evasiva.

Pierre-Servan-Malo no pudo más.

—No se trata sólo de eso —replicó Antifer—. ¿No sabe, reverendo, el valor de ese tesoro?

—¡Qué me importa!

—Pues es de cien millones de francos... cien millones... cuya tercera parte, consistente en treinta y tres millones, es para usted.

El *clergyman* se encogió de hombros.

—¿Sabe, reverendo —repuso Antifer—, que no puede dejar de cumplir la voluntad del testador mostrando esa carta?

—¡Verdaderamente!

—¿Y sabe también que no hay derecho para dejar en la improductividad esos cien millones, que de ese modo vendrían a ser como robados a la sociedad?

—No es ésa mi opinión.

—¿Sabe que si persiste en su negativa —aulló Antifer ya en el paroxismo del furor—, no vacilaremos en demandarle ante los tribunales para denunciarle como heredero infiel, como un delincuente?

—¡Cómo un delincuente! —repitió el *clergyman*, que también sentía sorda ira—. En verdad, señores, que su audacia no puede igualar a su simplicidad. ¿Cree que yo voy a pasar por eso, por repartir esos cien millones sobre la tierra, para que los humanos puedan cometer cien millones de pecados más, que yo voy a desmentir todas mis doctrinas, que voy a ser infiel a ellas y dar a los fieles de la Iglesia libre de Escocia, puritana e intransigente, motivo para que mañana puedan echarme en cara esos cien millones?

Hay que confesar que el reverendo Tyrcomel estaba sublime en aquella explosión de elocuencia. Juhel no pudo menos de maravillarse ante hombre tan estupendo; en tanto su tío estaba ciego de rabia, a punto de arrojarse sobre él.

—¿Quiere o no mostrarnos la carta? —gritó furioso.

—¡No!

—¿No? —repitió, echando espuma por la boca.

—¡No!

—¡Ah! ¡Miserable!... Yo te arrancaré esa carta.

Juhel tuvo que interponerse para evitar que su tío pasase a vías de hecho. Pero su tío lo rechazó violentamente... Quería estrangular al pastor, que permanecía impasible... Quería registrar la habitación,

el armario, los papeles; no, no hubiera tardado mucho en registrarlo todo. Se detuvo ante la objeción del pastor, que le dijo:

—¡Sería inútil buscarla!

—¿Por qué? —preguntó el banquero.

—Porque no la tengo.

—¿Y qué ha hecho de ella?

—La he quemado.

—¡La ha quemado!... ¡Quemado! —gritaba Antifer—. ¡Infame!... ¡Una carta que contenía un secreto que valía cien millones!... ¡Un secreto perdido!

Y así era la verdad. Acaso para no caer en la tentación de hacer uso de ella, infringiendo de este modo sus doctrinas y principios sociales, el reverendo Tyrcomel había quemado aquella carta hacía ya muchos años.

—Y ahora... ¡salgan! —dijo a los visitantes mostrándoles la puerta.

Antifer quedóse estupefacto. Destruído el documento, era absolutamente imposible encontrar el tesoro. El banquero lloraba como un niño a quien arrebatan un juguete.

Empujados por Juhel, ambos coherederos encontráronse en la escalera y a poco en la calle, dirigiéndose los tres camino del Gibb's Royal-Hotel.

¡Así que partieron, el buen pastor alzó los brazos dando gracias al cielo por haberle dado fuerzas para contener y evitar aquella avalancha de pecados que los cien millones hubiesen precipitado sobre la tierra!

XXIX

A CUYO FINAL SE VERÁ DESAPARECER AL PERSONAJE QUE REPRESENTA
EL PAPEL DE TRAIADOR EN ESTA TRAGICÓMICA NARRACIÓN

Tantas emociones, tantos disgustos y penalidades, tantas alternativas de esperanza y desencanto, eran, sin duda, más fuertes que Antifer. Las fuerzas morales y físicas, así sean éstas las de un capitán de la marina de cabotaje, tienen un límite. Así fue que el tío de Juhel tuvo que meterse en cama no bien llegaron al alojamiento. Apoderóse de él una violenta fiebre acompañada de terrible delirio, cuyas consecuencias podían ser funestas. Veíase obsesionado por horribles imágenes. Desfilaban ante su cerebro todas las peripecias de aquella campaña, interrumpida precisamente cuando parecía próximo el fin; la inutilidad de las nuevas pesquisas; el enorme tesoro cuyo paradero se ignoraba, el tercer islote, perdido en desconocidos parajes; destruido el único documento que podía darles la solución, quemado por aquel maldito *clergyman*, que ni aun en el suplicio hubiera indicado la ansiada latitud, criminal y voluntariamente olvidada... Sí, era de temer por la razón del de Saint-Malo; el médico, a quien llamaron a toda prisa, no vio muy lejana la enajenación mental.

Cuidados solícitos no habían de faltarle. Su amigo Gildas Tregomain y su sobrino Juhel no le abandonarían un solo instante. Si Antifer se restablecía, bien podría estarles altamente reconocido.

Al llegar al hotel, Juhel puso a Ben-Omar al corriente de lo sucedido, y por él supo Sauk la negativa del reverendo Tyrcomel.

Fácil es imaginar hasta qué grado llegaría la cólera del falso Nazim. Pero aquella vez no se reveló su ira al exterior en aquellos actos de violencia que iban a dar sobre el infortunado notario. Toda aquella ira la guardó en lo más íntimo. Acaso pensó que el secreto escapado a Antifer podría él obtenerlo y utilizarlo en su exclusivo provecho. A este resultado tendieron sus esfuerzos. Pudo observarse su ausencia del hotel durante aquel día y los siguientes.

En cuanto el barquero, después de oír el relato de Juhel, dijo:

—Yo creo que ahora ese negocio está concluido para siempre...
¿No te parece?

—En efecto, señor Tregomain, me parece imposible hacer hablar a un hombre tan testarudo...

—¡Y tan original! ¡Mira que despreciar treinta millones!

—¡Millones!... ¡Millones! —replicó el joven capitán moviendo la cabeza.

—¡Qué! ¿Tú no lo crees?... ¡Pues te engañas!

—¡Cómo ha cambiado, señor Tregomain!...

—¡Caramba! ¡Después del hallazgo de los diamantes!... Evidentemente, yo no digo que los millones estén en el tercer islote; pero... ¿quién sabe?... Por desgracia, como ese cura no quiera hablar..., nunca se sabrá el paradero...

—Pues bien, a pesar de los diamantes de Ma-Yumba, nadie me quita de la cabeza la idea de que ese bajá nos quería gastar una broma pesada.

—De todas maneras, esto le va a costar caro a tu pobre tío. ¡Ahora lo que urge es ponerle a salvo! ¡Mientras su cabeza resista! Cuidémosle como hermanas de la caridad, y, cuando se restablezca y pueda ponerse en camino, no creo que piense en otra cosa que en volver a Francia... y a su vida tranquila de otro tiempo...

—¡Ah, señor Tregomain! ¡Quién le viera en su casa de la calle de Hautes-Salles!...

—¡Y a ti junto a tu Énoganita, buen mozo!... Y a propósito, ¿piensas escribirle?...

—Hoy mismo; acaso pueda anunciarle nuestro regreso definitivo.

Así transcurrieron varios días. El estado del enfermo no sufrió agravación. La fiebre, que tan alta se presentara, fue disminuyendo notablemente. El médico, sin embargo, se preocupaba mucho por la razón del buen Antifer. Positivamente su cerebro desvariaba, por más que reconocía a su amigo Tregomain, a su sobrino Juhel y a su futuro cuñado... Aunque aquí, *internos*, diremos que si una persona del bello sexo hubiera de correr el riesgo de permanecer soltera indefinidamente, sería seguramente la señorita Talisma Zambuco, rayana en los confines de los cincuenta, y esperando, no sin gran impaciencia, en su gineceo de Malta, la aparición del prometido esposo... ¡Perdido el tesoro, adiós marido! ¡Uno era el complemento del otro!...

Ahora bien: ni el banquero ni el sobrino podían dejar el hotel en donde el enfermo reclamaba constantemente los cuidados de ambos día y noche, en la alcoba, escuchando sus ayes y recriminaciones y, sobre todo, las amenazas que profería contra el *clergyman*. Hablaba de perseguirle judicialmente, llevándole a todos los tribunales, desde el juzgado de paz hasta el Tribunal Supremo de Edimburgo... Y hablaría ante los jueces... Pues qué, ¿puede nadie permanecer callado cuando pronunciando una sola palabra se pone en circulación una suma de cien millones?... Debía haber penalidad para ese delito, penas muy severas, las más terribles; si la horca de Tyburn no se destinaba a estos malhechores, ¿quién podía ser colgado con más justicia?...

Y así estaba Antifer desde la mañana a la noche. Gildas y Juhel se relevaban de tiempo en tiempo, a menos que una violenta crisis exigiera la presencia de entrambos. A veces el enfermo quería arrojar de la cama y marcharse corriendo a casa del pastor Tyrcomel a saltarle la tapa de los sesos. El barquero, no obstante sus férreos puños, se veía apurado para contenerle.

El buen Gildas, que tenía vivos deseos de visitar Edimburgo, la hermosa ciudad de mármol, viose obligado a renunciar a sus propósitos. Después, cuando su amigo entrase en vías de curación, o por lo menos se hallase algo más tranquilo, podría Gildas

indemnizarse del aplazamiento... Iría al palacio de Holyrood, antigua residencia de los soberanos de Escocia; vería las habitaciones reales, la alcoba de María Estuardo, tal como se hallaba en tiempo de la infortunada reina... Subiría por toda la Canongate hasta el castillo, orgullosamente erguido sobre su basáltica roca; vería la alcobita en donde vino al mundo el niño que, andando el tiempo, había de ser Jacobo VI de Escocia, I de Inglaterra. Subiría al *Arthur Seat*, que semeja un león echado, visto desde la parte norte. Desde la altura de doscientos cuarenta y siete metros sobre el nivel del mar se domina la ciudad toda, emplazada sobre colinas a la manera que se hallaba la ciudad de los Césares; alcanza la vista hasta Leith, que es el verdadero puerto de Edimburgo en la bahía de Forth, y aun más allá hasta la costa de Fife y los picos de Ben-Lomond, Ben-Ledi y Lammermuir-Hills, perdiéndose la perspectiva en las inmensas lejanías del mar...

¡Cuánta belleza ofrece la naturaleza, y cuánta maravilla ha realizado allí el trabajo humano! ¡Y pensaba el buen barquero que por causa de aquel empecatado tesoro, perdido ya por la obstinación del cura, se veía él privado de admirar aquellos esplendores, clavado, en cumplimiento del deber, a la cabecera del enfermo!

Por lo cual se contentaba contemplando por la entreabierta ventana el célebre monumento de Walter Scott, cuyas pilastras góticas se elevan a una altura de doscientos pies, esperando que sus cúspides sean coronadas por los cincuenta y seis protagonistas nacidos en la prodigiosa mente del famoso novelista escocés.

Después, Gildas Tregomain dirigía su mirada allá abajo, hacia Prince's-Street, hacia Calton-Hill, esperaba poco antes de mediodía a ver descender la esfera dorada izada sobre el observatorio, que caía en el instante de pasar el sol por el meridiano de la ciudad.

¡Y así pasaba el tiempo!

Empezó a circular un rumor que aumentaría sin duda la popularidad, ya muy notoria, del reverendo Tyrcomel.

Susurróse por el barrio de la Canongate, y después por toda la población, que el célebre predicador, consecuente con sus doctrinas y fiel a sus principios de conducta, acababa de rehusar un legado de importancia extraordinaria. Hablábase de mucho dinero, centenares de millones, que el pastor quería sustraer a la humana avidez. Acaso el *clergyman* se prestaba a la propagación de tales rumores que le enaltecían, y cuyo secreto no tuvo valor para guardar. Los periódicos se apoderaron de aquel suceso, y bien pronto no se habló de otra cosa que del tesoro de Kamyk-Bajá, enterrado bajo las rocas de un misterioso islote. En cuanto a la indicación del punto del yacimiento, a creer lo que la prensa decía, dependía únicamente de la voluntad del pastor Tyrcomel, por más que, en realidad, fuera necesaria la instrucción de los otros dos coherederos. Por lo demás, todo el mundo ignoraba los detalles del asunto, y nadie pronunciaba el nombre de Antifer. No hay que decir que, entre los periódicos, unos aprobaban la actitud enérgica de uno de los doctores de la Iglesia libre de Escocia, y otros la vituperaban, porque, después de todo, aquellos millones puestos a disposición de los indigentes de Edimburgo (y hay algunos) hubiesen aliviado muchos infortunios, en vez de dormir en el escondite, sin provecho para nadie. De ambas opiniones dábale un ardite al reverendo Tyrcomel.

Fácil es comprender cuál sería el éxito del primer sermón que pronunció en Tron-Church al día siguiente de las revelaciones. Fue la noche del 30 de junio. Los fieles se apiñaban en el templo, insuficiente para contener a tal número de personas; aun siendo tres veces mayor la nave, y aun casi tan grande como la plaza de la entrada, no hubiera dado cabida para tal muchedumbre. En cuanto apareció en el púlpito el predicador, resonó una tempestad de aplausos.

Hubierais creído estar en un teatro, en el momento en que vuelve a alzarse el telón para que aparezca el artista llamado a escena por los *bravos* entusiastas de los espectadores. Cien millones, doscientos, trescientos, mil, según algunos, representaba

para la multitud aquel hombre. Empezó su habitual plática con esta frase de prodigioso efecto:

«Hay un hombre que con una sola palabra podría hacer brotar de las entrañas de la tierra centenares de millones; pero esa palabra no saldrá de sus labios».

Aquella vez, por desgracia, no lo estaban escuchando Antifer y sus compañeros. Pero detrás de uno de los pilares de la nave hubiera podido observarse a un oyente de extraño aspecto, a quien nadie conocía; representaba unos treinta o treinta y cinco años, pelo y barba negros, facciones duras, fisonomía, en fin, poco tranquilizadora. ¿Comprendía la lengua en que se expresaba el predicador? No podríamos afirmarlo. Quien quiera que fuese, de pie, medio oculto en la penumbra, no perdía un momento de vista a Tyrcomel, a quien parecía quererle comer con los ojos.

Aquel hombre conservó la misma actitud hasta el fin del sermón; cuando resonaron los aplausos que las últimas palabras del predicador promovieron, abrióse paso el desconocido por entre la concurrencia para aproximarse al *clergyman*. ¿Acaso quería unirse a él? ¿Acompañarle hasta su casa? Sin duda, puesto que, a fuerza de codazos, se colocó en la escalera del pórtico.

Aquella noche no volvió solo a su domicilio el reverendo Tyrcomel. Mil personas le escoltaban, dispuestas a llevarle en triunfo. El personaje antedicho iba detrás del pastor sin mezclar sus exclamaciones con las de aquellos entusiastas.

Cuando el popular orador llegó ante la puerta de su casa, dirigió a sus fieles algunas palabras que provocaron una nueva salva de aplausos y ¡hurra! Después se internó por la oscura escalera, sin advertir que un intruso le seguía.

La multitud fue dispersándose lentamente, llenando la calle de tumultuosos rumores.

El desconocido subió la estrecha escalera siguiendo al *clergyman*, mas tan silenciosamente que un gato no hubiera producido menos ruido.

Cuando llegó el reverendo Tyrcomel junto a la puerta de su cuarto, abrióla y penetró, volviendo a cerrar.

El otro se detuvo en el descansillo, se pegó a un oscuro rincón y esperó.

¿Qué pasó después?...

Al día siguiente, los inquilinos de la casa sorprendiéronse mucho al no ver al *clergyman* salir a su hora habitual, que era la del amanecer. Tampoco le vieron en toda la mañana. Muchas personas que fueron a visitarlo estuvieron llamando inútilmente a su puerta.

Tan extraño parecía todo aquello, que, por la tarde, uno de los vecinos creyóse en el caso de dar parte a la comisaría de policía. Presentóse el comisario con los agentes en la casa del reverendo Tyrcomel, subieron la escalera, llamaron a la puerta, y como nadie les respondió, la abrieron de un espaldarazo, con ese movimiento tan peculiar a los agentes de la fuerza pública.

¡Oh! ¡Qué espectáculo! Habían abierto la puerta con ganzúa... habían entrado... habían desvalijado todo... El armario estaba abierto, y arrojada por el suelo toda la ropa que contenía... La mesa caída... la lámpara en un rincón... libros y papeles hallábanse diseminados por doquier... Y... más allá... junto al lecho dismantelado, con la colcha arrancada, veíase al reverendo Tyrcomel fuertemente amarrado y con mordaza...

Se apresuraron a auxiliarle. Apenas respiraba... Había perdido el conocimiento... ¿quién sabe desde cuándo?... Ya lo diría él, si es que podía...

Hubo que friccionalo enérgicamente, sin necesidad de desnudarlo, porque se hallaba casi en cueros, con la camisa desgarrada, el cuerpo al aire.

Iba un agente a darle friegas cuando el comisario, no pudiendo contenerse, lanzó un grito de sorpresa. Acababa de ver en la parte izquierda de la espalda del reverendo Tyrcomel letras y números impresos...

Una especie de picadura muy legible podía apreciarse, destacándose su color moreno sobre la blanca piel del presbítero.

Aquella inscripción decía así:

77°, 19'N

Es decir; ¡la ansiada latitud!... No había duda; el padre del *clergyman*, para no perder tan precioso dato, decidió grabarlo sobre las espaldas de su hijo como pudiera haberlo puesto en una cuartilla de papel...; pero una cuartilla se pierde...; una espalda no... He aquí cómo, a pesar de haber quemado Tyrcomel la carta del bajá dirigida a su padre, conservaba la latitud por tan extraña manera, inscripción que jamás tuvo tentación de leer valiéndose de un espejo.

Mas sí debió leerla el malhechor que entró aprovechando el sueño del *clergyman*... Éste había sorprendido a aquel miserable registrando su armario, consultando sus papeles... En vano intentó luchar... Después de atarle y amordazarle aquel bandido, huyó, dejándole medio asfixiado...

Tal fue el relato que del suceso dio el mismo Tyrcomel cuando, a fuerza de exquisitos cuidados prestados por un médico llamado a toda prisa, pudo volver al sentido de la realidad... En opinión del pastor, aquella agresión no había tenido otro objeto que arrancarle el secreto del islote, que se obstinaba en no facilitar...

Podía dar señales del malhechor, pues tuvo ocasión de fijarse en él durante la lucha que sostuvieron.

Con motivo de esto, habló el *clergyman* de la visita que tuvo de dos franceses y un maltés, llegados a Edimburgo para interrogarle acerca del legado de Kamyk-Bajá.

Lo cual fue un dato para que el comisario empezase a instruir el oportuno atestado. Dos horas después averiguó la policía que los extranjeros en cuestión se hallaban alojados desde hacía algunos días en el Gibb's Royal Hotel.

Y a fe que no tuvieron poca suerte los viajeros de demostrar de un modo incontestable una coartada en toda regla. El de Saint-Malo no había podido abandonar el lecho; el joven capitán y el barquero no habían salido de su cuarto, y el banquero Zambuco y el notario no habían abandonado un instante el hotel. Además, y sobre todo,

las señas personales de cada uno no correspondían a las dadas por el *clergyman*.

Así que nuestros exploradores ni siquiera fueron detenidos, y cuenta que las prisiones del Reino Unido son muy hospitalarias para sus huéspedes, a quienes proveen durante largo tiempo de casa y manutención.

Pero ¿y Sauk?...

Sí; Sauk fue el autor del atentado... Él fue quien dio aquel golpe para robar el secreto al cura...

Y ahora, merced a las cifras del dorso, era dueño de la situación... Además, conociendo la longitud indicada en el islote de la bahía Ma-Yumba, poseía los elementos para determinar la situación del tercer islote.

¡Desgraciado Antifer! ¡Sólo te faltaba este golpe para volverte loco de atar!

En efecto, después de los detalles dados por la prensa, los viajeros no pudieron dudar de que el autor de la horrible agresión fue Nazim, el pasante del notario Ben-Omar. Así que, cuando supieron que había desaparecido, dedujeron dos consecuencias: primera, que se había enterado de aquella extraña picadura; segunda, que había partido en dirección al nuevo islote en busca del enorme tesoro.

El menos asombrado de todos fue Juhel, quien, como ya sabemos, sospechaba de Nazim; Gildas Tregomain también participaba de las sospechas de Juhel, por cuya razón tampoco mostróse muy sorprendido de la fuga. La cólera de Antifer y Zambuco, llegada al paroxismo, encontró afortunadamente para ellos en quien desahogarse, y fue en el notario Ben-Omar.

Éste tenía más motivos que nadie para creer en la culpabilidad de Sauk, pues le conocía muy bien y sabía que no era hombre capaz de retroceder ante nada, ni ante el crimen mismo.

Como la escena que vamos a relatar no había sufrido otra el desdichado notario. Antifer ordenó a Juhel que fuese a buscarle y le llevara a su presencia, en su alcoba de enfermo... ¿Enfermo?...

Forzosamente tenía que ponerse bueno, sacar fuerzas de flaqueza en semejante situación. ¿Padecía fiebre biliosa según había declarado el médico? ¡Pues allí se le presentaba ocasión para arrojar toda la bilis y quedarse como si nada!

Renunciamos a describir los violentos ataques de que fue víctima el notario. Tuvo que reconocer que aquel horrible atentado, aquel robo era obra de Nazim. ¡Qué pasantes tenía el notario, el miserable Ornar! ¡De qué hombre se valió este infame para auxiliar de las operaciones testamentarias!... ¡Y les había impuesto a semejante hombre, a tal canalla como compañero!... ¡Y ahora había escapado llevándose el secreto del islote número 3, y se apoderaría de los millones de Kamylyk-Bajá!... ¡Y que ya no era posible echarle mano!... ¡Cómo correr tras un bandido egipcio que cuenta con grandes medios de fortuna para ponerse a salvo, asegurándose la impunidad!

—¡Ah, Sauk, Sauk!

El aturdido notario dejó escapar este nombre. Juhel vio confirmadas sus sospechas. Nazim no era tal Nazim, sino Sauk, el hijo de Murad, desheredado por Kamylyk-Bajá en provecho de los colegatarios.

—¡Cómo!... ¿Era Sauk? —exclamó Juhel.

Ben-Omar quiso evitar el mal efecto que produjera aquel nombre. Pero su mismo temor, su abatimiento, demostraron visiblemente a Juhel que no se engañaba.

—¡Sauk! —repitió Antifer lanzándose de un salto fuera de la cama.

Al esfuerzo que hizo pronunciando aquel aborrecido nombre se le escapó la piedrecita, silbando como una bala, yendo a dar en el pecho a Ben-Omar.

Mas si cayó éste al suelo no fue por efecto de tal proyectil, sino a causa de un soberano puntapié, como no lo pudo recibir jamás notario alguno de Egipto ni del mundo entero. Ben-Omar quedóse inerte, como aplastado.

¿De modo que aquel Nazim era Sauk, el que había jurado apoderarse del tesoro fuese como fuese, el terrible enemigo contra quien debía prevenirse Antifer?

Pasado el aluvión de los juramentos más genuinos que constituyen el repertorio de un capitán de gran cabotaje, Antifer experimentó cierto alivio; y cuando Ben-Omar, muy cariacontecido y maltrecho, salió de allí para su habitación, sintióse el enfermo mucho mejor. Y lo que acabó de ponerle bueno fue una noticia publicada a los pocos días por uno de los periódicos de la ciudad.

Ya se sabe de cuántas cosas son capaces los reporteros e *interviewers*. En aquella época ya empezaban a intervenir en los asuntos públicos, y aun en los privados, con la perspicacia y actividad que les ha valido hacer de la prensa el cuarto poder.

Uno de ellos fue tan diestro y afortunado que pudo procurarse un facsímil de la picadura hallada en la espalda del hijo de Tyrcomel, facsímil que apareció en un periódico diario cuya tirada aumentó aquel día de diez a cien mil ejemplares. Por cuyo medio se supo en Escocia, en Gran Bretaña, en el Reino Unido, en Europa, en el mundo entero, la famosa latitud 77° 19' N.

En realidad, no era este dato suficiente para que los curiosos se dedicasen a resolver lo que se llamaba «el problema del tesoro», puesto que les faltaba el otro dato preciso: la longitud.

Pero Antifer sí la poseía, como también Sauk. Cuando Juhel le llevó el citado periódico, se tiró de la cama, sintiéndose ya perfectamente curado, tan sano como nadie, como si le hubiese asistido todo el protomedicato de la Real Academia o de la Universidad de Edimburgo.

Vanos fueron todos los esfuerzos que para contenerle hicieron sus fieles compañeros. Se dice que la fe salva; ¿acaso no le habría curado la fe en el dios oro, operando en Antifer tan gran milagro?

—Juhel, ¿has comprado un atlas?

—Sí, tío.

—La longitud del tercer islote de Ma-Yumba, ¿es efectivamente 15° 11' este?

—Sí, tío.

—Y la latitud de la espalda del *clergyman*, ¿no era de 77° 19' norte?

—Sí, tío.

—Pues bien, busca a ver dónde está situado el islote número 3.

Juhel fue a por el atlas, que abrió por el mapa de los mares septentrionales. Después marcó por medio del compás la intersección del paralelo y del meridiano indicados, una vez hecho esto respondió:

—Spitzberg, extremidad sur de la isla mayor.

¿De modo que tales parajes boreales había ido Kamyk-Bajá a elegir para enterrar en un islote los diamantes, las piedras preciosas y el oro, a menos que aún apareciera otro documento?

—¡En marcha! —exclamó Antifer—. Si encontramos un barco, hoy mismo nos vamos.

—Tío... —objetó Juhel.

—Hay que tomar la delantera a ese infame Sauk.

—Tienes razón —dijo el barquero.

—¡En marcha! —repitió imperiosamente Pierre-Servan-Malo—. Que avisen —añadió— a ese imbécil notario, puesto que Kamyk-Bajá quiso que estuviese presente al descubrimiento del tesoro.

No hubo más remedio que someterse a la voluntad de Antifer, secundada por la de Zambuco.

—Siempre es una fortuna que ese bromista bajá no nos mande a los antípodas —dijo Juhel.

XXX

EN EL QUE ANTIFER ENCUENTRA OTRO DOCUMENTO FIRMADO CON EL
MONOGRAMA DE KAMYLK-BAJÁ

Antifer y sus cuatro compañeros, Ben-Omar entre ellos, tenían que ir a Bergen, uno de los principales puertos de Noruega occidental.

Dicho y hecho. Puesto que Sauk les llevaba cuatro o cinco días de ventaja, no era cosa de perder una hora. Aún no había bajado la bola dorada del observatorio de Edimburgo cuando el tranvía dejaba a nuestros cinco personajes en Leith, en cuyo punto esperaban tomar un *steamer* hasta Bergen, primera etapa indicada en el itinerario de Spitzberg.

Cuatrocientas millas aproximadamente hay entre dicho punto y Edimburgo. Desde allí sería fácil trasladarse en poco tiempo al puerto más septentrional de Noruega, a Hammerfest, a bordo del *steamer* que durante el verano transporta turistas hasta el cabo Norte. De Bergen a Hammerfest no habrá más de ochocientas millas, y unas seiscientas desde Hammerfest al extremo meridional de Spitzberg, marcado en la espalda del reverendo Tyrcomel. Para atravesar esta distancia era preciso fletar un barco *ad hoc*.

El tiempo era aún bastante propicio para efectuar un viaje a aquellos parajes del océano Ártico.

Quedaba por resolver la cuestión del dinero, punto muy importante, pues aquel tercer viaje había de ser muy costoso, sobre todo en el trayecto comprendido entre Hammerfest y Spitzberg, en el que había que fletar un barco. La bolsa de Gildas Tregomain

comenzaba a resentirse como consecuencia de tantos gastos como se habían ocasionado desde la salida de Saint-Malo. Afortunadamente, la firma de Zambuco era de oro. Hay gentes tan mimadas por la fortuna que pueden llenarse los bolsillos en las grandes cajas de Europa, sea donde sea. De éstos era Zambuco. Puso su crédito a disposición de su coheredero, ofrecimiento que éste aceptó enseguida. Después de todo, a falta del tesoro, ¿el diamante de uno de ellos no permitiría reembolsar al otro el anticipo?

Antes de dejar Edimburgo, el banquero hizo una visita muy provechosa al Banco de Escocia, en donde halló una excelente acogida. Ya con aquel lastre podían nuestros viajeros llegar al fin del mundo. ¿Y quién sabe si llegarían al paso que iban las cosas?

En Seith, situado a milla y media en el golfo de Forth, hay siempre gran número de embarcaciones. ¿Encontrarían una en disposición de partir para la costa noruega?

Aquella vez la suerte favorecía los planes de Pierre-Servan-Malo. Un barco había que, si no aquel mismo día, zarparía al siguiente.

Era un sencillo buque mercante, llamado *Viken*, que no tuvo inconveniente en tomar pasajeros hasta Bergen, aunque a buen precio. De modo que tenían que esperar treinta y seis horas, durante las cuales el tío de Juhel no tuvo otro remedio que tascar el freno... No permitió a Gildas Tregomain ni a su sobrino que fuesen a dar un paseo por Edimburgo, lo que contrarió mucho al buen barquero, por más que algo le confortó la esperanza en el tesoro del bajá.

Por fin, en la mañana del 7 de julio el *Viken* soltó las amarras del muelle de los docks, llevando a su bordo a Antifer y colegas, de los cuales uno sucumbió al primer balanceo que dio el buque al doblar el espigón que se interna una milla en el golfo. No se necesita decir quién fue la víctima del mareo.

Dos días después, y al cabo de una feliz travesía, el *steamer* dio vista a las elevadas costas de Noruega, y a las tres de la tarde entró

en el puerto de Bergen.

Inútil parece decir que Juhel se había provisto en Edimburgo de un cuadrante, un cronómetro y un *Tratado del Tiempo*, que reemplazarían a los libros e instrumentos perdidos en el naufragio del *Portalegre* en la bahía Ma-Yumba.

Si hubiesen podido fletar en Leith un barco para Spitzberg, hubiesen ganado muchísimo tiempo; pero no hubo ocasión.

Sin embargo, la paciencia de Antifer, más que nunca hipnotizado por la imagen de Sauk, no pudo ponerse muy a prueba en aquel puerto. El paquebote que hace el servicio del cabo Norte era esperado para el día siguiente. Pero aquellas treinta y seis horas le parecían extraordinariamente largas, así como a Zambuco. Ninguno de los dos quiso salir de su cuarto del Hotel de Escandinavia.

Además llovía sin cesar; de los siete días de la semana llueve otros tantos en Bergen, situado en el fondo de una especie de cubo inmenso formado por altas montañas. Los naturales viven muy contentos y muy frescos.

El tiempo aquél no fue obstáculo para que el barquero y Juhel se dedicasen a recorrer la ciudad. Antifer, ya curado de su fiebre, no les obligó a que permanecieran junto a él. ¿Para qué? Para echar mil maldiciones sobre Sauk, que les precedía camino del tesoro, se bastaban ambos coherederos.

Hay que convenir que, de no haber podido visitar Edimburgo, un paseo por las calles de Bergen no compensaría la falta, por más que dicha ciudad fuese una de las más importantes de la Liga Hanseática. Ofrecía el aspecto de un gran mercado de pescado. La verdad era que jamás Gildas Tregomain había visto tal cantidad de arenques y tal número de bacalaos pescados en las islas Lofoten, ni semejante montón de salmones, cuyo consumo tan considerable se da en Noruega. ¡Y qué olor tan característico se percibía, no sólo en las cercanías del muelle, lleno de chalupas, y junto a las altas casas pintadas de blanco, en las que se lleva a cabo la repugnante manipulación del pescado, sino también en los comercios elegantes de joyería, tapices y pieles de osos blancos y negros; en el Museo

mismo se percibía aquel olor que lo envolvía todo, hasta las *villas* diseminadas a los lados del lugar separado por una punta de tierra de un gran lago de agua dulce, bordeado de pintorescas casas de campo!

Poco tiempo emplearon Gildas y Juhel en recorrer la ciudad y sus cercanías. En las primeras horas del 11 de julio hizo escala el paquebote en Bergen. A las diez zarpó llevándose su cargamento de turistas deseosos de contemplar el sol de media noche desde el horizonte de cabo Norte.

He ahí un fenómeno que pasaría inadvertido para Antifer, Zambuco y Ben-Omar, que iba echado en el fondo de su camarote como un bacalao muerto.

Era en verdad aquélla una encantadora travesía. El *Viken* iba a lo largo de la costa noruega, junto sus neveras brillantes, que llegan a veces hasta hundir sus bases en las ondas del mar, y ante las montañas escalonadas, cuyas cimas se pierden en la altura entre los vapores de la hiperbórea región.

Lo que exasperaba a Antifer eran las frecuentes paradas del paquebote, combinadas de tiempo en tiempo para satisfacer la curiosidad de los turistas; se hacían aquéllas en los lugares recomendados en los itinerarios. La idea de que Sauk les había ganado muchos días de delantera le tenía muy malhumorado. Las consideraciones de Gildas Tregomain y Juhel no bastaban para tranquilizarle, siendo preciso que el capitán del barco le amenazase con hacerle desembarcar si persistía en su violenta actitud turbando la tranquilidad a bordo.

Muy a su pesar tuvo que detenerse en Drontheim, la antigua ciudad de Saint-Olaf, menos mercantil que Bergen, pero más interesante.

Antifer y Zambuco no quisieron desembarcar. Gildas Tregomain y Juhel se aprovecharon de aquella escala para visitar la población.

En Drontheim sucede que si los ojos del viajero pueden recrearse, no así sus pies. No parece sino que las calles han sido

asfaltadas con cascotes de botella; tan erizado se halla el suelo de aquellas piedras.

—¡Este es el gran país para los zapateros! —observó muy oportunamente el barquero, que en vano trataba de salvar las suelas de sus zapatos.

Ambos amigos no encontraron buen suelo hasta que entraron bajo las bóvedas de la catedral, en cuyo templo los soberanos, coronados reyes de Suecia en Estocolmo, se coronan reyes de Noruega en Drontheim. Juhel notó que aquel monumento de estilo romano gótico necesitaba serias reparaciones, teniendo además en cuenta su gran valor histórico.

Visitaron detenidamente el templo y el cementerio que lo rodea; siguieron a lo largo del Nid, contemplando el flujo y reflujo de sus aguas, que riegan la ciudad divididas en dos brazos aprisionados en grandes estacadas que sirven de muelles; respiraron el consabido olor del pescado; luego cruzaron por el mercado de hortalizas, casi únicamente surtido por los envíos de Inglaterra; atravesaron al otro lado del Nid llegando hasta un barrio dominado por una antigua ciudadela. Cuando volvieron a bordo iban en extremo cansados. Aquella misma noche depositaron en el correo una carta para Énogate en Saint-Malo, con una cariñosa posdata escrita con los gruesos caracteres que el barquero usaba.

Al amanecer del día siguiente el *Viken* soltó amarras, llevando a bordo algunos pasajeros nuevos, y continuando su derrota hacia las altas latitudes. No dejó de hacer aquellas paradas que tanto desesperaban a Antifer.

Cuando llegó el barco al círculo ártico, figurado por un hilo colocado sobre cubierta, no quiso saltar por encima; Gildas Tregomain practicó muy gustoso aquella tradicional ceremonia. El *Viken* tuvo que evolucionar para evitar el paso por el famoso Maélstrom, cuyas mugientes aguas forman un remolino formidable. Poco después, al oeste, dieron vista al archipiélago de Lofoten, tan frecuentado por los pescadores noruegos, y el 17 ancló el *steamer* en el puerto de Tromsø.

Huelga decir que las veinticuatro horas del día 16 estuvo lloviendo, aunque el verbo *llover* no es el más propio para dar idea de semejantes diluvios.

De todos modos, esto no era gran molestia ni contrariedad para nuestros viajeros; era sólo efecto de una temperatura relativamente elevada. El único temor consistía en que, al llegar al paralelo 77, sobrevinieran los fríos árticos, que harían muy difícil, ya que no imposible, aproximarse a Spitzberg. En julio ya es tarde para comenzar una navegación por aquellos elevados parajes. El mar puede solidificarse de pronto a un brusco salto del viento. Y por poco tiempo que se detuviera Antifer en Hammerfest, en cuanto empezaran los primeros hielos era imprudente aventurarse en una barca de pesca.

Ésta era la principal preocupación de Juhel, su mayor temor.

—¿Y si el mar se helase de repente? —le preguntó un día Gildas Tregomain.

—Pues mi tío sería capaz de invernar en cabo Norte hasta el buen tiempo.

—Es que, amiguito, no es cosa de dejar esos millones...

Decididamente el viejo marinero del Ranee persistía en su idea. ¡Los diamantes de la bahía Ma-Yumba se le habían subido a la cabeza!...

¡De modo que, después de asarse bajo el sol de Loango, venían a helarse en las neveras de Noruega!... ¡Ah, Bajá de los demonios!... ¿Por qué tuvo la empecatada idea de esconder el tesoro en regiones tan inaccesibles?...

El *Viken* sólo se detuvo horas en Tromsó, punto en el que pudieron los pasajeros ponerse en contacto con los indígenas de Laponia.

El día 21 de julio, por la mañana, entró en el estrecho de Hammerfest.

Allí desembarcaron Antifer y sus compañeros. Ben-Omar parecía puesto en conserva. Al siguiente día el *Viken* conduciría a los turistas al cabo Norte, avanzada extremidad de la Noruega

septentrional. A Pierre-Servan-Malo tenía muy sin cuidado este peñón geográficamente célebre. Lo que ocupaba su imaginación por completo era el islote número 3, de la región de Spitzberg.

En Hammerfest había un Hotel del Polo Norte. Era natural. Allí se alojó Antifer con su séquito.

Y helos en la ciudad del límite de aquellos países habitables. Cerca de dos mil almas ocupan las viviendas de madera que forman el caserío. De estos habitantes treinta son católicos, los demás son protestantes. Los noruegos tienen hermoso tipo, sobre todo los marineros y pescadores, desgraciadamente muy aficionados a la bebida. Los japoneses son pequeños de estatura, cosa que no puede echárseles en cara; son además muy feos, con la boca muy grande y la nariz de calmuco; el color de su piel es amarillento, y su pelo parecen crines; por lo demás, son muy trabajadores e industriosos.

Deseosos los exploradores de no perder una hora, se alojaron en el Hotel del Polo Norte y fueron en busca de una embarcación que pudiera transportarlos a Spitzberg. Se dirigieron al puerto, donde afluye un riachuelo muy pintoresco y de agua muy límpida, en el cual álzanse sobre estacas casas y almacenes, todo apestado por el olor de los depósitos de pescado.

Hammerfest es la ciudad pescadora por excelencia. Todos los cuadrúpedos comen allí pescado, y los centenares de barcos que a la industria de la pesca se dedican sacan más que la que se pueda comer en todo el mundo. Ciudad singular siempre envuelta en lluvia, con días larguísimos en estío y noches sin fin en invierno, iluminadas por la aurora boreal, de incomparable sublimidad.

A la entrada del puerto, Antifer y sus colegas se detuvieron al pie de una columna de granito coronada por un capitel de bronce con las armas de Noruega y un globo terráqueo. Aquella columna, erigida bajo el reinado de Óscar I, conmemora los trabajos realizados para la medición del meridiano entre las bocas del Danubio y Hammerfest. Desde allí se dirigieron hacia las estacadas, por debajo de las cuales se amarran los barcos de alto y bajo porte

que se dedican a la pesca en el mar del polo. ¿Cómo se harían comprender?, se preguntará. ¿Acaso alguno de ellos sabía noruego?... No; pero Juhel sabía inglés, y gracias a esta lengua cosmopolita hay probabilidades de hacerse comprender en los países escandinavos.

En efecto, aquel mismo día, y mediante un precio seguramente excesivo —no podían reparar en esto—, encontraron un barco de pesca, el *Kroon*, de unas cien toneladas, mandado por el patrón Olaf y tripulado por once hombres. Lo fletaron para Spitzberg, con obligación de esperarlos mientras realizaban sus pesquisas, y de llevar las mercancías que precisasen los pasajeros, volviéndolos después a Hammerfest.

Parecióle a Antifer que brillaba de nuevo para él su buena estrella eclipsada. Habiendo indagado Juhel si se había visto por allí días antes a algún extranjero que se hubiese embarcado para Spitzberg, le contestaron que no. De suerte que el infame pasante del miserable notario no parecía que se les hubiese anticipado en busca del tesoro de Kamyk-Bajá, a menos que hubiese ido al islote por otro camino, lo cual no era fácil, puesto que el más directo era aquel que iban a tomar.

El resto del día lo emplearon en pasear. Antifer y Zambuco estaban persuadidos de que aquella vez empezaba a vislumbrarse el fin de la campaña.

Cuando fueron a acostarse, a las once de la noche aún era de día, y el crepúsculo no se extinguiría más que para reanimarse casi enseguida a las irradiaciones del alba.

A las ocho de la mañana, el *Kroon*, ayudado por una brisa del sudeste, salía del puerto con su puntiagudo velamen hinchado, enfilando la proa al norte.

Si el tiempo era favorable, emplearía en aquella travesía de seiscientas millas cinco días aproximadamente.

No eran de temer encuentros con los hielos en desvíos hacia el sur, ni podían hallarse montañas de nieve en las cercanías de Spitzberg. La temperatura se conservaba en la normalidad, y los

vientos reinantes hacían difícil un descenso brusco. El cielo, surcado de nubes que a veces se resolvían en abundante lluvia, mas no en nieve, presentaba un aspecto bastante tranquilizador. De trecho en trecho penetraban los rayos del sol. Juhel podía confiar en que el astro rey aparecería cuando, con el cuadrante a la vista, pudiera descubrir la situación del islote número 3.

Decididamente, la buena suerte les acompañaba. ¿Por qué no había de ser aquel viaje el definitivo? ¿O acaso el testador iba a mandar a los herederos desde la punta norte de Europa por cuarta vez a miles de leguas de allí?

El *Kroon* marchaba aprisa, con las velas hinchadas. El patrón Olaf confesaba no haber hecho nunca tan feliz travesía.

A las cuatro de la mañana del 26 de julio dieron vista a las alturas del norte, limpio de hielo el mar.

Aquellas eran las avanzadas de Spitzberg. Olaf las conocía muy bien por haber pescado con frecuencia en tales parajes.

Aquel apartado confín, tan poco visitado desde hacía veinte años, tiende poco a poco a entrar en los dominios de los turistas.

Acaso no esté lejano el día en que se expendan billetes de ida y vuelta a Spitzberg, como ahora se dan para el cabo Norte, en espera de que se den para el polo del mismo nombre.

Lo que entonces se sabía era que Spitzberg estaba formado por un archipiélago que se prolonga hasta el paralelo 80. Consta de tres islas: el Spitzberg propiamente dicho, la isla Sudeste y la Nordeste. Ahora bien; ¿pertenecen a Europa o a América? Cuestión es ésta de un orden puramente científico, que no nos es dado resolver. Lo que sí podemos afirmar es que los navíos que se dedican allí a la pesca de la ballena y a la caza de las focas son ingleses, daneses y rusos. Últimamente, poco importaba a los herederos de Kamyk-Bajá que aquel archipiélago perteneciese a esta o la otra nacionalidad; lo importante era los millones que tan bien ganados tenían con su valor y tenacidad.

El nombre Spitzberg indica una isla erizada de rocas puntiagudas y escarpadas, de difícil acceso. El inglés Willouhby la

descubrió en 1553, y los holandeses Barents y Cornelius la bautizaron con tal nombre. Además de las tres islas indicadas, comprende numerosos islotes. Después de haber anotado en el mapa la longitud 15° 11' este y la latitud 77° 19' norte del yacimiento indicado, Juhel ordenó a Olaf que se dirigiese hacia la isla Sudeste, la más meridional del archipiélago.

El *Kroon* marchó rápidamente a favor de una fuerte brisa. Las cuatro o cinco millas que mediaban fueron salvadas en menos de una hora. Ancló a unas trescientas brazas de un islote dominado por un alto y abrupto promontorio hacia la extremidad de la isla.

Eran las doce y cuarto del mediodía. Antifer, Zambuco, Ben-Omar, Gildas Tregomain y Juhel se embarcaron en la chalupa del *Kroon*, y se dirigieron hacia el islote.

Alzóse una inmensa bandada de gaviotas, urías y otras aves polares, produciendo un horrible concierto de graznidos ensordecedores. Las focas, en gran número, huyeron a la desbandada, cediendo el campo a los intrusos, no sin protestar lanzando lastimeros aullidos. El tesoro estaba bien guardado.

A falta de cañón y bandera, Antifer tomó posesión del islote elegido por el Bajá con un vigoroso pisotón sobre aquel suelo metalizado por los millones.

¡Qué suerte después de tantos sinsabores! ¡Ni siquiera habían tenido que buscar entre todos los islotes! ¡De primera intención habían desembarcado en el preciso punto del globo en donde el egipcio enterró su tesoro!

El islote estaba desierto, no hay que decirlo. No había señales de seres humanos. Ni un esquimal de los que pueden impunemente habitar aquellas regiones árticas. A lo largo, ni un barco, nada. ¡Sólo la inmensidad del mar del polo!

Antifer y Zambuco no podían ocultar su gozo. Hasta el mismo notario dejó traslucir un relámpago de alegría tras la mortecina mirada. Gildas Tregomain, más emocionado que nunca, estaba desconocido. Después de todo, ¿porqué no había de alegrarle la felicidad de su amigo?

Aún era más de celebrar que no se hallasen en el islote huellas humanas. Seguramente nadie había desembarcado allí recientemente. La tierra, esponjada por las lluvias, hubiera conservado los vestigios del paso. Podían estar seguros de que el miserable Sauk no había estado allí. El terrible hijo de Murad no se había anticipado a los legítimos dueños del tesoro. O se había detenido en el camino, o había sufrido algún retraso que haría inútiles sus pesquisas, si por si acaso llegaba después de Antifer.

El documento que les señaló el primer islote indicaba que las pesquisas debían dirigirse hacia el norte, mientras que el pergamino del islote número 2 indicaba la dirección meridional. El grupo se dirigió hacia una de las puntas de tierra, a la que más se internaba en el mar. Los salientes de las rocas se destacaban distintamente; no se veían hielos ni nieves. Las pesquisas no serían difíciles.

Cuando la fortuna quiere llevarnos de la mano, no hay más remedio que dejarse conducir. Esto era lo que a Pierre-Servan-Malo le ocurrió al encontrarse ante una roca, alzada a la manera de una de esas estelas de témpanos de hielo que dejan a su paso los navegantes árticos.

—¡Aquí!... ¡Aquí! —exclamó con voz ahogada por la emoción.

Todos se acercaron y miraron.

En la cara anterior de aquella roca apareció el monograma de Kamyk-Bajá: la doble K, tan profundamente grabada que los ásperos temporales de aquellas regiones no habían podido borrarla.

Todos guardaron silencio, y todos se descubrieron como si se hallasen ante la tumba de un héroe. Pues qué, ¿aquello no era un sepulcro de cien millones? Mas no insistamos, por el honor de la naturaleza humana.

Se pusieron manos a la obra. Aquella vez el pico y el azadón pronto arrancaron pedazos de roca. A cada golpe esperaban tropezar con los aros metálicos o con la madera de las duelas.

De pronto oyose un chirrido. El pico que manejaba Antifer dio en algún cuerpo extraño.

—¡Por fin! —exclamó apartando el pedazo de roca que tapaba el agujero del tesoro.

Pero a aquel grito de alegría sucedió uno de desesperación, y tan fuerte que seguramente se oyó a un kilómetro.

Antifer, pues él fue quien gritó, dejó caer la herramienta.

En el agujero había una caja metálica marcada con una K doble, una caja igual a las otras dos anteriormente encontradas en el golfo de Omán y en la bahía Ma-Yumba.

—¡Todavía! —gritó el barquero alzando los brazos.

¡Sí!... ¡Todavía! Ésa era la palabra. ¿Y quién sabía si aún habría que ir en busca del cuarto islote?...

Antifer, ciego de ira, cogió la herramienta que había dejado, y descargó un golpe tan fuerte que rompió la caja, de la que salió un pergamino muy deteriorado a causa de las filtraciones de la lluvia y la nieve. Aquella vez no hubo diamantes ni para Tyrcomel. ¿Y para qué? ¿Para semejante energúmeno... que se hubiese apresurado a volatilizarlos?

Pero volvamos al pergamino. Juhel, que conservaba su sangre fría, se apoderó de él y lo desplegó, no sin precauciones por temor a desgarrarlo.

Antifer amenazaba al cielo con el puño cerrado. Zambuco inclinó la cabeza, Ben-Omar mostrábase muy cariacontecido, y Gildas Tregomain todo ojos y oídos; los cuatro permanecieron callados.

El pergamino constaba de una sola hoja, cuya parte superior había respetado la humedad. Veíanse varias líneas escritas en francés como las de los documentos antes encontrados; lo escrito era muy legible.

Juhel pudo leerlo casi sin interrupción.

He aquí el contenido del documento:

«Tres personas hay a quienes estoy obligado, y a las cuales quiero dejar un testimonio de mi reconocimiento. La razón de haber depositado estos tres documentos en tres islotes diferentes es el poner en relación a esas tres personas en sus viajes, uniéndolas en indisoluble lazo de amistad...».

¡Y la verdad era que se había salido con la suya el buen Bajá!

«Por muchas fatigas que hayan experimentado para lograr la posesión de esta fortuna, más pasé yo para conservarla.

»Esas tres personas son: el francés Antifer, el maltés Zambuco y el escocés Tyrcomel. A su muerte pasará su derecho a sus herederos legítimos. Ahora bien, una vez abierta esta caja en presencia del notario Ben-Omar, mi ejecutor testamentario, y enterados de este documento, *que es el último*, los coherederos podrán ir al cuarto islote, en el que han sido enterrados por mí los tres barriles que contienen oro, diamantes y otras piedras preciosas».

No obstante el desencanto que les produjo la idea de un nuevo viaje, Antifer y sus colegas experimentaron un gran consuelo. ¡Al fin aquel cuarto islote sería el último! Lo que restaba averiguar era el lugar en que se hallaba.

«Para encontrar este islote —continuó leyendo Juhel— es preciso llevar...».

Desgraciadamente, la parte inferior del pergamino había sido corroída por la humedad. Las últimas frases eran ilegibles... Faltaba la mayor parte de las palabras...

En vano trató Juhel de descifrarlas...

«Islote... situado... ley... geométrica...».

—¡Voto va...! ¡Voto va! —exclamó Antifer.

Juhel no pudo continuar. Lo restante eran palabras sueltas sin sentido... De los datos de latitud y longitud no existían ni huellas...

«Situado... ley... geométrica» —repetía Juhel.

Por fin encontró otra palabra: «Polo».

—¿Qué? ¿Será el polo Norte?... —exclamó.

—¡O el Sur! —objetó Gildas muy desesperado.

Decididamente, aquello era la mixtificación que Juhel se temía. ¡El polo!... ¡El polo! ¿Pero había ser humano que hubiese pisado el polo?...

Antifer se precipitó sobre Juhel y le quitó el pergamino en cuestión, que trató de leer... Pero nada pudo sacar en limpio...

¡nada que pudiera dar idea de la situación del cuarto islote!...
¿Habría que renunciar a encontrarlo?...

Cuando Antifer pudo darse cuenta de que aquel negocio era cosa perdida, cayó pesadamente al suelo como herido por un rayo.

XXXI

EN EL QUE SE VERÁ EL DEDO DE ÉNOGATE TRAZAR UNA
CIRCUNFERENCIA, Y CUÁLES FUERON LAS CONSECUENCIAS DE TAN
INOCENTE DISTRACCIÓN

El día 12 de agosto fue día de fiesta y alegría en la casa de la calle de Hautes-Salles, en Saint-Malo. A cosa de las diez de la mañana salían de allí los novios, seguidos de lucido y numeroso acompañamiento.

La alcaldía y la parroquia dispensáronles una buena acogida; el alcalde pronunció con tal motivo un elocuente discurso, y el cura una conmovedora plática, mejor que las del reverendo Tyrcomel. Después el cortejo acompañó hasta su domicilio al nuevo matrimonio, sancionado por la autoridad civil y la eclesiástica.

El lector, que conoce las dificultades que precedieron a aquel enlace, se asombrará seguramente al saber que los que acababan de casarse eran Énogate y Juhel.

De modo que éste no se había unido a una princesa, ni duquesa, ni siquiera baronesa. Ni Énogate había dado su mano a un título. ¡Los deseos de su tío no habían podido cumplirse! Ni en la boda ni en los suspirados millones. Sin embargo, es de creer que el nuevo matrimonio no por eso dejaría de ser feliz.

Además de los principales interesados, participaban también de la gran satisfacción otras dos personas: Nanón, que acababa de asegurar la felicidad de su hija, y Gildas Tregomain, que lucía, en calidad de testigo, una magnífica levita, un gran pantalón y un

brillante sombrero de copa, y unos guantes blancos que era lo que había que ver.

Y de Antifer, ¿qué fue? —preguntará el lector.

Volvamos a ocuparnos de él y de sus compañeros de viaje, de los colegas de aquella desastrosa campaña en busca de un tesoro perdido.

Pues bien: una hora después del descubrimiento del pergamino que tantas amarguras y desengaños produjera, los pasajeros del *Kroon* volviéronse a bordo. Antifer fue conducido a hombros de los marineros llamados al efecto.

Todo hacía temer que el de Saint-Malo hubiera perdido la razón ante semejantes catástrofes... Y sin embargo, no fue así, por más que mejor le hubiera valido, para de ese modo no darse cuenta de las cosas de este pícaro mundo. Su abatimiento era tal, que ni Gildas ni su sobrino pudieron arrancarle una palabra.

El retorno se hizo lo más rápidamente posible por mar y por tierra. El *Kroon* dejó a sus pasajeros en Hammerfest; el paquebote del cabo Norte los desembarcó en Bergen. El ferrocarril de Drontheim a Cristianía aún no funcionaba; tuvieron que tomar un coche hasta la capital de Noruega. Un *steamer* los condujo a Copenhague; el resto del camino lo hicieron utilizando los ferrocarriles de Dinamarca, Alemania, Holanda, Bélgica y Francia, yendo, por último, desde París a Saint-Malo.

En París, Antifer y Zambuco se despidieron muy descontentos ambos. La señorita Talisma Zambuco se iba a quedar soltera toda su vida. Estaba escrito que no había de ser Pierre-Servan-Malo el que la sacase de tan penosa situación, contra la que luchaba desde hacía tanto tiempo. No hay que decir que todos los gastos de viaje que Zambuco anticipó fuéronle reintegrados por Antifer en la parte que a él correspondió, y que fue una cantidad no despreciable. Sin embargo, la venta del diamante le permitió quedarse todavía con una bonita cantidad en el bolsillo. Por esta parte no salía mal librado del todo.

Ben-Omar nada pidió.

—¡Ahora os vais al diablo! —le dijo Antifer despidiéndose.

—¡Y procurad hacer buenas migas con él! —añadió Gil-das Tregomain para consolarle.

El notario escapó por el camino más corto para Alejandría, jurando no volver a buscar tesoros.

Al día siguiente, Antifer, Gildas Tregomain y Juhel estaban de vuelta en Saint-Malo, en donde les dispensaron un recibimiento muy cariñoso... Algunos bromistas dijeron que para aquel viaje no se necesitaban alforjas...

Nanón y Énogate prodigaron frases de consuelo a los asendereados viajeros. La casa recobró su vida normal.

Antifer, en la imposibilidad de constituir a sus sobrinos dotes de unos cuantos millones, no negó su consentimiento para el matrimonio:

—¡Que hagan lo que quieran y me dejen tranquilo! —dijo.

Hubo que conformarse con su aquiescencia, manifestada en tan grosera forma. En seguida empezaron los preparativos de boda, en los que el tío no tomó parte alguna.

Antifer apenas salía de su cuarto, en donde pasaba el tiempo, siempre víctima de sorda cólera, pronta a estallar con cualquier pretexto.

Celebróse la nupcial ceremonia sin que pudieran conseguir que el tío asistiera. Las súplicas de Gildas fueron vanas.

—¡Haces mal! —le dijo.

—¡Bueno!

—Das un disgusto a los chicos...

—¡Mira, déjame en paz! —acabó por replicarle.

Desde aquel día Énogate y Juhel tenían una sola vivienda, en vez de las dos que antes tenían. Cuando salían de su casa era para ir a pasar el rato con Nanón, o a casa del mejor de sus amigos, del buen Gildas Tregomain. Allí generalmente recaía la conversación en Antifer, quien les apenaba mucho con su constante excitabilidad y postración. Antifer no salía ni veía a nadie. Ya no iba, como antes, diariamente a pasear por las avenidas y los muelles con la pipa en

la boca. Hubiérase dicho que le daba vergüenza mostrarse a la gente después de tan ruidoso desenlace. Algo debía haber de esto.

—Temo que pierda la salud —decía Énogate mostrando profunda tristeza en sus hermosos ojos.

—También yo lo temo, hija mía —respondía Nanón—. ¡Yo siempre pido a Dios que devuelva a mi hermano la tranquilidad que tanto necesita!

—¡Maldito Bajá, que con sus millones de los demonios ha venido a turbar nuestra existencia!... —exclamó Juhel.

—Millones que nadie ha encontrado —repuso Gildas—. Y, sin embargo, existen... están allí... ¡Sabe Dios dónde diría el pergamino!...

Un día el barquero dijo a Juhel:

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que acaso tu tío se conformase con saber dónde está el tesoro, aunque supiera que no podía ir a cogerlo.

—Quizá tenga razón, señor Tregomain. Porque lo que le desespera es haber tenido en la mano el documento y no haber sabido la situación del islote número 4.

—¡Y que aquello era lo definitivo! —respondió el barquero—. El pergamino lo decía sin duda alguna.

—Mi tío se pasa todo el día leyendo el documento.

—¡Tiempo perdido! El tesoro de Kamylyk-Bajá jamás se encontrará, jamás.

Lo cual era más que probable.

Pocos días después de la boda se supo lo que había sido del infame Sauk. La razón de no haber precedido en su viaje a Spitzberg a Antifer y colegas, fue el haber sido detenido por la policía en Glasgow en el momento en que se disponía a embarcar con rumbo a los mares árticos. No hay que olvidar el extraordinario escándalo que produjo el atentado contra Tyrcomel y el efecto causado por el original tatuaje impreso en la espalda del reverendo pastor. A consecuencia de esto, la policía de Edimburgo púsose en

movimiento para conseguir identificar al agresor, cuyas señas precisas diera el reverendo Tyrcomel.

A la mañana siguiente al atentado, y sin volver al Gibb's Royal Hotel, tomó Sauk el tren para Glasgow, en cuyo puerto pensaba embarcarse para Bergen o Drontheim. De modo que, en lugar de partir de la costa este de Escocia, como hizo Antifer, partiría del oeste. Como la ruta venía a ser poco más o menos la misma, contaba Sauk llegar antes que los legítimos herederos de Kamyk-Bajá.

Pero, para su desgracia, tuvo que esperar toda una semana en Glasgow, pues no había barco listo para aquel viaje; y por fortuna para la justicia humana, pudo ser reconocido en el instante en que iba a tomar pasaje. Detenido al momento, fue a poco condenado a varios años de prisión. Se ahorró un viaje inútil, después de todo.

De suerte que el desenlace de toda aquella penosa campaña practicada desde el golfo de Omán hasta el polo era el renunciar al tesoro que, gracias a su imprudente guardador, permanecía oculto, enterrado para siempre. Sólo una persona podía dar gracias al cielo por tan funesto desenlace: el reverendo Tyrcomel. Aunque sólo fuese a franco la pieza, ¡cuántos pecados hubieran podido cometerse en este mísero mundo si se hubiesen esparcido sobre la frágil humanidad las riquezas del egipcio Kamyk-Bajá!

Y así fue transcurriendo el tiempo, gozando el nuevo matrimonio de su felicidad, un tanto amargada por el lamentable estado en que su tío se encontraba, y por el temor de que muy pronto el joven capitán tendría que abandonar mujer, familia y amigos. Adelantaba mucho la construcción del bergantín de la casa *Le Baillif*, cuyo cargo de segundo de a bordo estaba reservado a Juhel; bonita posición, teniendo en cuenta su edad. Dentro de seis meses se haría a la mar, camino de las Indias.

Frecuentemente hablaba de esto con Énogate, que se entristecía mucho pensando en aquella cercana separación. ¿Pero acaso en los puertos las familias no están acostumbradas a ellas? Énogate, por no demostrar cierto egoísmo con su tristeza, ponía por pretexto

de sus penas al buen Antifer. Sí, sería un dolor muy grande para su sobrino abandonarle en tal estado; ¿quién sabía si le encontraría cuando volviera?

También Juhel alguna vez volvía a leer el documento incompleto. Sí; en aquellas últimas líneas había el principio de una frase. Y este pensamiento llegaba a producirle una extraña obsesión.

—Hay que buscar —se decía.

—¿Buscar qué?

—Islote... situado... ley... geométrica...

¿De qué ley geométrica se trataba? ¿Relacionaba ésta unos islotes con otros? ¿El Bajá los había elegido al azar? ¿Por qué había tenido la extravagancia de ir desde el golfo de Omán a la bahía Ma-Yumba, desde aquí a Spitzberg, y desde aquí a Dios sabe dónde? A menos que el rico egipcio, aficionado a las matemáticas, hubiese tenido la humorada de plantear un problema.

Ahora bien, la palabra «polo» ¿se referiría al extremo del eje de la Tierra? No, imposible. Entonces ¿qué significado podría atribuírsele?

Juhel se volvía loco tratando de obtener la solución, pero sin resultado.

—¡Polo! Éste es el punto de la dificultad —se decía el joven capitán.

Gildas Tregomain animaba a Juhel para que se dedicase a aquel jeroglífico o rompecabezas chino; porque en los millones creía él a pies juntillas.

—Pero no vayas a ponerte malo buscando la solución.

—¡Ah, señor Tregomain! No es por mí por quien me tomo ese trabajo. Crea que para mí ese tesoro es una superchería. Lo hago por mi tío.

—¡Es claro! ¡Qué lástima no poder descifrar lo último del pergamino! ¿Nada deduces?...

—Nada, señor Tregomain; la palabra «geométrica» es lo que más me intriga; y eso de «es preciso llevar». ¿Qué hay que llevar?

—Eso es... ¿qué? —repitió el barquero.

—Pero lo chocante es eso del «polo»; eso es lo que no me explico.

—¡Qué desgracia, hijo mío, que no entienda yo una palabra de todo eso, porque así podría ayudarte!

Transcurrieron dos meses. Ningún cambio se había operado en Antifer; el problema seguía siendo insoluble.

Un día, el 15 de octubre, antes de almorzar, hallábanse Énogate y Juhel en su cuarto, junto a la chimenea encendida, pues se dejaba sentir algo de frío.

La joven tenía las manos abandonadas entre las de su esposo, y le contemplaba silenciosa. Viéndole tan preocupado, quiso dar otro giro a sus pensamientos.

—Juhel —le dijo—, todas las cartas que me has escrito durante tu viaje las conservo cuidadosamente. Las he leído muchas veces.

—Sólo tienen para nosotros tristes recuerdos.

—Sin embargo, he querido guardarlas... para tenerlas siempre en mi poder. Pero en esas cartas no me has podido explicar todo lo que os sucedió; debes contarme los detalles del viaje. ¿Quieres contármelos hoy?

—¿Para qué?

—Me causará mucho placer... me parecerá que voy contigo por esos mundos... en ferrocarril, en vapor, en caravana.

—Querida mía, necesitaríamos un mapa para que te pudiera indicar nuestro itinerario.

—Pues aquí hay un globo terráqueo... ¿Puede servirte?...

—Perfectamente.

Énogate se levantó, y dirigiéndose a la mesa de Juhel cogió una esfera puesta sobre un pie metálico y la colocó en un velador frente a la chimenea.

Juhel, comprendiendo que con ello complacería a Énogate, se sentó junto a ella, hizo girar el globo poniendo frente a ellos la parte de Europa e indicando con el dedo hacia Saint-Malo, dijo:

—¡En marcha!

Los dos se inclinaron juntando sus cabezas; no hay que asombrarse de que el itinerario fuese amenizado por algunos besos. Del primer salto fue Juhel desde Francia a Egipto, de donde Antifer y sus compañeros se habían dirigido a Suez. Después atravesó con el dedo el Mar Rojo y el de las Indias, yendo a dar sobre Máscate.

—¿Ahí cerca estará el islote número 1? —preguntó Énogate.

—Sí, hacia el golfo.

Después, haciendo girar la esfera, fueron a parar a Túnez, en donde se unió a la comitiva el banquero Zambuco. Atravesaron el Mediterráneo, hicieron escala en Dakar, Juhel cortó el ecuador, bajó por la costa africana y se detuvo en la bahía Ma-Yumba.

—¿Ahí está el islote número 2? —dijo Énogate.

—Sí, querida.

Luego remontaron la costa de África, cruzaron Europa e hicieron alto en Edimburgo, donde conocieron al reverendo Tyrcomel. Por último, apuntando hacia el norte, los dos pusieron el dedo sobre las peladas rocas de Spitzberg.

—¿El islote número 3?

—Sí, hija mía; en donde nos esperaba la más tremenda de las decepciones en esta necia aventura.

Quedóse Énogate silenciosa, mirando la esfera...

—¿Por qué habría elegido el Bajá esos tres islotes? —interrogó la joven.

—¡Eso es lo que ignoramos ahora y siempre!

—¿Siempre?...

—Sí; y sin embargo, esos tres islotes deben hallarse unidos por alguna ley o principio geométrico, según parece indicar el último documento... La palabra «polo» es lo que...

Quedóse Juhel reflexionando y haciéndose mil objeciones y respuestas. Parecía haber concentrado toda su penetración e inteligencia en la resolución de aquella incógnita.

Mientras tanto, Énogate aproximándose más la esfera, se distraía recorriendo con el dedo el itinerario trazado por su marido. Su índice pasó por Máscate, y describiendo una curva, por Ma-

Yumba, siguió con igual dirección hasta Spitzberg, para continuarla hasta volver al punto de partida.

—¡Calla! —dijo sonriendo—. Mira, Juhel, resulta un círculo... Habéis hecho un viaje redondo.

—¿Redondo?

—Sí... una circunferencia.

—¡Una circunferencia! —exclamó Juhel levantándose rápidamente y repitiendo la palabra.

Juhel se dirigió hacia el velador, cogió la esfera... describió a su vez la misma curva del itinerario... lanzó un grito...

Énogate le miraba muy asombrada, creyendo que se había vuelto loco como su tío. La esposa lloraba...

—¡Ya lo he encontrado! ¡Lo he encontrado! —exclamó Juhel lanzando otro grito.

—¿Qué?

—¡El islote número 4!

Seguramente se había vuelto loco. Aquello que decía era imposible.

Abrió la ventana y gritó.

—¡Señor Tregomain, señor Tregomain!

Volvióse después hacia el globo y lo interrogó, cual si estuviera hablando con aquella bola de cartón.

Un minuto después, el barquero entraba en la casa.

—¡Ya lo encontré! —le dijo Juhel apenas entró.

—¿Y qué has encontrado?

—He encontrado que los tres islotes están unidos geoméricamente, y he encontrado la situación del islote número 4.

—¡Cielo santo! ¿Es posible?

Y al ver la actitud de Juhel, creyó, como Énogate, que se había vuelto loco.

—No, no me he vuelto loco —replicó Jul—. Escuche.

—Escucho.

—Los tres islotes están situados en la misma circunferencia. Pues bien; supongamos que los tres están en un mismo plano;

unámoslos de dos en dos por una línea, recta —la línea que «hay que llevar», como dice el documento— y alcemos una perpendicular en el centro de cada una de estas dos líneas... El punto de encuentro de ambas será el centro de la circunferencia; a este punto central es a lo que llama «polo» el documento, puesto que se trata de un casquete esférico, y en ese punto es donde se halla el islote número 4.

Sencillo problema de geometría propuesto por una genialidad de Kamyk-Bajá, de acuerdo con el capitán Zo... Y si antes no había dado en la solución Juhel, fue porque no se fijó en que los tres islotes ocupaban tres puntos de una misma circunferencia.

Y he aquí cómo el dedito de Énogate, trazando aquella bienaventurada circunferencia, fue lo que resolvió el problema.

—¡Imposible! —exclamó el barquero.

—No, señor Tregomain; mire bien y se convencerá.

Colocando el globo delante del barquero, trazó la circunferencia antedicha, pasando por los puntos que Kamyk-Bajá pudo haber elegido, y eran: Máscate, estrecho de Bab-el-Mandeb, ecuador, Ma-Yumba, islas del Cabo Verde, trópico de Cáncer, cabo Farewell en Groenlandia, isla Sudeste de Spitzberg, islas del Almirantazgo, Mar de Kara, Tobolsk en Siberia y Herat en Persia. Luego si Juhel tenía razón, el islote número 4 debía formar el punto céntrico de la circunferencia, porque lo que es evidente para un círculo descrito en un plano, lo es también para un casquete esférico cuyo polo es el centro.

Gildas Tregomain no acababa de comprender, pues realmente era poco perito en estas materias. El joven capitán, loco de entusiasmo, tan pronto besaba la esfera como las mejillas de su mujer, más sabrosas que aquel pedazo de pintado cartón.

—Ésta, ésta lo ha encontrado, señor Tregomain, sin Énogate no hubiese yo dado con la solución...

Y en tanto que Juhel se entregaba a la alegría, Gildas Tregomain sentíase también invadido por una especie de *delirium jubilans*. Empezó a hacer piruetas como una sílfide de doscientos kilogramos

de peso; se balanceaba de babor a estribor, como nunca lo hizo la *Encantadora Amelia* en las orillas del Ranee, o en el *Portalegre* con su cargamento de elefantes.

Con voz de trueno entonó la canción de Pierre-Servan-Malo:

¡Tengo la lon!

¡la lon!

¡Tengo la li!

¡lon li!...

¡Tengo la longitud!...

—¡Hay que avisar a mi tío! —dijo Énogate cuando se calmó la tempestad.

—¿Avisarle? —replicó Gildas un poco sorprendido—. Acaso no sea conveniente.

—Hay que pensarlo —añadió Juhel.

Llamaron a Nanón, a quien pusieron al corriente en pocas palabras. Cuando Juhel le preguntó si convendría llamar a su tío, le contestó la anciana bretona:

—No debemos ocultárselo.

—Pero ¿y si le espera otro nuevo desengaño? —observó Énogate—. ¿Acaso podrá soportarlo?

—No, esta vez no —dijo el barquero.

—El pergamino dice que el tesoro está enterrado en el islote número 4 —añadió Juhel— y el islote número 4 se halla situado en el centro del círculo trazado... Es indudable...

—Voy a buscar a mi hermano —repuso Nanón.

Poco después entraba Antifer con su mirada vaga y su cara sombría.

—¿Qué hay? —preguntó con acento de siniestra cólera.

Juhel refirió a su tío aquel problema planteado y la solución hallada.

Con sorpresa para todos, Antifer se mostró muy tranquilo. Ni aun frunció el entrecejo. Hubiérase dicho que esperaba aquello como

cosa muy natural, que necesariamente habría de suceder más pronto o más tarde.

—¿Y dónde está ese punto céntrico? —se limitó a preguntar.

Y en verdad que la pregunta era muy interesante.

Juhel cogió la esfera y la puso en medio del velador. Con una regla flexible y un tiralíneas, cual si hubiera sido sobre una superficie plana, unió por medio de una línea Máscate y Ma-Yumba, y por medio de otra Ma-Yumba y Spitzberg. En los puntos medios de ambas levantó dos perpendiculares, cuyo punto de intersección coincidía con el centro de la circunferencia.

Cuyo centro caía en el Mediterráneo, entre Sicilia y el cabo Bon, muy próximo a la isla Pantellaria.

—¡Ahí... tío... ahí! —dijo Juhel.

Y después de haber tomado el paralelo y meridiano respectivos, añadió con firme acento:

—Treinta y siete grados veintiséis minutos latitud norte, y diez grados treinta y tres minutos longitud este del meridiano de París.

—¿Pero hay un islote?... —preguntó Gildas Tregomain.

—Debe de haberlo —respondió Juhel.

—Sí, hombre, sí; ¡no ha de haberlo! ¡Pues no faltaba más, con cien mil millones de demonios!... —dijo Antifer con tan formidable voz que hizo temblar las paredes. Después se encerró en su cuarto y ya no volvió a aparecer en todo el día.

XXXII

CAPÍTULO QUE DEBERÁN CONSULTAR LOS QUE VENGAN AL MUNDO

ALGUNOS CENTENARES DE AÑOS DESPUÉS QUE NOSOTROS

¿Qué significaba aquella actitud del excapitán Antifer, precisamente cuando sabía la situación del islote número 4, que contenía el tesoro de Kamyk-Bajá? Sí, Antifer debía de estar loco.

Durante los siguientes días sucedió una cosa muy singular, y fue que el tío de Juhel recobró sus antiguos hábitos de pasearse por el puerto con la pipa en la boca y haciendo sonar los guijarros. Ya no era el mismo. Tenía como estereotipada una sardónica sonrisa. Ya no hablaba del tesoro, ni de los viajes hechos, ni de proyectos de expedición en busca de los millones...

Gildas Tregomain, Nanón, Énogate y Juhel no volvieron a hablar de ello. Esperaban que el día menos pensado les gritase Antifer: «¡En marcha!».

—¡Nos lo han cambiado! —decía Juhel a Nanón.

—Acaso el miedo de casarse con Talisma Zambuco... —observó el barquero—. No importa... ¡No podemos dejar escapar esos millones!

Con lo cual se operó un cambio absoluto en las ideas del de Saint-Malo y en las de Gildas Tregomain. ¡También a él le atormentaba la sed de oro! Y, después de todo, puesto que ya sabían dónde estaba el islote, ¿por qué no habían de ir a él?

—¿Para qué? —le objetaba Juhel.

Y el barquero iba a contárselo a Nanón, que le replicaba:

—¡Vaya, deje el tesoro tranquilo donde está!

—Oye —preguntaba a Énogate—, ¿no te gustaría tener treinta y tres millones en el bolsillo?...

—Mejor quiero treinta y tres besos de mi marido, señor Tregomain.

Al fin, quince días después se decidió a plantear la cuestión a Antifer.

—¡Ah!... ¿El islote aquél?...

—¡Sí, aquél del Mediterráneo!... Debe de existir, según creo...

—¡Ya lo creo que existe!... ¡Cómo existimos tú y yo!...

—Y entonces, ¿por qué no vamos?

—¡Qué hemos de ir, marinero de agua dulce!... ¡Cuándo nos nazcan aletas como a los peces!...

¿Qué significaba este lenguaje de Antifer? Gildas no podía comprenderlo. Pero no se desanimó. ¡Al fin los treinta y tres millones no eran para él, sino para los hijos!... No hay que olvidarse del mañana, y puesto que los enamorados no piensan más que en su amor, hay que pensar por ellos...

Y tanto y tanto insistió que, al cabo, un día le dijo Antifer:

—¿De modo que tú quieres ir?...

—Yo, sí, amigo...

—¿Tú opinas que hay que ir?...

—¡Y antes hoy que mañana!

—¡Bueno! Pues vámonos.

¡Y con qué acento pronunció la palabra *vámonos*!

Pero antes de partir era preciso pensar en Zambuco y Ben-Omar : aquél como coheredero y éste como ejecutor testamentario; había que participarles, en primer lugar, el descubrimiento de la situación del islote número 4; segundo, invitarlos a que estuvieran en dicho punto, uno para recibir su parte de herencia y otro para percibir su tanto por ciento.

Más interesábase Antifer por cumplir escrupulosamente todos estos preliminares que el mismo Gildas.

Dos despachos telegráficos fueron expedidos, uno a Túnez y otro a Alejandría, citando a dichos interesados para el 23 de octubre en Sicilia, en Girgenti, ciudad más próxima al islote.

En cuanto al reverendo Tyrcomel, sería enviado su lote a su debido tiempo para que lo echase al Forth, si tenía miedo de que el dinero le quemase las manos.

De Sauk no había para qué ocuparse. Nada le debían. Que acabase tranquilamente sus años de prisión en las mazmorras del *jail* de Edimburgo.

Decidido el viaje, Gildas fue quien con más calor lo preparó todo, lo cual no parecerá extraño, como tampoco lo parecerá que Énogate fuese de la partida, pues a los dos meses de casados no era fácil que Juhel consintiese en una separación, ni su mujer hubiese vacilado en seguirle.

¿Cuánto duraría aquella nueva exploración?... No podía ser mucho. Ir y volver. Ya no iban a buscar el quinto documento. ¿O acaso Kamyk-Bajá habría puesto otro eslabón a aquella cadena de islotes?... ¡No! Los datos eran terminantes: el tesoro yacía bajo una roca del islote número 4 y éste ocupaba matemáticamente el lugar indicado entre la costa de Sicilia y la isla Pantellaria.

—Pero debe de ser ese islote muy pequeño cuando no figura en el mapa —dijo el barquero.

—Probablemente —respondió Antifer con risa mefistofélica. Aquello era muy raro, seguramente.

Convinieron en utilizar los medios más rápidos de comunicación, es decir, aprovechar lo más que pudieran los ferrocarriles. Ya existía una línea férrea directa que atravesaba Francia e Italia, desde Saint-Malo hasta Nápoles. En dinero para el viaje no había que pensar, con treinta millones a la vista...

El 16 de octubre por la mañana se despidieron los cuatro de Nanón, y se fueron en el primer tren. En París casi no se detuvieron, y tomaron el rápido de Lyon; cruzaron la frontera italiana, pero nada vieron de Milán, ni de Florencia, ni de Roma, y llegaron a Nápoles

en la noche del 20. Gildas mostrábase tan confiado en aquella nueva campaña, como asendereado por cien horas de ferrocarril.

Al día siguiente por la mañana dejaron el Hotel Victoria y tomaron pasaje en un vapor que hacía servicio a Palermo, y después de un día escaso, desembarcarían en la capital de Sicilia.

No pensaron en visitar todas aquellas maravillas. No iban a eso. Ahora Gildas no se preocupaba de no poder dar sus paseos de inspección, ni de asistir piadosamente a las famosas vísperas sicilianas de que él había oído hablar. ¡No! Para él Palermo no era la célebre ciudad de que se apoderaron sucesivamente normandos, franceses, españoles e ingleses... Era, sencillamente, el punto de partida de toda clase de coches, galeras o diligencias, que van dos veces por semana a Corleona en nueve horas, y de Corleona a Girgenti, también dos veces a la semana, en doce.

A este último punto era a donde tenían que dirigirse nuestros viajeros; a la antigua Agrigento, situada sobre la costa meridional de la isla de Sicilia, punto de cita con el banquero Zambuco y el notario Ben-Omar.

Y cuenta que tal género de locomoción no está exento de incidentes y accidentes. Las carreteras no son muy seguras. Aún hay bandidos en Sicilia, y los habrá siempre. Nacen allí como el olivo y el áloe.

Sin embargo, al día siguiente partieron, haciendo el viaje sin novedad. Llegaron a Girgenti en la noche del 24. Ya se iban aproximando...

El banquero y el notario estaban esperando. ¡Oh, inextinguible sed de oro, que trajiste al uno de Túnez y al otro de Alejandría!

Cuando se encontraron allí los dos coherederos, sólo cambiaron estas palabras:

—¿En este islote, por fin?

—Parece que sí.

¡Pero con qué tono tan sarcástico lo dijo Antifer, y qué mirada tan irónica!...

Encontrar un barco en Girgenti no es, a la verdad, tarea difícil ni larga. Pescadores no faltan, ni barqueros tampoco, con toda una variada colección de barcos, barcazas, barquichuelas, lanchas y lanchones; toda la marina menuda del Mediterráneo.

Además, sólo se trataba de una breve excursión, un paseo de cuarenta millas al oeste de la costa. Con viento favorable, y saliendo aquella misma noche, tenían tiempo de tomar la situación del islote antes de mediodía. Hicieron el flete de un falucho de treinta toneladas, llamado *Providenza*, y patroneado por un verdadero *lupus maritimus*, que, desde cincuenta años antes, recorría aquellos parajes. Los conocía hasta el punto de poder navegar a ojos cerrados desde Sicilia hasta Malta y desde Malta hasta Túnez.

—Creo inútil —observó Gildas— que digamos a este hombre lo que vamos a hacer; ¿no te parece, Juhel?

Y así le pareció a éste.

El patrón se llamaba Jacopo Grappa. Y para que se vea cuán propicia se mostraba la suerte con los herederos del bajá, el *lupus* chapurraba algo el francés; lo preciso para hacerse comprender.

Pues aún había otra circunstancia feliz. Y era que estando ya en octubre, casi en el mal tiempo, pudiera ocurrir que corriesen algún temporal fuerte... Pues ¡tampoco! El viento era fresco y soplaba de tierra. Cuando el *Providenza* se lanzó mar adentro apareció una luna espléndida, inundando con su pálida luz las altas montañas de Sicilia.

La tripulación del jabeque se componía de cinco hombres. El ligero barco iba por una mar tranquila, tanto que Ben-Omar no sentía el mareo. Jamás había sido favorecido por una navegación tan excepcional.

La noche transcurrió sin incidente alguno, y la aurora del segundo día anunció una jornada soberbia.

Pierre-Servan-Malo estaba asombroso. Paseábase sobre el puente con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca, afectando una indiferencia perfecta. Al verlo así, Gildas Tregomain, que estaba muy excitado, no podía creer a sus ojos. Habíase sentado en la

proa. Énogate y Juhel estaban cerca el uno del otro. ¡La joven se abandonaba al encanto de aquella travesía! ¡Ah! ¿Por qué no había de poder seguir a su esposo por todas partes donde le arrastraran los azares de su carrera?

De vez en cuando Juhel se aproximaba al timonel y comprobaba la dirección, es decir, si el *Providenza* guardaba bien el rumbo al oeste. Teniendo en cuenta su velocidad, él estimaba que hacia las once el jabeque debía de estar en los tan deseados parajes. Después volvía junto a Énogate, lo que le valía más de una vez esta amonestación de Gildas Tregomain:

—No te ocupes tanto de tu mujer, Juhel, y sí algo más de nuestro negocio.

Ahora decía ¡«nuestro negocio»! ¡Oh, qué cambio!... ¿Pero no era en interés de aquellos niños?...

A las diez no había señal alguna de tierra. Y de hecho en aquella parte del Mediterráneo, entre Sicilia y el cabo Bon, no se encuentra otra isla de importancia que Pantellaria. Pero no se trataba de una isla, si no de un islote.

Cuando el banquero y el notario miraban a Antifer, apenas si podían ver sus ojos fulgurantes, su boca hundida a través de los turbiones de humo de su pipa bien encendida.

Jacopo Grappa no comprendía nada de la dirección que se daba al barco. Pero poco le importaba. A él le pagaban bien para ir al oeste, e iría mientras no se mandase virar de bordo.

—Conque —dijo a Juhel— ¿tenemos que seguir la ruta hacia Poniente?

—Sí.

—*Va bene.*

E iba *bene.*

A las diez y cuarto Juhel, con su sextante en la mano, hizo su primera observación, reconociendo que el barco estaba en 37° 30' de latitud norte, y 10° 33' de longitud este.

Mientras practicaba la operación, Antifer le miraba oblicuamente guiñando un ojo.

—¿Y bien, Juhel?

—Tío, estamos justamente en la longitud y no tenemos más que descender algunas millas al S.

—Entonces descendamos, sobrino, descendamos. Yo creo que jamás descenderemos bastante.

Comprended una palabra de esto que dijo el más extraordinario de los maluines pasados, presentes y futuros.

El jabeque dejóse llevar sobre babor a fin de aproximarse a Pantellaria. El viejo patrón se perdía en conjeturas, y como Gildas Tregomain se encontrase a su lado, no pudo impedir preguntarle en voz baja lo que iba a buscar en aquellos parajes.

—Nuestro pañuelo, que hemos perdido aquí —respondió Gildas Tregomain, como hombre que empieza a sentirse malhumorado, a pesar de lo excelente de su condición.

—*Va bene*, señor.

A las doce menos cuarto no se veía aún ningún montón de rocas. Y sin embargo, el *Providenza* debía de estar sobre el yacimiento del islote número 4.

Y nada... nada... tan lejos como la vista podía extenderse.

Por la cuerda de estribor Juhel subió al palo mayor. Desde allí su mirada abarcaba un horizonte de unas doce a quince millas. ¡Nada!... ¡Siempre nada!...

Cuando volvió a bajar al puente, Zambuco, seguido del notario, se aproximó, y con voz llena de inquietud le preguntó.

—¿El islote 4?

—¡No se ve!

—¿Estás seguro de tu punto? —añadió Antifer.

—Seguro, tío.

—Entonces, sobrino, es preciso creer que no sabes hacer una observación.

El joven capitán se sintió tocado en lo más vivo, y como el rubor empañase su frente, Énogate le calmó con un gesto suplicante.

Gildas Tregomain creyó deber intervenir, y dirigiéndose al viejo patrón:

—¿Grappa? —dijo.
—A sus órdenes.
—Venimos en busca de un islote.
—Sí, señor.
—¿Es que no hay un islote en estos parajes?
—¿Un islote?
—Sí.
—¿Un islote dice?
—Un islote... Se te dice un islote —repitió Antifer que se encogió de hombros—. ¿Entiendes? Un islote... islote. ¿No entiendes?
—Perdone, excelencia. ¿Es un islote lo que busca?
—Sí —dijo Gildas—. ¿Existe alguno?
—No, señor.
—¿No?
—No... Pero hubo uno... y yo he desembarcado en él.
—¿En él? —repitió el barquero.
—Pero ha desaparecido.
—¡Desaparecido! —exclamó Juhel.
—Sí, señor; hace treinta y un años.
—¿Y qué era ese islote? —preguntó Gildas juntando las manos.



—¡Eh, barquero! —exclamó Antifer—. Era el islote... o más bien la isla Julia...

¡La isla Julia! ¡Qué revelación para Juhel!

Sí. Efectivamente, la isla Julia o Ferdinanda, u Hotham, o Graham, o Nerita —como quiera llamársela— había aparecido en aquel lugar el 28 de junio de 1831. ¿Cómo dudar de su existencia? El capitán napolitano Corrao estaba presente en el momento en que se manifestaba la erupción submarina que la produjo.

El príncipe Pignatelli había observado la columna que brillaba en el centro de la isla nuevamente nacida con una luz continua como un fuego artificial. El capitán Irtón y el doctor John Davy habían sido testigos del maravilloso fenómeno.

Durante dos meses, la isla cubierta de escoriales y de cálida arena fue practicable a los caminantes. Era el fondo submarino que una fuerza plutónica había levantado a la superficie de las aguas.

Después, en el mes de diciembre de 1831, la masa rocosa se había bajado, y la isla desapareció sin dejar huella.

Durante este lapso de tiempo, tan corto, la mala suerte condujo a Kamyk-Bajá y al capitán Zo a aquella parte del Mediterráneo.

Buscaban un islote desconocido, y por el cielo, lo era el que acababa de aparecer en junio para desaparecer en diciembre.

Y ahora estaba a un centenar de metros, y en él aquellos millones que el reverendo Tyrcomel hubiera querido hacer desaparecer.

La naturaleza se había encargado de esta obra moral, y no había temor de que apareciesen más en el mundo.

¡Y es preciso decir que Antifer lo sabía! Cuando, tres semanas antes, Juhel le había indicado el yacimiento del islote número 4, entre Sicilia y Pantellaria había comprendido enseguida que se trataba de la isla Julia. Cuando él era grumete había recorrido a menudo aquellos parajes, y nada ignoraba del doble fenómeno producido en 1831, aquella aparición y desaparición de un islote efímero, hundido ahora a trescientos pies de profundidad. Después de un acceso de cólera, el más terrible de toda su vida, había

tomado su partido, renunciando para siempre al tesoro de Kamyllk-Bajá. Y he aquí por qué en esta última jornada no despegó sus labios. Si consintió, bajo la presión de Gildas Tregomain, en lanzarse a un nuevo viaje, fue únicamente por amor propio, porque no quiso ser el más burlado en aquel asunto. Y si había citado en Girgenti al banquero Zambuco y al notario Ben-Ornar, fue para darles la lección que merecían.

Volviéndose, pues, hacia el banquero maltés y al notario egipcio:

—¡Sí! —exclamó—. ¡Ahí están los millones! ¡A nuestros pies! Y si quieren tomar su parte, no hay más que darse un chapuzón. Vamos. ¡Al agua, Zambuco! ¡Al agua, Ben-Omar!

Y si alguna vez estos dos sintieron haber acudido a la engañosa invitación de Antifer, fue en aquel momento en que el intratable maluín les abrumaba con sus sarcasmos, olvidando que él se había mostrado tan ávido como ellos de aquel tesoro.

—Ahora, ¡rumbo al este! —exclamó Antifer—, y en camino para el país.

—Donde viviremos dichosos —dijo Juhel.

—Hasta sin los millones del Bajá —añadió Énogate.

—Claro, puesto que es preciso —dijo Gildas en tono de cómica resignación.

Pero antes el capitán, por curiosidad, quiso hacer echar la sonda en aquel lugar.

Obedeció Jacopo Grappa moviendo la cabeza, y sacando la cuerda, fue desarrollada de 300 a 350 pies; el plomo chocó en una masa resistente.

Era la isla Julia: el islote número 4, perdido a aquella profundidad.

A la orden de Juhel el barco viró. Como el viento era contrario, tuvo que bordear toda la noche, ganando el puerto, lo que valió al infortunado Ben-Ornar dieciocho últimas horas de marea.

Era, pues, muy avanzada la mañana cuando el *Providenza* amarró en el muelle de Girgenti, después de aquella infructuosa exploración.

Pero en el momento en que los pasajeros iban a despedirse del viejo patrón, éste, aproximándose a Antifer, le dijo:

—Excelencia.

—¿Qué quieres?

—Tengo que decirle una cosa.

—Habla, amigo mío, habla.

—Pues bien, señor... No se ha perdido toda esperanza.

Pierre-Servan-Malo se irguió, y en sus ojos brilló un último rayo de avaricia.

—¡Toda esperanza! —respondió.

—Sí, excelencia. La isla Julia lleva desaparecida desde el año 1831, pero...

—Pero...

—Ella sube desde el año 1850...

—¡Como mi barómetro! —exclamó Antifer lanzando una formidable carcajada—. Desgraciadamente, cuando reaparezca la isla Julia con sus millones, con nuestros millones, nosotros no estaremos por acá, ni aun tú, Gildas, aunque mueras centenario.

—Lo que no es probable —respondió el ex patrón de la *Encantadora Amelia*.

Y parece que lo que acababa de decir el viejo marino es cierto.

La isla Julia sube lentamente a la superficie del Mediterráneo. De forma que, algunos siglos más tarde, tal vez hubiera sido posible dar otro desenlace a estas **MARAVILLOSAS AVENTURAS DE ANTIFER.**



JULES GABRIEL VERNE (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Es considerado junto a H. G. Wells uno de los padres de la ciencia ficción. Es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo al Index Translationum. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.

Notas

[¹] Garner, naturalista americano, se ha dedicado a estudiar sobre el terreno el lenguaje de los monos, para lo cual se impuso el sacrificio de vivir durante algunos meses, en los bosques de Guinea, la misma vida de los cuadrumanos. <<

[2] Título honorífico. <<